

# **TENTACIONES DE LOS SERVIDORES**

*Benigno Juanes, S J.*

Imprimatur  
Nicolás de Js. Cardenal López Rodríguez  
Arzobispo Metropolitano de Santo Domingo  
Primado de América

Nihil Obstat:  
Benito Blanco, S.J.  
Provincial  
Santo Domingo, Abril, 1992

Tercera edición corregida

Elaboración de Portada  
Zahira Fontana

Diagramación  
Ninón León de Saleme

Impresión  
Amigo del Hogar

Renovación Carismática Católica  
Reservados todos los derechos de impresión

Ninón León de Saleme

**EI P. BENIGNO JUANES, S.J.,**

Es sacerdote perteneciente a la Compañía de Jesús. Ha ejercido su ministerio en Cuba, Venezuela y, sobre todo, en la República Dominicana. Durante diecisiete años se dedicó a la enseñanza y formación de los jesuitas jóvenes. Conoció la Renovación Carismática en 1974 y en ella ha colaborado asiduamente.

Es asesor arquidiocesano de la misma en Santo Domingo, República Dominicana.

Trabaja en la Renovación a tiempo completo.

Da frecuentemente Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola, especialmente a miembros de la misma Renovación.

## CONTENIDO

### PROLOGO

ANTES DE COMENZAR A LEER LA OBRA:

#### I. LA REALIDAD DE LAS TENTACIONES

1. En la raíz de la vida cristiana
2. La tentación en la vida cristiana
3. Las tentaciones de Jesús

Notas

#### II. LA BUSQUEDA DESMEDIDA DE LOS DONES ESPIRITUALES

1. Generalidades
2. La "carismanía" y sus efectos
3. Algunas causas
4. Tratamiento
5. Complemento

#### III. NO FAVORECER SUFICIENTEMENTE LA ESPONTANEIDAD Y LAS MANIFESTACIONES DE LOS DONES DEL ESPIRITU

Testimonio

1. Algunos puntos doctrinales
2. Consecuencias
3. Apreciación personal
4. Desvelando y previniendo abusos

Testimonio

#### IV. EL DESEO DE DOMINIO O VOLUNTAD DE PODER

Testimonio

1. Introducción
2. Intento de descripción de la tentación del poder
3. La voluntad de poder. Manifestaciones
4. Notas pedagógicas para prevenir y superar la tentación de poder
  - A. Tratar de "desaparecer" o el "anonadamiento" de Cristo
  - B. La Ley ontogénica fundamental o el misterio de la Cruz
  - C. "El peligro del escándalo"
  - D. Complemento

#### V. EL "PARACLERICALISMO" O INDEPENDENCIA FRENTE A LA JERARQUIA

1. Sentido del "Paraclericalismo"
2. La doble faceta del "Paraclericalismo"
  - A. Usurpación de funciones
  - B. Actuar por cuenta propia
3. Conclusiones y actitudes de líder o servidor carismático ante la Iglesia-Institución
  - A. Los líderes o servidores "no deben olvidar que también las funciones sacerdotales son un carisma"
  - B. Jesús, de hecho instituyó la Iglesia en forma jerárquica
  - C. Los pastores en su relación con la Renovación Carismática
  - D. Una actitud difícil y necesaria del servidor:

La sana libertad

#### VI. EL DESALIENTO

1. Notas previas
  - A. Generalidades
  - B. Persuasión
  - C. Purificación interna y el "Espíritu de Jesús"
  - D. Importancia

2. Descripción de algunas causas
  - Testimonio
  - A. El sentido del fracaso
  - B. El desaliento en su cima o el acecho de la desesperanza
  - C. Tres causas inmediatas
  - D. Estrategia
  - E. La fe. El sufrimiento y la asistencia del Espíritu en el trabajo por la Iglesia a través de la Renovación Carismática

#### **VII. LA IMPROVISACION**

1. La tentación de omitir o precipitar la preparación mediata para los grupos de oración
2. La tentación de omitir o descuidar la preparación inmediata de la oración comunitaria en el grupo
3. La tentación en la importancia en dirigir eficazmente la oración comunitaria
4. La tentación de la importancia por omitir la evaluación del grupo de oración

#### **VIII. LA TENTACION DE LA RUTINA**

1. La sana creatividad
2. Las motivaciones y el actuar en el proceso del grupo de oración
  - Nota importante sobre la formación
  - 1. Una realidad
  - 2. La formación de los servidores de la Renovación Carismática
    - Algunas dificultades que pueden presentarse

#### **IX. LA TENTACION DE LA INDIVIDUALIDAD A DIOS EN LAS PRUEBAS**

1. Introducción
2. La purificación de la fe
3. Dios nos purifica para que caminemos en fidelidad hacia El en una fe más profunda, en el amor, para introducirnos más íntimamente en su trato.
4. La tentación
5. Aplicaciones a los servidores de la Renovación Carismática
  - A. La persuasión de los tiempos de prueba
  - B. La persuasión de que estamos "siempre necesitados del tronco de la vid".
  - C. La gran tentación de la "infidelidad"
  - D. La actuación

#### **X. ¿EL COMPORTAMIENTO INADECUADO CON LOS SACERDOTES?**

1. Varias realidades
  - A. La acogida fraterna
  - B. La preocupación y asistencia especial a la Renovación Carismática
  - C. El rechazo
  - D. ¿El comportamiento inadecuado con los sacerdotes?
    - (Nos referimos especialmente a los párrocos)
2. Cómo actuar

#### **XI. LA TENTACION DE "YA ESTOY CONVERTIDO DEL TODO"**

1. La experiencia de conversión: La experiencia en general
2. Particularizando sobre la experiencia de "Conversión"
3. "La experiencia" de conversión
4. Una doble exigencia de la conversión: Preparar el camino; fortalecerla

#### **XII. LA TENTACION DE LA EXCESIVA VALORIZACION DE "LA EXPERIENCIA RELIGIOSA"**

1. Aclaraciones previas
2. La experiencia religiosa

### **XIII. EL DESEO DESORDENADO DE EXPERIENCIAS CARISMATICAS**

1. La experiencia carismática
2. Experiencias religiosas y el carismáticas concretas
3. Prevenciones contra la experiencia religiosa y los carismas

### **XIV. ¿PRUEBA DEL COMPROMISO SOCIAL?**

Características

### **XV. EXAMENES DE SI ANTE EL SEÑOR**

Examen en la Renovación Carismática

Examen sobre las tentaciones enumeradas anteriormente

### **APENDICES**

1. GRUPOS DE ORACION DE LA RENOVACION CARISMATICA
2. PISTAS FUTURAS PARA LA RENOVACION CARISMATICA
3. LO QUE PUEDE APORTAR LA RENOVACION CARISMATICA A LA PARROQUIA

## PROLOGO

Esta es la tercera edición de la obra. Fue publicada por primera vez en Bogotá (Colombia), en el "Minuto de Dios". La buena acogida del público, dentro y fuera de la Renovación Carismática, nos ha movido a reeditarla. Pero ahora aumentada considerablemente, sobre todo en nuevos capítulos.

No obstante esta ampliación, en modo alguno se ha de considerar completa.

Sin embargo, los temas tratados son importantes, si se tiene en cuenta que van destinados, especialmente, a los dirigentes (servidores) de la Renovación Carismática.

Este es un don precioso del Señor a su Iglesia y al mundo. En expresión ya clásica de Pablo VI en 1975. "Una suerte para la Iglesia y para el mundo"; y en la no menos ponderativa de Juan Pablo II, "muestra de una extraordinaria vitalidad" nuevo comentario (1987).

Es preciso, pues, tratar de preservarla en las personas sobre todo de sus dirigentes, de cuanto pueda entibiar, desviar, desfigurar el designio de Dios sobre ella. Y por el contrario, citando de nuevo a Pablo VI, usar a los medios convenientes para que continúe y se acreciente como una "suerte para la Iglesia".

Todos estamos inmersos en un mundo de tentaciones, y el hecho de pertenecer y dirigir a una porción de la renovación Carismática en un grupo de oración, nos exime de ello, no nos mantiene al amparo de los ataques de la tentación. Precisamente el ser una obra del Señor, llamada a jugar un papel fundamental en la Iglesia y el mundo, hace que la fuerza del mal tenga un especial interés en disminuir, y aun apagar su "extraordinaria vitalidad".

Por eso, en cuanto digamos, no todo se refiere a realidades negativas que se den dentro de ella. Muchas veces se trata de una voz de alerta, de una discreta y sana vigilancia sobre nosotros.

Queremos contribuir con esta pequeña aportación. Colaborar en el hermoso designio de Dios, apuntando tentaciones peligrosas de las que no estamos libres. Sin embargo, ser tentado no quiere decir consentir en la tentación. Esto supone una connivencia de nuestra voluntad con el mal y, por lo tanto, de algo en lo que tenemos una culpa personal ante Dios y ante nuestros hermanos.

Desearíamos que esta obra fuera un aliento de optimismo, un nuevo caer en la cuenta de nuestra responsabilidad y, sobre todo, de la cooperación a la acción del Espíritu Santo, en la que libremente nos hemos comprometido. Más aún, recurrir con confianza plena a la ayuda del mismo Espíritu en cuyo poder está superar las tentaciones y convertirlas en motivaciones para una mayor unión con el Señor por la oración para el Reino.

Insistimos en algo ya insinuado, sin pretender hacer equivalente: a) tener tentaciones a caer en ellas; b) existir peligros a hundirse en ellos. Se trata de voces de discreta vigilancia. Las tentaciones y los peligros nos asedian muchas veces. Pero sería un gran desacierto abandonar lo que consta es obra y el querer de Dios por el hecho de que asomen a la cabeza tentaciones y peligros. Más de una vez son prejuicios sobre la Renovación Carismática e incluso no se la acepta, por el hecho de los peligros que en ella hay. ¿Y dónde no existen? En nuestra misma vida cristiana, en la vida sacerdotal y religiosa se dan y seguirán dándose, no sólo peligros y tentaciones, sino caídas en ellas. Pero sería una falta de lealtad, de confianza en la gracia de Dios, y hasta una humana pusilanimidad abandonar estas realidades sagradas por temor a caer. Es muy distinto exponerse a las mismas imprudentemente, aun provocarles culpablemente, a tener que pasar por esas vicisitudes de tentaciones y peligros que a veces van inscritos en el mismo ser de lo bueno que se pretende realizar; en nuestra naturaleza que lleva la gracia en vasos de barro (2 Cor 2,7), o en las tentaciones que nos vienen de fuera.

Hemos de confesar que más de una vez hemos caído en las tentaciones y peligros aludidos como personas particulares y como grupo. Pero creemos que la fidelidad y el cuidado de ser fieles al Señor supera con creces lo defectuoso que pueda haberse dado. Sinceramente, el hecho de llamar la atención sobre tentaciones y peligros no significa que la Renovación Carismática, como cualquier realidad espiritual, se halla exenta de la lucha dolorosa que, aun desde antes de los orígenes de la humanidad, se libró entre el bien y el mal. Todo grupo de oración se halla envuelto en el misterio del amor de Dios, en la tentación y el pecado, el sufrimiento, la vida, muerte y resurrección de Jesucristo.

A todos conciernen las tentaciones que vamos a tratar, pero las hay que, de modo especial, y puedo ser que único, se apliquen a los que se encuentran integrados en la Renovación. Pedimos a Dios que se digne enviarnos su Espíritu, por la intercesión de María, para que personas y grupos seamos fieles a Jesús, el Señor, a pesar de las tentaciones y peligros.

## ANTES DE COMENZAR A LEER LA OBRA

Pensamos no equivocarnos si creemos que a más de un lector le sorprenderá la insistencia con que se advierte sobre los peligros que pueden correr, y de hecho han corrido algunos en la Renovación Carismática Católica. Nos referimos a los servidores o dirigentes. Por eso queremos presentar algunas consideraciones que nos ayuden a recibir, con el corazón abierto, con sana receptividad, lo que se diga.

1. La realidad de los peligros que amenazan a la Renovación Carismática no tiene que sorprendernos, como si fuera algo insólito o que no debiera ocurrir. Un argumento extrínseco lo tenemos en las paternales advertencias de los mismos Papas que tan sincera, calurosa y frecuentemente han alabado a la Renovación y han considerado como una gracia inapreciable del Señor para la Iglesia y para el mundo. Esto mismo es aplicable a las Conferencias Episcopales que se han declarado manifiestamente a favor de la Renovación y desean verla cada vez mas fortalecida, purificada y extendida.
2. Los enemigos que pueden inducirnos a prevaricar, a provechándose de la fragilidad del hombre, están dentro y fuera de nosotros: Las raíces del mal brotan y rebrotan en nosotros, cuando parecían hallarse extirpadas; el espíritu de mal que se halla al acecho del punto flaco o de la debilidad interior que le ofrece una puerta por donde introducirse para hacer su obra destructora aun con apariencia de bien. El mundo en que vivimos tan impresionantemente contaminado de soberbia, ambición, envidia, apego al dinero y al poder... La lista sería poco menos que interminable. Nadie, si no es un iluso, puede decir que se halla a cubierto de toda tentación y de que está seguro de su fe y en su vida según Cristo.
3. Por otra parte, el hecho de la misma Renovación, sobre todo en el discernimiento auténtico y el buen uso de los carismas, crea una dificultad no insuperable, ni mucho menos, pero sí una dificultad peculiar. Sin embargo, tampoco esto debe sorprendernos, como no nos sorprende que en la vida matrimonial, en la familia, en los institutos religiosos, en la misma Iglesia haya dificultades y peligros.
4. Pero esta realidad no ha de inducirnos a cerrar los ojos; a endurecernos para no admitirlas; a consolarnos y justificar nuestra pereza y nuestra falta de una vigilancia discreta, diciéndonos que es una realidad común a todo lo humano y divino. Precisamente el tratarse de algo tan precioso y admirable, tan abundante ya en frutos personales y comunitarios, como es la Renovación Carismática, nos ha de poner en estado de una sana alerta. Queremos que nada de lo que se pueda aportar para el bien de la persona, de los grupos y comunidades, de las instituciones y de la Iglesia, se malogre o se limite. Por eso aceptamos ser amonestados, avisados, advertidos y aun criticados, aunque la crítica sea, más de una vez exagerada. Reconocemos de buena gana que se nos señalen los peligros y tentaciones a que la Renovación Carismática está o puede estar sujeta y agradecemos ese acto de caridad, aunque la persona no lo hiciera con las mejores intenciones. Tratamos de ser objetivos: de no exagerar; pero tampoco disminuir el calibre y aun la gravedad de las tentaciones. El equilibrio en el aprecio de éstas es muy importante a la hora de poner los medios más adecuados.
5. En algunas partes, juzgamos, al menos por algunas personas, que han enfatizado tanto los peligros y las tentaciones, que prácticamente han venido a paralizarse los frutos del Espíritu por falta de una discreta cooperación a su actuación. A veces las personas, sobre las que constantemente se está esgrimiendo: ¡peligro! ¡tentación! se sienten temerosas y no se atreven a dar un paso aun tratándose de cosas que objetivamente están exentas de esta amenaza. Repetimos una vez más: El hecho de que las máximas autoridades de la Iglesia nos señalen los peligros y tentaciones, es una gracia del Señor y hemos de estar dispuestos a acoger sus advertencias, avisos y sugerencias para superarlas o no caer en ellas.
6. Pero hemos de ser sinceros con nosotros mismos y ver cada uno personalmente, o el grupo que dirijo o el ministerio en que trabajo, si han caído en ellas o corren un riesgo de ser devorados o debilitados por los peligros o tentaciones. El Señor en el Evangelio nos advierte y avisa que seamos vigilantes. Es una virtud a la que hoy debe prestársele una especial atención.  
Siempre, en cualquier aspecto de la vida estaremos abocados a correr riesgos. Pero no **imprudentes**. Cuántas personas han perdido su vocación, han malogrado su vida espiritual... porque se expusieron a peligros y tentaciones que un sano juicio humano y la moción interna del Espíritu les certificaban que no debían exponerse. El riesgo prudente, humana y divinamente **prudente**, hay que correrlo más de una vez. Pero seamos discretos en ello: no actuemos arrastrados por el capricho, por el deseo que brota en nuestro subconsciente y que, siendo nuestro, lo atribuimos con gran ligereza a Dios. Tenemos la ayuda de personas, cuya vida y experiencia de los caminos del Señor garantizan su consejo. Tenemos aquellos a quienes Dios ha puesto como guías de su Iglesia para que sepamos acercarnos a ellos y ser dóciles a sus indicaciones o mandatos. Y tenemos, sobre todo, la ayuda insustituible del Espíritu; pero que ha dispuesto que, muy frecuentemente sus inspiraciones y mociones interiores pasen por las mediaciones humanas, sin las que corremos el riesgo de interpretar mal su acción en nuestro ser íntimo. La humildad y la obediencia, sin quitar nada a nuestra creatividad ni anular los dones humanos y divinos, nos salvarán. Es una garantía insustituible.

## I. LA REALIDAD DE LAS TENTACIONES

### 1. En la raíz de la vida cristiana

A la luz del Evangelio y recordando la peculiar insistencia de San Pablo, la vida cristiana debe ser considerada como una progresiva unión y crecimiento en Cristo (Cfr Ef 4,15).

De otro modo, partiendo de los efectos fundamentales del Bautismo, tal como nos lo dice la Carta a los Romanos, Dios Padre nos eleva al estado de hijos amándonos en su Hijo encarnado, al que quiere hacer el primogénito de entre muchos hermanos (Cfr Rom 8,27-29). Así que el Padre nos hace hijos suyos dándonos el Espíritu Santo, que rinde testimonio de nuestra filiación haciéndonos invocar: Abba, ¡Padre!

Entramos, pues, en comunión con el Padre por el Hijo, injertándonos en El con el poder del Espíritu. Recibimos al Espíritu Santo, enviado por el Padre a ruegos del Hijo que intercede. (Cfr. Jn 14,1 ó).

De manera que la vida cristiana debe ser, en virtud de su realidad más íntima, realizar la vida trinitaria o llenar las exigencias que brotan del Bautismo. Se trata, por lo tanto, de vivir una vida de obediencia y amor al Padre, de una relación personal con Cristo a cuya humanidad resucitada nos une el Espíritu Santo, de vivir la docilidad de las iluminaciones y mociones del Espíritu, cuya función primordial es conducirnos a la *"plenitud del Hijo"*, Cristo Jesús.

Por eso, las expresiones paulinas: *"En Cristo, por Cristo, hacia Cristo"* en el Espíritu Santo resultan expresiones densas y acuciantes que pudieran resumir todo el vivir del cristiano.

### 2. La tentación en la vida cristiana

Precisamente, porque reproducir en nosotros la vida de la Trinidad puede malograrse por el pecado, toda la Escritura, muy especialmente el Nuevo Testamento, describe la vida del hombre como una lucha. En ella no será posible vencer sin la ayuda del Espíritu Santo.

Pablo y Juan son quienes con mayor insistencia y dramatismo han descrito este vivir cristiano, que oscila entre la tentación y la paz, la dicha y la tranquilidad, el gozo y el sufrimiento por el Reino de los Cielos. Pero siempre se ve alentado por la esperanza, no defraudada, de la ayuda divina pedida humildemente por la oración (Ijn 2,15-17; 4,4-6; 5,4-5; ICor 9,24-27; ITim 6,12; 2Tim 4,7-8).

Este drama doloroso que se presenta en la vida del cristiano, a veces con aristas muy agudas, le muestra que su vida en Cristo se ve asediada de peligros, expuesta a perecer o a de tenerse en su florecimiento y profundización. Pero la visión real de los riesgos no debe llevar al cristiano al desaliento, sino a una humilde y filial confianza en el Señor cuyo poder supera las fuerzas del mal y cuya ayuda se le promete. A ella debe cooperar con un esfuerzo comprometido.



No es, por lo tanto, una insuficiencia trágica la que gravita sobre el cristiano. Posee una capacidad indiscutible para superar la triple fuerza que se opone en su camino hacia Cristo (Rom 7,24-25; Jn 16,33; Mt 12,29). Y una prueba manifiesta de su poder es que el Espíritu Santo ruega, en el cristiano y por el cristiano, con gemidos inenarrables, al Padre (Rom 8,12-27). Por eso, aun con la conciencia del poder enemigo, vive en la paz serena del que se siente protegido y capaz de superar todos los peligros. Para él, la salvación, el crecimiento en Cristo la existencia según la vida trinitaria, son objeto de esperanza (Rom 8,24).

El concilio Vaticano II ha tocado el tema con una realidad profundamente alentadora. La vida cristiana -resumimos su doctrina- se va desarrollando progresivamente en medio de tentaciones y tribulaciones; tiene necesidad de renovarse continuamente con la ayuda de la gracia de Dios. Pero ésta nunca falta al cristiano. Más aún, todos y cada uno estamos llamados a la perfección, y para ello contamos con la ayuda misericordiosa y abundante del Padre, en Cristo, por el Espíritu Santo.

Siendo, por lo tanto, nuestra condición terrena imperfecta, somos, no obstante, invitados a perfeccionarnos en Cristo Jesús, de cara a la perfección escatológica o definitiva en la otra vida, en el mismo Jesucristo.

### 3. Las tentaciones de Jesús

San Ignacio de Loyola descubre, con manifiesta pericia, la estrategia del "mal espíritu" en sus tentaciones cuando se trata de obstaculizar la obra del Señor en quienes buscan seguirlo sinceramente.

Esta fue la táctica que empleó también con Jesús. Las tentaciones que el Hijo de Dios sufrió durante su ayuno van marcadas profundamente con esta misma característica de presentarse "a partir de un bien" (Mat 4,1-11 y paralelos). Mas, en su entraña, iban dirigidas, diabólicamente, a un fin que hubiera dado al traste con la misión salvífica de Jesús. Pretendían, nada menos, que apartarlo de la voluntad del Padre; en definitiva, volverlo hacia un mesianismo material y político. Satanás se esfuerza en separar a Jesús de la intimidad con Dios, que señala necesariamente dicho nombre, sugiriéndole un mesianismo que sabe perfectamente no estar conforme con la misión de siervo recibida por Cristo en el Bautismo.

Se trata de tentaciones mesiánicas. Jesús tiene aún la posibilidad de orientar ese mesianismo en un sentido contrario a la voluntad de Dios. Como en los orígenes del mundo, la obra de Dios quedará destruida por una elección que no tenga el apoyo divino.

Las tentaciones de Jesús "nacen de su condición de siervo". Van dirigidas sutilmente al corazón mismo de su confianza incondicional en el Padre. Satanás pretende abrir a Jesús los ojos, como a Adán, para que vea lo incongruente que es su manera de actuar con los hombres y se desentienda del Padre, constituyéndose en Mesías propio e independiente. Satanás se encierra en el mismo círculo que lo perdió: la soberbia, la autosuficiencia hasta el desprecio de Dios; construir su mundo aparte, por sí y para sí.

La lección de Jesús es admirable y sumamente práctica: no es Dios el que tienta, pero permite situaciones en las que realmente seamos probados. De esas tentaciones, por su peligrosidad sacada de la experiencia, es de las que los cristianos, siguiendo las enseñanzas de Cristo en el Padrenuestro, piden ser librados. La tentación de Cristo resulta tan cruel y peligrosa que El mismo quiere que oremos para semejantes situaciones se le ahorren a la Iglesia y a los Cristianos.

El cristiano tiene asignada una impresionante tarea, nacida de la trascendencia de su realidad bautismal: reproducir en sí la imagen del Primogénito entre muchos hermanos, Cristo Jesús (Rom 8, 27-29).

Desde aquí hay que tratar de ver la tentación: La esencia de ésta ha de entenderse partiendo de que el hombre, como ser deficiente, está ordenado a una perfección, que lo trasciende. El impulso a la perfección personal y, por lo tanto, moral, es su orientación hacia su prójimo y hacia Dios. Tal impulso o tendencia sólo se realiza en la medida de la apertura a la trascendencia, al misterio de Dios experimentado, pero incomprensible.

Aquí es donde comienza nuestro drama. Palabra exacta, no porque la tentación haya de <sup>18</sup>consumarse ciegamente en un fracaso humano-divino, sino por el peligro manifiesto de no realizar nuestro gran destino y porque la perfección a la que decimos estar ordenados se ha de realizar muchas veces en el dolor, aunque de él, como de la muerte de Cristo, surja pujante la glorificación.

Repitémoslo para no ser infantilmente sorprendidos: la tentación de Cristo es modélica. Esto quiere decir, entre otras cosas, que si el Padre prometió que su Hijo fuera tentado sutil y duramente, permitirá circunstancias en la que seremos presa codiciada de los ataques del mal. También aquí es oportuna la advertencia de un teólogo en su informe al episcopado de su nación: "Algo importante esta sucediendo: es como un despertar del Espíritu. La necesidad de discernimiento es urgente; debemos caer en cuenta de que las fuerzas del mal intervienen más cuando algo de importancia se produce".

Como cristianos y dirigentes de la renovación, debemos recordar una verdad que, vivida y experimentada en propia carne, es necesario repetir: Las raíces del mal se hunden en nosotros profundamente. Los impulsos espontáneos del hombre en cuanto "carnal", es decir no animado por el Espíritu, están potencialmente en nosotros, dispuestos a asaltarnos. Aun cuando hayamos sido "injertados" en Cristo, hemos de seguir luchando continuamente para mantener nuestra auténtica libertad (Rom 6,12; Col 3,5). La tentación dramática entre el impulso al bien y el impulso al mal, pone al hombre en una situación desgraciada de la que es liberado solamente por Cristo (cfr. Rom c.7). El líder (o servidor) de la Renovación Carismática que se ha entregado seriamente al Señor para hacer de Él, el centro de toda su vida, y se ha responsabilizado con una misión tan importante en la Iglesia, se verá expuesto a una persecución enconada del enemigo de Jesús.

Por su condición de cristiano que aspira a vivir su bautismo y por el bien que el Señor puede hacer por su medio en los demás, se convierte en un bocado exquisito para Satanás. Dios, en sus designios de salvación, permitirá que sea tentado. El maligno pretenderá apartarlo del Señor, hacer infructuosa su obra y querrá llegar lo más lejos posible. Las tentaciones vendrán de diversos campos: de nosotros mismos, en nuestra condición carnal de hombres no dominados por el espíritu del enemigo de Dios que también juega su influjo sobre nosotros.

El dirigente de la Renovación no escapará a esta realidad. Tendrá que recorrer el mismo camino de Cristo.

Pero también, como el Señor, cuenta con la fuerza del Espíritu de Jesús. No hay por qué turbarse. Existen un poder y un amor que el Padre Celestial ha puesto a su disposición en la persona del Espíritu Santo. Ha de confiar y aprender a utilizar lo que está siempre a su alcance.

**Notas del autor:**

1. La tentación es una realidad espiritual tan común que excusa toda legitimación. La experiencia cotidiana nos habla demasiado elocuentemente de este acontecimiento que enrola a todos, buenos y malos.  
Si en algún capítulo se podrían aducir citas que avalaran lo que en el cuerpo de la instrucción se dice, es en éste, precisamente, en que cabría mas abundancia, y excelencia de nombres y de obras.  
Por esto, porque en todo manual de alguna solvencia se encentra tratado con relativa abundancia, no hemos querido hacer uso de citar lo que el lector puede hallar fácilmente. Las obras clásicas tanto antiguas como modernas no olvidan este aspecto fundamental y hasta se prodigan en su trato. Igualmente se puede afirmar de los diccionarios de espiritualidad. Sobre todo los más recientes; por citar uno, el Nuevo Diccionario de Espiritualidad: le dedica páginas densas que es preciso leer con detenimiento para extraer el rico contenido que allí se atesora.
2. Queremos, no obstante lo dicho, hacer algunas excepciones:
  - San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús -piensan muchos maestros de la vida espiritual- señalan las dos grandes cimas de lo que inspiradamente se ha escrito sobre el tema.
  - San Alfonso María de Liguori y San Francisco de Sales han pasado a ser autores tan leídos como amados por el pueblo cristiano.
  - San Bernardo y el P. Alonso Rodríguez en su camino de perfección (suprimidas o pasadas por alto algunas páginas ingenuas del segundo), siguen siendo maestros mayores de la vida espiritual.
  - R. Garrigou-Lagrange, Las tres edades de la vida interior. Buenos Aires, 1944.
  - K. Rahner, en la multiplicidad de sus escritos también aborda felizmente este campo y, específicamente, en "Sobre el problema del camino gradual hacia la perfección cristiana", Estudios de Teología, Taurus, Madrid, 1961, 13-33.
  - S.G. Arzubalde, Teología spiritualis (El camino espiritual del seguimiento de Cristo), Universidad Pontificia de Comillas, Madrid, 1989-
  - (Varios) Sabiduría de la Cruz, Madrid, 1981.
  - G. Thils, Existencia y santidad en Jesucristo, Sígueme. 1987.

## II. LA BÚSQUEDA DESMEDIDA DE LOS DONES ESPIRITUALES

### 1. Generalidades

La Renovación es "carismática" principalmente por la docilidad y disponibilidad a la acción del Espíritu Santo en cada uno y en la comunidad orante. Pero lo es también por la donación, el uso y el crecimiento de los carismas. Más exactamente, *"porque pretende vivir la plena vida en el Espíritu que significa el ejercicio de todos los dones en la comunidad"*.

Estos, por el Dador, por su sentido y finalidad, son en sí algo bueno y deseable. La misma Iglesia, en el concilio Vaticano II, los ha puesto en el lugar eminente que les corresponde. Son nada menos que el modo habitual de que se vale el Espíritu Santo para "edificar" su Iglesia. Por eso deben ser estimados debidamente; los fieles han de pedirlos con humildad y usarlos discretamente, dentro del orden, cuando se sientan *"agraciados"* con ellos.

Pero, aun supuesta su bondad y eficacia, en la construcción de la comunidad del Señor no deben pasar a ocupar, ni en nuestro deseo ni en el uso, el puesto indiscutible que le corresponde a su Dador. Se trata, por lo tanto, de lograr ese justo equilibrio que nos impida correr a los extremos: un deseo y búsqueda impaciente y morbosa, un temor más allá de lo discreto, una congoja que nos hace vivir en tormento exagerando el peligro y cerrándonos al Espíritu y dificultándonos la disponibilidad a su uso.

Uno de los criterios de discernimiento que nos puede guiar en este mundo de los carismas respecto de su auténtica posesión y práctica, es si aumentan la humildad sincera. Aunque los carismas son, primariamente, para bien de la Iglesia de Cristo, también los agraciados con ellos se benefician en su vida y en toda actitud de amor y de entrega.

No es raro que, sobre todo en los comienzos de la nueva vida en la Renovación, se busquen con afán desmedido, como si el mero hecho de tenerlos significara haber sido elevados a un grado especial de virtud. No es tampoco infrecuente asistir a las reuniones de oración con el oculto deseo de ver algo espectacular. Todo ello delata una inmadurez espiritual contra la que se lucha tenazmente en la Renovación. El tiempo, la debida instrucción y la obra a fondo del Señor en nosotros, se encargarán de irnos sacando de nuestros sueños y devolvernos a la realidad: existen los dones, no son una ficción; hay no pocas personas agraciadas con ellos y, quizás nosotros mismos lo seremos en la hora de Dios. Todos, por el mero hecho de ser cristianos somos fundamentalmente carismáticos. No son tantos los tocados de *"carismanía"*.

Seríamos injustos si tildáramos con tal defecto a la inmensa mayoría de cuantos asisten a los grupos de oración y llevan algún tiempo en ella. Ni siquiera todos los principiantes caen en ese defecto que, por lo demás, no es un hecho aislado ni singular.

La verdadera motivación que debe primar en nuestra asistencia a los círculos de oración es la de alabar al Padre en Espíritu y verdad; la de vernos transformados, por su acción, en la totalidad de nuestras vidas y orientados, cada vez más profundamente, hacia el Señor.

Se impone un examen tranquilo sobre nosotros: los deseos desmedidos de ser objeto de los dones del Señor o de presenciar "cosas llamativas", no dejan en buen lugar a la Renovación; arguyen una inmadurez que hemos de tratar seriamente de superar.

Es no sólo natural, sino necesario, que el Espíritu del Señor suscite carismas en su Iglesia, en particular y como lugar especialmente adecuado, en los círculos de oración, donde se le ofrece una oportunidad especial para actuar. Pero nuestra actitud es colocarnos sencillamente como personas disponibles a ser usados por El, cuando quiera y donde quiera, aun en lo más extraordinario. No nos asuste esta expresión. Estábamos demasiado desacostumbrados para asimilarla fácilmente. 20

El deseo desmedido de los carismas cierra la mano del Señor. No quiere ser forzado. El es libre, y la actitud humilde de disponibilidad es la mejor preparación para que, si entra en sus planes, llegue hasta nosotros la gracia de sus dones.

No hagamos infructuosa la oración de alabanza por tener clavado el corazón en los dones, hermosos en sí y en los fines a que los orienta el Señor, sino en el Dador por excelencia: el Espíritu Santo.

Esta tentación, más perceptible y manifiesta en los comienzos de nuestra entrada en la Renovación, puede asaltarnos también cuando estamos comprometidos en el liderazgo. El hecho de vernos investidos con una misión de gran importancia en la Iglesia: tener que dirigir un grupo de oración, donde normalmente se desarrollan los carismas; ser instrumentos del Señor para ayudar a crecer en Cristo al grupo encomendado; discernir la autenticidad y el buen uso de los dones, etc., es un terreno apto para que el maligno nos asalte. Necesitamos estar bien equipados para dirigir, ayudar, pastorear a nuestros hermanos. Parece que debiéramos tener en abundancia los carismas para *"construir"* la comunidad de la que somos responsables. Si otros menos instruidos, menos conocedores de la Renovación, quizá menos entregados al Señor, tienen uno o varios dones, ¿por qué no quienes han de supervisar, discernir, dirigir a esos mismos favorecidos por el Espíritu? El celo mal orientado, la envidia oculta, el deseo de ser considerado y admirado... pueden hacer presa en nosotros. El espíritu del mal no nos tentará abiertamente; lo hará, como a Cristo en las tentaciones del comienzo de su vida pública, a partir de un bien real o

aparente. Es preciso que los líderes no se consideren inmunes a estos ataques sutiles. Persuadidos de esta realidad, han de saber conservar la serenidad interior, ser capaces de examinar, discernir en sí mismos las raíces ocultas de lo que aparece, en la superficie, como irreprochable. Sin alteraciones ni congojas, es importante conservar la humildad, la capacidad de ser ayudados, para mantenerse en ese difícil equilibrio que huye de los extremos, en la apreciación, deseo y uso de los carismas en sí y en los demás. Lo que hemos dicho es aplicable al líder en relación con su grupo.

## 2. La "carismanía" y sus efectos

Estemos serenamente alerta; seremos tentados en lo que algunos, acertadamente, designan con el nombre de "carismanía": deseo desordenado de carismas. Es un peligro que entorpece la verdadera efusión del Espíritu Santo; predispone para las "falsas" iluminaciones y puede llegar hasta la soberbia.

Nada más temible que el sujeto tercamente persuadido de haber sido agraciado con los dones de profecía, de interpretación, de conocimiento... Ellos se dan efectivamente, pero están sujetos al discernimiento para que conste su autenticidad.

Cuando una persona por sí y ante sí, decide sobre los dones supuestos, nos hallamos frente ante una situación difícil. Sólo la prudencia, el tacto y, sobre todo, la oración, puede resolver un problema arduo y doloroso.

El peligro para la Renovación, para el grupo al que pertenezca y para el propio sujeto es manifiesto: "Evaluar los círculos de oración por la cantidad de actividad carismática"; supervisar, discernir, dirigir a esos mismos favorecidos por el Espíritu? El celo mal orientado, la envidia oculta, el deseo de ser considerado y admirado... pueden hacer presa en nosotros. El espíritu del mal no nos tentará abiertamente; lo hará, como a Cristo en las tentaciones del comienzo de su vida pública, a partir de un bien real o aparente. Es preciso que los líderes no se consideren inmunes a estos ataques sutiles. Persuadidos de esta realidad, han de saber conservar la serenidad interior, ser capaces de examinar, discernir en sí mismos las raíces ocultas de lo que aparece, en la superficie, como irreprochable. Sin alteraciones ni congojas, es importante conservar la humildad, la capacidad de ser ayudados, para mantenerse en ese difícil equilibrio que huye de los extremos, en la apreciación, deseo y uso de los carismas en sí y en los demás. Lo que hemos dicho es aplicable al líder en relación con su grupo.

## 2. La "carismanía" y sus efectos

Estemos serenamente alerta; seremos tentados en lo que algunos, acertadamente, designan con el nombre de "carismanía": deseo desordenado de carismas. Es un peligro que entorpece la verdadera efusión del Espíritu Santo; predispone para las "falsas" iluminaciones y puede llegar hasta la soberbia.

Nada más temible que el sujeto tercamente persuadido de haber sido agraciado con los dones de profecía, de interpretación, de conocimiento... Ellos se dan efectivamente, pero están sujetos al discernimiento para que conste su autenticidad.

Cuando una persona por sí y ante sí, decide sobre los dones supuestos, nos hallamos frente ante una situación difícil. Sólo la prudencia, el tacto y, sobre todo, la oración, puede resolver un problema arduo y doloroso.

El peligro para la Renovación, para el grupo al que pertenezca y para el propio sujeto es manifiesto: "Evaluar los círculos de oración por la cantidad de actividad carismática"; juzgar la calidad de su vida espiritual por la abundancia presumida de los carismas y de las manifestaciones sensibles del Espíritu; alejarse de una dirección sana; resistirse a reconocer el valor de los grandes maestros de la vida espiritual, siempre actual, y de la tradición inmensamente rica de la Iglesia, son riesgos demasiado serios y devastadores. Tales personas y el Espíritu se bastan. No parecen darse cabalmente cuenta de la aventura que corren al achacarle al Espíritu cosas que solamente existen, respecto de ellos, en su fantasía exacerbada por el deseo inmoderado de los dones del Señor.

Olvidan que sólo el amor es la medida de la espiritualidad cristiana. Desconocen lo relativo a esa vida que *"se esconde con Cristo en Dios (Col 3,3), por medio de la humildad y la mansedumbre aprendidas del Salvador"* (Mt 11,29).<sup>21</sup>

Entra, igualmente, en la "carismanía" un error que indica desconocer la Renovación y no haber dado con la pedagogía más elemental de la espiritualidad cristiana: esperar que las vidas sean guiadas, siempre y constantemente, por mensajes y revelaciones sobrenaturales; de otro modo, *"esperar que Dios intervenga de un modo carismático cuando los poderes naturales son suficientes para resolver el problema"*. Formulando de un modo negativo, *"rehusar la obra que debemos hacer, por ejemplo, el estudio,... con la idea de que el Señor proveerá a través de sus dones"*.

Esta actitud implica una falsa persuasión: *"Ver la actitud carismática como un fin en sí, más bien que como un medio para el crecimiento personal y comunitario"*

De aquí se sigue el abandono de toda planificación, discreta cooperación del hombre a la obra del Señor. Resulta hasta ridículo o tentador respecto de la acción del Espíritu Santo, la pretensión que, prácticamente al menos, se puede dar: querer sustituir la reflexión, la instrucción, la demanda de consejo..., *"por un "querigma" de neta inspiración carismática"*.

## 3. Algunas causas

Nos hallamos frente a un engaño que pretende sorprendernos y enredarnos con cierta facilidad. Se inquietan si no tienen o les parece no poseer ciertos dones. Todos estamos bien equipados de ellos.

Quizás echamos de menos los que deseáramos y hacemos muy poco caso de los que realmente tenemos. Inconscientemente, podemos aspirar a los que se clasifican como *"extraordinarios"* por parecemos que son una recompensa del Señor a nuestra obra o

fidelidad. Ellos, en el juicio de muchas personas, demuestran la santidad de la vida o el valor que merecemos ante Dios. Nada más equivocado.

Cierto, el cambio moral, la orientación de todo nuestro ser hacia el Señor es uno de los signos de la "autenticidad" de los carismas de una persona.

Pero esto no equivale al juicio de Dios sobre nosotros. Tal persuasión y, sobre todo, la actuación a que conduce, puede ocultar una tentación sutil. El deseo inmoderado de carismas no se orienta precisamente a la gloria de Dios, a ayudar en la edificación, por la unidad y el amor de la Iglesia; sino a "edificarse a sí mismo": el deseo oculto de prestigio, de ser considerado en un nivel superior de santidad; el larvado exhibicionismo. Resulta muy halagador verse traído y llevado en boca de admiradores; que corran tras de uno demandándole oraciones, imposición de manos... Nada de esto hemos notado en aquellos a quienes auténticamente el Señor ha favorecido gratuitamente con sus dones, por más extraordinarios que sean. La sencillez, la humildad y un discreto no hacer caso de las manifestaciones admirativas de los demás. Aceptar cortésmente sus palabras de alabanza, pero su corazón está puesto firmemente en el Señor de quien proceden y en sus hermanos a quienes sirven.

Insistimos en la descripción, un tanto exagerada, para poner más de relieve la peligrosidad de la tentación de la "carismanía".

Tampoco hemos de olvidar el trabajo de zapa que pueden ejercer *nuestros profundos deseos subconscientes*: es todo un mundo completo que actúa, desde la oscuridad, activamente en nosotros. Indagar las causas más hondas y exponerlas, aun brevemente, rebasa el ámbito de nuestra obra. No está demás saber que existe tal sector misterioso y que podemos ser víctimas de su actividad.

Por eso, hay que repetir una vez más: es necesario someter a discernimiento las mociones del Espíritu y lo que aparece como carismas, para averiguar, al menos con certeza moral, su calidad verdadera o falsa.

Nada de lo expuesto debe arrastrarnos a la intranquilidad y desasosiego; menos a un temor enfermizo. Al contrario, se trata de un medio prudente de cerciorarnos sobre actividades internas que, no pocas veces, aparecen ambiguas. Es descubrirlas para entregarnos de lleno a la acción del Espíritu si realmente provienen de Él, o para orillarlas si son un fruto de nuestros deseos, o de la obra del "maligno" en nosotros.

No olvidemos: el discernimiento realizado por uno mismo en cosas de cierta importancia y cuando personalmente nos afectan, no da excesivas garantías de objetividad. Por eso San Ignacio de Loyola, eminente en el discernimiento espiritual, encarece el valor de un maestro espiritual que ayude a discernir.

Notemos de paso algo que está cada vez más claro en la Renovación: ésta necesita contar con santos y sabios maestros del Espíritu. La "dirección espiritual" tiene una importancia especial dentro de ella. Refugiarse en "ya me guía el Espíritu; no necesito de ninguna ayuda ajena" es desconocer peligrosamente los pasos difíciles de la vida espiritual y los peculiares de la Renovación. Es preciso caer en cuenta de que, a partir de la Encarnación del Hijo de Dios, e inaugurada por El en profunda humildad (Fil 2,5), se da en el orden sobrenatural una mediación querida y bendecida por el Señor. Sigue el modo ya antes comenzado en el orden natural. En esta mediación intervienen los hombres como cooperadores, respecto de sus hermanos.

Terminamos este apartado: debemos estar dispuestos a aceptar cuanto el Señor nos regala, y atrevernos, humildemente, a pedir en abundancia los carismas del Espíritu, dentro del plan salvador del Señor para nosotros. Pero aguardémonos de medir nuestro aprecio de la virtud, el amor de Dios por la manifestación de los carismas. Todos somos entrañables, infinitamente queridos por el Señor, porque somos sus hijos, no porque poseamos uno o varios carismas.

#### 4. Tratamiento

Como toda enfermedad la "carismanía" lo es en sentido espiritual- requiere un tratamiento adecuado. Nos contentamos con insinuar algunos medios. Sería muy laudable que las personas con síntomas de contagio, estuvieran dispuestas, con humildad, a descubrir su situación a una persona experimentada y aplicar los remedios que se le indicaren.

Pero aquí está, precisamente, la dificultad: caer en cuenta, admitir hallarse dentro de un campo<sup>22</sup>espiritualmente peligroso. Es realmente difícil que uno, por sí mismo, si no es fuertemente iluminado por el Espíritu de Jesús, se dé cuenta de la situación interna en que se encuentra. La enfermedad se agrava por la actitud que, frecuentemente, crea a nivel intelectual y emocional: una "dureza de juicio" contra la que pueden estrellarse las más prudentes indicaciones y aun la actitud del Señor.

Este, pues, sería el primer medio: la ayuda fraternal, no dada en plan de imposición, sino de un diálogo en el que participa la persona afectada, que va descubriendo su propia situación, llevada de la mano por un maestro espiritual de cálido sentido humano y por acción interna del Señor.

A veces, puede ser suplida por el acto comprensivo de una persona, quizá menos experta en cosas del espíritu, pero de plena confianza para el sujeto, y entregada, en su propia vida, a la acción del Espíritu.

Es igualmente necesario indagar, hasta donde se pueda, el origen de la situación concreta. Aquí se hace imprescindible no sólo tacto exquisito sino un conocimiento, al menos suficiente, para saber penetrar en la intimidad de la persona, sin herirla ni empeorar la situación. Si no se tiene cierta seguridad de éxito, por la experiencia en manejar casos semejantes, o se siente auténticamente movida por el Señor para intervenir, no fácilmente presumible, lo aconsejable es renunciar a intervenir. No todos son aptos ni están preparados para misión tan delicada. Meterse a ayudar por propia iniciativa, cuando el caso es difícil, es arriesgarse a profundizar el mal, por más competente que pueda uno ser en espiritualidad y teología. La psicología tiene su propio valor y su misión. También aquí, no hay por qué dejar a un lado, sino utilizarla y vivificar la oración intensa al Señor. Todo esto ayudará a ir llevando al sujeto a la persuasión de que no todo es obra extraordinaria del Espíritu. Sería negarse a sí mismo el conceder al hombre cualidades para después dejarlas arrumbadas. Como hemos subrayado suficientemente, son necesarias la oración, tanto personal del propio sujeto, como la de sus hermanos y la súplica comunitaria.

Podemos aplicar a nuestro caso lo que F. McNutt dice tan persuasivamente: "En los pasados diez años mi comprensión del poder de Jesucristo para transformar las personas en sus vidas ha cambiado gradual, pero radicalmente. Jamás dudé de que El vino a cambiar nuestras vidas, pero creía, sobre todo, a través de sus enseñanzas, que El nos haría instrumentos útiles".

Lo que E. D. O'Connor afirma debe ser consignado: "Tres son las fuentes de energía y actividad en la vida cristiana: la natural, que comprende todo lo que emana o procede de la naturaleza humana. La Eclesiástica, que comprende todo lo que procede de la institución hecha por Jesucristo. La Carismática, que abarca todo lo que emana de la libre inspiración del Espíritu Santo. Ninguna de ellas reemplaza las otras; cada una tiene su propia función".

El último aspecto, el carismático, necesita ser discernido; sometido a los criterios que garantizan su procedencia del Espíritu de Cristo y no de nuestros deseos o de la acción subterránea del subconsciente o del "maligno".

En todos los enumerados debe entrar la oración como elemento vivificador que purifica motivaciones y se acoge al poder y al amor del Señor.

Otro recurso que en modo alguno debe ser omitido es el siempre mencionado, que Jesús es el profeta y el maestro que nos señala el camino que nosotros debemos seguir. Y no solamente es quien nos enseña y muestra por dónde caminar, es también nuestro modelo: el camino, la verdad y la vida.

Todo es verdad, naturalmente, pero hemos de caer en la cuenta de que nosotros necesitamos poder para transformarnos; que no podemos enseñar y predicar y entonces esperar que la gente cambie sus vidas. Este puede ser también nuestro caso: una comprensión limitada, incompleta de la realidad espiritual. La oración, que pone a nuestra disposición el poder de Jesús, actuante por su Espíritu, se hace imprescindible cuando se trata de volvernos hacia el Señor, convertirnos, entregarnos en mayor profundidad a su acción.

En el problema que enfrentamos, la gracia de Cristo se hará sentir para iluminar, mover al sujeto y agilizar el proceso de vuelta a la normalidad espiritual y aún psicológica. Este poder, que el Espíritu Santo pone en movimiento, es el objeto de una oración humilde, confiada, repetida en clima de fe y de amor.

Dentro del medio citado puede entrar la oración de curación interior. Hecha oportuna y discretamente, en espíritu de fe profunda y de amor comprensivo hacia el hermano, será una ayuda inapreciable.

Quizás -y hay casos que lo avalan- lo que no se ha podido conseguir por otros medios, se alcance por éste. Pero como en todo actuar del carismático, deben, también aquí, estar muy presentes la prudencia y la caridad.

## 5. Complemento

*El gusto por lo maravilloso y el deseo inmoderado de carismas (carismanía).*

Es, sin duda, una preciosa realidad en la Renovación Carismática: la motivación fundamental de la mayor parte de las personas que acuden, semana tras semana, a los grupos de oración, es sincera, despojada de la búsqueda de sí. Van tras el Señor: su adoración, su alabanza, la acción de gracias, unidos a sus hermanos que se acercan con el mismo corazón abierto al Señor.

Esta es la realidad que hace a los grupos de oración lugares privilegiados para la acción del Espíritu. Ofrece oportunidades que El aprovecha para actuar poderosamente en el interior de las personas, convertirlas, purificarlas, perfeccionarlas, hacerlas cada vez más semejantes a Cristo.

Pero no todos acuden, sobre todo al comienzo, con una intención tan pura y con una motivación tan centrada en el Señor. No hay por qué extrañarse de ello, aunque desearíamos que todos siempre estuvieran revestidos de estos sentimientos que reproducen, de algún modo, los de Cristo cuando se acercaba a orar a su Padre Celestial.

En todo grupo de oración hay que contar con alguna o algunas personas que, en sus primeras visitas, van llevadas por el gusto de lo maravilloso: han oído hablar de carismas. Quizás Dios, a través de sus hijos, se ha manifestado con la gracia de sanaciones físicas, sobre todo, y el gusto innato por lo que sale de lo ordinario, por lo "maravilloso" las incita a tomar parte en el grupo. No pocas veces es un cebo que, providencialmente, utiliza el Señor para comenzar a realizar su obra de atracción y de conversión. Cuando los servidores están bien instruidos, saben aprovechar maravillosamente esta atracción para catequizar progresivamente a las personas.

Ciertamente, en los grupos de oración que funcionan bien y se abren a la acción de Dios se operan curaciones, sobre todo interiores, que no pueden menos de elevar nuestro corazón en agradecimiento y alabanza.

Cuando hablamos aquí del obstáculo que crea el gusto de lo maravilloso, no nos referimos a quienes están lejos de los extremos en los que solemos incurrir: la actitud del que se cierra sistemáticamente a lo sobrenatural y toma una "pose" negativa y la del que "colecciona lo maravilloso", dejándose guiar por ello y reduciendo, lamentablemente, la vida espiritual a hechos real o pretendidamente sobrenaturales. En la Renovación Carismática existe un sano equilibrio, cada vez más afirmado, en el aprecio y el uso de los carismas y ojalá que se llegara a tener siempre el verdadero sentido eclesial en el uso y visión de los dones del Señor.

Nos referimos aquí a los que se pudieran llamar los "aficionados" a lo maravilloso: éstos son los que realmente representan un verdadero obstáculo para el desarrollo y crecimiento del grupo de oración, a los que hay que tratar de ayudar a superar su situación.

Tales personas no se avienen fácilmente a oír, y menos a tratar de asimilar, la doctrina de la cruz. Para ellos cuenta más el poder de Dios que se manifiesta en las sanaciones, que su misericordia y su compasión que perdona, purifica a sus hijos. La doctrina y la práctica del perdón no les parecen tan importantes y los frutos del Espíritu no están puestos en el lugar primordial que deben tener como floración preciosa de la acción del Espíritu en el alma.

Es una labor de tacto y de fortaleza, de perseverancia y de paciencia la que ha de ejercitarse con ellos para que vayan desprendiéndose de su mentalidad "mágica" e ir equilibrándose en sus juicios y sentimientos respecto de lo "maravilloso". Negarlo todo, sería cerrar los canales de la gracia que, ordinariamente, quiere comunicarse a través de signos sensibles. Aprobar todo (tener ansia de lo maravilloso)

sería ir contra las reglas de la prudencia y la dolorosa experiencia de siglos, y convertir la sana, fuerte y exigente espiritualidad del Evangelio en una realidad confortable, fascinadora, sin los sobresaltos que impone la marcha tras Cristo.

### III. NO FAVORECER SUFICIENTEMENTE LA ESPONTANEIDAD Y LAS MANIFESTACIONES DE LOS DONES DEL ESPÍRITU

#### Testimonio

"En 1968, mientras completaba mis estudios de post-grado en filosofía en la Universidad de Fordham, tenía mi habitación en una residencia para los jesuitas que estudiaban en la Universidad. Una mañana de primavera el Padre Jim Powers, S. J., de la Provincia jesuita de New England, coincidió conmigo en el desayuno. Había estado ausente por varios días. Me dijo que había asistido a una conferencia nacional de los pentecostales católicos. Yo había leído sobre el movimiento pero no tenía experiencia personal del mismo. Me extrañó que Jim estuviera envuelto en tal cosa, porque me parecía ser el hombre más equilibrado. Yo simpatizaba cautelosamente con el movimiento, pero tendía a asociarlo con tipos más emocionales que Jim. Le rogué que me contara más respecto de sus experiencias con el Pentecostalismo Católico. Mientras él hablaba, yo me sentía interiormente afectado. Después del desayuno tuve la impresión de ser casi arrastrado hacia la capilla. Allí me senté para orar. Siguiendo las indicaciones de Jim que podíamos preparar el camino al Señor para recibir de El, el don de lenguas, comencé a repetir para mí tranquilamente "la, la, la, la". Inmensamente consternado, noté que pronto siguió un rápido movimiento de la lengua y de los labios, acompañado de un tremendo sentimiento de interna devoción. Ahora puedo volver sobre esta experiencia y verla como el punto en que mi propia vida espiritual, en su desarrollo, dio un giro radical. Yo había sido fiel anteriormente a la oración, pero era seca y formulística. Desde aquel día, he sentido una creciente necesidad de orar y un profundo deseo de orar por los demás". (Tomado de *Pentecostalism, A Theological Viewpoint*, by D. Gelpi, S. J., Paulist press, New York, 1971, 1-2).

Evidentemente, en este aspecto, que tiene su puesto principal dentro de las reuniones de oración, se puede ir de un extremo a otro. En ello, como en todo, se ha de buscar el difícil equilibrio: lo preciso, lo justo, lo que da una discreta razón y, sobre todo, el discernimiento del Espíritu.

Nos referimos a la multiplicidad de carismas y dones que el Espíritu Santo puede y quiere suscitar entre los que El ha elegido para "edificación" de la Iglesia.

Es probable la búsqueda ansiosa de los dones del Señor. Lo es, más aún, darles la primacía sobre la "docilidad al Espíritu", su obra interna y la transformación de nosotros en Cristo. Pero también hay quienes se preocupan demasiado y se angustian por los peligros.

Una cosa es la discreta vigilancia, una previsión inteligente de ellos y aun la fraterna corrección a quienes indiscretamente usan los dones; otra, muy distinta, es *reprimirlos y extinguirlos por temor*".

Si realmente han nacido del Espíritu no es para que los agraciados con sus dones los tengan "soterrados", como hizo con el talento el siervo perezoso (Mt 25,24-30).

Dados para "edificar la Iglesia de Cristo", no usarlos discretamente por la razón que fuere, es privarla de un gran bien.

El miedo infundado, no el sensato alerta, impide no sólo lo debido, sino el acrecentamiento y desarrollo que normalmente se seguirá. Y aun puede cerrar la puerta a la concreción de otros nuevos. Siempre será actual el dicho paulino: "*Examinad todo, haced el conveniente discernimiento y quedaos con lo bueno* (1 Tes 5,21).

#### 1. Algunos puntos doctrinales

Recordemos ciertos puntos doctrinales. Nos darán el verdadero sentido de los "carismas" del Espíritu y nos ayudarán a apreciarlos, desearlos, pedirlos y cultivarlos en su justa medida, según la voluntad de Dios.

##### *Exposición abreviada de su fin*

Suponemos conocida de nuestros lectores la finalidad de los carismas. La definición de Muhlen más general, se completa con la de Rahner, más particular: Los carismas (en sentido amplio) son "una aptitud general, en la medida en que es liberada por el Espíritu, y aceptada para la edificación y el crecimiento del cuerpo de Cristo o del mundo".

25

"En el Antiguo Testamento y en la actual terminología, designan, cuando se emplea en plural, los efectos del Espíritu de Dios en el creyente que nunca pueden ser exigidos por el hombre, ni pueden ser previstos por los órganos oficiales de la Iglesia, ni pueden alcanzarse por la recepción de los sacramentos; aunque siempre y en cualquier lugar de la tierra, pueden conjeturarse o presumirse, puesto que pertenecen a la esencia necesaria y permanente de la Iglesia, de la misma manera que la jerarquía y los sacramentos. Los carismas, en contraposición a las virtudes, apuntan a hacer visible y creíble la Iglesia como *pueblo santo de Dios* y así son un complemento del ministerio eclesiástico en su función propia".

Las consecuencias que de ambas descripciones de los carismas se deducen, son sumamente importantes.

#### 2. Consecuencias

—*La primera consecuencia* es que el Espíritu Santo, el Espíritu de Cristo, se manifiesta, está presente en los carismas. Son "Signos de la presencia del Espíritu de Cristo".

Aunque el Espíritu Santo es "un don de Sí mismo", el don por excelencia, la fuente, origen y dador de todo carisma, la importancia, el valor y el aprecio de sus dones han de ser altamente considerados por todo cristiano. Se trata de realidades que nos descubren una presencia real de alguien que está detrás y por encima de ellos, infundiéndolos, haciéndolos crecer e impulsando a usarlos rectamente.

Remontándonos a la causa última y suprema de su existencia, nos hallamos ante "*signos manifestativos del amor de Dios, que se ha difundido en nuestros corazones por el Espíritu Santo*" (Rom 5,5). Es un amor de pura benevolencia del Padre que los concede en Cristo, por el Espíritu Santo, con una finalidad eminentemente "misionera y salvífica" por eso el cristiano debe servir al plan de salvación de Dios "con la fuerza de los dones del Espíritu que le son concedidos".



—*La segunda consecuencia* es una "derivación" de la precedente; si se trata de realidades con valor fundamentalmente salvífico, es obvio que el cristiano los desee, los pida humildemente y los use conforme a la voluntad del Padre, que los concede con una finalidad determinada. Así coopera al designio de salvación sobre los hombres. Cuanto se refiera a la propia estima, prestigio, exhibicionismo, influencia,... queda radicalmente excluido. Indicaría "una especie" de robo sagrado, una "prostitución" de lo que por su misma naturaleza y por la intención del donante, se orienta definitivamente a la construcción en el amor, en la unidad, de la Iglesia de Cristo.

Ellos capacitan para emprender diversas tareas que tienden a constituir y renovar a la Iglesia; consideramos que no es vana esta repetición: es demasiado serio lo que está en juego para que los cristianos se permitan usarlos sin discreción o, más grave aún, con la intención velada de glorificarse o prestigiarse con ellos.

—*La tercera consecuencia* parece, igualmente, obvia: nos hallamos ante realidades delicadas, expuestas a desviaciones, interpretaciones equívocas o torcidas; a influjos inadvertidos de nuestros profundos anhelos que parten del subconsciente y pueden pasar desapercibidos. Por eso, se hace totalmente indispensable el discernimiento.

No hemos de vivir en angustia: la paz del Señor, y la discreta vigilancia, nos ayudarán a usarlos en el tiempo preciso y en el modo humano y divinamente fiel a la intención del Espíritu.

Lo importante es evitar el extremo opuesto, la "carisma-nía" o deseo inmoderado de carismas. Ambos son igualmente reprobables. Si debemos desechar toda ambición, eliminar todo uso indiscreto, es también inadmisibles dejarse "traumatizar" por el temor o ser inhibidos por el miedo de un empleo dañino y destructor de nuestra vida espiritual y de la ajena.

Es preciso contar con nuestra sana comprensión de los "carismas", con la propia "discreción" y la de nuestros hermanos, con la ayuda, que llegará si somos fieles al espíritu, de quien es el Dador.

—*La cuarta consecuencia*, demasiado simple, pero fundamental: se impone antes de todo, un juicio. Conocer con cierta profundidad, si es posible, qué son las carismas y las particularidades de cada uno.

Por citar un ejemplo: son no pocos los incrédulos, los que "minusvaloran", hasta desprecian el controvertido "don de lenguas".

Cuando se les invita a explicar qué entienden por tal don, llega uno a asombrarse de la ignorancia, de la ligereza con que hablan de una realidad hoy tan estudiada, desde todos los ángulos posibles, por especialistas, y tan frecuente entre los carismáticos. ¿No sería más prudente dejarse instruir, sin prejuicios, por personas competentes en la materia, antes de emitir un juicio que puede descubrir reparos, mala o deficiente formación?

Si los carismas, en frase de K. Rahner, pertenecen a la esencia de la Iglesia, no tenemos que maravillarnos de que en nuestros días también se den. El mismo Vaticano II ha tomado posición respecto de ellos y no es, por cierto, negativa.

Se impone, por lo tanto, que los pastores y los fieles conozcan en profundidad este acontecimiento moderno, mejor dicho, tan antiguo como la misma Iglesia, pero hoy afortunadamente reencontrado. Se debe conocer el pensamiento de Juan XXIII que tan sincera e intensamente pedía un nuevo Pentecostés con todas sus felices consecuencias; enterarse del modo, como "automáticamente", puede creerse en ellos; saber los criterios de discernimiento de los dones y el uso "discreto" de los mismos.

Ni juicios preconcebidos, ni ilusionados; ni "todo lo bueno", ni "todo está erizado de peligros y por lo tanto, debe ser evitado"; ni vivir en angustia, ni infantilismos de que siempre acertaremos en el uso debido; ni cerrazón, ni apertura indiscriminada a cuanto parezca ser del Espíritu, sin previo discernimiento. Hemos de caminar hacia el equilibrio en el conocimiento, en el juicio, en el uso. Podemos faltar tanto por el ansia de dones o búsqueda desmedida de los carismas, como por "no favorecer suficientemente la espontaneidad de los dones del Espíritu".

—*La quinta consecuencia* tiene una gran importancia: los carismas, en un grupo maduro de oración, que cuenta con una dirección experta, han de convertirse en elementos normales del grupo.

Si el círculo de oración ha madurado en la alabanza y los carismas no aparecen suficientemente, habría que indagar los obstáculos que impiden una sana y frecuente manifestación.

26

Parece bastante garantizada esta afirmación: no todos los carismas se dan en la misma abundancia. El de lenguas suele ser prodigado por el Espíritu si las personas no ponen obstáculo. Hay quienes positivamente lo rechazan por diversas razones. Pero, aún en la hipótesis de no existir tal impedimento, es discutible si todos serían agraciados con él. El carisma de profecía no es, ni mucho menos, tan frecuente.

Otra pedagogía y normas hay que tener con los grupos incipientes. Deben aprender a poner las cosas en su sitio; a conocer cuál es lo insustituible; qué puesto tiene la acción de Espíritu y qué cooperación pide de nosotros. Tener prisa por tocar el tema, más aún, presionar para que se manifiesten es una dañina pedagogía.

Pero en los grupos de oración ya maduros, debemos ser discretamente atrevidos en nuestra fe para que el Señor se prodigue de modos diversos, por el nombre de Jesús. San Pablo nos anima a ello, con tal de que en todo se guarden el decoro y el orden y, añadiríamos, se posea el don precioso del discernimiento (1 Cor Ce. 12-14)

—*Sexta consecuencia* favorecer la espontaneidad y las manifestaciones de los carismas, indudablemente, es tarea delicada. Aunque sea el Espíritu Santo quien los concede, los desarrolla y suscita su uso, hemos de saber colaborar con El; ni obstaculizar su obra en cualquiera de los tres aspectos, ni mostrarnos tibios sino favorecerla. ¿Cómo podemos hacerlo?

Queremos añadir que esta colaboración debe ser en un triple nivel: a) nivel individual, b) nivel de todo el grupo de oración, c) nivel de los líderes o servidores. Cada uno de estos diversos colaboradores del Espíritu desempeña su propio papel. Deben, por lo tanto, conocer los medios y el modo de realizarlo con la discreción humana, la humildad y la confianza en el Señor sin las cuales toda actividad del hombre queda estéril.

Respecto a los dirigentes, es necesario insistir en que una de sus tareas fundamentales es, precisamente, ésta: no debe permitirse ignorar cuanto los capacita humana y divinamente para colaborar en el Espíritu en una misión que redundará en bien o en mal de los sujetos particulares, del grupo como tal, de la Iglesia para cuya edificación se nos otorgan. Si los carismas se dan para "construir" la comunidad, su ausencia conducirá al estancamiento y al paulatino empobrecimiento del grupo.

Dar normas concretas no resulta fácil. Lo más útil es consignar orientaciones que puedan abarcar las diversas situaciones de las personas y de los grupos. Es, pues, muy importante echar mano de una prudente flexibilidad en su empleo, del conocimiento de lo que parezcan permitir las personas concretas y los grupos; sobre todo, hallarse sumergidos en la unión del Espíritu para saber discernir el tiempo, la oportunidad, el modo..., no apresurarse ni retrasarse; no insistir imprudentemente ni, por el contrario, descuidarse; no contentarse con poco, ni ambicionar lo más y lo mejor ya desde los mismos comienzos. El mismo San Pablo, en los capítulos 12 al 14 de la Primera Carta a los Corintios, nos da las normas sabias, válidas para nuestros grupos; veámoslas en comentarios de toda garantía para una interpretación orientadora.

Entre las disposiciones envidiables del líder se destaca la de hallarse "sensibilizado" a la acción del Espíritu Santo de modo que, percibidas sus iluminaciones y mociones, una su actividad a la del que actúa principalmente.

### **3. Apreciación personal**

Terminamos este apartado con una observación que puede prevenir desvíos o ayudar a eliminar desorientaciones y usos indebidos de los carismas. No olvidemos -y lo decimos sin asomo de alarmismo- que se trata de una realidad eclesial maravillosa pero igualmente seria. Comprometerá o beneficiará al pueblo de Dios y, consiguientemente, a la Renovación, nacida en la Iglesia y para la Iglesia.

Estamos siendo protagonistas de una imprevisible renovación en lo más profundo de ella. No es otra cosa, en expresión del Vaticano II, que "la fidelidad a su ser y a su vida".

Pues bien, la información y experiencia dicen que la mayor parte de los grupos carismáticos de oración maduran progresivamente en el uso correcto de los carismas. Las faltas de tino y de equilibrio van desapareciendo a medida que se instruyen convenientemente y el Espíritu Santo tiene campo abierto para actuar. No olvidemos esta verdad cuando de algún modo tenemos la responsabilidad de cooperar a que los carismas se susciten: ni debemos ni está en nuestra mano señalar la hora al Espíritu; ni retrasar o adelantar su aparición; ni designar a éste o aquél como los más indicados para ser depositarios de sus dones y más equilibrados para usarlos.

Nos parece, como feliz progreso, que la búsqueda ansiosa de carismas y la experiencia de lo "maravilloso" van cediendo terreno al deseo de encontrarse con el Señor, a un sincero y profundo anhelo de conformar la vida con la de Cristo y de entregarse en humildad y sacrificio a los demás. El Espíritu Santo y la docilidad a su acción, el seguimiento de Jesús, la instauración de una comunidad de amor, preocupan, serena pero seriamente, a la inmensa mayoría de los carismáticos. Y, afortunadamente, en muchos grupos de oración ha pasado a ser más que una sana y profunda preocupación. Comienza a ser una viva realidad que no pocos, cuando ven con ojos claros desde fuera, comienzan a envidiar. Empieza a repetirse, en expresión exacta, delicada y varonil a la vez, la exclamación asombrada de los primeros tiempos de la Iglesia: "Mirad cómo se aman entre sí y con qué solicitud y sacrificio se ayudan". Hemos vivido, y pensamos que cada día será una realidad más rica, lo que en nuestro mundo minado por el odio y la indiferencia parecía imposible. Es un indicio de que la gracia del Señor puede abrirse paso a través de la selva más tupida de maldad y obrar maravillas por su Espíritu.

Ante hechos innegables, podemos afirmar que la Renovación, fundamentalmente, camina bien orientada hacia el Señor, hacia la vivencia del cristianismo auténtico. Los carismas, sin dejar de ser estimados, pedidos y usados, pasan a ocupar el sitio que les corresponde: "signos de la presencia del Espíritu de Cristo, signos manifestativos del amor de Dios, manifestaciones de amor misionero y salvífico de Dios y los hombres".

Por lo tanto, aun en toda su excelencia y necesidad, no pueden suplantar el Don supremo, es decir, el Espíritu en su más genuina manifestación: la caridad (1 Cor c. 13). Más aún, los carismas se ordenan fundamentalmente a la caridad, y en un sincero y denso clima de amor cristiano es donde se han de usar discretamente, con miras a la "edificación del Cuerpo de Cristo".

### **4. Desvelando y previniendo abusos**

A pesar de esta visión, sanamente optimista y real, hallaremos, más de una vez, personas que dicen pertenecer a la Renovación; dotadas quizás de auténticos carismas, pero actuando fuera de toda norma y medida. Les parece tener "hilo directo" con el Espíritu y verse privilegiadas constantemente, aun en las más insignificantes particularidades de la vida ordinaria, con claras y profundas iluminaciones del Señor.

Impulsadas por esta persuasión, llenas a veces de buena voluntad se lanzan, por su cuenta y riesgo, a hacer uso de ellos, sin pensar que puedan estar equivocadas o ser juguetes de sus deseos y aun de la astucia del espíritu del mal.

No se les ocurre consultar, con total disponibilidad y pureza de intención. Si lo hacen, recurren a quienes pudiesen que darán un sí redondo a sus pretensiones o ponen en actividad sus cualidades para persuadir al consultado de sus ideas y de sus planes. Hay una búsqueda exacerbada y enfermiza de sí mismo; no un serio intento de dar con la verdad de Dios y de amoldarse a su voluntad.

Resulta lamentable presenciar ciertas actuaciones: presión abierta o veladamente, para hacerlos beneficiarios de sus carismas; imponen las manos y oran "por sanación" a quien se les ponga a tiro; "evangelizan", autónomos, sin contar para nada con la anuencia, menos aún con el permiso, del párroco; van de grupo en grupo mostrando que ellos sí tienen los dones del Señor, usando y abusando de los mismos, caso de que llegaran a ser verdaderos. La autoridad, aun del obispo, queda al margen porque son conducidos directamente por el Espíritu. No resulta fácil ni cómodo derribarlos, como a Saulo del caballo. Se hacen impermeables a los consejos sensatos y aun a la gracia. No caen en cuenta de que lo primero que el Espíritu Santo crea en nosotros, si realmente actúa, es la humildad y la obediencia en

amor. Con tales personas que -afortunadamente no abundan en la Renovación y terminan por alejarse de ella- se necesita mucho tacto, mucha paciencia y oración para saber actuar sin hacer daño alguno a otros que, demasiado crédulos o influenciados, han caído en la órbita de tales personas. El perjuicio, y aun el escándalo, se acrecientan cuando ocurre con algunos de los servidores. El puesto que ocupan los hace blanco especialmente vulnerable a las miradas de los demás.

Hemos exagerado de intento, para poner de relieve una realidad que podemos vivir. Nadie debe escandalizarse de que también en la Renovación se encuentren personas que actúen con un evangelio propio. Es fruto de todos los tiempos y climas. Pero una cosa es cierta en esta situación: que la Renovación toma muy en serio no dar lugar a tales espectáculos; que procura remediarlos, lo mejor que puede y que vive el Espíritu y pide ser librada de caer en errores y exageraciones individuales y masivas. Habrá grupos -los menos- que, temporalmente, traspasarán la línea de lo "discreto"; habrá también "carismáticos" aislados que serán un dolor para la Renovación como los hubo en las primitivas comunidades cristianas. No debemos juzgar la Renovación por estos hechos que se esfuman ante la fuerza y la verdad de la obra del Señor en la Iglesia por su medio. Lo sano, lo equilibrado, lo santo es mucho más que lo defectuoso. Y aun esto, tiende a desaparecer, sobre todo, cuando se cuenta con sacerdotes y obispos que animan, alientan, enseñan, guían, amonestan fraternalmente. Y entendemos que debe ser así, no sólo por razón de los dones, sino también por la Renovación como tal y por su importancia para la Iglesia: "El crecimiento de la Renovación a nivel internacional, el incesante compromiso y la participación, cada día mayor, de obispos, muestra que la Renovación no es algo marginal y periférico a la vida de la Iglesia en sentido psicológico. Teológicamente, toca lo que hay de más central en el Evangelio y en el misterio de Cristo". Es el más importante movimiento de renovación (si por tal se ha de tener y no más bien como un "acontecimiento espiritual") en la Iglesia contemporánea.

### **Testimonio**

Hacía meses que había recibido el llamado Bautismo en el Espíritu Santo. Me sentía una nueva "criatura". Pero tenía la impresión de que no toda mi persona estaba disponible a la acción del Espíritu. Había oído hablar del "don de lenguas". Le tenía sencillamente pánico.

Temblaba de que al Señor se le ocurriera fijarse en mí y concedérmelo. Cualquier cosa menos eso. Me parecía ridículo. Y no me encontraba dispuesta a hacerlo delante de los demás, si se hacía presente en una comunidad de oración. Por eso, me inquietaba y vivía un poco de zozobra. Lo rehusaba abiertamente. Y, afortunadamente en mi caso, sucedió algo inusitado. Estaba en oración y de improviso sentí como un apremio a mover mi lengua, el cual fue aumentando y comprendí que el Señor me invitaba a alabarle en lenguas. Me aterró. Mi primera reacción fue morderme hasta casi sangrar. Salí del apuro por aquella vez, violentamente. Pero Dios no se dio por vencido; una y otra vez, se dejó sentir con los mismos síntomas. Esto me creaba una intranquilidad de conciencia. Me parecía estar segura de que no era cosa mía pero interiormente deseaba alabar al Señor intensamente. Resolví consultar.

Se me dijo que no opusiera resistencia: ¿Quién era yo para luchar en contra del Señor? Que tomara la actitud de un niño y que me dispusiera a aparecer ante mí como un poco "tonta". Será una impresión pasajera. Obedecí. El don tan tercamente rechazado vino a mí; hoy pienso en mi actitud y casi me avergüenzo. Lo uso con frecuencia, privadamente. Mi alma se enciende en el amor del Señor y aun siento que me ayuda a ser liberada de ciertos complejos. ¡Gloria al Señor!

Teresa,  
Bolivia.

## IV. EL DESEO DE DOMINIO O VOLUNTAD DE PODER

### Testimonio

Vivíamos tranquilamente en la ciudad x, cuando una circunstancia familiar imprevista nos obligó a trasladarnos a otra cercana. Mi esposa, mis cuatro hijos y yo éramos felices. Todos estábamos comprometidos en la Renovación. Mi esposa y yo dirigíamos un grupo de oración. Los pequeños iban dejándose captar por el ambiente y hacían sus pinitos de "carismáticos". Llegamos en un momento que bien podríamos llamar providencial: acababa de formarse el primer grupo de oración en la nueva ciudad y no contaban, entonces, con personas de experiencia para dirigirlos. Cuando se enteraron de nuestra llegada y de nuestros trabajos en la Renovación, nos vieron como llovidos del cielo. Pronto se nos presentaron varias personas en casa y nos ofrecieron dirigir el círculo de oración. Aceptamos. Comenzó nuestra tarea. A las pocas semanas mi esposa se enfermó y yo me hice cargo de todo. Si hubiera tenido un poco más de juicio y de humildad hubiera ido preparando algunas personas para colaborar conmigo. Las había muy dispuestas y entregadas al Señor.

Pero la tentación se hizo presente y sucumbí. Tenía medianas cualidades para los diversos ministerios que exige un círculo de oración y no escatimé entregarme en cuerpo y alma: tocaba la guitarra y cantaba; me ocupaba de darles la instrucción semana tras semana; dirigía el círculo de oración y corría con cuanto menester, grande o pequeño, se presentara. Esta tremenda absorción me agotaba y me ponía nervioso. Lo que es peor, me llegó a dominar el pensamiento de que era una ficha insustituible y de que no podía delegar responsabilidades en ningún otro. La gente/-así me parecía- me admiraba y aplaudía mi actuación. Pero los meses pasaban y comencé a notar no sólo los estragos en mi vida espiritual, sino a preocuparme el hecho de que el grupo no parecía avanzar. Esta era la realidad. ¿Cuál sería la causa? Dios acudió en mi ayuda por el sentido común y la iluminación de mi esposa: "te estás convirtiendo, Alberto, en el "centro" del grupo de oración; estás desplazando al Señor. Y esto no puede ser bendecido con su gracia". Así era en efecto; sin caer en cuenta, me había deslizado hacia un egoísmo tan sutilmente posado en mi espíritu como la niebla del anochecer. Había tomado al grupo de oración como instrumento de gloria y satisfacción propia. Lo había convertido, por obra y gracia de la tentación, en un medio de "poder" y de "prestigio". Vi claro lo que antes ni intuía y pensaba que estaba empapado de la intención más pura.

Hoy todo ha pasado. Las cosas se han puesto en su sitio. Repartimos responsabilidades. Otros, más dotados que yo y entregados más sinceramente al Señor, colaboraron con gran acierto. He vuelto a ser uno que forma parte del equipo de dirigentes en el grupo de oración. Ha sido una lección de humildad y de trabajo desinteresado. Espero no volver a caer. Mi vida espiritual se ha normalizado y crecido. Y el grupo va, progresivamente, caminando en la alabanza y en los dones, segura y serenamente, de la mano del Señor.

Me parece que otros podrán aprender algo de mi propia experiencia. La tentación de poder nos asalta, por más dados al Señor que nos creamos. Ojalá mi sencillo testimonio abra los ojos de algún hermano y lo ayude a salir de tan peligrosa situación.

Antonio y Francisca,  
Colombia.

### 1. Introducción

Cada día se cae más en cuenta y se le presta mayor atención al papel de los responsables de los círculos de oración y a su esmerada formación. La cita, aunque no recordemos ni el autor ni la obra, merece ser subrayada: "Antes que la preparación de retiros, asambleas y seminarios, está la selección, formación y cuidado que se debe prestar a los servidores".

Lo que vamos a indicar se refiere especialmente a ellos. Nos atenemos, sobre todo, a la experiencia ajena y deseamos aprovecharla.

Los dirigentes de los grupos de oración no son invulnerables a las tentaciones que caerán sobre su hermosa y necesaria tarea. Precisamente por tratarse de una misión tan profundamente religiosa y delicada, existe la posibilidad de hallarse ante una mayor dificultad para descubrir las tentaciones con que el "mal espíritu", en expresión ignaciana, los acometerá. Y una de ellas, es la que un teólogo de prestigio, comprometido con la Renovación, denomina: "libido dominandi" el "ansia de poder". Sería lamentable que, en nombre de la Renovación, se diera libre curso a esta pasión, capaz por sí sola, de desintegrar un grupo, de hacer infructuosa la obra del Señor.

No podemos, en modo alguno, descartar esta realidad. Los líderes deberían estar tan sensibilizados a la acción del Señor que discernieran, por sí o con ayuda de un sacerdote, cuando comienza a hacer presa en ellos la tentación de dominio o acaparamiento del grupo, desplazando al Señor de su puesto. Deberían conocer la pedagogía que se ha de emplear en tales casos.

La tentación se disfraza. Aquí, precisamente, está el peligro y la dificultad de descubrirla como tentación, porque partirá de lo bueno o de lo aparentemente como tal. Ej.: un servicio activo para el Señor, no dejará infructuosos sus dones naturales y divinos. Adoptará diversos pretextos; pero la ambigüedad y el peligro no quedarán eliminados por eso.

Acomodando unas preguntas certeras, que el autor antes citado formula, podríamos proponer las siguientes para ser consideradas por los líderes o servidores: ¿Invito con mi actuación y mi vida a una relación personal más estrecharon Cristo? ¿Trato de construir en el amor un grupo de oración de alabanza, una comunidad de caridad o estoy construyendo un reino para mí, a partir del prestigio, del mismo amor y servicio? ¿Busco, por mi parte, conocer y recibir más plenamente al Señor y capacitarme para ser instrumento cooperador de su gracia? ¿Busco sinceramente al Señor y dirijo hacia El a mis hermanos o voy tras la satisfacción personal de dirigir acertadamente un grupo de oración?

¿Soy tan ingenuo que me creo insustituible y que sin mí el grupo de oración no puede ir adelante?

Este pequeño catálogo de preguntas no debe ser leído entre el temor y la angustia; sino recorrido con paz y respondido, en ambiente de oración. Con la sinceridad y lealtad de que me hallo ante el Señor, a quien nada se le oculta, recomponiendo mis desaciertos y eliminando mis limitaciones.

## 2. Intento de descripción de la tentación de poder

La búsqueda y actitud de dominio puede ser a nivel consciente e inconsciente. A nivel "consciente", es decir, cuando me doy cuenta que yo, realmente, quiero valerme de los grupos de oración para mi propio prestigio: "Una persona puede ser tentada a escalar cierta posición de oración, porque servir de este modo la hace sentir en una posición importante".

Evidentemente, la tentación responde a un deseo fomentado de prevalecer, de imponerse, de exhibirse, de obtener o aumentar su prestigio. Estamos, cuando nos entregamos a ella, dentro de un campo bien penetrado de inmoralidad. El "seguir a Cristo" y hacerlo, de hecho, centro de nuestra vida y del grupo que dirigimos, se queda en mera expresión sin contenido, se convierte en un desacato al Señor y en una deslealtad.

Nos servimos del grupo que se nos ha entregado para ayudarlo a "alabar" a Dios y a caminar en Cristo Jesús, y lo hacemos pedestal de nuestra ambición. Hay un ingrato y fraudulento desplazamiento del Señor para situarnos en su lugar. Merece, dentro de la Renovación, una calificación peyorativa especial, porque prometimos dar lo mejor de nosotros para ser usados como instrumentos de "transformación y crecimiento en Cristo" en bien de nuestros hermanos. Si consideramos la áurea cadena que debería formarse: de nosotros con el Señor, de nosotros con los componentes del grupo, y de estos, como agentes del Espíritu, para transformar a otras personas, nuestro desacuerdo se agrava.

Algunos líderes o servidores probablemente sucumbirán a la tentación, alguna vez en sus servicios. Pero es muy distinto ser sorprendido por ella, claudicar momentáneamente, reconocer el error, arrepentirse, acudir al Señor con la carga de pobreza espiritual para sacar, de esta experiencia del mal, un fruto de humildad y de un servicio más desinteresado. Tal fracaso y desfallecimiento en nada se parece a ceder, con plena conciencia, una y otra vez, a los impulsos desordenados de poder.

La tentación adquiere una gravedad especial cuando el servidor no se deja ayudar; cuando oyendo materialmente, persiste tercamente en sus puntos de vista, sin tratar de ser iluminado por otros, ni considerar con lealtad cuanto de verdad pueda haber en el juicio de quienes han reflexionado y orado antes de hablarle. Entonces los responsables de la Renovación necesitarán de una buena dosis de paciencia, de discernimiento, de oración y de sana libertad para que no se siga haciendo daño a una comunidad.

Sería injusto afirmar, en el caso de la tentación-sorpresa que no se ha comprendido ni se tiene el espíritu de la Renovación. Se trata de claudicaciones que, o retractan la auténtica y profunda intención con que nos acercamos a servir al Señor en los grupos de oración, o la debilitan y comienzan a ponerla en peligro. Pero, detectada la falta a tiempo, "capitalizada" sabiamente, puede conducir a un arrepentimiento sincero, a una entrega más despierta y purificada; a un sacrificio más desinteresado y a un alerta tranquilo. También en esta ocasión podemos afirmar que la "salvación", el servicio al Señor, el crecimiento en Cristo, la purificación de nuestras motivaciones "son un misterio de pobreza espiritual".

Damos este toque de aliento porque la experiencia muestra que los servidores, al verse sorprendidos por la tentación y sucumbir transitoriamente a ella, se sienten desalentados y defraudados de sí mismos.

Insistimos porque es una lección fundamental "en la vida según el Espíritu" saber mirar las cosas desde su perspectiva real; no valorar hechos aislados excesivamente y, sobre todo, utilizar el tropiezo y la caída como un medio de adelantar en la virtud de la humildad, de la confianza en el amor del Señor, en la íntima persuasión de que Él sigue estando a nuestro lado para darnos la mano cuando volvamos a caer. Es necesario conservar el sano optimismo, aún reconociendo nuestro error y perseverar, más humildes y purificados de nuestra suficiencia, en un servicio que el Señor sigue mirando con agrado.

## 3. La voluntad de poder: Manifestaciones

30

Es una tentación y un obstáculo que se da, sobre todo, a nivel de servidores. Por eso reviste el carácter de una dificultad especial, puesto que se inutiliza, detiene o debilita la obra del Señor por aquellos que Él desea, ordinariamente, utilizar como sus instrumentos.

Esta voluntad de poder tiene manifestaciones diversas:

Unas veces se manifiesta como un *acaparamiento de funciones* que, normalmente y fuera de casos excepcionales, deben ser realizados por diversos miembros servidores.

Otras, se presenta como una *guía dominante*, con sabor de servicio "dictatorial": se ha de hacer lo que ella determine; ha de prevalecer su punto de vista; ha de tener la última palabra inflexible, etc. Estamos ante uno de esos extremos que nos hacen sucumbir fácilmente: el "rigidismo", la inflexibilidad; lo contrario, precisamente, de la actitud de los servidores que dejan marchar las cosas "a la buena de Dios", sin intentar poner remedio o hacerlo de modo débil e ineficaz, ante situaciones que requieren una actuación serena, pero firme y discreta.

No pocas veces la voluntad de dominio se expresa en *cerrar la puerta* a los más pequeños y a los que por su instrucción deficiente, su manera incorrecta de expresarse, sus errores quizás debidos a la inexperiencia o al poco tiempo que llevan en la renovación, etc.; incluso por su porte exterior que delata una posición social de pobreza, quedan, de hecho, marginados en el grupo de oración. Este es un obstáculo que reviste una especial gravedad porque la actitud de Cristo frente a los humildes se convierte en una seria admonición ante tal proceder. No se trata de que ejerzan un servicio para el que no están preparados y que se reserva a los llamados servidores. Sino de que sean considerados de palabra y de hecho; de que tengan las mismas oportunidades de orar, de usar los carismas discernidos que quizás el Señor les ha dado, etc.

No es raro que la voluntad de poder se manifieste en el hecho de que sean los servidores quienes *acapan la alabanza* porque son ellos, prácticamente, quienes con la frecuencia de sus intervenciones o con la prolijidad de sus oraciones, no dan oportunidad a los demás del grupo, o les dejan como "las migajas" de tiempo que les sobra.

Las raíces de esta voluntad de poder están en la gran tentación humana, la tentación universal de "dominio", de prevalecer sobre los demás. El mismo Jesucristo fue atacado por este flanco (Mt 4, 5-7). San Juan nos amonesta seriamente y previene contra la urgencia de Satanás (1jn 2,16).

Es una manifestación flagrante de que el servidor no ha comprendido ni la enseñanza ni el ejemplo de Jesús (Mt 5,4ss.; Mt 20,25-28; Jn 13,1ss.). Arguye una falta capital de humildad en el ejercicio de su ministerio; y, si se prolonga, indica una incapacidad, casi radical, para ser guía de otros.

No pocas veces, se trata de personas fundamentalmente inseguras psicológicamente, que buscan, ordinariamente, a nivel inconsciente, "asegurarse" de un modo falso que aumenta y agrava su inseguridad.<sup>1</sup>

Las consecuencias de esta actitud son varias y frecuentemente serias: el escándalo, la división, el temor que hacen nacer hacia ellos, las murmuraciones abiertas o calladas, el estancamiento del grupo, el daño propio espiritual, etc.<sup>2</sup>

"El amor y la humildad para aceptar dejarse cuestionar en cualquier circunstancia", es una condición indispensable del servidor según Cristo.

"Los *dones* pueden convertirse en seguridad, título de vanagloria y de superioridad sobre los demás, de la misma forma como les estaba pasando a los apóstoles cuando discutían acerca de quién de entre ellos era el mayor. Tal vez este tipo de conversión es el más urgente para algunos en la Renovación; dejar de buscar apoyo en las experiencias tenidas, en los carismas recibidos, en los servicios proporcionados al grupo o a la Renovación entera y comenzar de cero, teniendo sólo a Dios por riqueza, *como niños recién nacidos* (cf. 1 Pedr 2,2), como el que es sorprendido por la llegada del Reino mientras se encuentra en el campo y no regresa para tomar el manto (cf. Mt 24,18). Si se echaran por tierra tantas dificultades, producidas por rivalidades ocultas y por competencias humanas, la obra de Dios resplandecería más luminosa sobre las ruinas de nuestro orgullo."<sup>3</sup>

<sup>1</sup>C. Baars, A-A., Terruwe, *Healing the Unaffirmed*, Alba House, New York, 1978. <sup>2</sup>F. Robert, *De quelques obstacles a la vie du Groupes de priere*, Tychique, b. 53, 1985, 38.

#### •Los celos y la murmuración

Estos constituyen flaquezas del hombre y de la comunidad. Pero no por eso son defendibles. Siempre estaremos expuestos a la tentación de los celos y de la murmuración. Estas reclaman, especialmente, de nosotros una sana vigilancia. Ni un obsesivo cuidado por no caer en ella, ni un descuido culpable, parapetados tras nuestra fragilidad. Precisamente la obra del Espíritu, cuando realmente le permitimos actuar en nuestras vidas, nos va liberando de la proclividad a dejarnos enredar en lo que el "mundo" considera como algo normal en la vida, al fortalecernos interiormente e irnos infiltrando los sentimientos de Cristo. (Gal 5,22).

La falta de una sana preocupación por evitar estos defectos morales indica que nuestra entrega a Cristo y nuestra docilidad a la acción del Espíritu son muy débiles y que existe en nosotros una gran frialdad en el amor.

Admitir los celos y la murmuración, sobre todo, cuando se han formado hábitos en nuestra vida por la repetición de los actos, va esencialmente contra el amor que le debemos a Dios (Deut 6,4-9) y al prójimo (Me 12,31).

<sup>3</sup>R. Cantalamessa, *Renovarse en el Espíritu*, Librería parroquial de Clavería, 1984, 27.

Los celos y la murmuración en los senadores de un grupo de oración y entre los mismos miembros de él tiene un *efecto pernicioso*, que puede llegar a un auténtico desastre.

Ambos defecto, íntimamente ligados entre sí, *se manifiestan de modos diversos*: Envidias por el puesto que otros ocupan; celos de los dones que, real o pretendidamente, algunas personas del grupo tengan y usen para bien de los demás; competencias fuera de lugar por atraer la atención; discusiones infructuosas y baladíes por hacer prevalecer su punto de vista contra tal persona del grupo, etc.; quejas injustificadas de ser tratados con dureza, de ser marginados, de considerar a otros más que a ellos; murmuraciones contra el modo de actuar; críticas de tonos diversos disfrazadas con el paliativo de la búsqueda de la gloria de Dios... Los "chismes" tienen una fuerza poderosa de expansión y de contagio y están impregnados de cierto gusto diabólico en los comentarios, en los "me dijeron", "se dice", "¿no te han dicho?", "¿te fijaste?" etc. Todo un mundo de pequeñeces, a veces no tan menudas que, de hecho, desunen, distancian, entibian y aun apagan el calor del amor.

No quiere decir que este cúmulo de defectos, de hecho, se den en los grupos de oración o fuera, en los miembros que toman parte en ellos. Los indicamos como tentaciones, obstáculos contra los que discretamente se ha de prevenir cada persona, sobre todo los servidores de la reunión de oración. Es realmente necesario velar para prevenir o erradicar, con suavidad y fortaleza a la vez, lo que va contra la esencia y el objetivo principal del grupo de oración: su construcción en el amor.

Hay que recordar siempre que debe hacerse del amor el objetivo principal de la reunión de oración, y se ha de tener muy en cuenta este obstáculo que se cruza en su caminar en el Espíritu y que pretende ensañarse en el grupo de oración.

#### 4. Notas pedagógicas para prevenir y superar la tentación de poder

"En la variedad de mortificaciones a que se entrega San Luis Gonzaga, ¿cuáles sobresalen? Las que van dirigidas contra "el sentido del honor mundano". Todos conocemos el despotismo que sobre la psicología de aquel siglo XVI ejerció "el negro concepto de la honra". Como "negro" lo calificó Teresa de Ávila, que a pesar de ser mujer y espiritualísima, tuvo también que luchar con vigor contra este caprichoso e íntimo tirano. "Un punto de honra" hacía brotar por cualquier parte desafíos, odios, venganzas y guerras. Un código minucioso regulaba sus acciones y reacciones. Y quien se desviaba de él yacía socialmente aniquilado.

Pues bien: he aquí el acierto del "rebelde por Dios". Arremetiendo contra el gran mundo, se aplica cuidadoso a mortificar sus pasiones interiores en particular la honra, a un verdadero acorralamiento del amor dentro de sí mismo, mortificaciones también las más útiles, como ejemplo ya ayuda a los contemporáneos para superar sus disimuladas paraclojas(...). La consigna del servicio ignaciano: "servicio por amor" colorea de un tono muy vivo la urdidumbre y dirige desde lo más profundo toda su orientación."<sup>4</sup>

##### **A. Tratar de "desaparecer" o el "anonadamiento" de Cristo.**

Citamos como una prevención y a la vez un remedio, la feliz expresión que oímos a una fervorosa servidora. Coincide totalmente con la doctrina evangélica y con la larga tradición eclesial en todo tipo de apostolado: "El verdadero carismático tiende a desaparecer más y más en su servicio, para dar lugar al Señor y colocarlo más espléndidamente y manifiesto en el puesto que le corresponde".

<sup>4</sup>J. Pasagli, El rebelde por Dios, Perficit, Salamanca. 1977, 225-226.

No se trata de una renuncia u ocultamiento de los dones naturales o **sobrenaturales** que puedan haberse recibido. Todo lo mejor de nosotros, regalo del Señor, es para Él y para nuestros hermanos. Al contrario, en cuanto de nosotros dependa, tenemos cierta obligación de irlos madurando y conducirlos, con la gracia de Dios, a la plenitud.

El "tender a desaparecer" que se le pide al carismático tiene un parentesco muy próximo con el "anonadamiento" de Cristo (Fil 2,5-11). Es estar dispuesto a trabajar en la Renovación tanto en la luz como en la oscuridad; es decir, tener la actitud de servir cuando puede ser notado y admirado, lo mismo que cuando ha de pasar desapercibido, llevando quizás "el peso del día y del calor". Es posible que otros sean quienes, ante los hombres, luzcan y él haya de contentarse con preparar el camino por donde transiten otros hacia el prestigio y admiración de los demás.

Es el "despojarse de sí mismo" (Fil 2,7). En Cristo es una humillación que se hace obediente hasta la muerte(...). Nada puede imaginarse tan alejado de Dios como la muerte. No habría necesidad de añadir más palabras para recalcar a fondo la dureza de este camino(...). La Cruz ocupa el punto central de su mensaje (de Pablo) que concibe la muerte de Cristo como muerte salvífica(.....). Esta es la única causa válida que el Apóstol admite para gloriarse (Col 1,24).

El carismático, iluminado por el Espíritu, debe ir cayendo en la cuenta de que su situación de servidor lo colocará en circunstancias semejantes a las que vivió Jesús. Por supuesto, es fundamental de la Renovación, que el servir sea cumplir con la intención y el dolor con que Jesús nos reconoció con el Padre.

A esta luz ha de ser valorado su comportamiento: su actitud, su disposición, su actuación... Nada, por lo tanto, más opuesto que el "ansia de poder" en una misión cuyo profundo misterio es colaborar con Cristo para conducir a Él a quienes se han confiado fraternalmente a su ayuda.

Para eso, el servidor tendrá, a su vez, que dejarse ayudar por sus hermanos de servicio. Nada tan hermoso como la unión entre él y los que llegan, hasta dejarse "interpelar", "corregir" en amor, aceptar su colaboración para superar errores y defectos; perfeccionar virtudes y dones; crecer progresivamente en Cristo. "El futuro de la Renovación Carismática depende, en alto grado, de los servidores de los grupos de oración y comunidades. Se halla íntimamente unido a su apertura al Espíritu, a su determinación de morir a sí mismos. Su obra, realizada en unión con otros, su mutuo servicio y disponibilidad a las personas de sus grupos son esenciales para que llegue a convertirse en realidad lo que Dios desea obrar en la Renovación y a través de ella. "Cuando los grupos tienen<sup>32</sup> problemas frecuentemente, es porque sus servidores tienen problemas entre sí."<sup>5</sup>

##### **B. La Ley ontogénica fundamental o el misterio de la Cruz.**

Tan unido se halla con el apartado anterior, que viene a ser una amplificación del mismo. Debemos insistir, siguiendo la pedagogía de Cristo y de los maestros de vida espiritual, sobre un tema que presenta una dificultad especial. Se encuentra revestido de aristas tan agudas que es necesario tratarlo, una y otra vez, para redondearlo y suavizarlo, como a los cantos esquinados de las playas para convertirlos en hermosas piedras rodadas.

Es un tema válido para todo el ámbito de la vida espiritual: para la verdadera oración, para el auténtico amor, para la motivación cristiana, para la perseverancia... Nada escapa a sus dominios. Tremontant lo expone tan densa y acertadamente que seguimos muy de cerca su pensamiento.

"Ideas semejantes se hallan en otros autores entre los que cabe citar a Mons. Coffy, arzobispo anterior de Marsella; el Documento de la Conferencia Episcopal Norteamericana (1984), etc.

"En varias ocasiones Jesús nos enseña una ley que es, a nuestro juicio, una de las leyes genéricas fundamentales o, incluso, la más esencial de las leyes que caracterizan la economía de esa realidad actualmente en trance de formación y que Jesús designa con la

expresión "Reino de Dios". La ley en cuestión(...) resume todas las paradojas que hemos leído, expresa el 'estilo' fundamental que caracteriza, a nuestro modo de ver, lo esencial de la doctrina evangélica". Y sirve como detector de la veracidad y profundidad con que el cristiano lo va aislando y viviendo. Este, exactamente, es el pensamiento de los grandes maestros de vida espiritual. Parecemos haberlos olvidado un poco; sin embargo, ahí están con su doctrina enraizada en el Evangelio, siempre actuales: no han pasado Catalina de Siena, Santa Teresa, San Ignacio de Loyola, San Francisco de Sales.

No debe extrañarnos que la incluyamos como condición y, a la vez, como criterio de discernimiento para descubrir si hemos sido o estamos a punto de ser atrapados por la tentación de poder. Lo hemos dicho, la espiritualidad de la Renovación Carismática, por ser esencialmente evangélica, bebe en las mismas fuentes de la gran tradición cristiana.

La ley de qué hablamos "recapitula la totalidad de las paradojas que caracterizan la doctrina evangélica, esa constante inversión de valores que registrábamos en cada ámbito de la existencia". Por eso, es aplicable para certificarnos sobre la autenticidad del crecimiento en Cristo. Citamos los pasajes más salientes del evangelio: Me 8,34; Mt 10,39; Mt 16,24; Le 9,23. "Se trata de una ley experimental cuya veracidad podemos comprobar...". Esta ley ontogénica fundamental, teórica, pero con aplicaciones prácticas, con consecuencias en el ámbito de la acción, está sólidamente fundada. No exige un reconocimiento sino una previa comprobación. Se funda sobre la experiencia constante y universal. Es una ley del ser y de la génesis del ser. La consecuencia que entraría en el ámbito de la acción no desemboca en el vacío. Al igual que todos los preceptos de la doctrina evangélica, poseedores de un fundamento ontológico y susceptibles de comprobación experimental, tampoco éste desemboca en la nada, sino que por el contrario, desemboca en el ser; en el ser más, en la vida. Enseña las condiciones de acceso a la vida. No exige el sacrificio por sí mismo. Como todos los preceptos evangélicos, invoca no el masoquismo autocensor sino el interés bien entendido. Es una Ley del ser y de la vida, no de la muerte". Es, en otras palabras, lo que gráficamente nos enseña San Juan: "Si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda infecundo; pero si muere, produce mucho fruto" (Jn 12,24).<sup>6</sup>

Todo en Jesús se halla orientado al momento supremo de su muerte que culmina en la resurrección. No es posible comprender su actuar sino con referencia a su sacrificio y glorificación. Por eso, el total desencanto y escándalo sobre Jesús para judíos y gentiles (ICor 1,23), culmina cuando se lo presenta como crucificado. No lo olvidemos: la misión del servidor no es otra que la continuación de la misión misma de Jesús y, por lo tanto, reproducir su modo y pedagogía divina, dolorosa y gozosa, a la vez.

Aquí no cabe engañarse con sentimentalismos ni arranques imaginativos; este modo de vivir en la realidad evangélica no supone rechazar ni ser indiferente a la alegría interna. Es un fruto del Espíritu (Gal 5,22-23). Aunque huele a paradójico, se halla en el corazón mismo la cruz de Cristo, llevada con amor. Es otra paradoja existencial de vivir en Cristo el influjo de su Espíritu.

<sup>6</sup>C. Tremontant, La doctrina de Yesua de Nazaret, Edit. Herder Barcelona, 1973, 179-181.

### **C. "El peligro del escándalo"**

No estamos exentos de él, por más comprometidos que nos creamos en la Renovación, "este lenguaje es duro ¿quién podrá soportarlo?" (Jn 6,60). Podemos imitar a los gentiles y griegos que San Pablo nos cita en su carta a los Corintios (1 Cor 1,18). El escándalo de la cruz acecha a quienes hemos entregado sinceramente nuestras vidas al Señor y queremos hacerlo, en verdad, el "centro de toda nuestra existencia". Si en algún campo necesitamos la iluminación del Espíritu, para llegar a la comprensión de este "misterio" y para vivirlo es, precisamente, en el que tantos han sucumbido. Nuestro ser cristiano y el compromiso con la Renovación están pidiendo un nuevo modo de vivir del que no está exento esta realidad. Podemos citar, con todo derecho, lo que D. Mondrone dice a propósito de los santos: "Se ha dicho que la vida de un santo resulta incomprensible en absoluto, cuando lo sometemos al mero juicio de la razón. Si queremos comprenderlo, valorarlo y describirlo conforme a los criterios comunes, corremos el riesgo de no entenderlo del todo y de arrancarlo de su ámbito focal, hasta darle, sin más ni más, un perfil contrahecho. El santo es un hombre que ha elaborado en sí mismo una transformación de pies a cabeza; es incomprensible para quien lo observe superficialmente y con perspectiva profana, y encima no percibe la carencia absoluta, en sí mismo, de aquel espíritu y de aquella responsabilidad que lo sostuvo(...). Nuestros criterios de buen sentido, de prudencia y las mismas leyes de valoración psicológica, resultan desconcertantes e incapaces de decirnos la verdad si nos ponemos a estudiarlas aplicadas a un santo. Está penetrado de Dios, contagiado de la locura de la cruz de Cristo. Siente como una ganancia y un deleite lo que otros lamentarían como una pérdida y un tormento. Para él es vida lo que para otros es muerte.

Doctrina desconcertante pero verdadera, la única espiritualmente avalada por el ejemplo de Cristo, que recibió toda la garantía de autenticidad en la resurrección del Señor. Si los servidores son personas que anhelan vivir para El, no tienen otra solución que darse como El y rechazar, según su ejemplo, la tentación de poder. Quien se ha entregado a Cristo, quien a capitulado ante El, está irremisiblemente perdido, éste será el gran consuelo, el gran hallazgo del servidor.

### **D. Complemento**

#### **•La apropiación del grupo de oración**

La experiencia enseña que ésta es una de las tentaciones en la que no es tan raro que caigan los servidores, con más o menos frecuencia; explícita o implícitamente.

Y por más que digamos con la boca que el Señor es el dueño del grupo de oración, sin embargo, no pocas veces procedemos como auténticos señores y propietarios del mismo.



Esta actitud es tanto más dañina cuanto que impide y es un serio obstáculo a la acción del Espíritu en el grupo.

•*Manifestaciones*

—El deseo fomentado y expresado aun en formas que delatan un apego consentido y una búsqueda de servicio para sí, de dominio: V. gr. "este grupo de oración lo formé yo y me pertenece", "nadie me lo quitará",... o similares.

—Frecuentemente, no querer o resistirse a que el grupo tenga más servidores o, si los tiene, manejarlo a su antojo, de modo que quede claro que es ella la persona que allí domina y hacer sentir el peso de pertenencia del grupo a sí misma.

—Prestar oídos sordos a las indicaciones del Equipo encargado de dirigir la Renovación y constituirse, prácticamente, en norma de lo que se haga o se deje de hacer.

—Ofrecer resistencia y aun negarse a obedecer cuando al Equipo, por causas ponderadas, le parezca deba ser sustituida o prestar sus servicios en otro grupo distinto.

•*Perjuicios*

—Como se dijo más arriba, es un verdadero obstáculo a la acción del Espíritu Santo, al usurpar el "señorío" sobre el grupo que sólo a Jesús corresponde.

—El peligro de ser causa de división, de formación de partidos, por su actuación, ante el deseo del grupo de contar con un servidor distinto o de otros que colaboren.

—Se corre un riesgo manifiesto de presentar una imagen de la Renovación muy distinta a la que ordinariamente es, y la cual es ofrecida por otros servidores.

—El peligro contrario tampoco deja de darse: crear un apego a la persona o dependencia humana de ella, de modo que degenera en problema a la hora de ser sustituida.

—La experiencia muestra que estos grupos guiados por tales servidores "posesivos" enfrentan dificultades con los párrocos, con los Equipos de la Renovación, con las personas que tratan de expresar su parecer si disiente del suyo, etc.

•*Diagnóstico*

Fundamentalmente, falta de crecimiento espiritual de fondo; una falta de humildad y obediencia; un desconocimiento, al menos práctico, de lo que es la Renovación Cristiana en el Espíritu Santo y, puede suponerse con fundamento, un descuido o abandono de la oración personal...

•*Aclaración*

Como aclaración provechosa, juzgamos oportuno añadir lo siguiente: a la "voluntad de poder" hemos de darle totalmente la vuelta o entenderla del modo como Jesús la entendió. Para El fue el completo vaciarse de sí mismo, la "*kenosis*" de que nos habla San Pablo en su carta a los Filipenses (2,5-11). Significó para Jesús abrazar la cruz hasta la muerte. Esto implicó el hacerse totalmente hombre.

Si verdaderamente hemos recibido el Espíritu de Jesús, como El "*hemos de gloriamos en la cruz de nuestro Señor Jesucristo*" (Gal 6,14). Pero no en cualquier cruz; no en la que nosotros nos fabricamos buscando sutilmente la propia auto-realización o glorificación, sino en la vergüenza y dolor que causan el rechazo, la persecución que puede llegar de mil modos y por caminos diversos; la rutina diaria y aburrida que frecuentemente implica el servicio leal a Dios y a nuestros hermanos.

Auto vaciarse de sí mismo, renunciar a la voluntad de poder, no es una opción para el verdadero discípulo de Cristo que pueda elegir o rechazar. Es la exigencia que nos impone haberse comprometido con Cristo de aceptar y soportar, con su gracia, las oportunidades que se nos presenten de sufrir la indignidad y la injusticia. "El enfoque erróneo de 'poder' y las equívocas interpretaciones de la Palabra de Dios vienen de ignorar el mandamiento de Jesús de tomar diariamente la propia cruz y seguirlo. Debemos recordar que el poder del Espíritu Santo nos es dado, no solamente para la evangelización, sino para nuestras vidas personales. El Espíritu se derrama, no solamente en el campo misional para hacernos más evangelizadores, profetas o lo que sea, sino también en el secreto de nuestros corazones cristianos hasta que nuestra '*kenosis*' personal encuentre dimensiones como las de Jesús. De allí que "*El debe crecer, pero yo disminuir*" (Jn 3,30) debe ser el axioma para cada cristiano, y nosotros somos llamados a discernir de qué manera esto puede hacerse realidad en cada una de nuestras vidas."<sup>7</sup>

<sup>7</sup>F. Mascarenhas, Llenos del Espíritu y todavía hambrientos, Minuto de Dios, 1990.

## V. EL "PARACLICALISMO" O INDEPENDENCIA FRENTE A LA JERARQUIA

Es uno de los peligros que con más preocupación se vigilaba al principio. No ha desaparecido del todo. Pero la realidad muestra que está sucediendo precisamente lo contrario de lo que se temía.

Una encuesta reciente, orientada hacia la adhesión de pertenecientes y no pertenecientes a la Renovación Carismática a varios aspectos fundamentales de la Iglesia, demuestra que el porcentaje más elevado de adhesión se halla del lado de los carismáticos.

El resultado no nos extraña. Cuando se ha captado bien lo que es la finalidad de la Renovación y la función de los carismas es, sencillamente, lo que debe ocurrir: una creciente adhesión a cuanto la Esposa de Cristo, con quien se ha comprometido propone, y una más estrecha unión con los que el Señor ha puesto para regirla, con el "carisma jerárquico".

### 1. Sentido del "Paracleralismo"

El P. O'Connor trata este punto del "paracleralismo" breve, pero densamente: "Uno de los aspectos más admirables y prometedores de la Iglesia actual, es el redescubrimiento del sacerdote y el apostolado de los seglares. La Renovación Carismática constituye un poderoso apoyo a este avance, porque es precisamente oficio de los carismas proveer al individuo para que desempeñe un ministerio en la Iglesia. Muchos laicos, mediante los carismas recibidos por ellos son llamados y de hecho desarrollan un claro ministerio de enseñanza, predicación, profecía, consejo...

Esto se halla de acuerdo con la naturaleza de la Iglesia y es una reacción al clericalismo exagerado imperante en tiempos pasados. Pero por este camino se puede ir demasiado lejos, en cuyo caso se puede incurrir en un paracleralismo(...). Este término no significa lo mismo que anticlericalismo, que es un resentimiento contra el clero(...). El "paracleralismo" ocurre cuando el liderato de los seglares llega a debilitar o usurpar las funciones que corresponden al sacerdocio oficial. Si se le permite que se desarrolle hasta sus últimos límites, puede llegar a reducir a dicho sacerdocio oficial a una especie de capellanía sacramental, mientras que el trabajo activo de evangelización, enseñanza, pastoral, etc. sería de la competencia de líderes o servidores carismáticos(...). Tanto el oficio como el carisma tienen su propia función y deben complementarse, no sustituirse uno al otro. El sacerdocio de ordenación se origina en el mandato dado por Jesucristo a los Apóstoles. Fue, pues, establecido por el mismo Señor y constituye un elemento estructural y permanente de la Iglesia. Por otra parte, los carismas representan la libre inspiración del Espíritu, que sopla donde quiere, independientemente de la función. Tanto función como carisma, son utilizados por Cristo para regir su Iglesia. De igual modo, el Espíritu Santo santifica a la Iglesia a través de ambos; pero la forma de obrar es distinta.

"El sacerdote ordenado y el carismático son instrumentos de Cristo y el Espíritu; pero en forma distinta. Las sagradas órdenes hacen que quienes las reciben sean representantes personales de Cristo. Están facultados para actuar, según la expresión: "in persona Christi," en nombre de Cristo. No sólo al consagrar o absolver los pecados actúan en nombre de Jesucristo, sino también cuando predicán, bendicen o en cualquier otra forma, desempeñan una función sacerdotal. Los carismáticos, en cambio, son los portadores de una facultad de Cristo que no se confiere por las sagradas órdenes. No tienen autoridad para hablar o actuar en el nombre de Cristo como lo hace el sacerdote, sino que lo hacen con un poder espiritual que se instala por propia eficacia".

### 2. La doble faceta del "Paracleralismo"

Desearíamos hablar de la Renovación Carismática, a la que amamos profundamente, sin tener que airear aspectos no tan limpios. ¿Dónde no se encuentran? La lealtad y el amor nos hacen ser fieles y descubrir deficiencias o prevenir peligros reales. Sentiríamos causar temores infundados o al menos producir "alarmismos" sin fundamento. Al contrario, cuanto en esta obra se dice va orientando a vivir en sano optimismo y entusiasmo la Renovación, a ayudarnos a ser hombres "purificados" de todo lo que se opone a la obra del Espíritu en nosotros y a convertirnos en eficaces cooperadores de la gran obra que El quiere hacer en su Iglesia por la Renovación.

#### A. Usurpación defunciones

35

*Ya anotamos anteriormente la descripción de ella que hace O'Connor. No es necesario repetirlo. Insistimos únicamente en lo que sigue:*

—Descontando que existe un campo de exclusiva competencia del sacerdote ordenado, los aspectos en que pueden actuar, a la vez, el oficio y el ministerio son realizados de modo muy distinto por el sacerdote y el carismático. Si tomamos como ejemplo la evangelización, la unción sacerdotal le confiere al ministro ungido del Señor la facultad "única" de actuar "in persona Christi", como representante personal de Cristo, Cabeza de la Iglesia. No sólo al perdonar los pecados o consagrar actúa "en el nombre (en la persona) de Cristo", sino siempre que desempeña cualquier función sacerdotal: predicar, bendecir, evangelizar.

Es una realidad "peculiar" del sacerdote. Todo seglar debe mirarla con respeto y gratitud; al fin, hacia ellos se ordena, a la comunidad eclesial. Y nunca, por más comprensivo y amplio que sea, debe dar la impresión de abdicar una realidad querida e instituida por el mismo Cristo y otorgada por la ordenación para ser su ministro.

—Indicamos, también, la "peculiaridad" del seglar. Por más estrechamente unidos que se hallen, clérigos y seglares poseen funciones distintas. Ambos, por lo tanto, deben colaborar entre sí con amor para edificar el Cuerpo de Cristo. "Sólo habrá perjuicio si el sacerdote tiene celos del carismático al considerarlo como un competidor, o si el carismático desdeña al sacerdote como funcionario(,...); el oficio clerical tiene una base sacramental, poderes y naturaleza muy distintos a los del carismático, aunque también el sacerdocio, como el episcopado, haya de ser contado entre los carismas.<sup>1</sup>

### **B Actuar por cuenta propia**

—Existe otro aspecto del "paraclericalismo" que es más el tipo práctico: los carismáticos pueden reconocer teóricamente el "oficio", el "don" del discernimiento, la "autoridad" de obispos y párrocos, pero actuar, en la práctica, por propia cuenta y riesgo: introducir la Renovación en la diócesis o en la parroquia furtivamente, como si los responsables de las mismas no contaran. Esto, creemos, va desapareciendo pero es necesario eliminarlo del todo.

Resulta lamentable presenciar actitudes más o menos disimuladas de rebeldía y desplazamiento. Se dan casos, afortunadamente no frecuentes, de carismáticos que, por tener -según ellos-

'Cfr. LG. 30-38

"hilo directo con el Espíritu", se empeñan hasta la terquedad, en hacer prevalecer su propio juicio, por más que un buen sentido común y una experiencia de años, les diga, por medio de un sacerdote, que tal cosa no debe ser emprendida o, al menos, no de ese modo. Nos hallamos en el punto ya indicado de sacerdotes que saben escuchar, valorar, apreciar, medir discretamente las consecuencias de una acción determinada. No hay párroco que, respetado en su ministerio, obedecido en amor en las cosas de su competencia, apreciado en su arduo trabajo, no llegue a considerar como obra de Dios una Renovación que produce una calidad tan evangélica de cristianos.

—Un aspecto que se presta, especialmente, a fricciones entre los sacerdotes y ciertos carismáticos es el doctrinal. Se dan casos de sujetos, que, por haber asistido a algún cursillo de Catequesis u oído varios retiros sobre la Renovación, ya se consideran equipados para predicar, evangelizar, interpretar la palabra de Dios... Es obvio que su bagaje teológico pueda ser escaso y corren, por lo tanto, el peligro de afirmar errores o inexactitudes. Aferrados a la inspiración del Espíritu, hablan; más aún, improvisan sobre la Iglesia, sobre puntos centrales del cristianismo, con osadía. Las consecuencias se han dejado sentir en más de un grupo de oración.

Mezclan lo verdadero con lo falso; dejan sin puntualizar claramente puntos de trascendencia; se repiten incesantemente; confunden y crean dificultades que un sacerdote prudente no tocaría o lo haría con sencillez y precisión teológica. Este es un punto del paraclericalismo, sobre el que deberían velar conjuntamente sacerdotes y fieles carismáticos; a unos el Señor ha concedido el don de penetrar en las almas; otros tienen, además, el conocimiento teológico, bíblico y espiritual conseguido tras años de arduo estudio y meditación. Hemos de tener la humildad suficiente para reconocer nuestros límites y tratar de capacitarnos, sin tentar al Espíritu, fiándonos temerariamente de su inspiración.

### **3. Conclusiones y actitudes del líder o servidor carismático ante la Iglesia-Institución**

#### **A. Los líderes o servidores "no deben olvidar que también las funciones sacerdotales son un carisma"**

El primer carisma es el apostólico (1 Cor 12,28). Para realizar estos oficios, los Apóstoles fueron enriquecidos por Cristo con una efusión especial del Espíritu Santo, que descendió sobre ellos (Hech 1,8; 2,4; Jn 20,22-23). y ellos a su vez, por la imposición de manos, transmitieron a sus colaboradores este don espiritual (1 Tim 4,14; 2 Tim 1,6-7), que ha llegado hasta nosotros en la consagración episcopal.

Se prolonga a quienes colaboran con los mismos: sacerdotes y diáconos; ellos presiden, en nombre de Dios. La grey de la que son pastores como maestros de doctrina, sacerdotes del culto sagrado y ministros de gobierno.

#### **B. Jesús, de hecho, instituyó la Iglesia en forma jerárquica**

—"La consagración episcopal, junto con el oficio de santificar, confiere también los oficios de enseñar y de regir, los cuales, sin embargo, por su misma naturaleza, no pueden ejercerse sino en comunión jerárquica con la Cabeza y los miembros del Colegio Apostólico(....). Así como, por disposición del Señor, San Pedro y los demás apóstoles forman un solo colegio apostólico, de modo análogo se unen entre sí el Romano Pontífice, sucesor de Pedro, y los Obispos, sucesores de los Apóstoles". No tienen, pues, que extrañarse los comprometidos en la Renovación que, tanto ésta como su existencia, marcha y desarrollo, la vigilancia doctrinal y derecho a impartir normas de orientación caigan bajo la autoridad de la Jerarquía, carisma fundamental. No se trata de competencia de carismas, sino de la subordinación a una institución que, a la vez que carisma tiene por función dirigir, enseñar y santificar al Pueblo de Dios cuyos miembros son los portadores de una "facultad" (carisma) de Cristo que sólo se confiere por las "sagradas órdenes".

—"En la sucesión apostólica, por medio de una sucesión ministerial, prolongada en el tiempo, los Obispos forman un cuerpo único que garantiza una función escatológica: la custodia del testimonio Trinitario para la salvación del mundo. La fuente absoluta de la verdad, de la misión, del apostolado, de los dones... es el Padre, quien, por su Hijo y en el Espíritu, ha constituido a los presbíteros como sucesores de los apóstoles, custodios fieles de su verdad. Esto significa que el ministerio episcopal tiene una función especial en la Iglesia: Ha de subordinar todas las experiencias y los carismas al discernimiento espiritual de la caridad eclesial". De otro modo: "la función del ministerio episcopal consiste, propiamente, en edificar la Iglesia en el sentido de que la acción eclesial de Dios por medio de los Apóstoles y de sus sucesores construye la comunidad de la Iglesia, discerniendo los carismas para que sirvan al bien de todos. Por lo tanto, el carisma episcopal es, esencialmente, un carisma de discernimiento. Es como un radar que debe descubrir las ambigüedades y conducir a la Iglesia por la línea recta de la experiencia del ministerio de Cristo. Esto se realiza, ciertamente, en unión con toda la Iglesia, y este carisma, dado de una vez para siempre, como afirma la carta a Timoteo, debe ser renovado continuamente en la experiencia personal. Los Obispos deben experimentar su ministerio en el Espíritu, al servicio de toda la comunidad eclesial".<sup>2</sup>

—Los seglares, por lo tanto, aunque sean agraciados, en mayor o menor grado, con el don del discernimiento, deben tener muy presente que a la institución jerárquica, ya en sí un carisma, le corresponde, antes que a nadie, discernir sobre la verdad de la doctrina, sobre la autenticidad de la conducta cristiana, sobre los carismas. A ella, pues, debe someterse humildemente cuando sea necesario o conveniente.

Este orden, querido e instituido por Cristo, no atenuará ni la efusión del Espíritu con sus dones, ni limitará el recto uso de los carismas auténticos. Será, por el contrario, una obediencia al Espíritu y, consiguientemente, una preparación para que su acción se intensifique y El se manifieste.

<sup>2</sup>Cfr. LG. 18-29

### C. Los pastores en su relación con la Renovación Carismática

Damos algunos puntos de orientación que nos parece deben ser conocidos y tenidos en cuenta por los comprometidos en la Renovación:

Este es el "acontecimiento fundacional" al cual, necesariamente tiene que referirse la Renovación Carismática de nuestros días. Sin ella, no es posible comprender correctamente ni su origen ni su finalidad, ni sus frutos, ni la actuación del Espíritu, ni los diversos elementos que la configuran, especialmente los carismas.

—Pues bien, los pastores en la Renovación, sacerdotes o seculares, están dentro de un cuerpo orgánico de toda la Iglesia, en la escala del pastoreo: El Papa, los Obispos, los pastores intermedios. Nada más, pues, fuera de la intención del Señor que intentar edificar una Iglesia pequeña dentro de la Iglesia. Toda la doctrina, vivencia, estructura de la Renovación Carismática deben estar insertadas y vitalmente unidas a la Iglesia Católica y a sus pastores puestos por el Señor. Por eso, el clero local, sobre todo, debe ser el pastor por excelencia. Como dice San Ignacio de Antioquía: "Nada sin el Obispo", donde está el Obispo, ahí está la Iglesia. La intuición eclesial del gran mártir romano sigue siendo especialmente válida para la Renovación. Es una cadena de pastores que, en último término, llega a Jesús y al Padre. Si se rompe la unión, la cadena se deshace. Se pierde la categoría de pastor y la unión con el Señor.

—El servidor, de un modo extensivo, puede ser considerado como pastor: se supone haber recibido su misión de quienes, de un modo o de otro, se hallan en íntima relación con la Iglesia Jerárquica; con los pastores puestos por Cristo Jesús y recibido la autoridad de enviar "legítimamente". De aquí que también ellos deben comprometerse, a ejemplo de los pastores jerárquicos, quienes, a su vez, tienen la seria responsabilidad de reproducir en sí la imagen del único pastor, Cristo Jesús.

—La dependencia fundamental de los servidores respecto de la Jerarquía de la Iglesia ha de ser vivida en obediencia, humildad, disponibilidad, amor y libertad. Se trata, pues, de atenernos gozosa y humildemente a la realidad creada por el Señor. Todo, a partir de los pastores, debe ser ejercido fraternalmente, en verdadero espíritu de servicio, reconocimiento de los dones del Espíritu con que El provee a su pueblo; examen de los mismos y ayuda para que no permanezcan inútiles y colaboren con los pastores en la construcción del Reino de Dios.<sup>3</sup>

De parte de los fieles, enriquecidos por el Espíritu con dones más o menos importantes, necesarios para la edificación de la Iglesia de igual modo pero en forma distinta a la Jerarquía, debe darse la unión de corazón con sus pastores; la disponibilidad al trabajo; la docilidad, dentro de una sana libertad al exponer sus puntos de vista, para someterse a las orientaciones de los pastores de la grey del Señor.

—Deben cuidarse muy bien de los que erróneamente afirman que la Renovación Carismática es renovación de seculares. Lo es de la Iglesia entera: es el Espíritu Santo "que renueva la faz de la Tierra". Tienen -deben tener- muy dentro de la mente y del corazón esta verdad: No hay más que una Iglesia con su triple elemento: institucional, sacramental, carismático, por hallarse sobre todo, bajo el dominio, el impulso, el ejercicio y la expansión del Espíritu, la fuente que se derrama en variedad de manifestaciones dentro de la Iglesia. Todos son dones del Espíritu, el "Don" por excelencia.

<sup>3</sup>Cfr. LG. 12; AA. 3; PO. 9

Con claridad de ideas en la mente y plena disponibilidad en el corazón, colaboran en las tareas que se les ha encomendado, unidos a sus obispos y párrocos. Es un gozo para ellos participar tan activamente y tan de cerca en <sup>37</sup>la construcción de la Iglesia de Cristo, enriquecidos, muchas veces, con carismas, aun los más extraordinarios.

Ellos, por su parte, saben que no deben presentarse exhibiendo su autoridad, sino ejercitándola humilde y fraternalmente, como el Señor; alentando paciente y calurosamente la Renovación, antes que dejarse invadir por un constante temor de posibles desviaciones. Nada hay que anime tanto a los servidores, en su nada fácil misión, como el aliento, la comprensión, la amonestación amorosa y fraternal, cuando sea necesaria.

—Si la Renovación Carismática es un hecho irrecusable en la Iglesia de Dios, todos -obispos con sus sacerdotes y seculares- han de vigilar discretamente, alentar, favorecer, cultivar para que el soplo del Espíritu, manifiesto y poderoso, dé los frutos que el Señor, Pastor Supremo, y el Papa esperan de ella. Todos han de trabajar en armonía; cada elemento en su propio puesto y misión específica. Sólo así se logrará esa armonía gozosa y unión de fuerzas, suscitadas por el Espíritu, que se orientan hacia el mismo fin.<sup>4</sup>

—No será fácil realizar, evangélicamente, en el justo equilibrio, este ideal. En último término, habrá una invitación a la cruz, cuando pretendiendo vivir auténticamente su tarea en un diálogo fraternal con el obispo y el párroco respectivo, se sienta rechazado y tenga que abandonar sus más queridas ilusiones.

<sup>4</sup>Cfr. Citas anteriores.

Por experiencia propia y ajena sabemos que no es frecuente tal caso. Pero debemos persuadirnos que puede acontecer. Entonces, no será hora de extrañarnos, desilusionarnos, desunirnos... Entonces, la providencia del Señor hará pasar su plan de salvación por nuestro

sacrificio. Del grano de trigo muerto (Jn 12,24) brotará una vida pujante, cuando llegue la hora del Señor. Aun los que decimos buscarlo sinceramente y desear servirlo con todo nuestro ser, nos desorientamos y tornamos impacientes: nos trazamos la propia ruta, la cual no siempre coincide con la de Jesús. Anhelamos recoger la cosecha inmediatamente después de haber regado la semilla; tenemos puesto nuestro reloj a una hora temprana y no coincide con la del Señor; queremos no hallar obstáculo alguno en nuestra misión y encontraremos que las dificultades asoman la cabeza por doquier. Los santos nos previenen sabiamente contra esta ilusión de principiantes en la vida espiritual.

#### *D. Una actitud difícil y necesaria del servidor- la sana libertad*

Cuánto hemos dicho sobre la unión, cooperación, obediencia, disponibilidad y aún humillación, sin llegar a darse situaciones de tensión, no debe restar nada a la sana libertad. Las actitudes enumeradas no cierran la puerta a la iniciativa, creatividad, despliegue de cualidades y carismas. Se trata de una aceptación activa en la que nos encontramos libres, no atados, porque la hacemos nuestra, a semejanza de Cristo que hizo suya la voluntad del Padre. Con la "libertad de los hijos de Dios", correctamente entendida, nos vemos libres para exponer nuestros puntos de vista, sin miedos, inhibiciones o alternativas. Oraremos antes, consultaremos -si es preciso- someteremos a discernimiento nuestros deseos y propuestas, pero tendremos la libertad de manifestar lo que pensamos. No vamos a defender un punto de vista, sino ayudar con nuestro pequeño aporte o nuestra débil luz. Nada tan liberador como la disposición interna de plena disponibilidad a lo que, en definitiva, se determine. Se trata de un diálogo en el que aporto lo mejor de mí y de la iluminación del Espíritu, no de lucha entre razones. Nos comprometemos mutuamente como hermanos en amor, consideración y aprecio. Esto no es caer en el error de faltar a la autoridad y de que la mera discrepancia con el Superior sea una falta. Dios quiere de todos los suyos, del padre que oye y decide, del hijo que expone, que sean creativos, con serenidad interior, búsqueda de su voluntad, capacidad de oír, pensar, deliberar, decidir, a la luz del Espíritu.

Nos parece que este modo, dejando a cada uno en su puesto, aporta una gran riqueza, asegura humana y divinamente el mandato y facilita su cumplimiento. El amor y la hermandad se dan la mano también entre el que preside y el que es presidido, en la grey del Señor.

Hoy se hace más necesaria esta actitud, porque los seglares son empujados por el Espíritu a tomar cada vez mayores responsabilidades en la Iglesia, dentro de su propia misión, y agraciados con carismas aun extraordinarios.

Por su parte, ellos, dentro de la Renovación, no deben olvidar que el Obispo en su diócesis y el párroco en la parroquia son los jefes espirituales de la Renovación. Nada *importante*, por consiguiente, deben hacer sin contar con éstos; desde constituir un grupo de oración, hasta tomar iniciativas de consideración dentro del grupo o conjunto de grupos de la parroquia. Deben contar con su aprobación o visto bueno, de algún modo, en las posiciones o iniciativas de cierta importancia.

La tentación de algunos párrocos es considerarse dueños de la Renovación y querer hacerla o conducirla de modo que venga a ser a su imagen y semejanza. Esto no es permisible. La Renovación tiene su propio ser e "identidad". Y sus miembros, especialmente los más responsables y los equipos de dirigentes, han de velar para que esto no suceda. El Papa y las diversas Conferencias Episcopales que se han pronunciado sobre la Renovación, están acordes en esto. El Derecho Canónico al legislar sobre las Asociaciones de Fieles es claro en las competencias de los párrocos y en cuanto concierne a los derechos de los fieles y Asociaciones, como tales. El conocimiento y recta interpretación de esta legislación evitará malos entendidos, incomprensiones y, al contrario, favorecerá la colaboración, el orden, la tan deseada "identidad" de cada Asociación.<sup>5</sup>

Sería maravilloso que sacerdotes y religiosos fueran tomando conciencia de la trascendencia de la Renovación en nuestra Iglesia. Y que esta persuasión se irradiara al papel vivificador que puede jugar en la parroquia cuando cuenta con el aliento y la dirección espiritual del Pastor.

Hay ciertos aspectos en ella que le debieran estar reservados y de los que no puede abdicar. El entusiasmo que despliega con los movimientos que viven y trabajan en su parroquia debería darlo también, especialmente, a la Renovación. Esta -ya lo dijimos- abarca la revitalización de todos, de toda la Iglesia. Es el Pentecostés fundamental de la iglesia naciente que se repite en nuestros días y en las circunstancias que vivimos.

<sup>5</sup>Cfr. Christifideles laici (1988), nn. 20-31.

## VI. EL DESALIENTO

### 1. Notas Previas

#### A. Generalidades

La tentación del desaliento es una de las más frecuentes en la vida espiritual; también se da dentro de la Renovación Carismática. Sin punto de exageración, la consideramos como una de las más sutiles y peligrosas.

No pocos se han visto frenados en su vida de crecimiento; se puede llegar hasta abandonar la Renovación por haber sido envueltos en una realidad que constituye el ABC de la vida cristiana.

En nuestra situación terrena de peregrinos hacia el Señor, los altos y bajos se suceden con cierta intermitencia. Nos recuerdan la periodicidad de las mareas, aunque no se puede aplicar la comparación estrictamente.

Nos hallamos unas veces encendidos en los amores de Dios, acrecentados en nuestra fe; disponibles para entregarnos, sin precio ni medida, a los demás, hasta el heroísmo. Tan desbordante puede llegar a ser esta realidad fascinante, que nuestro mismo organismo se ve sumergido en esta deliciosa luz, "experiencia" del Padre y de Jesús, por la actuación del Espíritu de Cristo en lo íntimo del ser.

Otras veces nos sentimos como alejados de Él, insensibles ante lo divino, torpes y perezosos para el bien, sin gusto alguno del Señor y de sus dones; es el reverso de la medalla.

Sin embargo hemos de contar con que este contraste se producirá en nuestra vida espiritual; que seremos sometidos a este proceso contrapuesto de ondas esplendorosas, que caminaremos, con intermitencias, en la luz y la oscuridad de la fe. San Ignacio de Loyola asumiendo, sintetizando y completando la gran tradición eclesial sobre el tema, nos revela el misterio y nos da la estrategia sabiamente en sus Ejercicios Espirituales.

Es, ya lo dijimos, una tentación peligrosa; en la situación que los autores clásicos clasifican como "desolación" es donde se puede instalar el juego sutil del "enemigo" para perdernos.

Son muchos los que reaccionan y parecen proceder lógicamente: "si me siento frío, insensible, ¿por qué asistir al grupo de oración? ¿Por qué orar cuando mis palabras parecen brotar de la punta de los labios con un corazón ausente? ¿Para qué tener que aguantar una hora de reunión, perdiendo un tiempo precioso, cuando podría estar haciendo cosas más placenteras y útiles?" Los "por qué" se podrían multiplicar y aplicar a otros dominios. Nos hallamos, por lo tanto, frente a una tentación que, sin apariencias de tal, nos envuelve sutilmente.

El nombre que se le ha dado: "la tentación del desaliento", es excesivamente general. En ésta se quiere incluir aspectos tan variados como las desilusiones por causa del prójimo, de uno mismo, de los grupos, de los dirigentes, de las personas que decimos que buscan sinceramente al Señor, y a un de Dios mismo. También se incluyen en ella "la experiencia de los propios límites"; las falsas interpretaciones de la voluntad de Dios, el cansancio de practicar el bien, al sentimiento de fracaso, etc.

Es, por lo tanto, una realidad con la que debemos contar frecuentemente en nuestra vida espiritual.

#### B. Persuasión

Es consecuencia de lo expuesto. Nos parece fundamental esta "persuasión": se trata de hallarse convencidos de lo que, sin duda, ha de acontecer en nuestra vida, con mayor o menor frecuencia e intensidad, aun en épocas de crisis capaces de alarmarnos y de turbarnos profundamente. Es un "ya contaba con eso; no me extraña"; "no me encuentra desapercibido ni desarmado". Esta persuasión, depositada en las manos del Señor, nos hará vivir pacíficamente preparados para recibir el "impacto" y actuar para superarlo. Es una tranquila disposición de ver un acontecimiento esperado en nuestra conversión al Señor, en nuestro crecimiento y transformación en Cristo.

Quizá podamos aplicarnos la feliz expresión de Santa Teresa, alma experta en todo el amplio y complicado mundo espiritual: "Basta tener una muy grande y decidida determinación de no parar hasta llegar a ella (la santidad), venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabajase lo que se trabaje, murmure quien murmure, siquiera llegue allá, siquiera se muera en el camino o no tenga corazón para los trabajos que hay en él, siquiera se hunda en el mundo". Para darse cuenta de que habrá de pasar el túnel oscuro y luminoso, a la vez, doloroso y fuente de gozo indescriptible. Esto es aplicable especialmente a los líderes en la Renovación Carismática.

#### C. Purificación interna y el "Espíritu de Jesús"

La purificación interior es una tarea fundamental del Espíritu que actúa en el "don teologal de la fe", para purificarla, perfeccionarla, llevarnos a una adhesión más decidida, más consciente y estable a la verdad de Dios, a su voluntad cualesquiera que sean los dominios en que se manifiesta.

Si la misión del Espíritu Santo es hacernos entrar y perfeccionarnos en los caminos de Jesús, es parte insustituible de su obra purificarnos en aquello que se opone a nuestra "cristificación": consumada la obra que el Padre encomendó realizar al Hijo sobre la Tierra, fue enviado el Espíritu Santo el día de Pentecostés a fin de santificar indefinidamente a la Iglesia y para que de este modo los fieles tengan acceso al Padre por medio de Cristo en un mismo Espíritu (Ef 2,18).

A medida que el cristiano vaya madurando en la fe y en el amor al Señor, su encuentro con la cruz se irá haciendo más frecuente, más doloroso y gozoso, en una humana incompreensión si no se ha vivido la experiencia de esta divina contradicción. Dios nos llamará a actitudes de fe que serán más difíciles y aflictivas, pero siempre Dios nos quiere ayudar; nos ayudará de hecho por su Espíritu a conformarnos, cada vez más íntimamente a la imagen de su Hijo (Rom 8, 29), a prepararnos para el encuentro definitivo con él y la futura glorificación en plenitud.

No se tratará, de ordinario, de una purificación a través de la enfermedad, sino de ese dolor penetrante que se adhiere, como la hiedra, a la muerte a sí mismo en el pecado, en sus raíces de egoísmo, soberbia, negación a dejarnos amar por el Señor.

#### *D. Importancia*

La tentación del "desaliento" adquiere una importancia especial si se tiene en cuenta la misión fundamental de los grupos de oración. La comunidad o círculo de oración desempeña una función importante al sostener en sus miembros la vida en el Espíritu; la experiencia muestra que la perseverancia en esta nueva "marcha hacia el Señor" depende mucho de la participación, sincera y cordial, en las reuniones semanales de oración. Si el fin primordial de las comunidades de oración es alabar al Señor por la oración y testimoniar Su gracia, el segundo, no menos esencial, es desarrollar la vida espiritual de los participantes. En estas reuniones es donde cada uno aprende "según el carisma recibido" a ponerse al servicio, los unos de los otros, como buenos administradores de la múltiple gracia de Dios (1 Pedr 4,10).

Pues bien, cuando uno se halla bajo el peso del desaliento, se tiende a crear, en el que padece la tentación, una actitud de apartamiento y rechazo del grupo. Más o menos conscientemente. raciocinándolo o no, encontramos, con gran facilidad, pretextos o excusas que se nos antojan auténticos impedimentos. A los sacrificios que, a veces, se nos imponen para asistir, se une ahora la situación interna de alejamiento psicológico que nosotros, desalentados, convertimos en espiritual. Hechos que en realidad, no pasarían de acontecimientos diarios: un simple catarro, un quehacer no urgente, una llamada imprevista pero aplazable... las tendemos a convertir en causas reales que nos impiden la asistencia. Personalmente, me he visto sorprendido, más de una vez, por estas dificultades, enormes en momentos de desolación; ridículas y despreciables fuera de este clima de turbación interior. Una persona ejemplarmente constante en la asistencia a los grupos de oración, decía que, precisamente, cuando llegaba la hora de prepararse para ir a su comunidad, surgían de improviso obstáculos que le instaban a dejarlo para otra semana.

Aquí radica la seriedad de la tentación de desaliento referida ahora a los grupos de oración: nadie puede prometerse un fruto abundante de progreso espiritual, a partir de los círculos o comunidades, si no acude asiduamente a ellos para alabar al Señor y facilitar al Espíritu su obra en una oración comunitaria ferviente. Por eso el desaliento, al alejarnos de los grupos de oración, nos introduce en un clima de frialdad, de desapego, de apartamiento que llegaremos a ver con naturalidad, sin mayores preocupaciones; lo que en un principio nos inquieta, no alcanza después de repetidas omisiones a rozarnos la piel. La tentación nos venció.

## **2. Descripción de algunas causas**

### **Testimonio**

Entré en la Renovación hace años. No me costó gran cosa asimilarla. Así al menos, lo creía yo. Todo marchaba sobre ruedas. Me parecía que Dios la había suscitado expresamente para mí, tan bien me iba en ella. De los retiros salía hecha un fuego, dispuesta a cambiar el mundo, con la llama del ardor de Dios que ardía en mi corazón. El gozo y la alegría de que había oído hablar no eran un sueño. La felicidad que no me había animado ni en mi infancia ni aun en mi vida matrimonial, parecía volcarse sobre mí de repente con una intensidad increíble. El Bautismo en el Espíritu fue un momento inolvidable en mi vida, que se prolongó durante semanas enteras. Vivía como en el aire, envuelta en una atmósfera de paz y de amor jamás soñada. Se apoderó de mí un anhelo de intimar con el Señor que me consumía. Tenía hambre, casi material, de leer y penetrar en la Palabra de Dios. Vino a colmar mi dicha el don de lenguas del que tan controversialmente había oído hablar. Ahora, por experiencia propia, podía dar un juicio y considerarlo como un precioso regalo del Señor. Fue una verdadera "luna de miel" con el Señor. No parecía existir dificultad que no fuera capaz de superar. Las montañas más altas de la vida espiritual, podía escalarlas sin fatiga, cantando a pleno pulmón "alabaré" o cualquier otra canción carismática. Hasta mis hermanos me parecían tan dignos de ser amados que les prodigaba mis servicios con constancia y afanosamente. En verdad, me sentía una mujer nueva en el Señor. Era como si una primavera espiritual de gozo, de amor, de paz, de todo, hubiera florecido en mí. ¡Maravilloso! decía como transportada. No se me ocurrió que esta "luna de miel" pudiera ocultarse. No tardaría en sucederme.

No recuerdo cómo: el hecho es que, poco a poco fui entrando en cuarto menguante hasta que desapareció totalmente. Así me parecía.

Se apoderó de mí un estado de ánimo muy distinto y aun opuesto al anterior. A la paz interior que había disfrutado, sucedió una intranquilidad que no acertaba a explicarme. Aquel "mar de amor" en que me parecía navegar, se tornó amargo y violento. Al deseo de Dios, siguieron la apatía, la indiferencia y hasta actitud de rechazo. Dios quedaba ahora muy lejos de mí. ¡Y pensar que había soñado 110 perderlo jamás! Las consecuencias funestas que comencé a sacar me alarmaron; empecé a distanciar mi asistencia a las comunidades de oración-, no me sentía con ánimo. Cuando hacía acto de presencia y alababa al Señor, no era la alabanza viva, encendida que antes salía a torrentes de mi boca y de mi corazón. La oración probada, que en los tiempos de gloria casi nunca omitía y en la que gozaba ávidamente de la presencia del Señor, fue, poco a poco acortándose. ¿Para qué perder el tiempo en una aridez continua? Aun el mismo trato con los de la casa comenzó a resentirse: mi sonrisa, tan acogedora siempre, estaba ahora oculta, como el sol velado por las nubes. El mal genio rebrotó; las intemperancias se sucedían... En fin, Dios y yo estábamos "enemistados". La nube de gloria que me había acompañado día y noche durante meses se había ocultado, según las apariencias, definitivamente.

¡Dios mío! puedo exclamar con San Agustín: -¡Tú, Señor, siempre amante y bondadoso hasta el extremo, tuviste compasión de mí y te acordaste de tu hija! Fue una amiga mía querida de la que Dios se valió para sacarme del aprieto y llevar a mi espíritu la luz y el aliento que necesitaba. Le expuse mi situación. Mientras yo me desahogaba entre lágrimas, ella no hacía sino sonreír con una comprensión y amor que me conmovieron. Era un alma privilegiada y bien instruida en los caminos del Señor: los había aprendido y vivido. A la luz de sus palabras, comprendí que yo no pasaba de ser una "aprendiz de carismática". ¡Lo más elemental de la vida en el Espíritu era tan desconocido para mí! No había caído en la cuenta de las vicisitudes por que pasan las almas en su caminar hacia el Señor; de las sorpresas a que están expuestas especialmente al comienzo de su "nueva vida"; ni sabía el modo de hacer frente a tales situaciones, ni la estrategia para superar una tentación tan peligrosa. Me fue abriendo delicadamente los ojos del alma. Sus palabras caían sobre mí como

gotas de agua, sin mido, suavemente, hermosamente. Fue una charla íntima de amigas, en la que yo -tan niña en los caminos del Señor- me sometí a la sabiduría y experiencia de quien había recibido el don de consolar, orientar, fortificar a sus hermanos. Me sentí tan aliviada interiormente que la oscura nube de tristeza, desaliento, desesperanza comenzó a disiparse: Dios volvía a hacerse presente en mi interior. Me parecía que el Señor se hallaba ante mí con una sonrisa de compasión y de amor tan fascinante que no pude contener las lágrimas. Pero ahora lo eran de arrepentimiento. Había sido infiel al Señor, que nunca se había alejado de mí, aunque no sintiera su presencia. No había sido capaz de soportar una prueba tan insignificante en sí. Le pedí perdón y, allí mismo, arrodillada, me volví a entregar a El con todo mi corazón, de una manera mucho más humilde y confiada.

Al terminar, mi amiga me impuso las manos y volvió a orar como lo había hecho cuando recibí, hacía meses, la Efusión del Espíritu Santo. Y algo menos llamativo que entonces, pero más profundo, se repitió en lo más íntimo de mi ser. Mientras nos abrazamos en un grupo de hermanas, me vinieron a la memoria las palabras de los discípulos de Emaús: "*¿no ardía nuestro corazón mientras nos hablaba y abría el sentido de las escrituras?*" (Le 24,32). Dios ha querido darme una lección. Espero haberla aprendido para siempre. Gloria al Señor y a su amor misericordioso.

#### A. *El sentido de fracaso*

Si hay algo desgarrador y que conmueve profundamente en los evangelios es el paso de Jesús por esta increíble, pero real experiencia. Nos asombra que, siendo Dios, se hundiera tanto en nuestra realidad humana, no jugó a ser "hombre"; lo fue verdaderamente y corrió, hasta el fin de su vida, con todas sus consecuencias. Las expresiones en que los evangelistas han vaciado los sentimientos de Jesús desgarrado por el fracaso aparente de su vida, son pocas, pero inmensamente elocuentes.

Se sale de nuestras categorías humanas el que Jesús llegara a sentir, como una realidad viviente, la inutilidad de su sangre vertida por nosotros en puro amor y obediencia filial al Padre; el inmenso vacío en que se perdían sus dolores; el desvanecimiento de su predicación... en lo más íntimamente cercano a Sí. La disposición suprema que uno puede tener: la propia vida. Más aún, nos resulta incomprensible el grito de Jesús clamando fielmente al Padre por su aparente abandono. Ha llegado a ser una cruz para la interpretación teológica (Me 15,34).

Jesús vivió el fracaso y lo apuró hasta las heces. Fue un profundo misterio de su vida; misterio de amor, verse aplastado por el sentimiento de fracaso. Pero en El nos obtuvo la gracia de saber enfrentar y superar nuestro sentimiento de derrota, de impotencia, de fracaso.

No hay, por lo tanto, que atenuar el paso de Jesús por el sentimiento de fracaso que se agudiza al tocar a su fin la obra salvífica, ni exaltarlo sentimentalmente. Basta penetrar los textos de los evangelistas, cada uno con su propia teología o mensaje. Nunca más que ahora se necesitará la iluminación del Espíritu. Nuestra lógica toca fondo muy pronto. Se ve desbordada por el misterio.

No importa ahora lo objetivo o subjetivo de la experiencia. El hecho real es que lo experimentó hasta las fibras más sensibles de su Espíritu.

Leamos pausadamente los textos evangélicos, sobre todo a partir de la pasión. No pasemos de prisa. Hay que dejarlos reposar, adherirse a nuestra alma, permitirles hablarnos, para comenzar a descubrir el misterio que encierran.

#### B. *El desaliento en su cima o el acecho de la desesperanza*

La desesperanza participa del estado de ánimo que crea el desaliento; pero es algo más profundo y devastador. Podría describirse, aproximadamente, como pérdida de la esperanza, persuasión total de hallarse ante un objeto imposible de alcanzar, caída del impulso de la voluntad en lo profundo del ser del hombre que esperaba llegar a conseguir un bien apetecible y apetecido. Los efectos no pueden ser más nocivos: es la actitud negativa ante los hechos y las personas, y el distorsionamiento de los juicios y valoraciones, el escepticismo, la insatisfacción, la pasividad, el desgarramiento interior, la amargura profunda... Se trata de una situación que puede calificarse de alarmante cuando ha llegado a madurar en lo íntimo del ser.

Cualquiera que sea la forma en que se presente, conduce al hombre a "evadirse de su existencia como peregrino y de no aceptarse a partir de Dios". Por eso, la desesperanza lleva en sí misma una huida a un intento de poner los medios apropiados. Sin embargo, "no ahorra el esfuerzo", sino que lo exige como su propia respuesta y comunicación

Las causas son muy variadas. Fundamentalmente, quizá se puedan reducir a las dificultades internas y externas con que tropezamos en la marcha hacia un objetivo. Tales dificultades se agravan cuando se hallan con un temperamento que tiende al pesimismo, a exagerar las dificultades, a dejarse impresionar vivamente por los obstáculos. Todavía crece el problema cuando se trata de esfuerzos realizados en común y cuyo fruto parece agotarse.

Sin embargo, es necesario prevenirse contra este enemigo que nos acecha y combatirlo con energía. Es imprescindible llenarnos del dinamismo de la esperanza cristiana: "*Dios hace que todas las cosas concurran para bien de los que lo aman*" (Rom 8,28). Nuestra actividad frente al mal es asumida por Cristo, triunfador y vivificante por su Espíritu. Así nos convertimos en cooperadores de su actuar salvífico y esperamos gozosos el triunfo definitivo en la gloria junto al Señor resucitado. Ahora sólo lo percibimos imperfectamente.

Es preciso asimilar estos pensamientos vivencialmente. Son una realidad que ayuda a captar y aceptarla como es; empujar a seguir actuando y a combatir el peligroso acecho de la desesperanza: "En un mundo amenazado por todas partes en el que las esperanzas humanas se nos vienen abajo la salvación no puede venir sino de Dios sólo, de su fuerza".

#### C. *Tres causas inmediatas*



Abordamos, brevemente, algunas causas que la experiencia demuestra que son las más frecuentes y sobre las que hemos de estar particularmente alertas.

El "desaliento" puede gestarse en el sentimiento de fracaso en la marcha hacia la santidad. Bajo la venida de la gracia que, frecuentemente, acompaña al Bautismo o Efusión del Espíritu Santo, tendemos a facilitarnos las cosas mucho más allá de lo sensato. Es cierto que existen leyes espirituales y resulta muy útil con frecuencia, conocer cuáles son(...), pero no debemos confundir esto con el Evangelio. En Cristo, Dios nos da su Espíritu sin condiciones. Dios no se encuentra atado por las leyes de nuestro espíritu. El es nuestro maestro; en lo espiritual como en lo moral es importante saber que se da una profunda y gozosa interrelación entre ley y gracia; entre nuestra naturaleza y el don gratuito de Dios. El no depende o espera necesariamente por nuestro esfuerzo, aunque requiere de nosotros cierta capacidad correlativa para recibirlo. Dios puede, si quiere, darnos simultáneamente, la capacidad y el don.

Doctrina exacta y esperanzadora, que nosotros, ilusionados, tendemos a tomarla unilateralmente. Queremos ahorrarnos el tiempo y el esfuerzo. Aquí, precisamente, es donde se esconde la semilla del desaliento: esperábamos santificarnos de una vez y nos encontramos envueltos en las mismas limitaciones, parecidas intemperancias de genio..., hasta las mismas tentaciones nos asaltan y hacen peligrar virtudes que parecían firmemente arraigadas.

—*El desencanto de uno mismo.* En formas muy variadas lo tendremos que sufrir, aun dentro de la Renovación. Esta visión pesimista nos impide ver la obra real y profunda de la gracia; la transformación que se ha operado a pesar de las imperfecciones, faltas, caídas y hábitos adquiridos que subsisten y nos duele tener que soportar.

—*El desencanto de aquellos con quienes convivimos.* Buscan, como nosotros, al Señor, pero siguen cargando sobre sí el peso de las propias debilidades. La obra del Espíritu es, frecuentemente, profunda, pero todavía la concupiscencia y el espíritu del Mal tienen su poder en nosotros. Pensábamos haber eliminado en nosotros lo imperfecto y nos damos de frente con las críticas, egoísmos, desatenciones, faltas de caridad más o menos salientes... Todo un mundo que se trata de extirpar pero que es rebelde a la obra de la gracia.

Si no estamos tranquilamente alerta, nos dejaremos enredar y en nuestro interior comenzaremos a sorprendernos y a mirar extrañados una realidad que pensábamos que había sido eliminada para siempre. El campo está preparado para el desaliento, tanto más peligroso cuanto se nos presenta con aspecto de verdad indiscutible. Nos sentimos defraudados, escandalizados de nuestros hermanos e incapacitados para ayudarlos, sencillamente, a crecer en el Señor.

—*El desencanto de los dirigentes.* Pensábamos que iban a ser intachables, comedidos, dueños de sí en todo momento, libres absolutamente de egoísmos, buscadores incansables del Señor... y nos encontramos, no pocas veces, con que también ellos son manejados por las pasiones; actúan al margen de Cristo, se buscan a sí mismos; parecen querer imponer su criterio más que buscar un diálogo fraternal con sus hermanos. Nos resultan imprudentes y aun pretenden exhibirse en el uso de sus dones. Acaparados por esta visión subjetiva, nuestros ojos se cierran a la realidad de las virtudes que atesoran y practican, frecuentemente, en la fe y con una generosidad solamente conocida por el Señor.

#### D. Estrategia

Un comprometido en la Renovación -sobre todo, un servidor desalentado- transmite su estado de ánimo espiritual al círculo de oración o, al menos, se convierte en un obstáculo, para que éste se entregue a la alabanza. Su acción será fluctuante, indecisa, sin calor vital y si ocurriese algún problema, encontrará especial dificultad para afrontarlo. Aún más importante que estas consecuencias es el peligro de ser arrastrados por la inercia y el alejamiento de la oración probada y de centrar el corazón en el Señor dentro de la oración comunitaria. Tenemos antenas muy sutiles para captar las situaciones y actitudes de los demás respecto de nosotros. El grupo percibirá que hay algo que no está al nivel que debiera. El efecto de esta percepción se hará sentir en la entrega del grupo al Señor para alabarlo.

El dirigente -y cualquier otro en la Renovación- debe examinarse con sosiego y tratar de dar con la causa, aun pidiendo humildemente la ayuda de sus hermanos más avanzados en los caminos del Señor o de un director espiritual experimentado. Debe estar prevenido del paso de este acontecimiento por su vida. No tiene que sorprenderse de que alguna vez se encuentre envuelto en la tentación del "desaliento". Es muy importante saber reaccionar y la estrategia que conviene seguir en tales situaciones.

Señalamos como especialmente peligroso, cerrarse sobre sí mismo. Puede estar seguro de que su perseverancia en un recurso filial y humilde a Dios y la ayuda fraternal de los compañeros lo sacarán adelante.

La oración, por ser un medio siempre recomendable y necesario en los caminos del Señor, cobra una importancia excepcional en una tentación, a la que no suele concedérsele la trascendencia que realmente tiene.

#### E. La fe. El sufrimiento y la asistencia del Espíritu en el trabajo por la Iglesia a través de la Renovación Carismática

Nos parece oportuno y discreto aplicar a esta situación que consideramos, lo que W. Johnston dice refiriéndose al diálogo del cristianismo con las grandes religiones orientales: "La promesa, el amor de Dios, la antigua alianza, la nueva alianza: he aquí al gran misterio inmutable que subyace en el centro de la tradición hebreo-cristiana.

Por esta fe Abraham tuvo que abandonar toda clase de seguridad. No sólo dejó su casa, su parentela y su patria, sino que tuvo que renunciar a la promesa misma; puesto que si Isaac moría, ¿cómo se cumpliría la promesa? Abraham quedó sin nada, absolutamente sin nada, y esto es fe pura, fe desnuda. Esto es misticismo".

"No es accidental que Pablo cite a Abraham como a su modelo. Porque también Pablo tuvo que abandonar toda seguridad y todas las formulaciones de la ley para llevar el mensaje cristiano fuera del marco judío hasta al mundo helenístico. ¿Qué fue de la vieja seguridad de Pablo? "Circuncidado a los ocho días de nacer, israelita, de la tribu de Benjamín, hebreo de pura cepa y por lo que toca a la ley, fariseo; si se trata de intolerancia, fue perseguidor de la Iglesia; si de la rectitud que propone la ley intachable" (Fil 3,5). ¡Qué importante era todo esto

para el joven Pablo! Su adhesión religiosa a la ley y su contacto cultural eran todo para él. Pero tuvo que dejarlo todo -"cualquier cosa tengo por pérdida" (Fil 3,8)- para poder caminar con la fe en Cristo solo: "Quiero así tomar conciencia de su persona, de la potencia de su resurrección" (Fil 3,10). Y de esta manera se vino abajo para Pablo todo el marco judío de la circuncisión y de la ley, permaneciendo su fe en la promesa. Era un verdadero hijo de Abraham.

"Todo esto puede parecer una digresión. Pero lo que yo quiero decir es que nuestra situación hoy no es muy diferente de la de Abraham o la de Pablo, y que debemos emular su fe. También nosotros tenemos la promesa. Ahora es la promesa de Cristo: "Yo estaré con vosotros hasta el fin del mundo" (Mt. 28,20). No sabemos con exactitud lo que entraña esta promesa. Sólo lo sabremos de un día para otro, a medida que nos lo revele el Espíritu. Es del todo cierto que experimentaremos duros golpes; porque así como la promesa a Abraham se cumplió en un sentido en que nunca pudo imaginar, de la misma manera se cumplirá la promesa en nosotros. Una cosa es cierta: se cumplirá de una forma misteriosa, más maravillosa y hermosa de lo que podemos imaginar. Así sucedió con Abraham y así sucederá con nosotros".

"Recordemos también cómo, en la última cena, Jesús dijo a sus discípulos que no podían entender de inmediato todo su mensaje, pero que al Espíritu Santo les guiaría día a día, los orientaría, consolaría y fortalecería" (Jn 14,26).

"Y nosotros contamos con la seguridad de que este mismo Espíritu nos hablará y dirigirá certeramente por aquellos que Él ha puesto para regir su Iglesia, aunque en ellos podamos encontrar faltas y debilidades humanas".

En las pruebas y sufrimientos que conlleva todo trabajo por el Reino, por la Iglesia, al "morir a sí mismo", y casi me atrevería a decir que de un modo particular el adherirse a la Renovación Carismática y trabajar desde ella, corremos el peligro a que nos enfrenta todo sufrimiento: sentirnos en el desierto, en la tiniebla, en la impotencia, ser víctimas de la injusticia. Tenemos que afrontar el problema fundamentalmente desde el amor. Lo importante es que yo me entregue a ese amor de Dios que habita en lo hondo de mi ser y lo deje que envuelva mi vida, mi actividad, mis pensamientos, mis reacciones. Recordemos la insistencia con que Jesús nos advirtió sobre esto. Conocía muy bien el impacto negativo que podía producir en nosotros y nos da frecuentes toques de atención para que fijemos nuestra vista en su persona y en su vida. Tampoco San Pablo se libró de la tentación cuando clama por ser liberado del aguijón que lo atormenta. Pero recibe la respuesta maravillosa de que basta la gracia, porque la fuerza se realiza en la debilidad (2 Cor 12,9). Es precisamente cuando somos derribados, cuando nos sentimos impotentes y débiles, cuando sube a la superficie la fuerza más honda que hay en nosotros, el auténtico (...) amor (de Dios) sin fin. Pablo lo entiende entonces. Desbordante de alegría exclama: *"por eso estoy contento en las debilidades, ultrajes e infortunios, persecuciones y angustias por Cristo, pues cuando soy débil, soy fuerte"* (2 Cor 12,10)

Esto no nos ha de llevar a concluir que los demás son los injustos, los incomprensivos, los cerrados sobre sí. Guardémonos de juicios precipitados, y hasta sin fundamento, que pueden subir hasta nosotros con el sentimiento de la amargura, de la desilusión, del resentimiento. Pensamos que también nosotros podemos ser acaparadores, incomprensivos, desamorados, exagerados, hasta desobedientes, cerrados sobre la Renovación que nació en la Iglesia, para la Iglesia y el mundo y que está sujeta al pastoreo de lo que el Señor ha puesto en su Iglesia para guiarla. El complejo de "mártir" es peligroso y hasta injusto.

La respuesta generosa del amor, del servicio, del desprendimiento, de la humildad, y aún de la obediencia dolorosa, son armas plenamente evangélicas, pero será difícil poseerlas si en nosotros no ha arraigado un verdadero amor a Jesucristo y a su Iglesia que se va acrecentando y purificando, precisamente, por los sufrimientos (1 Cor 1,24).

Sólo un amor así puede salir al encuentro y ofrecerse en donación a aquellos que demasiado "humanamente" llamamos enemigos, como si fueran los grandes amigos y bienhechores. Es un amor que no es nuestro, sino el amor de Dios que se nos da gratuitamente. Sólo un amor así puede inclinarse y servir con predilección al que lo maltrata, lo incomprensivo, lo rechaza, al pobre espiritual o material, al desvalido, al marginado ...

En todos nosotros hay una propensión terrible, muchas veces inconsciente, a luchar contra el amor, porque el amor se transforma frecuentemente en sufrimiento, o porque el amor auténtico, especialmente el amor de Dios, tiende inexorablemente a cambiarnos. Y nadie quiere dejar de ser él, aunque sea para ser otro distinto y mejor. Ser cambiado es morir a sí mismo para resucitar nuevo y celestial. Y ¿quién anhela morir? Sin embargo, Jesús nos lo aseguró con autoridad y decisión: *"Si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda infecundo, pero si muere da fruto abundante"* (Jn 12,24- 25). Perdemos nuestro propio centro, "nosotros", "yo", para caer en el centro más profundo, Jesús, que vive en nosotros (Gal 2,20). No sólo el misticismo cristiano es una transformación en Cristo, también lo es el sufrimiento asumido y vivido por Él y en Él, para el bien de nuestros hermanos.

## VII LA IMPROVISACIÓN

¿Quién no ha caído alguna vez en ella? El cansancio, la prisa, el pensamiento de que ya sabemos guiar una oración..., se han conjugado y hemos sucumbido. Hemos ido al grupo de oración casi como a cualquier otra reunión; la hemos dirigido sin la preparación sería que reclama su importancia: en ella va a tener una nueva oportunidad el espíritu de Jesús para obrar en nosotros; nuestros hermanos acuden llenos del deseo de verse renovados, una vez más por el Señor; de ir construyendo en su vida el "hombre nuevo" y madurándolo a imagen de Jesús; de aprender a amar con el amor de Cristo, de aprender a servir según el modelo que nos dejó Jesucristo en su vida y conforme a las orientaciones de los apóstoles Juan y Pablo.

No es poco lo que se juega en cualquier grupo de oración. Es algo muy importante para todos los asistentes y para la comunidad en cuanto tal. Es demasiado seria la responsabilidad con que nos hemos comprometido. El mismo Espíritu que nos ha inspirado cooperar en su obra, aquellos que nos han aceptado confiados en nuestra responsabilidad, exigen que pongamos a disposición del Señor todas nuestras cualidades, cuantos dones se nos hayan otorgado, para que el grupo de oración camine en el Señor, lo alabe, dé gracias, crezca en Él, cada semana. El personaje principal es, sin duda, el Espíritu de Jesús, pero inmediatamente después, va el responsable o los responsables que dirigen la oración.

La tentación de la "improvisación" puede malograr el fruto o disminuirlo. Démosle la importancia que tiene. El espíritu del mal está al acecho y nos sugerirá mil pretextos para no prepararnos debidamente. Inocente o perezosamente se da, a veces, una lamentable connivencia en nosotros con esta intención del que se ha propuesto malograr la obra del Señor como sea. Tratamos de indicar algunos puntos que nos ayuden a superar esta tentación, tanto más peligrosa cuanto no suele ser tenida por tal.

Esta, que pudiéramos llamar tentación "universal" porque a todos, de manera diversas, nos ataca, tiene sus peculiaridades respecto a los dirigentes en la Renovación Carismática. Son aspectos en los que suele tercamente insistir. Por eso las dividimos en apartados que quieren dar alguna luz sobre ellos.

### 1. La tentación de omitir o precipitar la preparación mediata para los grupos de oración

Considerada de un modo general, cualquier carismático puede verse incluido en ella. Pero la notamos referida especialmente a los líderes de los grupos de oración.

Todo trato con el Señor requiere una preparación de nuestra parte. A menos que El se adelante, nos tome por su cuenta y se apodere de nuestras facultades invadiéndonos con su presencia, necesitamos prepararnos para la oración. Hay que hacer un corte psicológico y espiritual con la ocupación precedente, crear un clima apto para el diálogo entre ambos. Todo nuestro ser va a ocuparse con el Señor desde la mayor intimidad. El proceso de comunicación con El suele recorrer los pasos que solemos dar en nuestras relaciones personales con los hombres, cuando éstas son íntimas, reservadas, profundas. El olvido de esta realidad hace que vayamos a la oración menos abierto a la acción del Espíritu y que nos privemos de que el Señor nos introduzca en una intimidad de comunicación a la cual El nos hubiera llevado. También aquí puede aplicarse, hasta cierto punto, lo que decimos de los Sacramentos. Estos, por más que tengan en sí mismos la fuerza de santificación, no actúan al margen de la preparación del que los recibe. Nada más ajeno a la virtualidad sacramental que una acción automática. Dios, respetuosamente, espera que sus criaturas e hijos se abran a la gracia de la comunicación divina. Por eso, aunque seamos sus hijos queridos llenos de confianza y amor hacia nuestro Padre Celestial, hemos de saber armonizar esta profunda realidad con el hecho de que somos también criaturas suyas, a quienes lleva en lo más hondo de Su corazón. El respeto filial, la reverencia amorosa, están pidiendo que nos acerquemos a tratar con El como Jesús, el modelo de oración cristiana; retirados de todo; es decir, apartados de todo pensamiento que entorpezca nuestra comunicación íntima; serenados de todo sentimiento que nos acapare para sí; abiertos, como la tierra esponjosa a recibir la semilla de la gracia.

El dirigente de un grupo de oración va a acercarse a tratar con el Señor en una comunicación en la cual lo busca sinceramente y quiere dejar actuar a fondo al Espíritu de Jesús. Más aún, él va a convertirse, en parte, en el instrumento a través del cual se prepara, se continúa y se profundiza la acción del Espíritu Santo. Debe caer en la cuenta de la importancia que juega su preparación o su descuido. Es cosa comprobada que en los grupos de oración existen bloqueos espirituales a la acción del Espíritu tales como: la frialdad, la indiferencia, el cerrarse a la alabanza, una situación de pecado de la que uno se resiste a salir, la renuencia en el perdón, etc. Pueden impedir o disminuir la obra de la gracia. El Espíritu se siente atado para actuar y la comunidad se priva de iluminaciones y mociones que hubiera derramado de no existir tales obstáculos. A veces, la bondad del Señor salta por encima de ellos y actúa fuertemente, a pesar de los mismos. Pero en cada uno de los asistentes, sobre todo en los que dirigen, está disponerse para permitir obrar al Espíritu Santo según sus designios sobre el grupo.

"El cristianismo no es una religión como las demás, en que el hombre busca a Dios y satisface en su vida religiosa su necesidad natural de relacionarse con su Creador; el cristianismo es, ante todo, la religión de un Dios que busca al hombre, que ha tomado la iniciativa de amarlo, salvarlo y formar con El una unidad en la caridad. La liturgia, maestra de la oración, se encarga de significar este misterio de llamada y respuesta a través de su estructura misma. En la liturgia, habitualmente, la oración (cantos, silencios, oraciones comunes, etc.) sucede a la proclamación de la Palabra: es una respuesta del hombre que acaba de escuchar, en primer lugar, la Palabra de Dios que le ha hablado. Esta estructura de la liturgia revela todo el profundo sentido de la oración cristiana", respuesta a Dios en Cristo, por el poder y amor del Espíritu Santo (S. Galilea).

Esta profunda realidad de la oración cristiana como diálogo entre el Padre Celestial y sus hijos nos advierte tácitamente sobre la actitud con que debemos acercarnos a ella y de la preparación que requiere una comunicación tan íntima y personal. El dirigente ha de estar

sosegadamente preocupado de disponerse cuidadosamente: también va a participar, uno más en la comunidad y, al mismo tiempo, va a ser tomado para representar, de algún modo, a la Iglesia en el pastoreo de los fieles que acuden a la oración.

Su preparación mediata puede recorrer diversos caminos, pero hay aspectos que los maestros de vida espiritual nos aconsejan que deben ser tenidos muy en cuenta: la preparación por la pureza de vicia; dicho de otro modo, por la vivencia del Señor en nuestra vida ordinaria. El testimonio sencillo y constante que vamos dando, a través de nuestras ocupaciones, de que, efectivamente, es el Señor a quien hemos elegido como centro de nuestras vidas y quién, de hecho, reina en ellas, predispone profundamente para escuchar la Palabra del Señor y hacernos aptos para responder a su llamada. Crea en nosotros un clima de docilidad a la obra del Espíritu que va a descender como lluvia fecunda para gestar y hacer crecer en nosotros a Jesús (Is 55, 10-11). Juntamente con esta preparación, no hemos de olvidar purificarnos de nuestros pecados e infidelidades. Nos acercamos al "Santo de los Santos", al Padre lleno de amor. San Juan nos asegura que nuestro corazón está manchado con muchos desórdenes y faltas reales, sobre todo en el dominio del amor (1 Jn c.3). Justo es que nos preparemos a la obra del Espíritu, Espíritu de amor, con la detestación de cuánto hemos hecho y permanece oculto en nuestro corazón, contrario a su plan de salvación sobre nosotros y nuestros hermanos. En esta purificación de nuestras faltas, ocupa un lugar de preferencia el perdón que debemos otorgar con generosidad a cuantos nos hubieran ofendido.

La oración personal debe ser otro elemento que integra nuestra preparación mediata. La media hora que, de ser posible, dedicamos diariamente al Señor, es entrar en relación íntima con el Padre, en Cristo, por el poder del Espíritu.

Esta intimidad habrá que vivirla, no pocas veces, en fe, sin ese sentir perceptiblemente su presencia y amor. Esto que es importante, pero no esencial ni decisivo, lo advertimos cuando al Señor le plazca darnos a gustar lo que es sentirse amado por El. Pero no constituye un elemento que hemos de estar añorando constantemente como algo que mide la bondad de nuestra oración. El Señor nos irá purificando para que aceptemos y vivamos su amor en pura fe, en una fidelidad que no tiene más asidero que el fiarnos de su palabra.

Al lado, y fruto de una oración personal llevada en una constancia indeficiente, ha de estar lo que desde muy antiguo se ha llamado la vida de oración. Es la contemplación que se extiende a lo largo del día, de las acciones, de nuestras relaciones personales, de nuestros problemas etc. No se trata de una presencia actual de nuestra mente a Dios, ni de un acto consciente de alabanza que surge de nuestros labios. Se trata de la atención del corazón lleno de amor hacia el Señor; de una actitud oculta, pero real, de todo nuestro ser a un Dios que habita en lo más íntimo de nosotros, amándonos infinitamente y lo que se desea es responder con la alabanza, la acción de gracias, el amor. Es un movimiento, una corriente de amor que, sin detenerse conscientemente sobre el objeto, se fija en El y para El. El absorbe toda su vida, sus intenciones, sus motivaciones más ocultas y, en cualquier momento que se le interrogara sobre el ser que vive en el fondo de su espíritu, podría exclamar: mi Dios, mi Señor, mi Padre. Esta contemplación que experimenta a Dios en la historia, en la vida, en los quehaceres, en el hermano, irrumpe, a veces en la alabanza consciente como un impulso que nace bajo la acción del Espíritu.

Esta hermosa realidad que tantos viven en la Renovación Carismática, es también y, especialmente, para el dirigente. A medida que su espiritualidad va madurando ha de hacerse sentir en esta intimidad sencilla y profunda con el Señor. Esta actitud y orientación de todo su ser hacia el Padre en Cristo su Hijo, hará de su vida un "sacrificio agradable" y una alabanza continua a su amor. Esta vida de oración lo irá transformando paulatinamente en Jesús, porque se halla bajo la acción del Espíritu. Será, igualmente, una manera muy eficaz de preparar su interior y crear un clima apto a la obra del Señor en el grupo de oración que dirigirá.

## **2. La tentación de omitir o descuidar la preparación inmediata de la oración comunitaria en el grupo**

Queremos situarnos ya al día en que se ha de tener el grupo de oración. Personalmente opino que, sin ser este lo definitivo, sí es un medio maravilloso para el objetivo total de la Renovación: "una corriente de renovación espiritual"; "una corriente de gracia por la que el Espíritu del Señor nos lleva a vivir de manera experimental la realidad del Cuerpo de Cristo"; "una docilidad creciente al Espíritu". Un encuentro más profundo con los hermanos, ya que se nos aviva la realidad de formar un solo Cuerpo en Cristo"; "una acción del Espíritu Santo (en la Iglesia) que la aviva, fortalece y construye" (Paulo VI). Llevar hasta sus últimas consecuencias las exigencias del Bautismo bajo el poder del Espíritu, asemejándose más a Jesús, incorporándose plenamente a su obra <sup>45</sup>salvadora, construyendo la Iglesia y el mundo.

Esta piedra fundamental de la Renovación Carismática debe jugar toda su importancia. Y que esto suceda depende, en gran parte, de la actuación de los dirigentes.

Esta preparación inmediata exigirá de él que intensifique su oración; el dirigente del grupo ha de pedir por él para que el Espíritu actúe con poder a través suyo como instrumento; para que él sea totalmente dócil a su acción; para que lo ilumine y acierte a dirigir con prudencia, fervor, intensidad de oración; para saber sortear los pasos difíciles que se presenten; para captar el ritmo que el Espíritu quiere imprimirle a la oración y mantenerlo en él; para ayudar al grupo a que crezca en la alabanza y sepa usar debidamente los carismas... Todo un mundo de actividad sosegada en el Señor, bajo el impulso del Espíritu y para esto necesitamos orar. No se trata solamente de crear en sí mismo un ambiente que predisponga al trato íntimo con el Señor en la comunidad. Se presupone y debe cuidarse con esmero, aunque sea vivido en sola fe. Nos hallamos ahora frente a una acción del Espíritu poderosa, eficaz, ante la que somos totalmente impotentes; con la ayuda del mismo Espíritu, Jesucristo nos anima a orar al Padre celestial porque en su Providencia entra el darnos el Espíritu que necesitamos (LcII,II-13).

Los dirigentes necesitan orar también por todos los que les han sido encomendados. Hay quienes se acercarán al grupo de oración por mera curiosidad, con indiferencia, con la motivación predominante de presenciar algo "llamativo" con determinación de no abrirse a la oración de alabanza... Hay también quienes llegarán con verdadera ilusión de crecer en el Señor, con un profundo deseo de glorificar al Padre y a Jesús, en el espíritu de María, con una voluntad de oro para ser usados en sus diversos carismas para "edificación" de la comunidad... Los dirigentes han de orar para que el Espíritu mueva y transforme el corazón de los primeros y no se conviertan en obstáculo

a su acción. Necesitan hacer fuerza, humildemente confiados en el poder del Espíritu, para que actúe sobre ellos con poder, purifique sus motivaciones, los abra a sus palabras, suscite en ellos el deseo de convertirse y salgan de la oración habiendo experimentado, al menos, la fuerza transformante de una oración comunitaria hecha en unión con Cristo y en el poder del Espíritu. Los dirigentes han de orar, de un modo especial, por quienes buscan adorar al Señor desde el fondo del ser y quieren ser plenamente dóciles a la acción del Espíritu. Estos son los que forman el grupo de oración casi en su totalidad. Su transformación en Cristo se va realizando en una alabanza que sale sencilla y sincera de sus corazones o a la que se adhieren con todo su ser cuando son otros hermanos los que alaban al Señor. Esta obra del Espíritu que se realiza, semana tras semana, en el grupo de oración, los va "cristificando" insensible pero eficazmente. Algo fundamental va cambiando en sus vidas. De hecho, son ellos mismos los primeros en advertirlo. Pero es también muy frecuente que cuantos forman el círculo de sus vidas se vean sorprendidos por sus nuevos modos, por sus valoraciones hasta entonces desconocidas, por su comportamiento que cada vez se acerca más al modelo del Evangelio.

Por todo ello, los dirigentes deben ser conscientes de la seria responsabilidad que les incumbe si quieren ser fieles a la misión que han aceptado, no para dominio o exhibición propia, sino para servicio de Jesús en sus hermanos. Sería muy recomendable que pudieran disponer de algún tiempo de oración, ya personalmente, ya en compañía de los demás dirigentes del grupo. Esto sería sumamente beneficioso para ellos y para el grupo y los uniría, desde entonces, en el Señor para realizar su obra común en armonía y en unión íntima con El.

Entre los dirigentes de un grupo, cada uno tiene su campo de responsabilidad. No debe permitirse ir a improvisar en la parte que le corresponde, por más veces que haya actuado en ella. Será la dirección de la oración, la introducción de los cantos, la instrucción. Todo debe ser cuidadosamente preparado. Es muy recomendable lo que no pocos servidores de grupo suelen hacer: reunirse de antemano y allí, en ambiente de oración, preparar el desarrollo del grupo de oración en sus diversos elementos. Tiene gran importancia. Un canto u otro introducido en diversos momentos de oración puede elevarla o entibiarla. Una lectura, metida en un ritmo diverso del que, quizá, va marcando el Espíritu, rompe la unidad psicológica y espiritual.

Demasiadas lecturas hacen pesada la oración; la parquedad, puede impedir a la comunidad orante tener un punto de apoyo para orar. La oración es una respuesta a la Palabra de Dios y si ésta falta, la oración se dispersa y se hace rutinaria. Pero esta preparación debe permitir una razonable flexibilidad en la oración. Los dirigentes deben estar muy sensibilizados a la acción del Señor para ser capaces de variar según parezca pedirlo la conducción del Espíritu, no según el propio gusto o deseo.

Esta cuidadosa preparación, ajena a toda improvisación, no indica, en modo alguno, estar persuadidos de que es la obra humana la que lleva adelante la oración en el grupo; ni menos que la acción del Espíritu se atiene inexorablemente a esta actividad de los dirigentes. Se trata, sencillamente, de cooperar con cuanto El nos ha dado, a su obra; facilitar su acción en el grupo. Es como decirle humildemente: "Lo que debíamos haber hecho, lo hicimos; actúa ahora Tú, *sin Ti nada podemos*" (Jn 15,5). Es tener una confianza inquebrantable en su presencia actuante (Mt 18,19), que no excluye, sino supone la cooperación libre del hombre a quien el Señor quiere asociar a su obra. La improvisación en el grupo de oración lleva, inevitablemente, a atenuar la actuación del Espíritu. Es un modo indirecto de indicarle que no nos interesa mucho su acción. Por otra parte, la misma improvisación conduce al rutinarismo de la oración, en la que se repite, un día y otro, lo mismo, sin tener para nada en cuenta el avance del grupo, la acción del Espíritu, las necesidades de la comunidad, el aprovechamiento de la experiencia de grupos más adelantados. Ni cabe decir, por ser un error, que "el Espíritu lo hace todo".

### **3. La tentación de la improvisación en dirigir eficazmente la oración comunitaria**

Este aspecto está muy relacionado con el anterior. Es la realización de cuanto se ha preparado. Con todo, por hallarse el grupo inmerso en una comunidad ya orante, bajo el influjo del Espíritu, tiene particularidades que difícilmente pueden preverse, y, por lo tanto, prepararse con anterioridad. Por otra parte, el hecho de encontrarse el dirigente actuando en un grupo compuesto de personas, con distintas necesidades, diferente madurez humana y espiritual, diversa apertura al Espíritu, hace que su misión se torne más difícil. Por eso, esto nos llevaría como de la mano, a señalar cualidades y disposiciones sin las cuales ninguno debería aceptar la responsabilidad de dirigir un grupo de oración; los responsables no deben invitar a dirigir sin que les conste con seria garantía la aptitud de los sujetos. No se trata de buscar los dirigentes ideales. Cada uno ha de tener el anhelo de perfeccionarse en su misión, pero siempre se encontrará con deficiencias que deben ser un estímulo para entregarse más al Señor e impulsarlo a superarlas. Desde luego, huele a osadía lanzarse, por sí y ante sí, a dirigir un grupo formal de oración sin tener una preparación conveniente. Esta supone el conocimiento teórico de la Renovación, estar al corriente del modo de llevar una comunidad orante, de las incidencias que pueden ocurrir a lo largo del paso por los diversos elementos que la configuran y, sobre todo, el conocimiento vivencial de un grupo de oración. Todo esto suele aprenderse al lado de dirigentes experimentados y en una forma metódica, impartida durante semanas y aun meses. Nos resulta difícil creer que el Espíritu Santo actúe fuertemente, y supla todo este bagaje de cooperación y esté sin más, a disposición del que atrevidamente se lanza a dirigir una comunidad en oración. Otra cosa distinta es reunirse varias personas, informalmente, para orar. Entonces todo se simplifica. Pero aun en este caso sería muy conveniente que un dirigente entrenado se hallara presente y se responsabilizara de la marcha general de la oración.

Los dirigentes de los grupos que actúan ya en la oración deben tener en cuenta no pocos aspectos en los que han de estar dispuestos a actuar al margen de toda improvisación. Por eso, lo primero que hay que hacer es pedir insistentemente la asistencia del Espíritu de Jesús. El lo ha prometido y no se hará de rogar si nosotros clamamos por su asistencia. Reducimos esta actuación a los puntos más salientes.

Nunca se ponderará suficientemente la importancia de la apertura de la oración con la invocación al Espíritu Santo. Aunque hayan precedido cantos o le sigan pidiendo la presencia y su actuación, no debe faltar una oración sencilla, ferviente de impetración. Puede hacerse con la hermosa oración tan conocida y practicada hasta no hace mucho por cualquier cristiano consciente del poder y necesidad

de la acción del Espíritu en el dominio sobrenatural: Ven, Espíritu Santo... Puede hacerse con palabras sencillas, salidas de un corazón que verdaderamente cree en esta realidad. Una de las cosas que más me ha sorprendido, a lo largo de la experiencia en la Renovación, ha sido escuchar oraciones encendidas, invocando al Espíritu Santo, serenas, llenas de una confianza y un amor que tocaban profundamente mi interior, y no pocas veces salían de labios de personas sin apenas cultura alguna humana, pero encendidas en el amor de Dios y profundamente creyentes en la presencia y acción del enviado de Jesús. Lo que Forrest dice, referido a la plegaria antes mencionada, se puede aplicar a toda la invocación al Espíritu Santo con la cual ya es clásico comenzar la oración comunitaria en la Renovación Carismática. "Sencillo como suena, un rol vital que podemos jugar dentro de la Renovación es revitalizar nuevamente la antigua plegaria de la Iglesia", Ven, Espíritu Santo (...) Esta oración expresa todo lo que creemos y esperamos y todo aquello por lo cual trabajamos a través de la Renovación.

En no pocos grupos de oración, sobre todo en Europa, se da oportunidad para que los miembros del grupo de oración lo invoquen, a su vez, breve, sencilla y fervientemente.

Otro aspecto en el que el dirigente debe estar sinceramente activo, bajo el influjo del Espíritu, es el elemento más importante que configura la comunidad orante en la Renovación: la oración de alabanza.

No ponderaremos aquí su importancia. Lo hemos hecho en otra obra.

Esta es la que da el tono fuerte a la comunidad que ora; es allí donde, de un modo especial, actúa la fuerza y el amor del Espíritu Santo. Como dirigentes, han de poner especial atención a que se desarrolle en un ambiente de serenidad interior y exterior, en una intimidad profunda, en un fervor que no decae, sino que va progresivamente creciendo. Sin dar entrada, por ningún motivo, al emocionalismo, se acepta fácilmente cuando la oración de alabanza sube de intensidad, avivada por la acción del Espíritu. Todo cuanto tienda a desviarla, atenuarla, hacerla oscilante, formulística... debe ser eliminado, discretamente, hasta donde se pueda. El tacto del dirigente, elevado por la asistencia del Señor, no hará difícil esta misión importante.

El dirigente no puede dejarse llevar ni del temor, ni de la improvisación para hacer que se guarde el orden que Dios quiere (1 Cor 14,33.40). Orden no es sinónimo de rigidez, de monotonía, de ausencia de creatividad. San Pablo nos lo aclara suficientemente en el capítulo 14 de la primera carta a los Corintios. El orden es indispensable para que el Espíritu de Dios se manifieste, para que la oración proceda en un ambiente de paz interior y exterior, para profundizar en la oración, para una sana creatividad. El dirigente irá aprendiendo a intervenir, a callar, a posponer su actuación para fuera de la oración; acortar intervenciones desafortunadas y turbadoras con un canto oportuno, o de otros modos diversos. Sabrá ir abriendo cauces, sin acaparar la oración, reduciendo su palabra a lo indispensable, para que la comunidad se sienta invitada a entregarse al Señor, a manifestar en alabanza ante los demás lo que bulle en su corazón.

El dirigente se irá sensibilizando progresivamente respecto de la orientación que el Espíritu Santo va imprimiendo a la oración. Esto se capta, sobre todo, a través de las motivaciones de la alabanza y de la calidad de la misma. No siempre ocurre pero tampoco es infrecuente. A veces, no se da porque la comunidad no tiene Palabra de Dios en qué apoyarse. Mientras perdura este ritmo orientado por el Espíritu no deberían hacerse rupturas, sino seguirlo e intensificarlo. Por eso, las lecturas, los cantos introducidos deberían estar en la misma línea de conjunto. No hay que temer que la oración sea una repetición de frases sobre un tópico común. El Espíritu Santo irá suscitando oraciones de alabanza parciales que desembocarán en el cauce que El ha abierto; cada una distinta, pero cada una también acorde con la orientación del Espíritu. Cuando la oración se hace dispersa, el dirigente debe saber conservar su serenidad y actuar parcamente, usando el buen sentido común que se presupone tiene y poniéndose fervientemente bajo la acción del Espíritu Santo.

Un aspecto en que la tentación de la improvisación acecha especialmente al dirigente de un grupo de oración es la instrucción. No vamos a insistir en su importancia. Apenas hay documento de la Jerarquía en el que no se haga alusión a ella y se recomiende encarecidamente. Por la instrucción, los asistentes a los grupos de oración van siendo evangelizados más eficazmente que en cualquier otra circunstancia, si exceptuamos la celebración eucarística. Las disposiciones en que se encuentran hace que oigan y absorban con fruición la Palabra de Dios. Por la instrucción se disponen espiritualmente a participar en el grupo de oración. Por ella también, abren sus corazones a la acción del Espíritu que aprovecha toda oportunidad para actuar calladamente en lo más íntimo de ser.

La tentación de la improvisación nos ataca y sorprende la mayor parte. Encontramos fácilmente pretextos para no prepararla mediata e inmediatamente: muchas veces nos cuesta emplear un tiempo del que apenas disponemos, nos aferramos a que el Espíritu Santo pondrá en mis labios lo que "El quiere que diga"; a veces, son temas ya oídos repetidamente o sobre los que hemos hablado y nos parece suficiente para entregar el mensaje del Señor a la comunidad. Si hay grupos de oración que avanzan muy lentamente, no sería difícil hallar la causa en una instrucción dada, una y otra vez, como si entregáramos a nuestros alumnos una clase de gramática o de historia mal preparada. La Palabra de Dios es algo muy serio. Leamos la Constitución del Vaticano II sobre la Revelación. Después del Cuerpo real de Cristo en la Eucaristía, no hay cosa que se deba tratar con más respeto, veneración y amor. Una manifestación de esto es el modo como damos la instrucción a una comunidad ansiosa de conocer al Señor, de llenarse de su sabiduría y de hacerla norma de su vida cristiana. Si el dirigente, lealmente, no se siente preparado, no debe correr el riesgo de encargarse de una misión tan fundamental en la Renovación. Los responsables de señalar, invitar, seleccionar los temas deben tener muy presente cuanto hemos dicho. No basta la facilidad de palabra, ni siquiera el testimonio cristiano de la propia vida. Ha de haber una garantía real, desde la seguridad y pureza en la doctrina de la Iglesia Católica, hasta en el modo vivencial de comportarse con la Palabra de Dios y entregarla a la comunidad.

#### **4. La tentación de la improvisación por omitir la evaluación del grupo de oración**

Por su gran sentido práctico orientador me parece lo más aceptado, extractar las indicaciones de la Coordinadora Nacional Española de la Renovación Carismática, en el número 2 de mayo de 1979.

"Todos sabemos que una de las deficiencias de la Renovación Carismática es la falta de dirigentes y servidores preparados para su ministerio, y el crecimiento de los grupos depende, en gran parte, de esta preparación.

"Pero aún el mejor equipo de dirigentes fallará si no se reúnen periódicamente. Los dirigentes han de reunirse ellos solos al menos cada quince días.

"Esta reunión debe ser, ante todo, una reunión de oración. Alabar al Señor como único Pastor del grupo, presentarle todas las necesidades, invocar al Espíritu Santo pidiendo el don de discernimiento y el don del amor. Reconocer la propia pobreza y la actitud de servicio al Señor y al grupo (...). Entre los dirigentes debe reinar el ambiente de humildad, de amor, reconociendo los valores de cada uno, libertad de expresión y de iniciativa, etc.

"Debe reinar la libertad de los hijos de Dios, la libertad del Espíritu; por ello, se prefiere que exista un compartir personal entre los hermanos que forman el equipo de dirigentes. Tan importante como orar y reflexionar sobre lo que hay que hacer, es que existan unas relaciones fraternales, que haya una gran transparencia, entre los dirigentes. La base de la transparencia es la actitud de escuchar al hermano, la actitud de respeto profundo ante su persona y el amor que desea sólo lo mejor. Si no hay buenas relaciones entre los dirigentes del grupo, éste no puede marchar bien (...). De la marcha del grupo hay que revisar: a) la reunión de oración, b) el ejercicio de los carismas y ministerios c) las necesidades personales de los miembros del grupo.

"Al revisar la reunión se debe examinar el grado de participación de los hermanos y su actividad de alabanza, tan vital en la vida personal y del grupo. Del mismo modo, hay que discernir si hay fidelidad a los elementos esenciales del grupo de oración de la Renovación Carismática: fe en la presencia de Jesús, invocación al Espíritu, alabanza, acción de gracias, enseñanza, testimonios e intercesión por la Iglesia y por el mundo. Otro punto de discernimiento es la manifestación de la presencia del Espíritu en los carismas, dones y frutos.

"Refiriéndonos a los carismas, es evidente que ningún grupo está tan abierto a la acción del Espíritu como para que se den en él la plenitud de los carismas. Sin embargo, en todo grupo, normalmente, deben darse los carismas como manifestaciones de vitalidad, de las fuerzas del poder del Espíritu. Así la profecía, las lenguas, la interpretación, la curación, etc. En caso de no darse los carismas, los servidores discernirán, en la verdad y en el amor, las causas de tal carencia, sobre todo, si es duradera.

(...) "Puede ser un grave obstáculo para un grupo carismático el que algún hermano o algún grupito, consciente o inconscientemente, quizá con la mejor buena voluntad, y sin pretensión alguna, actúen como si los demás hermanos no tuvieran carismas o los ejercieran mal, impidiendo así que los ejerzan para provecho común. De esta forma el grupo acabará sin manifestar sus dones y un hermano parecerá monopolizarlos todos". (...) "De ahí el deber de valorar mucho a los hermanos, y más a los más pequeños. Los dirigentes deben amar a todos hasta que cada uno se sienta amado por ellos. Ese amor les permitirá descubrir las cualidades, los carismas y talentos con que el Señor le ha regalado y le ha confiado la responsabilidad y el cargo para el que es idóneo". (...) "Sólo así los hermanos se integrarán en la comunidad y habrá una liberación auténtica, duradera y estable, y una verdadera manifestación de los carismas. Es decir, de la acción Espíritu.

(...) "Hay dos ministerios fundamentales que no pueden improvisarse: la enseñanza y la animación de la Reunión de Oración.

"Quien vaya a animar la Reunión de Oración debe saberlo con la suficiente antelación" (siguen algunos acertados consejos. Creo que coinciden con los que se dieron anteriormente, por eso los omitimos)

(...) "Del mismo modo el hermano encargado del ministerio de la enseñanza, debe prepararse no sólo con el estudio, sino, sobre todo, con la escucha y la contemplación de la Palabra de Dios. Es importante estar atentos a que la enseñanza no sea improvisada. Debe ser verdaderamente Carismática tanto en el lenguaje como en el enfoque. Es necesaria para el crecimiento de los hermanos y del grupo en su totalidad. Debe ayudar a una experiencia más profunda del Señor Jesús y de la acción de su Espíritu.

Respecto de la profecía, "carisma importantísimo, para la construcción, el crecimiento y la esperanza del Grupo de Oración", indica los siguientes renglones que han de entrar en la evaluación:

"Si se da o no el carisma de la profecía en el grupo de oración".

"Discernir si la profecía es auténtica o no. En caso de que no lo sea, los servidores, además de no transmitirla al grupo si se da por escrito, deberán ayudar a animar al hermano "que ha profetizado" a ajustar sus criterios con la Palabra del Señor. Hay que tener presente que el verdadero profeta huye de todo protagonismo".

(...) "Es muy importante que los dirigentes mediten y asimilen las profecías que el Señor ha dado a su grupo. Serán para ellos el punto de referencia y la pauta que Jesús desea establecer para el grupo. Por eso, se escribirán, guardarán y consultarán con amor y respeto".

(No son los únicos aspectos que deben ser evaluados. Pero constituyen una selección de los más importantes; están indicados con acierto y tratados con discreción).

## VIII. LA TENTACIÓN DE LA RUTINA

Hacemos nuestras las palabras del P. Thomas Forrest, sobre el tema: "Probablemente sea bueno en este caso compartir la culpa: ellos, por venir a menudo con una especie de egoísmo espiritual, buscando sanación y bendiciones sólo para ellos mismos más bien que sabiduría para ser dadores como Cristo; nosotros, por conducirlos en círculos, o en reuniones que, semana tras semana, repiten lo mismo en vez de mostrarles un Dios que siempre se renueva".

"Aun lo extraordinario, repetido semana tras semana, se convierte en ordinario y los más débiles pronto se aburren y abandonan. Más que una repetición, nuestro trabajo es señalar nuevas luces y guiar a un nuevo crecimiento en un Dios que siempre tendrá más para nosotros, aun después de siglos en el paraíso".

En este punto sí es, realmente, preciso que me dé a entender con toda claridad. No se trata de que en el grupo de oración se proceda con una libertad sin límite. El orden es necesario en toda vida espiritual. Lo es igualmente en el inicio, en el desarrollo y en el fin de un grupo de oración. Sin orden no hay posibilidad de que la oración se haga en el nombre y bajo la guía del Espíritu.

### 1. La sana creatividad

San Pablo nos habla claramente de esto en la primera carta a los Corintios cc.II y 12. Restablecer el orden fue uno de los motivos que lo impulsaron a escribirla. No se trata tampoco de que los dirigentes tomen la oración carismática como trampolín para hacer gala de invenciones, como signo del poder de su imaginación. La oración comunitaria en la Renovación Carismática tiene una estructura flexible, que orienta y marca los sentimientos que de ordinario deben entrar. Cualquier dirigente, medianamente instruido en la Renovación, sabe cuáles son. Pues bien, se trata de saber conjugar estos elementos con una sana creatividad, cuyo fin no es sólo ni principalmente darle una discreta variedad, se busca, antes que nada, ofrecer a la comunidad orante nuevas oportunidades de crecimiento; presentarles "a un Dios que siempre se renueva" en su actuar para con el hombre y en su anhelo de acercarlo más a sí, para conformarlo en creciente novedad a la imagen de su Hijo, Cristo Jesús. No es fácil darse a entender. Pero no es tanto lo externo de la oración, aunque también tenga su parte, cuanto la dinámica interna que vivifica, en parte con sana variedad, a los elementos externos.

Cada semana que nos reunimos en una comunidad carismática orante, deberíamos salir de ella renovados a partir del punto en que estábamos la semana anterior. Se trata de construir sobre lo ya edificado; no de derribar para estar en un sempiterno comienzo.

Este aspecto de la misión de los dirigentes se hace más arduo; el que más exige el empleo de todos los medios humanos y divinos, y un acercamiento humilde al Señor para que envíe su Espíritu que vivifica y renueva. Es necesario aceptar esta realidad: también en la Renovación Carismática nos acecha el rutinarismo y más que a nadie a los dirigentes; es muy fácil poner, día tras día, los pies en las mismas huellas, sin molestarse por caminar en la novedad, guiados, no por el capricho o la ilusión, sino por el Espíritu del Señor. Y aquí viene la importancia capital de una preparación seria y de la entrega de los dirigentes a Jesús, como centro de sus vidas, en una constante realidad.

La preparación les irá descubriendo modos discretos de evitar el rutinarismo y de proporcionar a la oración una sana y equilibrada novedad para un nuevo conocimiento, amor y alabanza. El amor, por su parte, es esencialmente creativo, porque la acción del Espíritu estará a punto para sugerir maneras, actitudes, motivaciones, calidades de oración que no dependen de una viva imaginación.

Cuánto hemos dicho, tácitamente nos está confirmando en la necesidad de contar con servidores psicológicamente equilibrados, de un juicio sano que acierten a poner las cosas en su sitio, a captar la oportunidad, a desechar ocurrencias y exhibicionismos; dirigentes de plena garantía humana y más aún sensibles a la acción del Espíritu en sus vidas y en la comunidad que se les ha entregado para pastorearla en el nombre de Jesús. Dejamos otros aspectos para no extendernos excesivamente.

### 2. Las motivaciones

#### y el actuar en el proceso del grupo de oración

La rutina es el virus que amenaza a toda vida espiritual, aun a la más floreciente. Tanto más peligrosa, cuanto que el alma se puede ir deslizando hacia ella insensiblemente.

Se impone por tanto una serena pero seria vigilancia que purifique las motivaciones, valore las actitudes, inyecte entusiasmo a nuestros actos. *El espíritu de fe tiene que ser renovado constantemente y alimentado con la oración y el fervor de la vida sacramental. La acción poderosa del Espíritu Santo debe ser pedida con el clamor del que suplica algo fundamental en su obra de santificación. Sin ella, nada permanece en pie. La vida espiritual más exuberante, se debilita y muere.*

¿Por qué los grupos de oración pueden caer "de hecho algunos caen" en la rutina? Una de las tareas de los servidores es, precisamente, ésta: vigilar, serena pero cuidadosamente, para preservarlos de este peligro, y ver por dónde puede penetrar y paralizar la marcha del grupo hacia el Señor en creciente conversión, purificación, entrega, santificación.

El peligro acecha por diversos lados: a veces es un lento "irse acostumbrando" a la oración de todas las semanas, a un rígido encuadernamiento. Puede llegar a considerarse esa preciosa oración de alabanza como una cosa más en la vida espiritual y, por lo tanto, acercarse a ella sin ilusión, sin tomar conciencia de la acción especial del Espíritu que va a tener lugar. Más de una vez, se deberá a una falta de purificación interior: el perdón que debe pedirse no se hace; a una alta flojedad espiritual que ha dejado penetrar en sí durante la semana. Quizá se deba a la absorción de las ocupaciones que acaparan la energía y desplazan a un segundo plano al Señor y al trato con El. Puede deberse a una falta deliberada de preparación para ir al grupo de oración, como si se asistiera a cualquier otro ejercicio piadoso y aun meramente humano; a falta de integración en el grupo de oración por andar saltando de uno en otro y no tener una comunidad fija de pertenencia y, por lo tanto, de arraigo, que hace sentirse en la oración comunitaria como un visitante, sin vínculo especial ni participación



íntima en la oración. Puede deberse a haber creado, por la falta de conciencia en la acción del Espíritu Santo y la ausencia de creatividad, fórmulas estereotipadas de alabanza que matan toda vivencia interior; a un orar mecánico que se hace para que no aparezca que no participó; a una prefabricación de la oración por temor a "cortarse" o para decir una oración bella, solamente en lo exterior; al desorden en la participación so pretexto de espontaneidad, sin haber caído en la cuenta de que ambas virtudes: orden y oración espontánea no se oponen, sino que deben armonizarse equilibradamente; a una oración compartida por toda la comunidad en la que se da lugar a situaciones emocionalistas, y no lo hay para silencios discretos, llenos del Señor; a una introducción de cantos que no están en consonancia con la profundidad de la oración y orientados a este fin.

Hemos enumerado con cierto detalle algunas de las causas de la rutina, no para abrumar a los servidores, sino para alertarlos sobre la serena, pero cuidadosa atención que deben prestar a la reunión de oración. Se trata de concientizarlos sobre el esmero con que deben prepararla, evaluarla; sobre todo, la frecuencia e intensidad con que deben orar, aun en tiempos especiales, para que el Espíritu Santo los preserve de la rutina y actúe en el grupo de oración con poder cada semana, de modo que la reunión de oración se convierta *en un pequeño "Pentecostés" semanal*.

## **Nota importante sobre la formación**

### *1. Una realidad*

La Iglesia está, cada día, abriendo más las puertas a la colaboración del laico en el trabajo por el Reino de Cristo. Es indudable que la carencia -que parece acentuarse- de sacerdotes, el crecimiento demográfico, las crecientes necesidades del mundo en todos los campos, urgen la nueva toma de conciencia de la cooperación del laico en la Iglesia, dentro de su misión cristiana particular, tan ponderada por el Vaticano II (LG, 30-3; AA, todo el documento). Pero la razón primordial se halla en el compromiso bautismal y de la Confirmación. Por ambos sacramentos, el bautizado adquiere y se compromete a conformarse con Cristo, no solamente en su propia santificación sino también en su trabajo por la extensión y perfeccionamiento del Reino de Cristo. Desde luego que exigiendo una cooperación por parte del laico, en sus cualidades y dones que prevalecen, y es un elemento principalísimo la acción del Espíritu Santo, que se manifestará de modos diversos, y uno de ellos, especial, será a través de la actuación por sus carismas.

Si recorremos la documentación más reciente de la Iglesia: del Sumo Pontífice, de las Conferencias Episcopales, de las diversas Congregaciones Romanas, que, de algún modo afectan a los laicos, la actuación del episcopado sobre los mismos, hallaremos una coincidencia marcada en la insistencia y en la puesta en práctica de iniciativas muy valiosas que tienden a la formación, cada vez más profunda y amplia, de los laicos. Obviamente, esta formación implica también una adecuación a los apostolados que desempeñan o para los cuales se les trata de preparar. Ni cabe decir que ya lo están: Hoy se impone una puesta al día, una actitud y práctica de la "formación permanente" que se considera necesaria en todos los campos del trabajo humano, ya sea empresarial, profesional, técnico, etc. etc. Por consiguiente, la cooperación en el Reino de Cristo, en los diversos modos en que se realice, no puede estar por debajo de la capacitación humana en sus sectores variados, por más que contemos y demos la preferencia a la acción del Espíritu.

Si quisiéramos citar los documentos que expresamente hablan de la formación de los laicos, no podríamos omitir la parte importante que se le dedica en el documento preparación a la asamblea sinodal, llamado "lineamenta", en él se le dedica un nutrido número (38), lleno de sabias indicaciones que, más tarde, en el Sínodo sobre los laicos (1987) se tendrán muy en cuenta para enriquecerlos.

En el documento "El laico católico testigo de la fe en la Escuela" (1982), los números 60 al 70 se emplean en poner de relieve aspectos doctrinales y se sugieren modos prácticos de formación. Es importante tener conocimiento de la riqueza que atesoran y de las sabias orientaciones impartidas. Aquí -de un modo especial en 67-70- se toca, con cierta amplitud y un acierto digno de elogio, el tema de la "formación permanente".

En la Exhortación apostólica: "Christifideles laici" (1987), sorprende la cantidad de números dedicados a este punto crucial de la preparación, intensificación y perfeccionamiento de la formación del laico como cooperador en el Reino de Cristo. Nos permitimos enumerarlos: No.57 Madurar cristianamente; No. 58 Descubrir y vivir la propia vocación y misión; No. 59 Una formación integral para vivir en la unidad; No. 60 Aspectos de la formación; No. 61 Colaboradores de Dios educador; No. 62. Otros ambientes educativos; No. 63 La formación recibida y dada recíprocamente por todos; No. 64 Llamamiento y oración. Es una riqueza que compendia toda la atesorada en el Sínodo de Obispos sobre los Laicos (1987).

### *2. La formación de los servidores de la Renovación Carismática*

Lo anteriormente dicho tiene una aplicación especial a la Renovación. Precisamente porque es una gloria de ella acoger a todos: intelectuales y analfabetos, letrados y gentes intelectualmente depauperados y porque cada uno entra con el bagaje de conocimientos religiosos que tiene, la Renovación debe esmerarse en dárselos si no los tienen y aumentar y purificar los que ya se poseen.

El hecho de que la Renovación tenga que tratar con elementos tan fundamentales y delicados como son, por ejemplo, la obra del Espíritu Santo en la Iglesia y en el alma; los carismas: su recto conocimiento y buen uso, la esencia de la Renovación, etc., hace que se imponga una instrucción, no sólo humana sino especialmente religiosa: bíblica, teológica, etc.

Por otra parte, la obra evangelizadora a que la Renovación es llamada como su misión fundamental, está demandando una formación, en cierto modo profunda, aunque ésta se realice progresivamente.

Un argumento que cada día cobra mayor actualidad y exigencia, es el deseo del Papa que ha manifestado como misión de los servidores la formación de los miembros de la Renovación. Dicho esto en la Alocución a los dirigentes reunidos en un Encuentro Internacional de Líderes de la Renovación, en Roma, en mayo de 1981, adquiere una importancia especial. El peso de sus palabras es muy grande y crea en todo servidor la responsabilidad de realizarlo. Tan importante considera la Conferencia Episcopal Norteamericana la esmerada for-

mación de los dirigentes de la Renovación, en su documento de mayo de 1984, que hace depender, en buena parte de ella, la supervivencia de la Renovación. Es el gran reto que tiene ante sí y que debe cumplir con toda seriedad. Puesto que en otra obra abordamos el tema ampliamente, remitimos el lector a ella: "La formación de los servidores".

*Algunas dificultades que pueden presentarse*

Creemos que habría que distinguir entre las que provienen de los servidores antiguos y las que pueden venir de los nuevos:

—Respecto de los primeros, en no pocos casos es el *engaño* (no decimos la falta de humildad) sobre el sentido y exigencia de la formación. El hecho de haber estado dirigiendo por años un grupo de oración no es sinónimo de que lo realicen correctamente. El tiempo, la amenaza de la rutina, la confianza en sí mismos, la experiencia de que puede marchar bien el grupo, etc., pueden inducirlos equivocadamente a pensar que no necesitan seguir aprendiendo y revitalizando sus conocimientos y su actuación. Más de una vez nos encontramos sorpresivamente, con que dirigen el grupo exactamente como a los comienzos de su liderazgo, que no aparece una acción más intensa del Espíritu, ni un compromiso serio de trabajo por el Reino, ni los frutos espirituales parecen haber crecido y madurado. No siempre, ni mucho menos, es así, pero tampoco es una excepción difícil de hallar. Precisamente, son los servidores antiguos los que tienen una responsabilidad especial de progresar en su servicio y formación, puesto que de ellos depende un pequeño rebaño en el que el Señor los ha puesto como sus cooperadores. Al mismo tiempo, es hacer que las miradas de aprendizaje de los más jóvenes se dirijan a ellos y los tomen como ejemplo de dirección y comportamiento.

Es preciso, como una gracia especial del Señor, que se revistan de una actitud de aprender más y más, con parecida intensidad a la que pensamos que tienen de imitar a Jesucristo en sus vidas. Pedir al Espíritu un "corazón de discípulo", una capacidad de aprendizaje, un deseo de dar un servicio siempre mejor, entra dentro de las actitudes más hermosas de todo servidor nuevo o viejo. Y todos han de recordar que el servicio no termina en el grupo; continúa fuera de él. (Esto también se trata en otra obra con amplitud). Sería una realidad maravillosa que cada servidor tuviera esta gran disposición frente al Señor primeramente, pero también frente a los demás servidores y frente al grupo que se le ha encomendado. Siendo realmente positivos y auténticos, hemos de estar muy dispuestos a seguir las directrices de los Pastores de la Iglesia: del Papa en primer lugar, de las Conferencias episcopales, del Obispo local y de los equipos puestos y aprobados por el Obispo para orientar, animar, corregir, purificar, perfeccionar, expandir la Renovación en su nombre.

Se podrían añadir otras cosas. Las omitimos por estar desarrolladas, de algún modo, en otras partes.

—De parte de los servidores nuevos, la dificultad puede hallarse en no haber captado bien la seria responsabilidad que tienen de prepararse. Es un error pensar que el Espíritu Santo va a suplir sus deficiencias que pueden nacer de la pereza, la falta de interés, de la ignorancia culpable... No basta el entusiasmo ni ciertas cualidades de líder para dirigir un grupo de oración. También, y de un modo especial, hoy se impone una buena selección y una esmerada formación de los candidatos a servidores. Y aquellos que tienen la responsabilidad de admitir y de formar, deben ser exigentes, si nos atenemos a las orientaciones de diversas Conferencias episcopales y de obispos locales. La Renovación Carismática es un don precioso del Espíritu a la Iglesia y al mundo. Es preciso que las "ilusiones" que Dios tiene sobre ella no se vean defraudadas. Y no olvidemos que aunque sirvamos a los demás, es un compromiso voluntario que hemos asumido, del que el Señor nos pedirá cuenta y que, bien realizado, será un elemento precioso de crecimiento propio en santidad y eficacia apostólica.

## IX. LA TENTACIÓN DE LA INFIDELIDAD A DIOS EN LAS PRUEBAS

### 1. Introducción

Estamos conscientes de que repetimos ideas ya tocadas al hablar de la tentación del "desaliento". No obstante, el tema es tan capital que el lector las tolerará. Se encontrará, creemos, con novedades fundamentales.

Es sorprendente, lo decimos por experiencia propia y ajena, la facilidad con que nos olvidamos de una realidad tan palmaria como, es el paso del alma por la doble alternancia de la prueba y del consuelo. Dicho en palabras clásicas en la teología espiritual, por la "consolación" y la "desolación".

Instintivamente tendemos a creer que la nube de gloria que nos cubre no se va a ocultar nunca. Que la "luna de miel" que el Espíritu Santo nos depara, con más o menos frecuencia, va a ser eterna. San Ignacio de Loyola, sin embargo, aunque hace pedir al ejercitante en sus Ejercicios la consolación pero con disponibilidad a lo que el Señor disponga, no se olvida de avisarlo: "El que está en consolación piense cómo se habrá en la desolación que después vendrá tomando nuevas fuerzas para entonces".

Puesto que el comportarse de un modo o de otro en tiempo de prueba puede tener consecuencias tan diversas y perjudicar seriamente el alma, es necesario tener algún conocimiento sobre éste no fácil tema de experiencia espiritual.

Hemos de evitar que se convierta en una auténtica tentación un fenómeno que, por otra parte, acontece a toda vida espiritual, sobre todo si trabaja seriamente en vivir el Evangelio, en el seguimiento de Cristo. El, por otra parte, es el modelo supremo al que hemos de mirar, en nuestro comportamiento. También El, conducido por el Espíritu Santo, fue puesto a prueba, y la asumió de tal modo, que fue para El motivo de realizar, en una fidelidad admirable, su voluntad identificada plenamente con la del Padre celestial. (Le 4, 1ss.; Hebr 4, 14-16; 12, 1-4; 5, 7-9).

### 2. La purificación de la fe

Dios no sólo es nuestro Creador providente, es también nuestro Padre que anhela tener hijos que se le asemejen (Mt 5,48; Ef 5,1). El desea ardientemente intensificar, cada vez más, la comunicación con nosotros. La increíble realidad de habitar lo más íntimo de nosotros y de ser, en frase de San Agustín, "lo más hondo y esencial de nosotros mismos", debe tener, en su deseo, la expresión hacia afuera de la comunión filial y el comportamiento de hijo en obediencia amorosa.

Pero la dificultad, la mayor dificultad, se halla en nosotros. Nos aferramos a nosotros mismos, a nuestra nada, nos centramos en lo que no es de sí; pretendemos hacer girar nuestra vida en torno a nuestros deseos en desacuerdo, muchas veces, con los de Dios. Hay una especie de repetición de la actitud angélica y de los primeros padres que pretendieron ser dueños absolutos de sí mismos y marginar al Señor como si para nada necesitaran de El.

Ejercicios espirituales, No. 322; Cfr, San Juan de la Cruz, maestro extraordinario: Subida del Monte Carmelo. Noche oscura del alma.

Hay que añadir que nuestro interior se puede encontrar tan profundamente traumatizado, que nos dificulta y aun impide la sana relación con Dios y con los hombres.

Las causas pueden ser diversas, pero la conclusión final es la misma: necesitamos ser purificados y sanados en nuestro interior para que el amor de Dios, esencialmente comunicativo y transformante, pueda profundizarse en nosotros. El, en su dinámica de amor, no puede proceder de otro modo, ésa es su gloria: vernos semejantes a Sí mismo, reproducir en nosotros su imagen en Su Hijo Cristo Jesús (Rom 8,29). Y esa, precisamente, es la obra que realiza el Espíritu Santo.

Hacia aquí orienta el Señor las purificaciones con las que intenta desalojarnos de la instalación en nosotros, para que demos lugar a Su invasión, a la invasión de Su amor, a la comunicación y al crecimiento en El, que desea establecer entre ambos.

### 3. Dios nos purifica para que caminemos en fidelidad hacia El en una fe más profunda, en el amor, para introducirnos más íntimamente en su trato

Descartamos, en este caso, el hecho de nuestra culpabilidad por frialdad espiritual, pereza habitual en cumplir Su voluntad, apego, sin intención de superarlo, a las cosas mundanas, etc. Entonces, en la doctrina ignaciana, Dios, por su amor misericordioso, nos puede privar de su visita de consolación para despertar nuestra somnolencia espiritual, para hacernos caer en cuenta de nuestra situación interior peligrosa, para atraernos a El.

Fuera de este caso, no difícilmente detectable, se trata de la gran pedagogía de Dios, gozosa y dolorosa a la vez. Esta es la que usó con cuantos desearon comunicarse con El, invitados por Su amor a un trato y crecimiento especial, al menos más profundo y filial.

No hay excepción posible en este campo. Allí están para probarlo la historia de los grandes personajes del Antiguo Testamento: los profetas, los servidores de sus planes... todos, en variedad de modos y circunstancias, pasaron por estas purificaciones.

El capítulo 11 de la carta a los Hebreos puede ser tomado como un compendio impresionante de la inescrutable sabiduría de Dios y de un ejemplo admirable en la respuesta de fidelidad y perseverancia en el seguimiento de Dios. Al mismo tiempo que estos gigantes de la fe nos avergüenzan con su generosidad y superación, con la gracia de Dios, de tentaciones y pruebas, nos animan y alientan para tratar de seguir sus huellas, aunque sea de lejos.

Y en el Nuevo Testamento, nos basta con aludir a los grandes, supremos modelos de toda la humanidad: María, la madre virginal de Dios, Jesucristo, el Hijo único del Padre. Ambos vivieron la experiencia de la purificación de su fe en un grado al que no nos es posible

acercarnos. La vivieron de un modo totalmente singular: en ellos no había obstáculos que les impidieran caminar hacia Dios. La vivieron siempre en plenitud. Pero es el Espíritu Santo quien ensanchaba misteriosamente su capacidad de apertura para que, dentro de su situación de excepción y de plenitud, hubiera lugar para vivirla en nueva -y para nosotros inexplicable- intensidad. La Virgen, como Madre privilegiada de Jesús y El en su realidad de verdadero hombre, experimentaron el gozo y el dolor de ser purificados por el Padre para constituir los modelos eternos de la fe (Hebr 12, 2), y aportar este dolor como fruto precioso a la obra de redención, y de la cooperación a ella en María.

A su vez hemos de ver la providencia divina que usa con nosotros una pedagogía purificadora muy lejana, pero de alguna manera semejante, a la que tuvo a bien emplear con las dos personas más amadas de Su corazón.

Prescindimos del modo y de las circunstancias que usó para ello. Siempre estaremos dentro de un misterio de amor que se nos puede ir desvelando por la acción del Espíritu Santo en nuestra inteligencia.

Hay una realidad tan fuertemente arraigada en lo más íntimo de nosotros, que, no obstante su importancia, nos es preciso insinuarla, al menos. Es uno de los obstáculos que, muchas veces, inconscientemente se oponen a la sana y cristiana actitud que debemos tomar frente a las pruebas: Se trata de la innata incredulidad que vive en nosotros sobre el amor personal del Padre, a mí personalmente. Transcribimos las palabras de Ph. Madre que pensamos que lo expone bella y brevemente: "soporte sociológico descrito favorece en mí la imagen de un Dios que es quizás, un Dios de Amor, pero un Dios que ama a todo el mundo al mismo tiempo y uniformemente. Esta es la razón por qué me resulta difícil abrirme a un Dios para el cuál, parece, yo no soy más que otro". El me ama, puede ser, pero ¿Por qué a mí más que al vecino? En efecto, según mi pensar, no me ama como si yo fuera su preferido, su único. Ciertamente, esto no es el análisis "intelectual", mi propia fe que me dice esto, sino más bien la manera como yo lo veo, más o menos conscientemente en el interior de mí mismo.

"La relación de amor que Dios quiere entablar conmigo es extremadamente personal y es cierto que yo soy el preferido de Dios mismo, como, en cierto modo, todo hombre es el preferido de Dios: 'Sabe que tú vales mucho a mis ojos' (Is 43, 4)".<sup>2</sup>

Pues bien, cuando en los momentos o etapas de prueba nosotros actuamos "cristianamente" a ejemplo a Jesús y de María, en fidelidad, creyendo contra toda esperanza, aferrados a cumplir Su voluntad, pese incluso a la repugnancia interior que podamos sentir, nuestra fe y nuestro amor crecen. Se robustecen, se afincan y expanden por una acción interior profunda y callada del Espíritu Santo.

<sup>2</sup>Ph. Madre, Charisme de Connesance, Pneumatheque, París, 1985, 72-73.

Su actuación en nosotros no está condicionada por el estado Psicológico en que podamos encontrarnos; ni siquiera por la desolación espiritual que, sin provenir de El, es permitida para nuestro bien (Rom 8,28).

Mientras perdure la prueba nos será difícil percibir el aumento de fe, esperanza y caridad. Pero a medida que retorne la calma interior y vuelva a brillar el sol de su consolación, nos daremos cuenta de que la fe y el amor han sufrido un cambio en nosotros: creemos y confiamos más serena y profundamente en El; lo amamos con un amor que siendo, quizás, menos ostentoso, es, ciertamente, más profundo. Nuestra mutua relación de amor se ha intensificado profundamente, en gracia de Su preferencia y de nuestra cooperación en fidelidad.

El caso de Abraham cuando el Señor le manda sacrificar a su único hijo Isaac, el hijo de la promesa, es tan aleccionador, que ha servido de modelo y ejemplo para los que, como él, pero sin llegar a ese extremo quizás, han sido probados a fondo por el amor misericordioso de Dios (Gén 22). Y este era el punto central de Dios al pedir a Abraham lo que con una visión simplemente humana nos puede parecer inhumano. Los caminos de Dios, Su sabiduría y Sus designios, están mucho más allá de lo que podemos pensar. Detrás de toda prueba del Señor, hay un oculto designio de elevar a su hijo: Más allá del dolor que irrumpe, está el gozo de un nuevo crecimiento en la trilogía más fundamental de virtudes cristianas, sin las que Dios no puede conducirnos a Su plan total de salvación personal y adentrarse en nosotros en una relación de crecimiento amoroso como persona ciertamente preferida para Su corazón.

Por eso, este aspecto de la fidelidad a Dios en la prueba, reviste una importancia fuera de toda ponderación. De igual modo, también más allá de las reacciones humanas, de las que se aprovecha, el espíritu del mal está presto para atacarnos y meternos de lleno en la respuesta de la infidelidad.

#### **4. La tentación**

Le damos a esta palabra un sentido amplio; unas veces aparecerá como una verdadera tentación, la incitación, la provocación, el deseo de alejarnos de Dios, de volver a nuestra antigua vida de pecado, o de involucramiento mundano, de omitir todo esfuerzo de cooperación con la gracia, de recurso a Dios, de contentarnos con una "mediocridad" espiritual, de hacer y vivir como la mayor parte hacen y viven. Otras veces, sin tener la peligrosidad de la tentación, provenga de nosotros mismos o del espíritu del mal o del mundo que nos rodea, representa un verdadero obstáculo para seguir en fidelidad a Jesucristo, para ser fieles hijos del Padre celestial que, antes que nada, desean cumplir su voluntad aun en medio de las pruebas más acuciantes.

##### **•Nuestro comportamiento frecuente**

En modo alguno la tentación, cualquiera que sea, proviene de Dios (Sant 1, 12-13). Al permitirle pretende sacar de ella un bien para la persona tentada (1 Cor 10,13), más aún, nos exhorta en la oración por excelencia a que roguemos para no caer en ella (Mt 6,13; Lcl 1,4,1). Y no olvidemos la recomendación vehemente que Jesús hace a sus discípulos de orar para superar la tentación que se les aproximaba (Le 22,46).

*Rehuimos la fidelidad porque la desolación nos desagrada.*

Efectivamente, ante la tentación (no precisamente siempre la desolación es tentación) nos sentimos molestos: la angustia, la inquietud, la duda, la falta de sentido de lo que antes lo llenaba todo, la tristeza; aparece toda una gama de sentimientos negativos como un manto impenetrable al bienestar.

Todavía se agrava más porque los pensamientos a que da paso la tentación son pensamientos que nacen de la misma y, por lo tanto, van marcados con la misma negatividad y pesimismo de la tentación.

Esta, entonces, se convierte en un profundo deseo de salir de ella como sea, aun a costa de la fidelidad prometida a Dios y guardada fielmente en tiempo de consolación. Se deduce fácilmente la gran peligrosidad que puede encerrar semejante actitud.

*La tentación tiende a ir contra lo propuesto a, la luz de Dios, ataca, por tanto, la fidelidad.*

La tentación, precisamente por ser diabólica (es decir, proviene de las raíces del mal que hay en nosotros, del mundo malo y perverso que nos rodea, del espíritu del mal que se aprovecha de ella y aun la provoca), atenta contra lo que, discernidamente, hemos propuesto hacer a la luz de Dios, para comportarnos como auténticos hijos suyos, en el amor y la obediencia.<sup>3</sup>

Hay, pues, inevitablemente, una lucha interior que se desenvuelve, a veces dramáticamente, y que, por lo tanto, implica un sufrimiento, más de una vez desgarrador. La lucha se centra en el bien aparente que se nos presenta, el deseo de huir del sufrimiento y la perseverancia en la fidelidad prometida. Es frecuente, además, que la persona tentada experimente en sí una gran debilidad en sus tentaciones. No las puede evitar siempre que le sobrevengan ni puede hacerlas desaparecer de un soplo.

De aquí que el faltar a la fidelidad en tales circunstancias, es agravar su situación. Entonces es cuando necesita recurrir a Dios, a un sabio consejero, a poner los medios de cooperación, aunque resulten dolorosos. Pero el peso de la tentación gravita contra ella. Si así no fuera, la tentación perdería su aguijón. Y, precisamente la fidelidad observada contra viento y marea, con la gracia de Dios, "que nunca falta", tiene un mérito de crecimiento espiritual grande, sobre todo en el arraigo de nuestra fe y de nuestro amor.

<sup>3</sup>EE. 318.

*La hora del combate espiritual por la fidelidad.* Ya insinuamos esto. Detengámonos un poco más. La tentación, cualquiera de ellas, pero sobre todo las graves, es un ataque cuyo objetivo último es hacernos perder pie y caer en la infidelidad. Es decir, en cierto modo, volver la espalda a Dios y retornar a la situación primitiva anterior a nuestra conversión.

La tentación, por lo tanto, dada su finalidad por parte del mal espíritu (por parte de Dios al permitirle es lo contrario), no es un pasatiempo. Hay muchas tentaciones que, por su trascendencia, son horas que marcan el corazón: "Si no resisto la tentación quedo marcado con el estigma del traidor. Si resisto (y permanezco en fidelidad) seré contado entre los testigos de la fuerza del Señor".

Lo que hemos escrito es, nada más, un esbozo incompleto sobre la tentación de infidelidad en la prueba, intentamos, ahora, hacer breves aplicaciones a los servidores de la Renovación Carismática.<sup>4</sup>

## **5. Aplicaciones a los servidores de la Renovación Carismática**

### *A. La persuasión de los tiempos de prueba*

Quizás nada haya más funesto en la vida espiritual que hacerse la ilusión de que "a otros sí, a mí no". Nos recuerda la insana ilusión de Pedro ante las predicciones del Señor en la noche de la Última Cena (Mc 14,29). En tiempo de "gloria" es muy saludable y responde a un sano juicio y conocimiento de las alternativas de la "consolación" y "desolación", pensar sosegadamente en el tiempo de prueba futuro. Nadie está libre de pasar por este tiempo que, naturalmente, aborrecemos. Menos aún aquellos que se han entregado de veras al Señor y buscan cumplir su voluntad en el servicio y amor de sus hermanos. El camino de Jesús se repite en cada uno de los que lo aman y pretenden seguirlo fielmente, de un modo especial. El espíritu del mal tiene un interés especial en aquellos que son instrumentos de la gracia y busca arduosamente vencerlos con los diversos modos de tentación de que dispone. La infidelidad a su plan espiritual, al seguimiento en fe de Jesús, es un objetivo que lo obsesiona.

<sup>4</sup>D. Gil, Discernimiento, Centrum Ignatianum Spiritualitatis, Roma, 1980, 157 ss.

El servidor tiene, pues, que guiarse no por la propia ligera condición, tan común a cada uno de nosotros, sino por la inspiración del Señor que le advierte, como a Pedro, que también él será tentado de infidelidad (Mc 14,26-31). El hecho de que nos sorprenda avisados y en un alerta sobre nosotros, es ya una ayuda eficaz para resistir y evitar ensoñaciones de gloria. De esto depende, en gran parte, la conducta que después se tendrá. "Como quien toma aire, respirando profundamente antes de volver a sumergirse, sabiendo que cuanto mejor se oxigene más podrá nadar bajo el agua. Son *nuevas* las fuerzas que ahora se experimentan, en consolación, para la próxima desolación" (para la prueba futura). Por más que desconozcamos el tiempo y el modo como se presentará, estamos seguros de que llegará el tiempo de las tinieblas, y los momentos y aun días de prueba espiritual.<sup>5</sup>

### *B. La persuasión de que estamos "siempre necesitados del tronco de la vid"*

Hay aquí una referencia explícita a la alegoría de la vid y los sarmientos. En ella el Señor nos señaló bien claramente que sin El "nada podemos" (Jn 15, 5). En las pruebas es donde realmente caemos en la cuenta de que nuestras fuerzas humanas son tan débiles que necesitan, sin posible sustitución, la ayuda de la gracia. Y ésta, siempre nos queda. Junto a nuestra imposibilidad de auto salvación, se nos ofrece la fuerza de Dios en su Espíritu, que siempre está dispuesto a actuar en nosotros, si nos abrimos a El.

<sup>5</sup>EE. 323.

Por eso, junto a la muralla de lo imposible a nuestras fuerzas humanas, se alza la buena nueva del poder y del amor de Cristo, puesto a nuestra disposición. Aquí cabe aducir la expresión de San Pablo, quien también experimentó, en un grado extraordinario, las pruebas de toda clase, pero se sentía estimulado y confortado con la persuasión de su poder en Cristo: "*Cuando soy débil entonces soy fuerte*" (2 Cor 12,10). Se apoyaba no en sí, sino en el auxilio divino.

El servidor irá experimentando que cuando quizá exclame: "No puedo más", entonces puede decir: "Ahora sí puedo"; porque el auxilio divino siempre le queda, aunque no lo perciba. La experiencia de la acción confortadora del Espíritu Santo, la verá después, cuando haya visto cómo lo que le parecía imposible, se ha hecho admirablemente posible por la gracia que le asistía en la tribulación, oculta pero eficazmente.

Es "suficiente", no precisamente superabundante, como en tiempo de gloria, para poder actuar, y permanecer fiel en medio de la dificultad, tentaciones, pruebas...

Y no es el menor consuelo, sino grande y capaz de contribuir a aliviar nuestra prueba, la persuasión de que quien resiste valerosamente la tentación, con la gracia del Señor, mejora, acrecienta, fortalece su fe y su vida espiritual, aunque de inmediato no lo vea. Y un bien más que le vendrá: Irá adquiriendo, poco a poco, un hábito espiritual de resistencia a la tentación, que le facilitará la fidelidad cuando se sienta atacado y probado.

El servidor, por la experiencia dolorosa por la que pasa en fidelidad conseguirá, además, frutos preciosos para su vida espiritual: la conversión, el realismo, la humildad, la comprensión.<sup>6</sup>

<sup>6</sup>EE. 320.

### C. La gran tentación de la "infidelidad"

El espíritu del mal no pierde el tiempo. Nada más apetecible para él que zarandear a los hijos de Dios, e irlos conduciendo a alejarse de El, es decir, a serle infieles en realizar Su voluntad. Es su objetivo de siempre, aun con el mismo Elijo de Dios (Mt 4,1 ss). Para él no importa ni el tiempo, ni la calidad de la infidelidad: Grande o pequeña. Procede por etapas bien medidas. No suele precipitarse. Le basta, en una ocasión determinada, con que seamos infieles conscientemente en una cosa pequeña. No se detendrá ahí; intentará dar otro paso mayor, hasta llegar a conseguir lo que es su último objetivo.

Por eso, San Ignacio insiste en la regla de oro No. 318 en el comportamiento de la persona probada: "Mantener su fidelidad a toda costa, aunque sea en las que pudiera llamarse micro decisiones".

Lo que el servidor se juegue, si cede y se deja arrastrar a la infidelidad, puede ser decisivo para su vida en Cristo. Y tratándose de servidores que están al frente de un grupo de oración, de ellos depende, en buena parte, como instrumentos de Dios, la marcha del grupo, la conversión, el crecimiento, la irradiación apostólica del mismo.

Por eso, no hemos de sorprendernos de que sea un punto preferido del espíritu del mal irnos conduciendo, a veces progresivamente, otras de improviso, bajo nuestro estado afectivo excitado, a faltar en la fidelidad prometida y tan esperada por el Señor. Y, hay que confesarlo: Muchas veces se da en nosotros una auténtica connivencia con él, en la forma de pretextos conscientes o inconscientes; sobre todo empujados por el malestar interior, por el dolor de la prueba que nos sugiere "salir de ella como sea".

Sin angustiarnos, sí hemos de medir las consecuencias de la tentación de la infidelidad para nosotros y para los que, de algún modo, dependen de nosotros. Nuestra actitud y comportamiento van a tener una irradiación, prácticamente inevitable. Esta realidad debe ser un estímulo poderoso para perseverar en la fidelidad, aunque la motivación suprema, deba ser el mismo Dios, complacerlo, reaccionar como auténticos hijos suyos que desean mostrarle su amor y obediencia filial en momentos tan dolorosos.<sup>1</sup>

### D. La actuación

Cedemos la palabra a un autor que tan profundamente ha estudiado tema tan fundamental:

Siguiendo y comentando a San Ignacio en sus Reglas de Discernimiento de primera semana, dice: "La firmeza y la constancia". "*Firme*, es decir, no entregar el corazón a la duda: No aflojar un propósito que debe ser firme. Hay ejercitantes que no cambian exteriormente una decisión, pero permiten, lamentablemente, que el gusanito de la duda se la vaya carcomiendo. Al final, sin haber corrido siquiera el riesgo del cambio, se encuentran con que su decisión ya no existe: Se evaporó, se disolvió, los vientos de la duda se la llevaron. *Firme* con todo, no equivale a rígido, ni a obstinado, porque es siempre una firmeza racional, fruto del amor luminoso, y no del capricho subjetivista, ni del auto endiosamiento del que piensa que nunca se equivoca. *Constante* en el cumplimiento de lo determinado o del modo de cumplirlo".

No queremos extendernos más, no obstante la importancia del tema.

Indicamos solamente los medios que el Señor ha puesto a nuestra disposición para hacer frente y perseverar fielmente en las pruebas.

El recurso más frecuente e intenso es confiar en El. Entonces lo necesitamos de un modo especial y sería un arriesgado procedimiento alejarnos de El, de su providencia y amor cuando más lo necesitamos. Otros son: La oración, aun la oración de queja amorosa al modo de los profetas, incluso al modo de Jesús en el momento supremo de sus pruebas (Mt 27,46); la vida sacramental, especialmente la

---

<sup>1</sup>D. Gil o. c., 157ss.

Eucaristía; el recurso a María en su intercesión maternal; La ayuda de una persona no sólo entregada al Señor, sino versada en los caminos espirituales; una comunidad o grupo de oración en la que me siento confortado por la oración y la fe viva de mis hermanos.,.

Esta actitud, por otra parte, es el modo más eficaz de que Dios, a su tiempo, alivie la prueba y aun nos haga sentir la gracia de su presencia y de su amor.<sup>8,9</sup>

<sup>8</sup>EE. 318.

<sup>9</sup>J. Blattner, *Growing in the Fruit of the Spirit*, Servant Books Ann Arbor, Michigan, 1984, 107-118.

## X. ¿EL COMPORTAMIENTO INADECUADO CON LOS SACERDOTES?

### 1. Varias realidades

#### A. La acogida fraterna

Ya lo indicó claramente Juan Pablo II en su alocución a los dirigentes de la Renovación Carismática, reunidos en mayo de 1981 en Roma:

"Quisiera también en este momento llamar vuestra atención sobre otro punto que tiene especial importancia para esta Conferencia de dirigentes"; se refiere al papel del sacerdote en la Renovación Carismática. Los sacerdotes en la Iglesia han recibido el don de la ordenación como colaboradores en el ministerio pastoral de los obispos, con quienes participan del único y mismo sacerdocio de Jesucristo, que requiere su absoluta comunión jerárquica con el orden de los obispos. (Cf. *Presbiterorum Urdisis*. 7). Como consecuencia, el sacerdote tiene una única e indispensable tarea que cumplir en y para la Renovación Carismática, lo mismo que para toda la comunidad cristiana. Su misión no está en oposición ni es paralela a la legítima tarea del laicado. El sacerdote, por el vínculo sacramental con el obispo, a quien la ordenación confiere una responsabilidad pastoral para toda la Iglesia, contribuye a garantizar a los movimientos de renovación espiritual y al apostolado seglar su integración en la vida litúrgica y sacramental de la Iglesia, sobre todo mediante la participación en la Eucaristía; en ella pedimos a Dios nos conceda "que, fortalecidos con el Cuerpo y Sangre de su Hijo y llenos de su Espíritu Santo, formemos en Cristo un solo cuerpo y un solo espíritu" (Tercera plegaria-eucarística) El sacerdote participa de la propia responsabilidad del obispo para predicar el Evangelio, para lo cual su formación teológica lo debe capacitar de un modo especial. Como consecuencia, tiene la única e indispensable tarea de garantizar una integración en la vida de la Iglesia que evite la tendencia a crear estructuras alternativas o marginales y que lleve una participación plena, sobre todo dentro de la parroquia, en la vida apostólica y sacramental de la misma Iglesia. *El sacerdote, por su parte, no puede cumplir su servicio en favor de la Renovación en tanto no adopte una actitud de acogida ante la misma, basada- en el deseo de crecer en los dones del Espíritu Santo, deseo que comparte con todo cristiano por el hecho de su bautismo.* (El énfasis es nuestro).

*Vosotros, pues, sacerdotes y seglares, dirigentes de la Renovación, tenéis que dar testimonio de vuestra mutua unión en Cristo y poner como modelo de esta colaboración efectiva la exhortación del Apóstol. "Sed solícitos en conservar la unidad del Espíritu, mediante el vínculo de la paz Sólo hay un Cuerpo y un Espíritu, como también habéis sido llamados con una misma esperanza, la de vuestra vocación".* (Ef. 4,3-4). (El énfasis es nuestro).

#### B. La preocupación y asistencia especial a la Renovación Carismática

Sin que se pueda afirmar que ellas sean una realidad frecuente entre los sacerdotes, especialmente entre los párrocos, respecto de la Renovación Carismática, sí podemos decir que se encuentra en todos los países y aun diócesis donde ha penetrado la Renovación.

Se trata de sacerdotes, párrocos especialmente, que han vivido la experiencia de un encuentro profundo con el Señor en el Espíritu, a través de la misma Renovación. (Esto, obviamente, no excluye que puedan haberla tenido fuera de ella, en otros movimientos de Iglesia o al margen de ellos). Esta experiencia de la fuerza del Espíritu en la propia vida y en sus ministerios pastorales, los ha movido a prestarle una atención especial a la Renovación Carismática, de la que se valió el Señor para que reencontraran o comenzaran a vivir con mayor intensidad su llamada a la santidad y su misión sacerdotal.

No hay reproche alguno en esta atención especial, con tal de que ella no los lleve a abandonar otros movimientos eclesiales o a rechazar a los que, siendo buenos instrumentos del Señor, son prácticamente marginados por no avenirse con sus preferencias o por otras razones personales. El se debe a todos, pero no debe sentirse mal si dedica una atención especial discreta a aquél por el que llegó a un nuevo encuentro con el Señor y es usado como instrumento fecundo de apostolado en su parroquia.

La Renovación Carismática no quiere ser privilegiada: Sí acogida, no rechazada, sí admitida, por los sacerdotes. Está de por medio una obediencia, al menos indirecta, a la afirmación ya clásica de Pablo VII (Supuestos los frutos que está produciendo) "¿Cómo no debe ser considerada (la Renovación Carismática) como una 'suerte' para la Iglesia? Y si es así, ¿cómo no poner los medios adecuados para que continúe siéndolo?" (Discurso en el II Encuentro Internacional de Dirigentes de la Renovación Carismática, Roma, 1975). Lo es, igualmente, a las fuertes manifestaciones de Juan Pablo II en favor de la Renovación, sobre todo sus admirables palabras de elogio y de aliento, con motivo del VI Congreso Internacional de Líderes de la Renovación Carismática, celebrado en Roma, en mayo de 1987.

No podemos menos de felicitarnos, al constatar, a través de los informes que llegan en las revistas de la Renovación, la lenta pero segura apertura de los sacerdotes (párrocos especialmente) a la Renovación. En ésta se consideran como "llovidos del cielo"; tanta es la estima y la ayuda que recibe con la sola presencia y acogida fraternal del sacerdote, ministro de Cristo.

A veces, la asistencia especial está, sobre todo, ligada a la ayuda que la Renovación presta en la parroquia, y a la disponibilidad de sus miembros para los ministerios y tareas más ingratos. Es laudable esta asistencia. Pero, para que pueda perdurar y acrecentarse, es necesario que el sacerdote parta del aprecio de la misma Renovación Carismática en sí, y esto supone su conocimiento, relativamente a fondo. Va a la médula del Evangelio y la primacía que le da al Señorío o proclamación de Jesús como Señor real de la vida particular de toda la Iglesia y del mundo, y del poder del Espíritu para conseguirlo. No siempre se considera lo anterior como el núcleo esencial de la Renovación. La comprensión de ésta por aspectos marginales es, para no pocos, el conocimiento deformado sobre la misma. Por otra parte, el ser mismo de la Renovación Carismática, la empuja a infiltrar este espíritu del Señorío de Jesús en la fuerza del Espíritu que manifiesta su presencia por su acción transformante y sus carismas, sin que la identidad del movimiento que vivifica pierda nada de ella.



### *C. El rechazo*

Si hemos de ser leales, aún subsiste, en no pocos sacerdotes, y con cierta agudeza en algunas partes, el rechazo a la Renovación Carismática. Un rechazo a diversos niveles: desde un leve no admitirla, hasta un manifiesto y duro rehusar relación alguna con ella, es decir, un rechazo franco, sin disimulos.

Sería arriesgado querer penetrar en las motivaciones ocultas de esta actitud respecto de la Renovación Carismática, por parte de sacerdotes y religiosas. Sería exponerse a caer en una injusticia; más aún lo sería hacerlos responsables únicos de su toma de posición.

Sin embargo, más de un sacerdote que lleva años participando activamente en la Renovación Carismática y más de un párroco que ha visto revitalizada su parroquia, se preguntan con cierta inquietud y extrañeza el porqué de esta actitud frente a una realidad tan recomendada por Pablo VI y Juan Pablo II, por no citar numerosas conferencias episcopales y obispos.

Nosotros, modestamente, insinuamos interrogativamente lo que otros más atrevidos formulan con cierta crudeza: ¿No se deberá a experiencias pasajeras negativas de personas particulares o grupos de oración que no han tenido buenos dirigentes? ¿Habrà que recordar que la Renovación Carismática es fundamental, no exclusivamente una experiencia, y que un juicio con garantías sobre ella y una actitud basada en un juicio suponen haber conocido y vivido la Renovación Carismática, desde dentro? ¿No habrá que achacarlo, en parte, a haberse encontrado con personas que dicen vivir en el Espíritu y que más de una vez muestran su fragilidad humana y ceden ante la tentación como un cristiano vulgar? Recordemos los religiosos lo que acontece en el seno de nuestras comunidades consagradas a Dios por los votos y con medios especiales y abundantes para santificarnos: También en ellas se da la mediocridad. Después de años de vida consagrada nos encontramos con que nuestro caminar en pos de Cristo ha sido lento, lleno de infidelidades y que la tentación nos asalta y aun nos vence.

¿No persiste aún el reproche ya trasnochado, al menos en muchas partes, de que los carismáticos se contentan con levantar las manos y no cooperan en los trabajos apostólicos? Precisamente, comienzan a levantarse voces de alerta por parte de algunos obispos, avisando a la Renovación y que no olvide que su misión fundamental es orar como lo ha venido haciendo. Y que entregarse en cuerpo y alma al trabajo, abandonando o disminuyendo aquélla, puede ser falta aun para su existencia.

Hay quien va más allá y lo ha manifestado en una reunión nutrida de sacerdotes. Para esta persona (bien conocedora de la situación espiritual de muchos) la causa principal era el abandono masivo de la oración por parte de aquellos. Sería una realidad profundamente triste y preocupante que los administradores de los misterios de Cristo, los ungidos para ser "otros Cristos hubieran abandonado la comunicación íntima con el que es la fuente de su eficacia apostólica y el modelo de su vida de entrega a la santidad (2 Tim 1,6).

Cuanto hemos enumerado no significa que el rechazo hacia la Renovación Carismática caiga exclusivamente sobre ellos. También nosotros, los que participamos en la misma, hemos cometido errores, imprudencias; hemos sido soberbios, hemos procedido, más de una vez, al margen del Evangelio. Ni quiere decir que la aprobación y acogida que deseamos, los lleve a participar activamente en la Renovación Carismática, como los miembros que perseverantemente toman parte en ella.

### *D. ¿El comportamiento inadecuado con los sacerdotes?*

*(Nos referimos especialmente a los párrocos)*

Aparte de lo que se ha indicado anteriormente al abordar el tema del paraclericalismo, añadimos lo siguiente:

#### *a) Encuadrarlos en un esquema rígido*

Para pocos carismáticos sólo existen dos tipos de sacerdotes: Los que están, en su desafortunada fraseología, "renovados" y los que no están. Es decir, los que fomentan o participan de la Renovación Carismática, y los que no. A su juicio, todos deberían mirar con gran simpatía la Renovación y, si les fuera posible, participar en ella. Es una visión muy estrecha.

Desconocen que el Espíritu Santo puede, y de hecho, se manifiesta de modos diversos. Dichos sacerdotes están "más llenos del Señor" que aquel que injustamente los cataloga de "buenos" y "malos".

Lo importante es que todo cristiano reconozca el Señorío de Jesús, se deje conducir por la fuerza transformante del Espíritu y esté disponible a ser usado para bien de la Iglesia.

Y ¿quién puede decir que fulano no lo es porque no participa en la Renovación Carismática? Es un laudable deseo siempre que sea discreto y no encierre a los sacerdotes en un marco estrecho de "eres o no eres de los míos".

#### *b) Marginarlos en nuestras actividades*

A veces, quizá frecuentemente, parecemos desconocer que la Renovación Carismática, nace en la Iglesia y que es para la Iglesia, que debe insertarse en la diócesis y en su pastoral, pequeña porción de la gran Iglesia de Cristo e, igualmente, que la parroquia constituye una porción menor de la diócesis, dado que el párroco participa de la responsabilidad y poderes del Obispo de su diócesis.

Por eso (creemos que no por deseo de independencia) procedemos como si de hecho fuéramos exentos de tal interdependencia. Cierto que un párroco tiene sus derechos y deberes respecto de la Renovación Carismática, bien definidos por el Derecho Canónico. Esto, precisamente, debe llevar a los equipos de la Renovación Carismática a trabajar en íntima unión con los párrocos. Así ellos se sienten ayudados en su tarea de conducir la marcha de la Renovación Carismática, de acrecentarla y fortalecerla, y, a su vez, ayudan al párroco en cuanto a él le compete en el campo de la inserción parroquial, en la colaboración de la pastoral, en la enseñanza que se imparte, en la apertura de nuevos grupos donde más se requieran, conforme a su buen criterio, conocedor de necesidades y oportunidades.

Ya en la cita anterior de Juan Pablo II se indican los deberes y obligaciones peculiares de los párrocos respecto de la Renovación Carismática. Necesitamos progresar en este acercamiento e inserción. Confesamos que se ha recorrido un buen camino, pero aún queda

mucho por andar. Y la "mutua unión" subrayada por Juan Pablo II ha de ser un ejemplo manifiesto de que ambos, la Renovación Carismática y el párroco, se hallan unidos en Cristo por el amor, el trabajo, el ideal.

También debe ser un hecho lo que el mismo Papa ha reconocido como una gracia especial: marcha firme y decidida al corazón de la Iglesia; la Renovación Carismática, camina discreta y fielmente a insertarse en la parroquia, en su pastoral, en la unión y cooperación con el párroco. Cuando esto se hace bajo la acción del Espíritu no sólo debe quedar a salvo la *modalidad típica de la Renovación*, sino que se fortalece y aumenta.

#### *c) Descuidar con ellos las atenciones humanas*

Ciertamente, la oración por nuestros párrocos debe ocupar un lugar de privilegio en nuestra vida. La gran responsabilidad espiritual y humana que pesa sobre ellos; la eficacia de su trabajo apostólico, las tentaciones a que también ellos están expuestos, el cansancio hasta el agotamiento, la soledad afectiva en que muchas veces viven, lejos de sus parientes, la necesidad de una santificación personal que les urge... hace que nos debamos sentir responsables de orar por ellos asiduamente. Pero esto no basta, con ser sumamente apreciable y la primera y más urgente obligación respecto de ellos.

Es necesario tener una fina sensibilidad para percibir sus necesidades y ayudar en la medida de nuestras posibilidades.

La Renovación Carismática, que se distingue por su visión optimista de la realidad, que dice tratar de seguir al Señor en la fuerza del Espíritu, debe tener para con sus párrocos las "delicadezas" y "atenciones" que leemos tuvo el Señor para aquellos que se le acercaban.

Una cosa es "atosigar" con multiplicidad de atenciones, con modos poco sencillos, prefabricados, a una persona y otra hacerle sentir nuestro amor sincero, natural, profundo que se traduce en obras y colaboración.

En este sentido, no pocas veces descuidamos las preocupaciones que entran dentro de una vida normal vivida en unión y amor: El saludo afectuoso, la visita oportuna, el rato de sano esparcimiento y descanso, el obsequio discreto con ocasión de un cumpleaños, la felicitación sencilla y sincera por un sermón, una homilía, una actividad en la que ha puesto una especial dedicación o ha tenido un éxito notable...

Igualmente, por más que en su ministerio entre de lleno consolar, fortalecer, impulsar la creatividad, dar responsabilidades, también ellos necesitan sentir la sincera compasión, las palabras de aliento de sus feligreses. Creemos que muchas veces, son estoicos y parecen inalcanzables por el sufrimiento, la desilusión, la soledad, el fracaso... la misma depresión que, en grados diversos, a todos nos arropa alguna vez.

Pero hay circunstancias excepcionales, que salen del marco de la vida ordinaria y en las que nuestra atención humana, cristiana, debe hacerse sentir especialmente. Esto puede ocurrir en la pérdida de un ser querido, en un inesperado venirse abajo una obra largo tiempo emprendida y que parecía estar ya consolidada; en una desolación manifiesta en sus efectos, aunque desconocida para nosotros en sus causas... Aquí se necesita un tacto y una prudencia especiales para no introducirse en la intimidad de la persona indiscretamente y saber decir la palabra oportuna que el Espíritu Santo pondrá en nuestros labios.

Se ofrecerán muchas oportunidades a lo largo del año, para mostrar a nuestro párroco el agradecimiento, el amor discreto, la cooperación no pedida pero deseada, el aprecio por su sacrificio y constante preocupación por sus feligreses. Esto acumula "carbones encendidos" sobre nuestro hermano y contribuye eficazmente a unir y hacerlo sentirse bien en los sinsabores de su ministerio. La Renovación Carismática debe pedir a Dios una sensibilidad especial para ser instrumento de amor, de consolación, de unión, de gozo para con sus párrocos,

#### *d) Presionarlos para que entren en la Renovación Carismática*

Nada más natural que cuando hemos tenido un encuentro con Dios que ha cambiado nuestra vida, queramos que también otros tengan esa misma experiencia.

Es, no sólo encomiable, sino digno de ser suplicado al Señor. Hallé un tesoro y quiero compartirlo con los demás. Son muchas las personas que han encontrado en la Renovación Carismática más profundamente al Señor. En ella, sus vidas han sido tocadas y cambiadas en una profundidad antes desconocida. Esto no supone un juicio de valor sobre la Renovación en comparación con otros movimientos de la Iglesia. Consignamos solamente una realidad que, frecuentemente hemos oído de las mismas personas protagonistas que manifiestan que se ha verificado un cambio en sus vidas.

Pero aquí, precisamente, se encuentra la actitud inadecuada de algunos miembros de la Renovación respecto de sus sacerdotes. Bueno es el deseo de que también ellos, en un nivel propio de su sacerdocio, encuentren al Señor como ellos en el suyo.

¿Quién puede reprocharles el que oren y se sacrifiquen pidiendo para los sacerdotes lo que ha sido para sus vidas un descubrimiento increíble y una progresiva transformación?

Pero, muchas veces, el celo indiscreto nos empuja más allá de lo laudable para hacernos actuar imprudentemente.

Bueno es invitarlos con sencillez y amor a un retiro, a una convivencia, a que hagan la experiencia en un grupo de oración. Pero insistir a tiempo y a destiempo", aprovechar las ocasiones de conversar con ellos para volver una y otra vez sobre el tema, no dejarlos en paz, es una coacción que no dará resultado alguno positivo, fuera de contadas excepciones.

Más aún, al sentirse atacados en su libertad, reaccionarán con una negativa y con un alejamiento mayor de lo que les proponemos.

Necesitamos aprender a respetar la libertad de los sacerdotes que se muestran reacios respecto de la Renovación Carismática. Es bueno pedir al Señor que sepamos usar nuestro juicio con más discreción y sentido psicológico. Lo importante es que nuestros sacerdotes estén llenos del Espíritu, aunque no sea precisamente a través de la Renovación Carismática. Esto no es negar que ella se le ofrece a muchas personas como una oportunidad excepcional, querida por Dios y alabada por los Papas.

El método que, a la larga, no fallará, ha de ser el que se basa en el Evangelio vivido seriamente hasta sus últimas consecuencias. Cuando los párrocos ven que los miembros de la Renovación Carismática oran con fervor, reciben los sacramentos con frecuencia e intensidad de amor, cuando los ven, sobre todo, crecer en caridad entre sí y con los demás y ayudar abnegadamente en sus planes de pastoral... van siendo interpelados, secreta pero certeramente, por el testimonio de sus feligreses.

Quizá no puedan dedicarle un tiempo especial a la Renovación Carismática, pero en su interior hay un aprecio nuevo para ella. Desean y piden a Dios que su parroquia sea copiosamente bendecida por los grupos de oración y por los miembros que participan, han sido ganados callada pero eficazmente, por el testimonio de vida y de trabajo.

## **2. Cómo actuar**

*Construir juntos el Reino de Dios en la porción limitada de la parroquia*

(Esto obviamente, no quiere decir que todos y cada uno de los miembros de la Renovación Carismática han de trabajar exclusivamente dentro y para la parroquia. Los Párrocos han de tener sensibilidad para ver dónde está el mayor servicio que esta persona concreta puede prestar a Dios, quizá fuera de la parroquia, y ser generosos en ofrecerla en bien de un servicio mayor).

Esta construcción del Reino no se halla únicamente en la Renovación ni en la parroquia. Sino en ambas: Sin olvidar que los párrocos, en razón del puesto que ocupan como cooperadores de los obispos, tienen una misión especial y, muchas veces, insustituible.

### *a) De parte de la Renovación Carismática*

(Naturalmente al enunciarlo de este modo, no se excluye la labor de otros movimientos de la Iglesia. Indicamos solamente lo que pensamos que corresponde a la Renovación Carismática.)

#### **•La humildad:**

Cuanto Dios hace en nosotros por su Espíritu, sea individual o comunitariamente, tiene que pasar por el camino de la humildad. Es realizarse en nosotros, pero en grado infinitamente disminuido, lo que le aconteció a la Humanidad de Jesús (Filp 2, 5-11).

Siendo esto verdad, hemos de confesar que, en la Renovación Carismática, se corre el riesgo de caer manifiesta o disimuladamente en la soberbia. La experiencia de algo nuevo y diferente que ha ocurrido en nuestras vidas, la experiencia de carismas, algunos de ellos, con un porte llamativo y extraordinario, pueden ser utilizados por el espíritu del mal, para que pretendamos vernos "desde arriba", como superiores espiritualmente a los demás; aun podemos llegar a desestimar a este "pobre párroco" que ni conoce ni participa en ninguno de estos dones. La soberbia es pésima consejera, y, al mismo tiempo, no hacerle frente con decisión, es exponerse a perder lo que se tiene, y aun a caer en los mayores pecados ocultos o manifiestos.

La humildad, frente a Dios, de quien todo bien procede, la humildad frente a nosotros mismos, que sin El nada somos; la humildad frente al sacerdote que posee el insigne carisma de la unción sacerdotal y la misión de administrar y participar en los misterios de Dios, ante el cual nos vemos muy inferiores en dignidad y virtud... Hemos de reconocer siempre nuestra condición de pecadores, y si somos algo en el Señor, ha sido porque la fuerza del Espíritu trasciende nuestra pobreza espiritual.

#### **•El amor**

Tendríamos que meditar seriamente la carta magna de la caridad (1 Cor c. 13), para caer bien en la cuenta de la gran exigencia del precepto del Señor (1 Cor 13,34-35). La Renovación tiene un llamado especial a realizar el amor en la fuerza del Espíritu Santo. Precisamente porque trata de darle todo el protagonismo insustituible que tiene en la vida cristiana y en el trabajo apostólico, el Espíritu Santo, que es el "Amor" por excelencia, debe actuar especialmente en ella.

Es sumamente importante, pues, que en la Renovación Carismática, se ponga todo el esfuerzo, confiados en el Señor, en ir realizando progresivamente la comunión fraternal. Esta aunque tenga un campo de preferencia en los miembros del grupo, no debe quedarse ahí. Ha de extenderse a todos y, especialmente, a los sacerdotes.

Por mejores intenciones que tengamos, nos encontraremos, más de una vez, con que hemos faltado y que las características del amor verdadero aparecen veladas.

Por eso, cuando se habla de realizar el amor fraternal, la comunión entre hermanos, hay que hablar también del perdón dado y recibido. Porque el amor que es lo más exigente, es también, precisamente, lo que está más expuesto a entenderse mal y a practicarse deficientemente.

Pero la fuerza del Espíritu es quien obra, ayudando a que sea una realidad. Este es un elemento insustituible de la Renovación Carismática, por el cual ha de cooperar a construir el Reino de Dios en el limitado campo de la parroquia.

#### **•La prudencia**

Es cierto que la Renovación Carismática tiene muchas cosas preciosas que ofrecer, pero no siempre sabe hacerlo.

Pensamos -y es cierto- que la presencia de un grupo de oración en la parroquia es de gran ayuda. Y, sin más, deseamos y trabajamos porque sea una realidad. Quizá habría que esperar un tiempo y proceder de otro modo a como lo hemos planeado.

No es raro advertir que si el párroco hace algunas observaciones y aun objeta ciertas cosas, tendamos a verlo como un obstáculo que se opone y que hay que eliminar. Puede ser que un conocimiento deficiente de la Renovación Carismática, y desconocer lo que entra dentro de la competencia del régimen de la Renovación, lleve a algunos a actuar indebidamente. Pero, mientras no nos conste lo contrario, hemos

de pensar que lo hace guiado por las mejores intenciones, que seguir su consejo y tratar de cumplir sus indicaciones, sería lo mejor y más provechoso. El diálogo, el respeto, el espíritu de servicio, el convencimiento de que un párroco es el que mejor conoce muchos aspectos de su parroquia, facilitará las dificultades que, más de una vez, se presentarán.

Es capital que tengamos muy presente la exhortación de Santiago sobre la lengua, para no caer en un peligro tan lamentable (Sant 3,1-12).

Un recurso recomendable es orar antes de abordar una situación conflictiva. El Señor, por su Espíritu, nos dará la prudencia y el tacto convenientes, así como la virtud de sabernos callar, a veces, aun en el supuesto de que tuviéramos razón.

La prudencia se refiere no sólo al modo y a la materia, sino también a la oportunidad más favorable para hablar.

#### •*La oración*

Cuando buscamos el reino de Dios, utilizamos los métodos de Dios y los utensilios de Dios. Sabemos que la oración es un arma potentísima. Tenemos necesidad de orar mucho: Por los sacerdotes, por la Renovación de la parroquia, por los proyectos de un grupo de oración en el seno de la parroquia, por las personas que Dios va a enviar a este nuevo grupo, etc. Es necesario comenzar por la oración y seguir con la oración para que "se haga Su voluntad" y no la nuestra.

#### •*El servicio*

Supuesto el lugar de privilegio de la oración, el servicio nace espontáneamente de ella cuando es auténtica, como el fruto de un árbol sano.

El servicio dado, cuando es pedido y ofrecido espontáneamente al párroco, es una manera preciosa y eficaz de colaborar en la construcción del Reino en la parroquia. Pero ha de ser una colaboración prestada con amor, con desinterés, por las más puras motivaciones, con abnegación.

No se trata de entrar en competencia con otros movimientos de la Iglesia: A ver quién hace más y mejor, y se capta la simpatía y las preferencias del párroco. Se ofrece porque se quiere ayudar al Señor, a la Iglesia, a la diócesis ahora, a través de una parroquia y un párroco concretos, simpatice o no con la Renovación Carismática. Es el anhelo de poner nuestro granito de arena en la construcción del edificio del Reino.

Más aún, la Renovación Carismática debe estar dispuesta a trabajar en lo más escondido y humilde, en las tareas que otros, por su calidad de oficios ingratos, monótonos, ocultos, no quieren o sienten dificultad en aceptar.

Esto no impide que cuando la gloria de Dios lo exija, o sean invitados a colaborar en trabajos humanamente "ostentosos" y de cierta preeminencia, no lo hagan, cuidando de que la gloria sea referida toda ella al Señor, quien ha actuado por su Espíritu.

#### *b) De parte de la parroquia y de los párrocos*

(Lo que digamos se refiere igualmente a los sacerdotes, aunque no tengan la dirección de una parroquia).

#### •*Humildad*

Creo, sinceramente, que los sacerdotes tienen necesidad de esta humildad para poder comprender la Renovación Carismática. El sacerdote debe aceptar el hecho de que no lo sabe todo, aun en lo que respecta a los servicios que se refieren a su ministerio. ¿Cómo se podrá encerrar en nuestro pequeño espíritu la grandeza de Dios, sus misterios y planes, cuando están tan alejados de nosotros como el cielo lo está de la tierra?

Es necesario que el sacerdote reconozca que el Espíritu Santo sopla cuándo y dónde El quiere y que, muchas veces, le place hacerlo de la manera más extraña, realizando sus obras con una persona sin competencia. El sacerdote debería estar dispuesto a dejarse enseñar.

En mis relaciones con numerosos sacerdotes, rara vez he podido apreciar una actitud positiva de escucha frente a los carismas. Por ejemplo, la actitud habitual, cuando no es de rechazo, es simplemente ele escucha paciente. Y yo me pregunto: "A esta persona, ¿no le interesan o es que no desea que se descubra su ignorancia?"

#### •*Acogida y apertura*

Es muy recomendable a todos los sacerdotes que procuren evitar el rechazo manifiesto o silencioso a la Renovación Carismática, sobre todo cuando ésta les es presentada por un laico.

No se trata ahora de aducir los sorprendentes testimonios de acogida y aprobación de Paulo VI y Juan Pablo II. Ni se trata de confesar las deficiencias y peligros que puedan ver en la renovación. Ya lo hemos hecho en otra parte.

El rechazo "hiere" siempre a la persona, sobre todo cuando éste proviene de un sacerdote frente a un laico. Es además humillante y doloroso.

A veces, este rechazo puede ser expresado con tanto desdén o ironía, que llegue a causar heridas profundas en los laicos, cuyas consecuencias aparecen de modos diversos, aunque se ignore la causa. Cuantos tienen experiencia de oración interior saben cuán difícil es llegar a curar las heridas debidas a un rechazo.

Puede haber situaciones en las que el sacerdote no pueda aceptar la Renovación Carismática en los que llamamos aspectos opcionales; pero aun en este caso, es muy importante no incluir en el rechazo la situación y la persona. Siempre será recomendable -Juan Pablo II lo pide discreta y firmemente (mayo 1981)- al menos una benévola actitud de acogida que no implica, necesariamente, siempre aprobación positiva y pastoral, de cuanto hace la Renovación Carismática.

•*Paciencia*

La experiencia, en este caso propia, me indica que los sacerdotes deben tener no poca paciencia y gran comprensión con los laicos que se acercan a hablarles de la Renovación Carismática, del fruto que han conseguido, del encuentro más profundo con Cristo que han hallado en ella, etc. etc.

Cuando uno ha recibido un gran bien o ama intensamente una cosa o persona siente necesidad de comunicar a otros lo que ha encontrado. No ha de extrañarle el que, discreta o indiscretamente, traten de hacerlos partícipes de esta "gran noticia".

En estas ocasiones no sabremos expresarnos del modo conveniente, pero hay algo que permanece firme y que se halla en el fondo de nuestro compartir íntimo: El deseo de construir el reino de Dios, de fortalecerlo, de esparcirlo, de ser alabanza de la gloria de Dios (Ef 1, 1-12); de anunciar a todos los hombres la experiencia de Jesús resucitado, viviente y actuante por su Espíritu Santo; de profundizar las Escrituras; de abrirse a la acción del mismo Espíritu...

De este modo, ambos: Renovación y sacerdote colaboran conjunta y armoniosamente en la construcción del Reino, concretamente en una porción pequeña pero importante de la Iglesia: La parroquia. Es a este fin al que en definitiva debemos tender, cada uno dentro de su responsabilidad, ministerio y posición en la Iglesia. La autoridad, competencia, eficacia y colaboración con Dios en el Espíritu, se verá acrecentada en el sacerdote.<sup>1</sup>

<sup>1</sup>Recomendamos especialmente el No. 82 de *Tychique*, Janvier, 1990, dedicado en varios de sus artículos al sacerdote y su relación con la Renovación Carismática. Recomendamos el excelente artículo de "Il est vivant: Le pretre et le groupe de priere", M. Santier, No. 80, nov dec., 1990, 17-20.

Igualmente, merecen una atención especial: J. Boishu, *Le ministere du pretre dans le groupe de priere*, *Tychique*, No. 44, juillet, 1983, 38-44; en los Nos. 83 y 84 de la citada revista se encuentra un gran material sobre el tema del capítulo. Ambos números están dedicados a la Parroquia y la Renovación (janvier, 1990. mars, 1990). Cfr. B. Bastian, *Etre berger selon le coeur de Dieu* (3), *Tychique*, No. 82, nov.-dec., 1989, 39-41; B. Bastian, *Etre berger selon le coeur de Dieu* (2), No. 79, mai, 1989, 20-23; B. Bastian, *Etre berger selon le coeur de Dieu*, (1), No. janvier, 1986, 17-20. (Los tres artículos están publicados en *Tychique*, Killian McDonell, "Open The Window", Creen Lawn, South Bencl, Indiana, 1989, 42ss. etc.

## XI. LA TENTACIÓN DE "YA ESTOY CONVERTIDO DEL TODO"

### 1. La experiencia de conversión: la experiencia en general

Se trata de una experiencia personal de algún modo excepcional, en el sentido de que rebasa las experiencias parciales que jalonan la vida espiritual de los cristianos. Es la experiencia que, en la pluralidad de sus manifestaciones, se puede sintetizar así: La experiencia de que Dios verdaderamente vive y nos ama, de que la persona concreta es el objeto del amor del Padre, de Jesús, de la acción de su Espíritu. Viene a ser la experiencia del amor de la Trinidad que habita en lo profundo del corazón. Dicho de otro modo, es la experiencia del "encuentro personal con el Señor", con todo lo armónico que esto lleva consigo.

Y como una consecuencia, o mejor aún como el fruto precioso que todo encuentro auténtico con el Señor debe operar, es la transformación que se obra en la persona por la acción del Espíritu, que marca profundamente la vida.

Esta experiencia se vive en un descubrimiento "nuevo" del testimonio de otros, de la oración personal o comunitaria. Va normalmente hacia un "recomponer a la persona en profundidad". La experiencia de conversión es un aspecto de ella.

*Descripción general de la experiencia religiosa.* Se presenta, de este modo, como una reafirmación de la conversión. Toda la vida es tocada. No se limita la experiencia a los aspectos psicológicos o "sentimentales" es decir, a la afectividad que, necesariamente, entra en acción. Se trata de una experiencia "total y global", aunque el aspecto humano del sentimiento tenga un puesto importante.

No se pretende indicar que esta experiencia total y global se dé en un solo momento privilegiado. Puede extenderse a lo largo de un período de tiempo y se va profundizando progresivamente.

No es un valor en sí; considerarlo así sería un error funesto por sus consecuencias, es el fruto más precioso del Espíritu en su actuar dentro de la experiencia. El Espíritu en la experiencia que suscita, pretende, en última instancia, transformarnos en Cristo, y la conversión es un paso necesario.

La conversión religiosa marca, para algunos, el comienzo real de la experiencia cristiana y para otros, un tiempo fuerte en el interior de una vida de fe, pero siempre va a remover en profundidad. Hay en ella un elemento común a toda conversión: Una toma de conciencia nueva de la acción de Dios, una especie de "trastorno" interior que se produce bajo la acción del Espíritu.

Esta toma de conciencia conduce a un reajuste de toda la persona. Es una recomposición que se opera en la relación con Dios, con los otros y consigo mismo; es una apertura a nuevos valores; es un renacer totalmente de la personalidad. "Todo el hombre es transformado. El debe ajustar su afectividad, su escala de valores, sus recursos diversos y sus componentes en función de esta percepción nueva de las cosas de la fe". (...) Aunque esta operación "desinstalante" de la conversión se hace en el interior del hombre, ella comporta una provocación que presiona al cambio en el plano exterior. Lo que se vive interiormente tiende, en primer lugar, a desembocar inevitablemente en un cambio en la vida concreta. La experiencia carismática auténtica, es, a mi juicio, de este mismo género.<sup>1</sup>

Desde luego, por más pura que sea la experiencia, se ha de encontrar la persona expuesta a rebajarla o desviarla de modos diversos: cabe valorarla de tal modo que se la llegue a considerar un fin en sí; como algo que tiene razón de ser prescindiendo del fin a que el Espíritu quiere conducirla: la conversión, la entrega a Jesucristo y a los hermanos... Cabe "y es un peligro que juzgamos" verla con simplismo e inmadurez, desligada del contenido teológico. Por eso, la instrucción en la fe tiene una importancia fundamental en las personas que han pasado por la experiencia carismática. Ambas, decíamos, vienen a ser como hermanas gemelas, tan unidas se hallan. Por eso, es preciso fortalecer la experiencia y la conversión y no correr el riesgo de un lanzamiento prematuro a compromisos para los que aún no se está suficientemente preparado.

Se convertirá entonces la experiencia en una simple reanimación del sentimiento religioso.

Cuando se está preparado y fortalecido suficientemente, no es la misma persona quien ha de discernirlo solamente. Se da una etapa progresiva, distinta, de ordinario, para cada uno. No es fácil hallar el justo equilibrio y mantenerse en él. Pero el Espíritu nos quiere iluminar para evitar el doble escollo de la precipitación y de la excesiva "demora". Sería, realmente, lamentable el que la energía interior que el Espíritu Santo suscita en la experiencia de la que El mismo es autor, se fuera a perder en un militancia de mala ley. Por eso volvemos a insistir sobre la trilogía inseparable que debe tenerse muy presente cuando alguien tiene que aconsejar o tratar de discernir en el campo de la experiencia religiosa: *experiencia, instrucción, vida cristiana*. San Ignacio de Loyola, maestro tan seguro de vida espiritual, en la experiencia de Dios por la que quiere introducir al alma, insiste de hecho en la práctica, aunque no lo haga con las palabras, en los tres elementos indicados. En él parece que precede el segundo, la instrucción, la reflexión, al primero, la experiencia.

<sup>1</sup>H, Gigure, Le Renouveau charismatique et le Renouveau spirituelle, Vie chretienne, No. 98, mars-avril, 1978, 205.

Creemos, y no sin argumentos válidos de la experiencia, que nos hallamos frente a una tentación sutil y grosera, al mismo tiempo. Sutil, porque el hecho de la pertenencia a la Renovación Carismática y la asistencia a los grupos de oración, nos puede hacer olvidar que el hombre, todos y cada uno, debemos estar en actitud de una perpetua y profunda conversión. El hecho de ese doble factor enumerado puede, sin una discreta vigilancia, ponernos en actitud de "ya estoy convertido del todo" y, por lo tanto, olvidar la discreta atención sobre un punto tan fundamental de la vida cristiana, del seguimiento verdadero de Cristo.

Es grosera, porque necesitamos cerrarnos sobre nosotros mismos para caer en la cuenta, iluminados por el Espíritu, que rehusamos enfrentarnos, sosegada y seriamente, con nuestra auténtica realidad y valorarla objetivamente.

Por eso pensamos que es conveniente incluir esta tentación de: "Ya estoy convertido". La obra del Espíritu se vería detenida en su marcha por un error de apreciación que conduciría a otro mayor, de no colaborar con su acción constantemente transformante en nosotros.

La doctrina que se da nos parece ser iluminadora y cada uno debe estar dispuesto a examinar, a la luz del Espíritu, la propia actitud. Desde luego, estas tentaciones no son exclusivas de los servidores, pero sí revisten una importancia especial cuando se refieren a ellos.

## 2. Particularizando sobre la experiencia de "Conversión"

La experiencia de conversión está -debe estar- en el corazón de la Iglesia, de las comunidades, de los individuos. Es, ordinariamente, el comienzo, la puerta de entrada a otras experiencias, y éstas a su vez (si no se hubieren producido antes) tienen que desembocar en la experiencia de conversión. Esta es para todos. Si no se da en muchos se deberá a un rechazo personal de la gracia de Dios que incita a convertirse; a una deficiente o mala orientación por parte de los guías espirituales; por un pobre contentarse con una quizá rutinaria asistencia a la celebración litúrgica; por una lectura superficial de la Palabra de Dios; incluso por una recepción de los sacramentos, pero sin dejarse penetrar por la fuerza intrínseca de estos medios. Su finalidad es llamarnos a una conversión cada vez más profunda y a una entrega al Señor cada vez más consciente, purificada y comprometida.

Una de las gracias de la Renovación Carismática es, precisamente, su insistente llamada a la conversión, de una manera expresa; el énfasis en dejarnos cuestionar por la Palabra de Dios, en profundizarla progresivamente... No se detiene ni considera su camino espiritual recorrido con la experiencia de conversión, pero lo juzga necesario del todo. Los grupos de oración, el Bautismo (o efusión) en el Espíritu Santo, los retiros, son otras tantas oportunidades que se ofrecen a la acción del Espíritu para que realice, con nuestra cooperación, la conversión de la persona.

Ciertamente, la experiencia de conversión tiene elementos comunes con otras experiencias religiosas y carismáticas; unas y otras la profundizan de modos diversos. Aún la progresiva unión con Dios, propia de una experiencia religiosa, contribuye a fortalecer y ahondar la conversión que ya se ha producido, al menos hasta cierto nivel.

"Pero la experiencia de conversión posee rasgos característicos que la hacen ser no sólo la puerta ordinaria de entrada a otras experiencias, sino que la sitúan en un lugar destacado, insustituible y peculiar dentro de la multiplicidad de experiencias espirituales.

Lo que es particular y único en la experiencia de conversión es *un profundo cambio de vida*. Ella cambia la dirección de su vida en la persona. La gente que se convierte cae en cuenta de que esta experiencia los invita a un nuevo nivel de participación en la vida de Dios, el seguimiento de Jesucristo, al que se convierten.<sup>2</sup>

Si fuéramos a insinuar algunos elementos de la experiencia de conversión, cabría sintetizar de este modo:

La iniciativa de la conversión parte de Dios (Jon cc. 1-4; 2 Sam c. 2; Hech c 9; Le 7, 36-50).

La conversión no consiste en un rito externo, sino en algo interno: una gracia de Dios que mueve; una acogida de la persona que acepta la llamada y coopera. La gracia transforma, cambia; la persona comienza a actuar de acuerdo con el movimiento interior del Espíritu que transforma.

El pecador, la persona que se convierte, retorna al Padre, es decir, o se reconcilia con El (Le 15, 11ss), o profundiza un retorno que ya se ha hecho, pero al que la gracia urge a purificar y ahondar (Ef 3,12-14).

El pecador inicia una nueva vida junto a Dios (Le 7,36-50), hay un cambio total en su persona (2 Sam c. 2).

Nos detenemos a explicar brevemente los elementos enumerados que entran en toda auténtica conversión.

La iniciativa de la conversión parte siempre de Dios. Si algo aparece claro a través de toda la revelación divina es que Dios es el Amor-fiel (Núm 23, 19s; cf Os 11,8; Rom 11,29; Hebr 6, 18s).

Dios no cambia ni en su forma de ser ni de proceder o comportarse con el hombre porque éste peque o no. Por lo tanto, si Dios es Amor y amigo del hombre, no cambiará por más que el hombre cambie respecto de El. Lo que parece a nuestros ojos increíble, es la realidad divina en toda su maravilla: Dios continúa amando al hombre aun en estado de pecado, por lo tanto, alejado de El y rechazándolo. Ni ama ni puede amar el pecado, el comportamiento infiel del hombre, pero sigue prodigando su amor a la persona pecadora (Jer 31,3).

<sup>2</sup>Mons. V. M. Walsh, 33-36.

Así lo que pudiera parecer generosidad y triunfo del pecador que se convierte, es más gloria de la gracia que de la respuesta del hombre dada con la misma que Dios le otorga para que sea capaz de convertirse (Jer 31,18; Ez 33,11).

Los medios que Dios emplea para llamar al pecador a penitencia son diversos, pero todos ellos nacidos de su corazón de Padre, por el intenso deseo de allanar, facilitar, disponer el camino a la conversión del que ama desde siempre con amor eterno.

David (2 Sam c 12), la esposa-pueblo de Israel (Os 2, 8-9; Is 54,7s) el hijo pródigo (Le 15,11ss), son objeto de visitas y llamadas diversas a la conversión.

Cristo es la cima del comportamiento misericordioso, del modo compasivo por excelencia para "seducir" a los pecadores. Realiza en forma total e inigualable la misión que antes realizaron los profetas como enviados del Padre llamando a conversión (Jn 3,16; Mt 21,33ss).

Y una vez subido a los cielos, Cristo continúa su obra por el Espíritu Santo que actúa en la intimidad del pecador, lo ilumina y mueve a convertirse. Es el don prometido (Ef 1,13, Hech 1,8; c 2) que con su acción interior va a disponer los corazones a la conversión (Rom 8,14-16, Gal 4,6).<sup>3</sup>

La conversión es un retorno a la casa del Padre. Así aparece en la Palabra maestra de Jesús, en la parábola del hijo pródigo (Le 15, 11ss).

<sup>3</sup>R. Ortega, Cuestiones litúrgicas, No.8, Biblia y Penitencia, Medellín, 1969, 129-132, 133-134.

Es un éxodo, una salida de sí, de la servidumbre del pecado, para establecer con El un diálogo filial, un encuentro amistoso, una respuesta humilde a la solicitud amorosa del Padre a través de su Palabra (Hebr 4,12) El Espíritu Santo es quien comunica el dinamismo a la Palabra que ilumina y mueve. Y la aceptación de ella por el pecador, se torna en una "confesión de fe", un reconocimiento de su pobreza espiritual, de su indigencia radical para salvarse por sí (Le 3, 10-14; Sal 136 (135)).

Así el pecador "oye" y "acepta" la palabra de Dios y se pone en camino hacia Dios, como Abraham (Gen 12,1ss).

Y el guía de este camino no es otro que Aquél que se llamó a sí mismo el camino (Jn 14,6). Siguiendo a Cristo, el pecador es introducido, en un mismo Espíritu, junto al Padre, para oír un juicio de salvación (Jn 1,12; 3, 5-7; 8,51).<sup>4</sup>

La conversión (tomada en toda su amplitud) es el cambio total de la persona.

La expresión ordinaria con que solemos designar la conversión: "Arrepentirse", creemos que compendia bien el contenido de la conversión en su cambio total de la persona. No solamente el arrepentimiento es la *renuncia de algo* (aspecto negativo): La renuncia al pecado, a las ocasiones de pecar, a los hábitos de pecado... (Mt 3,2; 4,17; 11 20s; Me 1,15; Lc10,13; 11,32; 13,3; Hech 2,38; 3,19; 8,22, etc.).

Es también el movimiento positivo, la nueva forma de actuación hacia Dios. Es la aparición del "hombre nuevo", "creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad" (Ef 2,15; 4,24). Es la criatura nueva que ha pasado de las tinieblas a la luz (Col 1,13; Ef 5,8; 1 Tes 5,5).

Especificado más concretamente es *el cambio de actitudes* a las que suelen ir adheridos o de donde proceden muchos pecados concretos (Le 23, 40-42). Es *la renovación del entendimiento* que se transforma y aprende a conocer y juzgar según Cristo (Cfr. 1 Cor 2,16; Ef 1, 17). Es la conversión afectiva que lleva a tener *los mismos sentimientos de Cristo* (Filp 2,5). Es la conversión *profunda del "corazón"*: El arrepentimiento toca el núcleo más íntimo de la persona que solemos designar con la expresión del "corazón", donde actúa con especial intensidad el Espíritu Santo.

<sup>4</sup>R. Ortega, o. c., 123.

De la nueva forma de pensar, de sentir, de ser interiormente, ha de surgir "una nueva forma de obrar" (Ef 5, 8-11; 4, 25-32).

Es obvio y consecuencia necesaria del cambio fundamental que se ha operado de una vez, u, ordinariamente, de un modo progresivo: Al nuevo modo de ser interior ha de responder *un nuevo modo de actuar*. Y esta nueva manera se realizaren la fuerza del Espíritu, según la imagen del "hombre nuevo" por excelencia: Cristo Jesús (Rom 8,29; 1 Cor 15, 45-49).<sup>5</sup>

### 3. La "experiencia" de conversión

Cuanto hemos dicho pertenece a la conversión cristiana. Pero nos parece importante detenernos brevemente en el sentido de la palabra "experiencia", referida ahora a la conversión.

"Precisamos (...) que no se trata aquí de una experiencia provocada por el hombre. La experiencia religiosa (de la conversión) es un conocimiento concreto e inmediato de Dios que se acerca al hombre. Es el resultado de un acto de Dios captado, percibido por el hombre en su interioridad personal, por oposición al conocimiento abstracto que se puede tener de Dios y sus atributos.

No hay que oponer, por tanto, inteligencia y experiencia, porque ésta puede comportar un proceso reflexivo, no más que experiencia y fe, la cual comporta siempre alguna referencia de la experiencia".<sup>6</sup> "Quienes no conocen la Renovación sino desde el exterior, confunden frecuentemente la expresión de una experiencia profundamente personal con una suerte de sentimentalismo superficial. Conviene, por otra parte, notar que la experiencia de la fe concierne al hombre integral: su inteligencia, su voluntad, su corporeidad y su afectividad. Se tiende muchas veces, en ciertos medios, a situar el encuentro con Dios al nivel de una fe entendida en un sentido más o menos intelectualista. En realidad, este encuentro incluye también el registro de las emociones, porque tiende a cristianizar la persona toda entera, hasta su afectividad la más sensible".<sup>7</sup>

<sup>5</sup>R. Ortega, o. c., 134-1391; 154-155.

La experiencia de conversión, como toda experiencia religiosa, puede verificarse en dos hipótesis: Puede percibirse como una experiencia decisiva, un encuentro con el Señor, que nos recuerda el caso de San Pablo en el camino de Damasco (Hech 9). Sobreviene en un momento determinado y puede ser la experiencia de conversión, de iluminación, de moción de la voluntad, que comporta un aspecto repentino, imprevisto.

O puede ser la experiencia de una percepción de la actuación del Espíritu que se manifiesta progresivamente y que va realizando su obra de transformación paulatina, pero indefectiblemente, si el alma coopera con El.

El primer modo, verdaderamente real, está mas sujeto a riesgos, a interpretaciones inexactas, a ilusiones. Un maestro tan experimentado como San Ignacio de Loyola lo menciona en sus Ejercicios Espirituales No. 175. Este modo, por más claro que aparezca, debe pasar por la criba del discernimiento.<sup>8</sup>

<sup>6</sup>Le Renouveau charismatique, Colloque de Malines, 21-26, mai, 1974, 13.

<sup>7</sup>Colloque de Malines, 14.

<sup>8</sup>Colloque de Malines, 14.

A Key to the Catholic Pentecostal Renewal, King of David publications, 1985.



#### **4. Una doble exigencia de la conversión: Preparar el camino; fortalecerla**

Ciertamente, la conversión es, ante todo, obra del Señor (Jer 31,18), pero la cooperación del hombre es necesaria (Le 3, 1-14). Hay dos modos o pasos para cooperar en esta preparación del camino a la conversión. El primero es personal. Se trata de servirse, de utilizar los medios que la Iglesia propone para ello. Entre otros, la lectura, meditación y aceptación de la Palabra de Dios y su mensaje es fundamental. El testimonio de quienes han tenido esta experiencia suele jugar un papel frecuentemente extraordinario, como elemento que usa el Espíritu para llamar a otros a la conversión.

Hay otros medios que la experiencia de guías espirituales, de personas que buscan a Dios sinceramente, de convertidos... nos pueden sugerir. Y, desde luego, como algo imprescindible, creer en esta realidad de la conversión, por más hundida que se halle la persona en el pecado.

El cuidado pastoral es otro elemento capital para preparar la conversión: Se trata de ponerla como *finalidad primordial* en las prioridades de una parroquia. Sin esta atención será muy difícil que los fieles salgan de una vida cristiana anodina, de buen pasar, y de un compromiso apostólico tibio o nulo prácticamente.

En cuanto se refiere al *fortalecimiento de la conversión*, se impone no dejarse llevar de un entusiasmo fácil y de dar por supuesto que la persona convertida ya se halla, por el mismo hecho, arraigada en Cristo. Sería un grave error. Las dificultades que actuarán desde dentro y fuera de la persona contra la conversión son inevitables y, no pocas veces, serias. Por eso, como el árbol que se planta en tierra fértil, necesita el convertido fortalecerse y echar raíces fuertes en el suelo de la nueva vida.

El tiempo con sus incidencias, el grupo de oración con la actuación poderosa del Espíritu y el testimonio alentador de los hermanos, la práctica sacramental, sobre todo de la Eucaristía, el compromiso apostólico según las posibilidades y preparación, la vida de oración que se mantiene fielmente, son medios que ayudarán, decisivamente, a fortalecer y crecer en la conversión.

Y todos estos medios vivificados por la acción poderosa del Espíritu cuya misión hacia dentro es asemejarnos a Jesucristo implica, por lo tanto, su acción necesaria, irremplazable en la conversión y en el fortalecimiento de la misma.

## XII. LA TENTACIÓN DE LA EXCESIVA VALORACIÓN DE LA "EXPERIENCIA RELIGIOSA"

### 1. Aclaraciones previas

*Anotamos, a modo de introducción, lo siguiente.*

Ciertamente la experiencia religiosa, cuya descripción abordaremos enseguida, es una realidad espiritual muy apreciable, y, fuera de excepciones discernidas, necesaria en la vida espiritual, para el seguimiento de Cristo.

Pero, aquí precisamente, se encuentra el peligro y el error: Juzgar que si ésta no se da, y el Señor permite que caminemos en pura fe, nos hallamos ante un muro infranqueable y que, por lo tanto, se impone retroceder. No son pocas las almas engañadas por el mal espíritu que llegan a semejante conclusión y toman determinaciones totalmente equivocadas y aun desastrosas. Ambas realidades se dan: En pos de Cristo empujados por el viento del Espíritu, en una experiencia de consolación religiosa y marcha también dolorosa, pero no menos eficazmente, tras El en la experiencia de la fe creyendo firmemente en la presencia y acción del Espíritu. El alma se mantiene fiel en medio del sufrimiento interior que conlleva la auténtica desolación.

En la Renovación Carismática se aprecia la experiencia profunda -no el mero sentimentalismo perjudicial- de Dios. Esta experiencia que toca todo el ser en su intimidad, suele marcar a las personas y dejar una huella, muchas veces imborrable y juega un papel hasta decisivo, en los grandes momentos de desolación. Pero se incurre en el error de pensar que por el hecho de haberse convertido a Dios, todo y siempre ha de resultar consolatorio y hasta fácil. Darse de manos a boca con la realidad viva y dolorosa de que no siempre es así, precisamente por la exigencia del crecimiento espiritual y por el amor purificador de Dios, puede ser un choque demasiado fuerte para algunos.

Por eso lo incluimos aquí como una tentación sutil, pero más frecuente de lo que pensamos. Sus consecuencias, si no estamos advertidos y no sabemos cómo manejarnos en ella, pueden ser desastrosas.

Pero, en todo caso, insistimos en la experiencia religiosa como un acontecimiento normal de la vida espiritual y proponemos algunas ideas que nos ayuden a beneficiarnos de ella lo mejor que podamos, con la asistencia del Espíritu, que es quien las da gratuitamente.

### 2. La experiencia religiosa

De cuanto hemos dicho, deducimos que la experiencia de conversión y la experiencia religiosa coinciden en parte y en parte son diversas. Coinciden en el hecho de que la última supone la primera y en que abarca un campo más amplio. En la pedagogía de Dios aquélla suele ser la puerta que nos introduce en las experiencias religiosas y carismáticas. En ellas, Dios que descorre un poco el velo que lo cubre y nos manifiesta algo de su intimidad.

Son un terreno peligroso (aun dentro de su ayuda poderosa a la santificación propia y al trabajo eficaz apostólico) si no sabemos usarlas. Las exploramos solamente porque Dios nos auxilia, prometiéndonos que este camino nos preparará mejor para las revelaciones celestiales.

*"La experiencia religiosa (insistiendo en lo ya antes anotado) en el sentido en el que la entendemos aquí, es un conocimiento concreto e inmediato de Dios que se acerca al hombre. Ella es, por esto, el resultado de un acto de Dios, captado (percibido) por el hombre en su interioridad personal, por oposición al conocimiento abstracto que se puede tener de Dios y de sus atributos". (El énfasis es nuestro)<sup>1</sup>*

No es fácil describir las experiencias religiosas, puesto que se trata de percepciones subjetivas dentro de la persona, que se extienden al entendimiento, a la voluntad, a la imaginación, a la memoria y a los sentimientos.

Cuando son auténticas están bajo la actividad de Dios, el efecto de estas experiencias mueve a la persona a acercarse más a Dios, a entrar más en su intimidad. Estas experiencias proporcionan paz, gozo, iluminación y cuanto está conectado con el Espíritu Santo. Al fin, El es la causa última y fundamental de las mismas.

67

San Ignacio de Loyola toca amplia, profundamente y con un acierto singular, el tema de la experiencia religiosa en las llamadas reglas de discernimiento. Y las normas de actuación que da, han pasado a ser clásicas y parte del tesoro de la Iglesia Católica.

La puerta de entrada a estas experiencias religiosas es, ordinariamente, la experiencia de conversión. Por eso, corresponder a la llamada de Dios que nos impulsa a convertirnos, es también echar el fundamento de otras experiencias religiosas, abrir la puerta a una invasión del Señor más profunda y amplia.

No es tan infrecuente el hecho de que una persona que ha pasado por una experiencia de conversión permanezca en ese estadio y aun retroceda: Por lo tanto, no se realiza el designio de Dios que desea ofrecer la experiencia religiosa, cuando y como quiera. Esto, ordinariamente, se debe a la indiferencia o falta de cooperación de las personas. No se descarta, en el caso de que no sea una carencia habitual de la experiencia, el hecho de que se trate de una prueba de Dios que purifica al alma para entrar en ella más íntimamente.

<sup>1</sup>Le Renouveau Charismatique, Colloque de Malines, 21 -26 mai, 1974,13.

Desde luego, la experiencia religiosa no es esencial en modo alguno para la salvación (ICor 3,13-15). Sin embargo, sí podemos afirmar que, aunque vivamos en fe durante nuestra vida terrena, son muy convenientes y hasta necesarias en la pedagogía ordinaria espiritual: Nuestra naturaleza humana necesita ser consolada, fortalecida, expansionada en su trabajo por el Reino, alentada para emprender obras costosas, de gran servicio divino y bien de nuestros hermanos. Además, nuestro anhelo natural de entrar en relación íntima con Dios como hijos suyos queridos, parece estar clamando por algún tipo de experiencia espiritual. Sin embargo, no podemos olvidar nuestra ordinaria condición terrena: *Vivir en fe*, fiados y confiados en la palabra de Dios.

Por otra parte, hemos de estar sanamente alerta contra el mal uso y la falsa interpretación de la experiencia espiritual. Es un campo difícil en el que podemos ser engañados sutilmente. No todo lo que nos parece que proviene de Dios es así realmente. La voz del propio querer, del anhelo profundo, la misma voz del mal espíritu puede confundirse con la de Dios y atribuirle a Este lo que en modo alguno le pertenece.

Por eso, "un creyente no debe entrar en el campo de la experiencia solo. El está (o debe hallarse) acompañado por el equilibrado comportamiento de Jesús, descrito en el evangelio; por las instrucciones contenidas en las cartas del Nuevo Testamento, por la Iglesia (y sus enseñanzas); por la tradición religiosa de otras personas que han tenido estos dones o experiencias (...). La Iglesia es ordinariamente el lugar para recibir y crecer en las experiencias religiosas. Por tanto, una persona que recibe experiencias religiosas privadas debe buscar la guía de la Iglesia. Si las experiencias religiosas impulsan a una persona a abandonar la Iglesia, entonces tales experiencias han sido interpretadas falsamente. Las experiencias religiosas deben someterse al discernimiento de los guías de la Iglesia y la corrección (que se dé) debe ser aceptada voluntaria y humildemente (...). Ningún campo es más peligroso que el de las experiencias religiosas.

La historia humana muestra las catástrofes provocadas por experiencias religiosas no válidas (inauténticas) (guerras, suicidios, problemas personales) (...). La experiencia religiosa es una corriente que brota constantemente en los movimientos. Algunos de ellos se han desviado (por causa de ellas); otros permanecen en la Iglesia enseñando y enriqueciéndola".<sup>2</sup>

Estas sanas advertencias no han de crear en nosotros pánico, ni siquiera temor infundado respecto de ellas. Ofrecen una peligrosidad especial, como casi todo lo que se refiere al mundo sobrenatural, y pueden ser usadas imprudente y aun perjudicialmente. O pueden ser interpretadas inadecuada y falsamente. Por eso las salvaguardas que el autor nos indica tienen una garantía de acierto que debe ser usada cuidadosamente. Esta realidad del peligro ha de ser tomada como una llamada del Señor a la humildad, a la petición de ayuda, sobre todo por un discernimiento bien conducido; a la oración que nos fortalezca y libere de las asechanzas de nosotros mismos y del mal espíritu; al discernimiento y guía de personas entregadas a Dios y bien conocedoras de este campo.

La riqueza espiritual que atesoran cuando son debidamente interpretadas y usadas, es inmensa. Por eso no se excluye el pedir las y fomentarlas discretamente. Y, desde luego, estar atentos a medir su bondad, no por la experiencia en sí misma (sería hacer de ella algo absoluto), sino por los frutos del Espíritu (Gal 5,22) que van apareciendo en la vida de la persona y de la comunidad.

Importa ciertamente apreciarlas, pero hemos de precaver nos del apego a tales experiencias por maravillosas que sean. También en eso el verdadero cristiano tiene que ser desprendido generosamente y adherirse con todo su ser al Señor. El, realmente, debe ser el centro de nuestra vida total y a El debe encaminarse aun aquello que gratuitamente proviene de El por la acción de su Espíritu. Lo importante es que tales experiencias religiosas nos lleven al crecimiento en Cristo, a una semejanza cada vez más genuina y profunda de El, a una vivencia de nuestra identidad cristiana, como hijos de Dios, miembros del Cuerpo de Cristo, templos del Espíritu; a una conciencia despierta de la presencia y de la actuación de la Trinidad en nosotros y en el mundo; a un compromiso de trabajo abnegado en el Reino de Cristo, en resumen, a lo que es el compendio esencial de todo progreso espiritual, el crecimiento en las virtudes teologales, fe, esperanza y caridad.

La experiencia religiosa debe, pues, ir precedida o seguida de cerca por el conocimiento; y debe traducirse en vida según Cristo, según el Espíritu.

Insistiendo en el primer aspecto indicado, en el conocimiento al que nos referimos más arriba, éste tiene lugar, sobre todo en la lectura y meditación de las Escrituras. Ambas realidades: Palabra de Dios y experiencia religiosa, se hallan íntimamente unidas. El deseo de leerla y meditarla suele ser un fruto precioso de la experiencia religiosa. Pero notemos que sin un comienzo de experiencia de conversión, difícilmente la persona, aunque tenga vastos conocimientos, será capaz de entrar con decisión en el tesoro de la Palabra de Dios.

Por otra parte, no es tan infrecuente el que leída, quizá sin una purificada motivación; su belleza moral, por ejemplo, puede, con la gracia que Dios siempre concede, suscitar en el alma el deseo de convertirse. Este es el caso tan ejemplarizado del profundo cambio de vida y de entrega al Señor en San Ignacio de Loyola.

Ambas cosas: la experiencia religiosa, la lectura y meditación de la Escritura, decíamos, se hallan unidas entre sí. Ambas son obra del mismo Espíritu el cual actúa libre e impredeciblemente (Jn 3,8). A veces, por lo tanto, El mueve a leer y meditar las Escrituras y a través de esta lectura y meditación suscita la experiencia religiosa. Otras veces, procede inversamente: Da, provoca la experiencia religiosa primero y a través de ella o como un fruto precioso, se produce en la persona una sed, a veces profundamente intensa, de leer la Palabra de Dios.

Ambas realidades: Experiencia y lectura de la Palabra requieren un desarrollo de crecimiento y de mutua unión, sin que esto signifique que no puedan darse por separado Pero, en términos generales, no es suficiente la una sin la otra.

---

<sup>2</sup>Mons. V. M. Walsh, o. c., 60-62.

Afortunadamente, en la Renovación Carismática se insiste y se da una primacía manifiesta a la experiencia de conversión que suele ser la puerta de entrada al deseo de leer y meditar las Escrituras. Es frecuente que, una vez recibido el Bautismo en el Espíritu Santo, el alma se sienta impulsada a la lectura de la Palabra de Dios. En ella, como expresamos, se inicia o se intensifica la experiencia espiritual y ésta, a su vez, se irradia en un deseo más vivo de la Palabra, suscitado por el Espíritu Santo.

Sin tales experiencias, dadas por el Espíritu Santo cuando y como le plazca, se corre el riesgo de leer la Biblia como una obra literaria, como escritos puestos al mismo nivel de las grandes obras humanas. La experiencia religiosa, a la que ha precedido la experiencia de conversión, da una nueva visión de la Palabra inspirada; proporciona un sabor nuevo y un intenso deseo de su lectura, penetración y aplicación para la vida.

Es de gran importancia mantener viva esta persuasión y pedir al Espíritu Santo la gracia de perseverar en la lectura y meditación de una Palabra inspirada por El, para conocer el misterio de Dios y llevar nuestras vidas a una transformación creciente en Jesucristo.<sup>3 4</sup>

<sup>3</sup>Mons. V. M. Walsh, o. c., 77, 81.

<sup>4</sup>Para este tema de la "experiencia religiosa", consideramos de un valor inapreciable las llamadas Reglas de "discernimiento de primera y segunda semana" que San Ignacio de Loyola incluye en sus Ejercicios Espirituales, Nos. 113-136.

Han pasado a ser un tesoro espiritual de la Iglesia. En ella hace referencia explícita o implícita de este tema. Los comentarios que se han publicado sobre ella son muchísimos y valiosos. Los modos que se nos ofrecen de comentarlas son variados: desde un comentario que avanza regla por regla y frase tras frase, hasta síntesis apretadas amplias o esquemáticas, pero que pretenden ir al núcleo de las mismas. Para poder usarlas con cierta seguridad es necesario conocerlas, estudiarlas, aplicarlas discretamente, sobre todo bajo la guía de un ejercitador experimentado.

Hoy se echa mano frecuentemente, de la palabra "discernimiento", pero en la práctica se espera que Dios infunda u otorgue al alma el discernimiento "carismático", o se discierne de un modo no adecuado, por falta de instrucción en esta materia. Es preciso tener el pensamiento bien claro sobre un tema espiritual de tanta importancia: hay que poner con seriedad los medios humanos de aprendizaje iluminados por la fe y sostenidos por la acción del Espíritu. Pero nada de eso nos exime de cooperar con nuestro esfuerzo y aprender a discernir por los modos diversos que ya desde antiguo existían y que San Ignacio sintetizó maravillosamente y contribuyó a perfeccionar, poniendo mucho de sí, por la experiencia propia y ajena y por el estudio.

Entre los comentaristas en lengua española, creemos que sobresale el libro del P. Daniel Gil, S. J., citado anteriormente, de un acierto singular y de una riqueza de contenido excepcional.

### XIII. EL DESEO DESORDENADO DE EXPERIENCIAS CARISMÁTICAS

(Nos inspiramos en la doctrina que sobre el tema concreto se halla en el libro ya citado de Mons. V. M. Walsh).

Pensamos que puede ser útil la introducción puesta al comienzo del apartado anterior. Por eso invitamos al lector a que vuelva sobre ella, aplicándola a la experiencia de que ahora se trata: La experiencia carismática.

#### 1. La experiencia carismática

*Un aspecto particular de la experiencia religiosa.*

Toda experiencia cristiana, decíamos, puede ser catalogada como experiencia religiosa. También, por lo tanto, la experiencia de conversión. Sin embargo, por las particularidades que ordinariamente ofrece y el hecho de ser puerta de entrada a las demás experiencias, la hemos formulado y descrito como una experiencia propia, dentro del gran bloque de experiencias religiosas.

La peculiaridad que presenta la experiencia carismática responde a su contenido y a su finalidad:

##### *a) Su contenido*

Toda experiencia religiosa tiene como causa la acción de Dios dentro de la persona. Es la acción del Espíritu Santo en su misión de *santificar al alma*; de transformarla en Cristo Jesús, por la iluminación interior del entendimiento y por la moción de su voluntad. De este modo, el Espíritu de Jesús la realiza, continuando la obra de Jesús en su vida, como fruto de su muerte y resurrección.

El Vaticano II compendia la obra del Espíritu en la Iglesia en ésta, su misión, aplicable plenamente a cada alma, del modo siguiente:

"Consumada la obra que el Padre encomendó realizar al Hijo sobre la tierra (cf. Jn 17,4), fue enviado el Espíritu Santo el día de Pentecostés a fin de santificar indefinidamente la Iglesia y para que de este modo los fieles tengan acceso al Padre por medio de Cristo en un mismo Espíritu (cf. Ef 2,18). El es el Espíritu de vida o la fuente de agua que salta hasta la vida eterna (cf. Jn 4,13-14; 7,38-39), por quien el Padre vivifica a los hombres muertos por el pecado hasta que resuciten sus cuerpos mortales en Cristo (cf. Rom 8, 10-11). El Espíritu habita en la Iglesia y en el corazón de los fieles como en un templo (cf. 1 Cor 3,16; 6,19), y en ellos ora y da testimonio de su adopción como hijos (cf. Gal 4,6; Rom 8,15-16 y 26). Guía a la Iglesia a toda verdad (cf. Jn16,13), la unifica en comunión y ministerios".<sup>1</sup>

Pero la misión del Espíritu Santo no se agota en la santificación de la Iglesia, de las personas. A Cristo le encomendó también la tarea de fortalecer, de incrementar, de *hacer eficaz el trabajo apostólico en su Reino*. Lo que antes describimos tiene lugar a través de las experiencias religiosas, aunque no siempre sean perceptibles y tengamos que vivir, frecuentemente, en fe. Esta misión descrita la realiza a través de las experiencias carismáticas, de las cuales el mismo Vaticano II habla con claridad y encomio, como algo plenamente necesario: El Espíritu Santo "la provee (a la Iglesia) y gobierna con diversos dones y carismas".<sup>2</sup> "También en la constitución del cuerpo de Cristo está vigente la diversidad de miembros y oficios. Uno solo es el Espíritu, que distribuye sus variados dones para el bien de la Iglesia, según su riqueza y la diversidad de ministerios (1Cor 12,1-11). Entre estos dones resalta la gracia de los Apóstoles, a cuya autoridad el mismo Espíritu subordina incluso los carismáticos (cf. 1 Cor c. 14).<sup>3</sup> "De modo semejante la articulación social de la Iglesia sirve al Espíritu Santo, que la vivifica, para el acrecentamiento de su cuerpo" (cf Ef 4,16).<sup>4</sup>

<sup>1</sup>LG, 4.

##### *b) Su finalidad*

Ya la hemos apuntado. La finalidad de las experiencias religiosas es la *santificación* de las personas, la finalidad de las experiencias carismáticas es *para el bien de los demás* (aunque puedan y deban servir para la santificación del beneficiado con los carismas).

La experiencia religiosa incluye los dones de oración, luz para tomar decisiones, paz, gozo en el Señor, etc. Cuanto San Ignacio de Loyola enumera como campos de la "consolación" en sus Ejercicios espirituales, se incluyen, con todo derecho, en las experiencias espirituales.<sup>5</sup>

La experiencia carismática, por su parte, y teniendo como finalidad propia modos diversos del Espíritu para ayudar a otros a través de sus carismas, incluye los dones que San Pablo enumera en sus diversas listas; sin agotar el número, puesto que los carismas, como suelen afirmar los autores, son tantos cuantos necesita la Iglesia para construirse y crecer en la caridad, como cuerpo de Cristo: Carisma de profecía, de curación, de exhortación, etc.

<sup>2</sup>LG, 4.

<sup>3</sup>LG, 7.

<sup>4</sup>LG, 8; Cfr. Mons. V. M. Wals, o. c., 170.

<sup>5</sup>Ejercicios Espirituales, No. 316.

Los carismas, por lo tanto, no son poderes opcionales que la Iglesia puede aceptar o rechazar. Sin carismas y sin su buen uso, la Iglesia se encontrará limitada en su eficacia, el cuerpo de Cristo estará fuertemente debilitado para crecer, desarrollarse en la caridad.<sup>6</sup>

Esta sana atención a la experiencia religiosa y carismática no debe disminuir el énfasis en la vida sacramental y litúrgica. Al contrario, este objetivo y el acercamiento a Dios deben conjugarse con el aspecto subjetivo de las experiencias descritas. Ambos pueden y deben enriquecerse mutuamente. De este modo, la Iglesia fomenta la vida sacramental y litúrgica; pero muchos afirman que debe subrayarse más intensamente la misión del Espíritu Santo como alma de la Iglesia y su actividad santificante y carismática. Su manifestación en la

experiencia de conversión, en la religiosa y en la donación de sus dones, es fundamental como medio para acercar las personas a Dios y crecer en su conocimiento vivencial, en su amor activo y en su servicio misionero.

El campo de la experiencia, tanto espiritual como carismática, no deja de ofrecer dificultades en la práctica. Pueden ser -y de hecho lo son- medios valiosísimos para la persona y la comunidad. Pero es preciso tener presente que su mala interpretación y mal uso serán causa de daños graves. Por eso es necesario que el *discernimiento* bien conducido, tenga un puesto primordial en ellas.

Y no olvidemos que el dador de toda experiencia cristiana, en sus diversas modalidades, es el Espíritu Santo: Este nos purificará con modos diversos para hacernos vivir profundamente en fe, condición de nuestra vida presente, que prelude la vida futura: vida en *visión* como los bienaventurados.

"Mons. V. M. Wals, o. c., 170.

"Esto no significa que los carismas estén desprovistos de perfección individual. Comportan una dimensión experiencial y, normalmente, una llamada a una vida cristiana más auténtica. Cuando se abre el alma a una percepción más inmediata de la presencia y del poder del Espíritu, pueden ser la fuente de una notable renovación de la vida de oración (...) En la medida en que son objeto de experiencia y están ligados a gracias místicas, están sujetos a las reglas tradicionales del discernimiento de los espíritus. En cuanto que constituyen ministerios en la Iglesia, deben ser apreciados según las normas doctrinales y comunitarias que regulan el ejercicio de todo ministerio en la Iglesia, a saber, para lo esencial: la confesión de Jesús como Señor, la distinción y la jerarquía del ministerio, su importancia relativa en cuanto a la edificación de la comunidad, su interdependencia, su sujeción a la autoridad legítima y al buen orden de la asamblea" (cf. 1 Cor. 12,14).

### *c) La sana vigilancia y armonización*

Es preciso tener muy presente que no deben considerarse aisladamente ni fomentarse al margen de otros aspectos fundamentales de la Iglesia. Esta también es fuerte en otras áreas y hay que armonizarlas con las anteriores. Aun las experiencias carismáticas, individuales y comunitarias, solas no comprenden los poderes en la Iglesia. El abanico de poderes en la Iglesia católica comprende los sacramentos, el dogma, la enseñanza moral y la jerárquica. Las experiencias carismáticas pueden, si se aíslan y no se orientan bien, arrojarse los otros elementos indicados. Sería lamentable marginar los sacramentos, por ejemplo, cuando debe ser lo contrario: una mayor frecuencia e intensidad de recepción, precisamente por ser el mismo Espíritu quien actúa dando las experiencias y moviendo a acercarse, con fe y amor que madura y crece, a los sacramentos. Sería igualmente un error, un peligro manifiesto y un alejamiento de la Iglesia, eliminar prácticamente la obediencia a la jerarquía, a la que el Señor ha sometido también la experiencia de los carismas (1 Tes 5,12.19.21).

Se impone, por lo tanto, una atención y vigilancia sana sobre un aspecto que, no obstante su importancia, ofrece dificultades no desdeñables pero que, al mismo tiempo, no nos cohibe de dar la importancia práctica a las experiencias que la misma iglesia pone de relieve. Es verdaderamente notable la discreta insistencia y disponibilidad con que las pide al Señor en su liturgia, especialmente en las oraciones de la misa. Y como algo excepcional, en los himnos en que celebra la acción del Espíritu Santo. Todo esto se conjuga armoniosamente con la "vida de fe en la que caminamos hacia el Padre, no pocas veces probados en la experiencia, aun en toda clase de experiencias.

Por eso pensamos con muchos autores que es conveniente, si no necesario, haber pasado por la experiencia de conversión y por la enseñanza, al menos básica, de lo más importante de nuestra fe y moral, antes de querer caminar por el ancho campo de las experiencias carismáticas.

### *d) Una precisión*

Ya se ha indicado: La experiencia carismática no implica dones que se ordenan a la perfección personal. Se trata de dones ministeriales, orientados hacia la Iglesia y hacia el mundo, más que a la perfección del individuo.

## **2. Experiencias religiosas y carismáticas concretas**

Siguiendo los pasos del Coloquio de Malinas, ampliamente citado, enumeramos algunos ejemplos de experiencias religiosas y carismáticas:<sup>7</sup>

a) Un primer aspecto común a ambas y también a la experiencia de conversión es que la acción del Espíritu Santo tiene, generalmente, una repercusión en la conciencia personal y comunitaria. Es decir, el Espíritu es percibido de manera más o menos inmediata (Gal 3,5; 1 Cor 2,4-8).

b) El Espíritu Santo es igualmente percibido en la transformación moral que produce. Ya tocamos este punto al hablar de la experiencia de conversión e indicamos aspectos concretos de ella (2 Tes 2,13; 1 Cor 2,12).

<sup>7</sup>Le Renouveau Charismatique, Colloque de Malines, 21-26, mai, 1974, 15-16).

c) El gozo y el fervor de la caridad son, igualmente, percibidos como signos de la presencia del Espíritu. Esta percepción interior se da, o puede darse, en ambos tipos de experiencia: de conversión y religiosa (Gal 5,22; Rom 5,5).

d) La experiencia del Espíritu Santo, y esto aparece muy claramente en los Hechos de los Apóstoles, es percibida en términos de poder. Sus manifestaciones son múltiples y, en cierto modo, corresponden a los diversos carismas. Se trata, sobre todo, de una experiencia carismática (1 Ts 1,5; 1 Cor 2,4).

Podemos, a partir de lo expuesto tan brevemente, extraer algunas conclusiones:

La experiencia del Espíritu Santo a la luz y la reflexión de los autores del Nuevo Testamento es una marca distintiva de la condición cristiana.

La experiencia del Espíritu es el objeto de una experiencia tanto personal como comunitaria. Es decir, puede darse en una persona aisladamente, sin consideración a las demás, o puede producirse en el seno de una comunidad como tal, vg. en un grupo de oración, aunque no todos y cada uno de los participantes en él la perciba.

Es, pues, necesario admitir que la experiencia inmediata de Dios, en su Espíritu, es inherente al testimonio del Nuevo Testamento. Por consiguiente habría que decir que es inherente al hecho de ser cristiano; como dijimos arriba, es una marca distintiva de la condición de cristiano, que no se limita a un tiempo determinado y, que, por lo tanto, quedó reducida a la época de las primeras comunidades cristianas.

Volviendo de nuevo a los modos concretos de la experiencia carismática, añadimos datos que son importantes y alentadores:

—La experiencia del Espíritu en términos de poder se experimenta en relación directa con la misión. Viene a ser como la manifestación de una fe "atrevida" animada por la caridad.

Ella hace capaz a la persona de emprender y de realizar grandes cosas por el Reino de Dios. El adjetivo "grandes" no se refiere precisamente a obras llamativas, que pueden captar la admiración por sus proporciones, su amplitud, su extensión, más bien se refiere a obras en las que las dificultades inherentes al trabajo en el Reino se acentúan, se multiplican. La cruz de Cristo se halla en medio de ellas y la persona, esforzadamente, con la experiencia del Espíritu de poder, las acomete y realiza, poniendo en ellas toda su vida, su esfuerzo, su entusiasmo, su confianza en el poder del Señor que la asiste, sostiene, ayuda.

—A menudo, a esta experiencia indicada se añade otra que, por la frecuencia con que suele ocurrir, podemos considerarla como una repercusión característica de la presencia y del poder del Espíritu, se trata de una intensificación de la vida de oración, que, muchas veces, presenta una atracción particular a la oración de alabanza.

Notemos que aún la experiencia en términos de gozo, de entusiasmo, de resurrección puede darse en el seno de la debilidad y de las humillaciones más dolorosas. (cf. Col 1, 24- 30). Es la experiencia de la cruz que conduce a la aceptación del sufrimiento redentor (cf. 2 Cor 4,10).<sup>8</sup>

### **3. Prevenciones contra la experiencia religiosa y los carismas**

El hecho de que haya muchas prevenciones contra la experiencia religiosa y carismática repercute en la desconfianza que no pocos experimentan frente a la Renovación Carismática.

<sup>8</sup>Nos permitimos citar aquí, dejando en la pluma otros libros y autores, cuatro obras que nos parecen de gran mérito y, de algún modo, imprescindibles al tratar de la experiencia religiosa, obra ya clásica en la materia y una fuente de inspiración casi inagotable: K. Rahner, "Escritos de Teología", sobre la experiencia de la gracia, III, Edit. Taurus, Madrid, 104-108. Junto a este artículo hay que recordar: "Lo dinámico en la Iglesia" D. Mollat, V Experience de L' Esprit Saint Feu Nouveau 1977. C. Heitmann, H. M uhlen, "Experiencia y Teología del Espíritu Santo" (varios), Secretariado Trinitario, Salamanca, 1978.

Esta desconfianza ante la experiencia, que no vamos a tratar de explicar, proviene, muy probablemente, de las llamadas de atención que, frecuentemente, se dan en la tradición católica frente a los peligros de ilusión en materia de gracias extraordinarias místicas.

La Renovación Carismática no se sitúa, en modo alguno, en el campo de las gracias místicas, en el sentido que encierra tradicionalmente esta palabra.

Sin embargo, creemos que una raíz puede estar en este hecho que no discutimos ni enjuicamos, sino solamente anotamos.

"Algunos tienen prevención ante los carismas calificados como "normales", a causa de las ilusiones a que pueden dar lugar. Es verdad que alguna circunspección se ha de tener en materia de experiencia religiosa (entre la que hay que clasificar la carismática). Pero ese escepticismo sistemático en este terreno correría el riesgo de empobrecer la Iglesia en el aspecto experimental de su vida en el Espíritu, y aun de desacreditar toda vida mística. No se trata de excluir, so pretexto de prudencia, lo que forma parte integral del testimonio de la Iglesia".<sup>9</sup>

Nos parece de especial acierto y prudencia equilibrada el párrafo con que el citado Coloquio cierra el segundo capítulo, dedicado, en gran parte, a tratar el campo de la experiencia cristiana. Por concisión, seguridad y sano equilibrio pensamos que se coloca en el punto exacto de la actitud que debemos tomar ante una realidad que ni se puede negar ni nos debe dejar indiferentes:

"A causa de la atención particular dada en el seno de la Renovación a la experiencia de los carismas, algunos pueden tener la impresión de que se tiende a encerrar en la experiencia toda la vida cristiana. Se echa de ver, sin embargo, que, en su conjunto, los católicos comprometidos en la Renovación, reconocen, junto a la dimensión experiencial, la dimensión doctrinal y la exigencia de obediencia de la fe. Son conscientes de que puede volverse anémica tanto por la tiranía de la experiencia subjetiva como por la de un dogmatismo abstracto o un formulismo ritual. El progreso espiritual no se identifica, en modo alguno, en una sucesión de experiencias cruciales y exultantes. Hay lugar, en el seno de la Renovación, para el caminar oscuro, a tientas, tanto como para las vías de gozo y de luminosidad. Y la experiencia aun de los carismas conduce, generalmente, a una revalorización de otros elementos fundamentales de la tradición católica: la oración litúrgica, la Sagrada Escritura, el magisterio doctrinal y pastoral".<sup>10</sup>

<sup>9</sup>Le Renouveau Charismatique, Colloque de Malines, o.c.,16.

Por lo demás, dejando a un lado la cita, la experiencia directa en la Renovación Carismática por muchos años, nos muestra que en ella se insiste fuertemente en la conversión, quizá como en ningún otro movimiento de Iglesia, y, por consiguiente, en cuanto prepara y debe seguir a una auténtica conversión.

Por otra parte, la experiencia, igualmente, nos avala sobre aspectos fundamentales de la vida de crecimiento en Cristo, a que va llevando la acción del Espíritu Santo al que en ella se le concede, sin duda, la primacía y representa el don máspreciado de su contenido. Ya el Papa Pablo VI enumeró, y quedan consignados en otra parte, los frutos espirituales que él veía florecer en los días todavía recientes del nacimiento de la Renovación Carismática (1975).

Es importante, para mantener la propia identidad católica y aun para conservar la pureza de la fe, no olvidar lo que el citado Coloquio de Malinas dice sobre el contenido del vocabulario o terminología común:

<sup>10</sup>Le Renouveau Charismatique, o. c., 16.

"El empleo de términos o de formulaciones idénticas en dos contextos teológico-eclesiales diferentes, comporta peligros de confusión. Así, en el seno del pentecostalismo clásico ("Asambleas de Dios") y del neo pentecostalismo protestante contemporáneo, términos tales como "conversión", "bautismo en el Espíritu Santo", "recibir el Espíritu Santo", "ser lleno del Espíritu", revisten significaciones específicas. En contexto católico, su sentido es diferente.

Por ejemplo, los pentecostales clásicos y algunos neo pentecostales protestantes tienen una doctrina de la santificación en dos estadios: la experiencia de la conversión y la experiencia del bautismo en el Espíritu Santo. Sin entrar aquí en una discusión crítica de esta doctrina, nos vemos obligados a reconocer que la doctrina católica de la santificación está formulada en términos muy diferentes. Según la teología católica, el don del Espíritu Santo, en su plenitud, se sitúa al comienzo de la vida cristiana y no en una etapa ulterior. Ciertamente, hay momentos en los que algunos cristianos asumen nuevos ministerios en la comunidad, lo que implica un nuevo tipo de relación con el Espíritu Santo. Pero esto no significa, como se afirma en ciertos medios, que tal momento coincide precisamente con la efusión decisiva del Espíritu en la vida cristiana.

"La adopción de un vocabulario de origen no católico comporta para la Renovación, el peligro de cierto izquierdismo doctrinal. Un discernimiento crítico se requiere aquí".<sup>11</sup>

En lo afirmado anteriormente, la relación del Espíritu Santo con la vida cristiana se contempla desde la unidad del rito de la iniciación. No se toca ni se alude a las diversas efusiones del Espíritu que pueden tener lugar. Los Santos Padres, Santo Tomás, etc., admiten que se dan muchas, aunque quizá ellos hablen en el contexto de la integridad o totalidad del rito de la iniciación.

<sup>11</sup>Le Renouveau Charismatique, o. c., 17-18.



#### XIV. ¿FUERA DEL COMPROMISO SOCIAL?

Ponemos el título en interrogación porque dudamos seriamente que hoy en día se pueda mantener una acusación que en los comienzos pudiera haber tenido fundamento. Sin embargo, no son pocas las personas serias que afirman que una táctica divina mantuvo a la Renovación bastante encerrada sobre sí misma, para arraigarla y solidificarla. Parece que, en este caso, se siguió el proceso que vemos repetido en la vida de grandes evangelizadores y personas de serios compromisos sociales. San Pablo mismo tuvo su tiempo de "desierto", de arraigamiento, de profundización (Gal 1; Jn 7), no obstante haber recibido una efusión extraordinaria del Espíritu. Resulta peligroso para la persona misma y para los evangelizados por ella, lanzarla de repente a comprometerse, sin preparación alguna, con empresas que requieren no sólo la ayuda, la intervención poderosa del Espíritu, sino también una conveniente preparación humana. Tan fuera de la prudencia está el retener a la persona un tiempo prolongado que excede al que exige una discreta preparación, conforme a la calidad y exigencias del trabajo, como empujarla, antes de tiempo, so pretexto de haberse convertido de veras a Dios.

La Renovación Carismática, considerada en su conjunto se halla hoy seriamente implicada en el compromiso social. No siempre ni en todas partes será del mismo modo directo y equivalente. Pero sí hemos de confesar que se trata de empujarla, a veces, con acusaciones no fundadas, por este campo exclusivo de apostolado. La esencia apostólica de la Renovación está, como la de la misma Iglesia, en la evangelización (Mt 28,19; Me 16,15ss). La voz de algunos Obispos ya se ha levantado advirtiendo a la Renovación el peligro que correría de perder su identidad si abandona o se afloja en su carisma de oración. Sí creemos que allí actúa poderosamente el Espíritu Santo, hemos de estar persuadidos que Él suscitará en su corazón los compromisos más arduos que hoy necesitan la Iglesia y el mundo. Y uno de los más acuciantes es, precisamente, el compromiso social. Por eso, vamos a eliminar los datos auténticos que harían buena nuestra afirmación de arriba; orientamos lo que digamos hacia consideraciones que sitúen a la Renovación Carismática en ese justo equilibrio, no fácil, sobre todo cuando está de por medio el compromiso social. Ciertamente, la oración debe ser la fuente fecunda de nuestro compromiso con nuestros hermanos. Como a Cristo, la comunicación con el Padre celestial lo lanzaba a entregarse total e incondicionalmente a todos y de un modo especial a los más necesitados, la acción del Espíritu ha de llevarnos, por su propia energía, de la oración a darnos a los demás, a "liberarlos", expresión muy del día. Pero, como en Él, también en quien tiene su tiempo de trato íntimo con Dios, debe darse un equilibrio, una motivación, una prioridad, una armonización.

—*Características*

*Equilibrio*

En nuestro compromiso cristiano, tenemos la luz del Evangelio, que ha de unificar la multiplicidad de nuestros trabajos, releídos en nuestra situación actual, pero a esa misma luz del Señor. No sólo "liberar" a secas, sino en la extensión y profundidad que le dio Cristo. No únicamente liberar el espíritu sino toda la persona que también comprende el cuerpo. No únicamente liberar a otros sino, sobre todo, ayudarlos a que ellos mismos sean el objeto y sujeto de liberación, orientarlos, formarlos, animarlos a que aporten su trabajo en la liberación y crecimiento total de los demás.

Nos conviene tener una prudente y serena vigilancia sobre nosotros. Los peligros que se agazapan tras los mejores deseos no son una ficción. El "espíritu del mal" en la fraseología ignaciana, se reviste de apariencia de bien para turbarnos y desviarnos de lo que es realmente el plan de Dios. Quiero decir que, ante la despreocupación por estos problemas o ante retrasos deplorables, la tentación de acelerar su solución, incluso con medios violentos, puede ser demasiado fuerte. La precipitación es un signo del mal espíritu que niega el tiempo. Hay una actividad intensa, serena, discernida a la luz de Dios, que impulsa a no detenerse o a marchar a un ritmo más acelerado. Pero dista mucho de ser una reprobable precipitación. Estamos, de nuevo, en ese difícil equilibrio que supone madurez humana y sobrenatural. Saber usar el tiempo, no prodigarlo ni derrocharlo inútilmente, ni dejarlo pasar como corriente que se desliza infructuosa, saber que es necesario contar con él en la medida precisa.

Hay una realidad económica que, por ser la más tangible, puede ocultarnos la visión de otras injusticias y apreciaciones colectivas más profundas y radicales. Por eso, el amor de Cristo y el anhelo de seguir su ejemplo nos descubrirá las formas que requieren ser cambiadas conforme al plan redentor del Padre. Nuestra solidaridad para esta obra viene de nuestro común ser humano; más profundamente, de nuestra inserción en Cristo. La motivación y el fin último perseguido debe ser el mismo, por más que los dones y el trabajo concreto sean diversos.

Realizado dentro de un sano equilibrio humano, con el espíritu y amor de Jesús que luchó contra los males sociales, sobre todo en su raíz profunda, el pecado nos enfrenta con el dolor. Pero también aquí, en la muerte por el sufrimiento, está el nacimiento a la vida de gloria que compartimos con Él, participando en Su obra de salvación.

*Motivación*

No basta, para evitar el peligro, creer que con el desarrollo meramente humano perfeccionamos plenamente la imagen de Dios y el crecimiento progresivo en los hombres. Siendo una profunda verdad, es insuficiente. Esta fe y motivación ya nos distancian fundamentalmente de un incrédulo que puede trabajar con tanto interés y eficacia como nosotros. Clavarse en esta concepción, por más excelente que sea, implicaría reducir la vida cristiana a un horizontalismo extremo y peligroso. Considerar el compromiso social como una dimensión imprescindible de la vida del cristiano no solamente es legítimo sino necesario.

Para nosotros tiene una urgencia y seriedad especial cuando está de por medio la orientación y el reclamo de la Iglesia. K. Rahner, sin embargo, previene con energía contra el error de una vida cristiana desde una perspectiva únicamente horizontal: "No es cierto sino que es, en su más profundo ser, totalmente anticuado y una confesión superficial, el creer que los hombres del mañana esperan de nosotros (de los religiosos a quienes inmediatamente se dirige), solamente un compromiso social, un humanitarismo profano y una fraternidad. Si hablamos

con los hombres, encontraremos a personas que esperan de nosotros una respuesta viva a esas preguntas que no pueden ser contestadas por ningún socialismo ni por ningún paraíso de naturaleza capitalista. Si nosotros no hemos hecho la experiencia primordial de experimentar a Dios, si no hemos tratado de encontrar una forma de llevar a los demás y de hacerlos partícipes de esa experiencia de Dios, entonces no nos queda más que la huida hacia un horizonte profano que trata de interpretar la vida religiosa exclusivamente en una forma horizontal y de vivir de tal manera que se convierte en una cosa objetivamente errónea".

Aun es posible que una realidad tan bella y fundamental en que debe sumergirse el cristiano, el amor a los pobres y necesitados, lo desvíe en fuerza de un extremismo erróneo, hacia una toma de posición anticristiana. Me refiero al peligro de orientar la vida en una línea excluyente "amar a los pobres es amar a Cristo". Esta expresión debe ser entendida rectamente: cierto, al amar a los pobres se está amando, al mismo tiempo, a Cristo. El se identifica especialmente con los que nada tienen (Mt 25,40). Vivir no para nosotros, sino para Cristo (2 Cor 5,15) significa amar con los mismos sentimientos de Cristo (2 Cor 1,8) y, por lo tanto, tener predilección por los débiles y oprimidos. El Señor nos da a entender cómo en nuestro amor por El o por su Padre hay un engaño si ese amor no se expresa directamente en la actitud hacia el prójimo (Mt 5,23). Pero, sin merma ninguna de ese mandato tan entrañablemente evangélico, al revés, fundándolo, debe afirmarse que el encuentro con Cristo tiene una consistencia propia, que trasciende y supera todas las mediaciones justamente porque las funda. *Amar a Dios en Cristo en forma incondicional es el acto radical y último de la vida cristiana.* Cristo se nos manifiesta particularmente en los pobres, pero El es más que los pobres a quienes siempre tendremos con nosotros (Jn 12,8). El mismo merece en forma irrestricta el homenaje de nuestro primer amor.

"Es, justamente, el amor a la persona de Jesús, Dios y Hombre verdadero, el que pone su sello evangélico al amor fraterno -y no viceversa- evitando así la filantropía o humanitarismo o que se tergiverse en una pasión impersonal por una colectividad o un modo de vida. Nos preocupa, por eso, que en los documentos analizados, la vinculación personal a Cristo, por sobre todas las indicaciones, esté tan devaluada que ya casi no la percibimos". (Conferencia episcopal chilena).

Dicho de otro modo, en un intento de resumen orientador: la liberación tal como Cristo la presenta, es primeramente de orden espiritual. Pero esto no debe inducirnos teórica o prácticamente a seguir la dinámica del péndulo que oscila de extremo a extremo, sino de situarnos en la posición (no estática) de alabanza, dándole primacía a lo que realmente la tiene, sea orientar las actitudes o actuaciones, sin ponerlas en oposición sino en integración. "Afirmar que Jesús es un salvador puramente espiritual, indiferente a los sufrimientos personales y colectivos de la humanidad, sería un grave error; *El tomó sobre sí nuestras debilidades y cargó con nuestras enfermedades. Pero afirmar que la misión de Jesús está orientada, ante todo, al servicio de una liberación puramente humana constituiría (también) grave error en el plano de la interpretación evangélica.* Por el contrario, El dice: "Buscad primero el reino de Dios y su justicia y el resto se os dará por añadidura" (Mt 6, 33)" (Mons. Ancel). La liberación tiene dos aspectos bien claros y definidos, mas no disociados, ni siquiera de la misma importancia, y, por lo tanto, a los que indistintamente hemos de atender, aislando uno del otro, o poniéndolos al mismo nivel, como religiosos.

Cada hombre es, realmente, para cada hombre, un hermano primogénito entre muchos hermanos (Rom 8,29), La fórmula "lo que hicieris a uno de mis hermanos... me lo hacéis a mí" expresa ante todo, no un mandato, sino una realidad (Mt 25,41-45). Todo hombre pertenece a la comunidad humana cuyo centro de vida y unidad es Cristo, por eso la actitud de cada hombre para con los demás hombres es inseparable de su actitud ante El; más aún, es la realización y expresión de ésta. La participación en la filiación divina recibida de Cristo, comunica a la persona humana un valor "cristiforme": la aceptación y realización de este valor supone la acción interna del Espíritu Santo, que nos llama a la actitud filial para con Dios, Padre de todos en Cristo. El cristianismo ha elevado de este modo el amor y el servicio de los hombres a amor y servicio de Jesús mismo y de Dios. Las relaciones humanas han recibido una dimensión Cristológica y teológica, han quedado consagradas como relación del hombre con Dios. De este modo ha llegado el cristianismo al más profundo nivel en la valorización de la dignidad del hombre para el hombre.

El amor del hombre para con Dios, si es auténtico, implica el amor y el servicio de los hombres, porque no se realiza en la interioridad pura de su diálogo personal con Dios, sino que debe dar cumplimiento y expresión a esta interioridad a través de su corporeidad en sus relaciones con los demás hombres y con el mundo. El amor de los hombres, si es auténtico, implica el amor de Dios, porque la actitud de salir de sí mismo en el servicio desinteresado de los demás hombres incluye vitalmente la aceptación del valor "cristiforme" del "otro": El amor de los hombres impone la radicalidad y profundidad de una decisión, cuyo sentido va más allá del hombre mismo y llega hasta el amor personal, que es Dios en Cristo. La edificación de su reino, la Iglesia como comunidad de la caridad y sacramento de la unión de los hombres entre sí en su comunión de intimidad filial con Dios por Cristo. Mejorar las estructuras mismas de la sociedad humana coincide realmente para el cristiano con su contribución al dominio de Cristo, el Señor, sobre la humanidad y el mundo.

### *Prioridad*

Hay, ciertamente, unidad en el designio de Dios, pero también prioridad en la salvación total en Jesús.

La salvación en la fe y en la gracia es primordial y siempre posible aun entre aquellos que se ven aplastados por la vida. Es verdad que la Iglesia se presenta en todas partes abogando por la libertad y los derechos de los hombres, especialmente de los socialmente postergados y oprimidos. Pero su misión específica no es de tipo político: Debe proclamar el mensaje y exigencias de Dios sobre los individuos y sobre la sociedad. Lo cual significa una misión incorruptible de alertamiento moral, una situación libre de cualquier oportunismo y que sólo se preocupa del bien y de la desgracia de los hombres. Si en el mundo de hoy la Iglesia quisiera retirarse, limitarse al terreno "religioso", a su culto y a la solicitud por la salvación de las almas, no habría entendido adecuadamente las palabras: "Y dad al César lo que es del César". Yo no quiero establecer dos órdenes separados, uno humano y terreno y otro divino, que nada tendría que ver con las cosas

de la tierra. Para mí las fuerzas terrenas del orden están en el lugar histórico que Dios les ha señalado, y la historia se encamina hacia la meta a la que El quiere conducirla: Su reino escatológico de paz y salvación. (R. Schnackenburg).

Es capital situar debidamente el aspecto temporal para todo cristiano. "La liberación temporal es en sí misma muy apreciable y digna de ser tomada muy en serio. Tiene, además, y esto es fundamental en nosotros, un valor de signo: Es señal de una auténtica conversión; nos convertimos al criterio de Cristo sobre los pobres y necesitados, nos convertimos a su actividad, a su amor sin fronteras, a su caridad con preferencias manifiestas. Es un signo que revela a Dios porque Dios es amor. Todo el Evangelio es una cita prolongada de esta realidad. Es un signo del reino de los cielos que ha comenzado. Está presente entre nosotros y esta presencia se manifiesta cuando los pobres son evangelizados y liberados los oprimidos" (Mt 11,25) (Mons. Ancel).

Lo afirmado es verdad. Pero nuestra toma de conciencia y de actitud como cristianos debe estar guiada por la de Cristo, actuando en favor de los necesitados y oprimidos; no es posible, sin desacreditarlo, alinearlos entre los agitadores políticos.

Aunque su predicación del Evangelio contiene una fuerza espiritual que conmociona profundamente todas las estructuras de este mundo cualesquiera que sean, está a infinita distancia de la demagogia. Nos sitúa frente a serias responsabilidades, pero siempre con una insistencia indefectible en la salida del propio egoísmo y la instauración de la caridad fraterna. Todavía va más allá, y es lo definitivo en todo su pensar y actuar en el campo de la liberación humana: Si Cristo proclamó la liberación es en nombre de Dios. El luchó contra el legalismo farisaico, contra el desprecio de los pecadores, de los oprimidos. Pero no lo hizo por un mero movimiento humanitario. Su motivación es mucho más profunda, para El esa lucha revela la voluntad liberadora del Padre, cuya cima está en la participación de su gracia. Hacia esta meta se orienta toda actividad que culminó en la muerte para liberarnos del pecado y en la resurrección para introducirnos en Sí, dentro de la misma vida del Padre.

Entra, por lo tanto, dentro de una humildad fundamental reconocer que necesitamos en este campo, más que en ningún otro, una auténtica conversión: "Para solucionar en la raíz los efectos del pecado, que partiendo del corazón del hombre, cristalizan en sus obras y se convierten en pecado social, en estructuras inhumanas, en opresión y despojo del hermano" (P. Arrupe). En la acción liberadora nuestra obra va al nivel más profundo: El de la conciencia del hombre en su dimensión personal y comunitaria.

Muchas veces será difícil "discernir" la postura concreta porque las situaciones humanas se hacen frecuentemente muy complejas. Nunca más que ahora necesitamos acercarnos a Cristo, iluminador y dueño absoluto de las pasiones, para que nos ayude a discernir de qué modo debe manifestarse hoy y acertemos a obrar con su espíritu. Hemos de hacer cuanto sea posible para no caer en ninguno de los tres grupos que nos salen al paso en este campo invitándonos a sumarnos a ellos: el negativismo contra los inmensos esfuerzos del mal; el optimismo irracional: Arreglaremos pronto y fácilmente la tierra; el radicalismo: Así y nada más, por el camino de la fuerza. Los cristianos tenemos nuestro camino: el recorrido y proclamado por Cristo.

Es capital, por lo tanto, orientarnos certeramente en nuestro pensar y actuar.

"En la Iglesia, cada función tiene su necesidad y su valor (...) Uno de los dramas de la Iglesia en la actualidad es que todos quieren ocupar el puesto de los demás (...) Llegados a este punto, nada puede funcionar" (J. Danielou).

Este peligro acecha especialmente al religioso sacerdote. En su generosidad, puede verse preso y venir a dar en posiciones o toma de actitudes en modo alguno admisibles. No podemos olvidar que en la misma misión de la Iglesia frente a las realidades temporales, hay que distinguir la misión de los laicos en la Iglesia y la misión de la Iglesia (GS 33-36).

Es necesario, a toda costa, la claridad de criterios: "El avance humano y el progreso social no deben ser excesivamente destacados a nivel temporal en detrimento del significado esencial que la evangelización tiene para la Iglesia de Cristo el anuncio de la buena nueva" (Paulo VI).

Comprendemos que quienes han hecho suyo el anhelo salvador de Cristo y, por otra parte, encarnan ese anhelo en determinada ideología o posición política, terminen por inferir que esa opción expresa cabalmente el Evangelio y es como consustancial a la manifestación del mismo Cristo en el mundo, de tal modo que otras opciones distintas o contrarias les parezcan opuestas al propio Evangelio, y que la universalidad de la misma Iglesia, que tolera y aun fomenta el pluralismo político en su interior, se les muestre como indefinición o prescindencia frente a los graves problemas actuales, o peor aún, como complicidad con determinados intereses temporales ( ). Pero en esa impresión hay una inferencia indebida cuyo error no podemos silenciar ( ). Confunden la misión temporal de los laicos, que es justamente la de ordenar según el espíritu evangélico las cosas temporales, con la misión universal de la Iglesia misma y de su Jerarquía, que no consiste en resolver cuestiones económicas, sociales, jurídicas, etc... sino en santificar, enseñar y regir, suministrando a los fieles aquellas energías renovadoras de la gracia que ellos proyectarán en su tarea ciudadana por su cuenta y riesgo, con la libertad y responsabilidad personal que corresponde a los laicos (...). Quienes en la Iglesia actuamos 'en nombre de Cristo, Cabeza de su Cuerpo místico' -los Obispos y nuestros colaboradores, los sacerdotes- tenemos hacia los laicos el deber pastoral de conducirlos al encuentro del Señor 'que es fuente de toda santidad', de formarlos en la fe y en la proyección social de ésta: Tarea sobrenatural que nos exige respetar su libertad en sus propios compromisos temporales, en lo que éstos tengan de opinables y contingentes. Somos los pastores de una Iglesia que no se identifica con civilización, cultura, régimen, ideología o partido alguno en este mundo (GS 76). Por eso, nos situamos en una perspectiva distinta de las opciones particulares de los fieles, y sólo las juzgamos a la luz de los valores evangélicos, es decir, cuidando que se mantengan dentro de las exigencias de la fe y de la moral cristiana (Conferencia episcopal de Chile).

Quizá pueda resumirse la doctrina expuesta anteriormente en las palabras con que enjuicia la Declaración ecuménica de Hartford la actividad de la Iglesia: "La Iglesia, dice, ciertamente, debe denunciar a los opresores, ayudar a liberar a los oprimidos y tratar de curar la miseria humana. Y, a veces, la misión de la Iglesia coincide con los programas del mundo. Pero las normas de actividad de la Iglesia fluyen de su propia percepción de la voluntad de Dios sobre el mundo" (La Documentation Catholique, 16-3-1975).

Más aún que el testimonio anterior, tiene un peso excepcional la afirmación siguiente, por la persona de quien proviene y la seriedad de sus palabras: "Está fuera de duda que la promoción de la justicia enlaza con la evangelización; pero como el Sumo Pontífice dijo el día 26 de octubre de 1974, al clausurar el último Sínodo de Obispos 'en el orden de las cosas temporales, no se debe exaltar más de lo justo la promoción del hombre y su progreso social, con daño del significado esencial que la Iglesia da a la evangelización o anuncio de todo el Evangelio' (AAS. 66, 1974, 637)". (Carta del Secretario de Estado, Card. Villot, al Padre General de la Compañía de Jesús, Pedro Arrupe, 2/5/1975).

Cuesta desprenderse de un tema que, por su trascendencia, exige insistir sobre él y clamar por la luz del Espíritu para comprender que es así, y por su fuerte moción interior para actuar debidamente.

Nadie duda del compromiso de la justicia y de la caridad para construir un mundo mejor. Pero subrayar tan marcadamente el aspecto sociológico, sin hacerlo derivar de la obra salvadora y redentora de Cristo, es desenfocar el cristianismo, y crear, en definitiva, espíritus frustrados ante la fuerza del mal y la impotencia de hacer cosa permanente y a fondo. Lo primerísimo de todo es un compromiso personal con Jesús: "Jesús como modelo es una cosa, Jesús como Aquél que por su vida, muerte y resurrección aplasta el poder de Satanás, quita nuestros pecados, nos restablece en la unión con Dios y el prójimo y nos bautiza en su Espíritu de manera que podamos vivir y experimentar la vida como hijos de Dios, es otra cosa diferente- (Ralph Martín). Ambos son necesarios, pero necesitamos con urgencia esta experiencia íntima y profunda nacida de la confrontación con su Palabra. De otro modo, quizá sin darnos cuenta, nos vamos deslizado hacia un orgullo sutil, la falsa autosuficiencia, la fijación en la autorrealización, entendida a nuestro modo, y no advertimos que nos hemos convertido y rendido al Evangelio. Existen religiosos que, embarcados con óptima voluntad en la redención del mundo oprimido, pero con una experiencia superficial de lo medular evangélico, se encuentran, después de un tiempo, desconcertados, desilusionados, y hasta acaban por afirmar que no le encuentran sentido ni a su vida sacerdotal ni religiosa.

"La palabra de Dios sacude cuando nos habla -si osamos oír- de los problemas y soluciones de la condición humana. Primero que nada, considera claramente todos los problemas que podrían enumerarse generalmente como meras manifestaciones de un desorden radical, síntomas, si se quiere, de un mal subyacente. Más aún, considera las soluciones comúnmente propuestas como acciones posiblemente meritorias a veces, pero todo como un simple tratar los síntomas, el equivalente a tratar el cáncer con aspirinas. La palabra que describe nuestra condición es la rebeldía, el acomodo, el pecado. La palabra que Dios nos habla es que la causa radical de todos los problemas es nuestra independencia de El, nuestra rebeldía, consciente o inconsciente y la hostilidad con El, que esto es lo que constituye nuestra enfermedad fundamental y original: El pecado. Dejar que esa palabra haga mella; creer en la palabra de Dios sobre nuestra condición cambiaría nuestras vidas. La cuestión es que ni siquiera podemos conocernos a nosotros mismos, ni lo que anda mal con nosotros por medio de la sabiduría humana; es algo en cuanto a lo que no podemos confiar en nuestras mentes y sentidos oscurecidos, algo que sólo podemos conocer claramente, si Dios nos lo dice. El habla, si estamos dispuestos a oír. La 'sabiduría' que sencillamente permanece en el plano político, económico, educativo, médico, científico, psicológico, termina pasando por alto el punto más importante: Que la fuente de los problemas del hombre es fundamentalmente (no exclusivamente) espiritual y que no se puede tratar sino de una manera espiritual y no sencillamente de una manera ideada por el hombre, sino de una manera escogida por Dios.

"Sí nos atenemos a la experiencia, nos damos de frente con la realidad de que si resolvemos los problemas, sin tratar el problema radical de donde nacen: El pecado, la conversión, el arrepentimiento, el cambio de vida, el problema radical aparentemente solucionado 'surgirá en otro lado' y con otra manifestación" (Ralph Martín).

Nos parece que las palabras que preceden no deberían desanimar a nadie, al contrario, deben hacernos reflexionar si nuestra vida se ha entregado a Cristo con todo su ser y desde el fondo del corazón, si lo experimentamos como persona viviente entre nosotros y nos hemos comprometido seriamente con El. Todo lo demás, aún el sacrificio hasta la muerte, sería una consecuencia nacida del amor auténtico a la Persona que constituye el principio y el fin del cristianismo.

#### *Armonización*

Puede haber un error de interpretación peligroso de la vocación de la persona al llevar hasta sus últimas consecuencias el anonadamiento en el Señor: No se trata de presentarse ante sí ni ante los demás como una "víctima propiciatoria". Hay dos actitudes muy distintas que indican hasta qué punto hemos penetrado en nuestro misterio y misión o nos hemos quedado en la superficie, atraídos por lo llamativo: sentirse profundamente afectado por la maldad ajena, reconocerla sinceramente como propia, querer repararla con el compromiso de la propia vida, impulsado a un amor más hondo y efectivo, como desquite y modo de luchar contra el mal, es la posición del que sigue en verdad a Cristo pobre y humillado. Aparecer como un elegido para enrostrar al mundo su maldad, tomar una actitud de lamento, el aire compungido, la oración misma al margen de una animosa entrega de amor y de servicio, es una interpretación falseada, sentimental y aun soberbia. Nada más eficaz para poner en ridículo la envidiable actitud del auténtico anonadamiento cristiano.

No quiere decir tampoco sentimiento de inferioridad, repliegue a una posición rara y deshumanizante; no es huir del trato social ni comportarse en él como extraño, falta de recursos e incapaz para el intercambio amable y gozoso. Ni es, con el pretexto de vivir para realidades trascendentes, despreocuparse de lo terreno. Tampoco se trata de ocultar las propias cualidades, como si el seguir a Cristo fuera sinónimo de carecer o renunciar a la iniciativa. Precisamente es todo lo contrario: Cristo mostró, más que hombre alguno, sus inmensas cualidades humanas. Y el hecho de saberse destinado a llevar sobre Sí el pecado de todos, fue un estímulo que lo acuciaba a la acción y al compromiso de lucha por el bien. Desplegó su amor más intenso, activo y hasta el fin, anota San Juan (Jn 13,1), precisamente en las horas de su anonadamiento supremo. Hay que leer el evangelio con ojos profundos e iluminados para comprender que su creatividad, aun humana, toma proporciones inmensas en medio de su mayor humillación. En la misma cruz parece tener ocurrencias que

nos sorprenden: Hundido en un amargo abandono y el desprecio de sus mortales enemigos, lucha contra la obstinación del mal con el perdón más generoso (Le 23, 34-43).

En el desgarramiento de ver a su madre participar con Él de su cáliz, nos la entrega como el don último que posee en calidad de madre espiritual (Jn 19, 25-27). Su personalidad se nos impone más que nunca. Parece que con la cercanía de su fin tiene prisa para no dejar inútil nada de cuanto el Padre le ha dado. Rechaza solamente poner en actividad sus cualidades al margen de la voluntad del Padre (Le 23,36-37). Para Él, podrá ser un dolor aceptado con todo su ser, pero aun entonces el sacrificio de unas cualidades hace que se pongan en marcha otras más profundas: Las que el Padre celestial le invita a actuar.

Es preciso no caer en el error. Tenemos el mismo criterio de Cristo para juzgar; sus mismos anhelos de realizarnos, pero dentro del plan divino. De no dejar inútil una sola de nuestras cualidades, pero no por ostentación de valer, sino para servir al prójimo dentro de la órbita de la voluntad de Dios y del ejemplo de Cristo. Profundamente tranquilo en el anonadamiento, estas motivaciones deben ser el más eficaz estímulo para la creatividad.

*En este "compromiso social" rectamente entendido entra, en primer lugar, la lucha contra el pecado; en su formulación positiva, le ayuda a realizar la vida de los hijos de Dios, fin último y motivación fundamental de la obra de Cristo. Todo lo demás, teniendo un valor propio que el cristianismo asume jubilosamente (GS 36), debe orientarse en una actuación auténticamente cristiana, al fin sobrenatural al que Cristo condujo toda su obra: La creación, el desarrollo, el mismo cambio o perfeccionamiento de las estructuras, en el lenguaje ignaciano "es para el hombre y para que le ayude a conseguir el fin para que fue creado" (Ex 23) (GS 36).*

Por eso el cristiano no puede caer en el error de separar gracia y naturaleza como dos realidades que se desconocen. Ordena su obra salvífica, siempre como Cristo, al fin último, al destino supremo del hombre en el plan de Dios (GS 36).

Combate el pecado porque se opone a estas preciosas realidades humanas. Nada hay tan deshumanizante, destructor y enemigo irreconciliable de la verdadera grandeza humana y divina del hombre. Pero lucha contra él, sobre todo, porque aparta de la amistad con Dios y de la participación de su vida.

—No es exagerado afirmar que el pecado es la "fuente de todas las opresiones" e injusticias. Le damos un amplio sentido, se lo considera desde la perspectiva personal y comunitaria. En aquélla está la raíz podrida que pervierte y endurece el corazón del hombre y se extiende como lava destructora, creando las situaciones y *estructuras injustas*. El pecado es la injusticia hacia Dios y hacia los hombres: Es el egoísmo esencial que pospone, olvida y desprecia a Dios. Cuando se llega a esta soberbia, los hermanos quedan a merced de nuestro capricho, ambición y despotismo. Lo más frecuente es que cometamos la injusticia suprema contra Dios por el dominio y la violencia contra los demás. La relación personal con Dios en su injusticia se ejerce a través de la injusticia con los hermanos.

El pecado es la "repulsa de obediencia a Dios". En esta perspectiva, profundamente real, se convierte en la "fuente de toda inmoralidad y de toda injusticia" (Rom 1, 20-32)

El pecado es la huida voluntaria del plan salvífico de Dios que se extiende al individuo y a la comunidad humana; a las realidades terrenas y sobrenaturales. Así quedan alzadas las puertas para todas las formas de opresión y esclavitud que el hombre, primer esclavo (Jn 8...), ha introducido en sí mismo. Así los hombres solidarios en la maldad estabilizamos y perpetuamos nuestra injusticia interior en formas más amplias, opresoras.

Por eso, como una consecuencia y una pedagogía sabia y necesaria, la acción liberadora ha de abarcar el doble nivel de la conversión individual y colectiva.

*El misterio más insondable del pecado es el rechazo del amor. Del ser más íntimo de Dios; de nosotros mismos, por lo tanto, en lo más íntimo nuestro, que participamos de esta realidad divina y la llevamos incrustada en la médula de nuestro ser. Yes, igualmente, rechazo de lo más auténtico y hondo de nuestros hermanos. Quedamos, por consiguiente, a merced del egoísmo, que se concreta en pecados particulares, a su vez, prestos a solidarizarse ferozmente y constituir las duras situaciones del pecado.*

Dando la preferencia a lo que está "más allá de nosotros", el cristiano, muy consciente de la mediación de los valores terrenos, de las necesidades y exigencias del hombre al que está consagrado, no descuida entregarse con seriedad a ayudar a sus hermanos a realizarse plenamente, en toda la gama de valores, que por ser creados provienen de Dios y están pidiendo, en la dinámica amorosa con que los dotó, su desarrollo. Trabaja por armonizar estos dos campos que, por exageración, falta de juicio acertado o inhabilidad, pueden entrar en conflicto. Pero hay un punto peculiar de insistencia, que señala la raíz de las injusticias: El pecado. En todas sus formas innumerables, se dirige, como saeta envenenada igualmente contra el plan de la gracia y de la naturaleza. Ambas son una sola intención divina, a diversos niveles de trascendencia.

En esa constante lucha *contra el mal supremo del hombre* tenemos colocada nuestra porción mejor de gloria.

Un aspecto fundamental de la armonía que debe reinar en el cristiano: entre su entrega plena a Cristo y a los demás, entre su labor de santificación personal y el servicio a los otros, entre la oración y la acción.

Lo tocamos de paso puesto que está latente en todo lo dicho. No podemos caer en la tentación de hacer una peligrosa dicotomía. Supuesta la prioridad antes tratada, hemos de evitar conflictos que no tienen por qué existir si entendemos rectamente las cosas. Tomamos como centro el amor y el servicio: el amor que se expande en obras y las obras que nacen de la fuente pura del amor verdadero. Amor y servicio son, a la vez, la oración, la íntima comunión personal con el Señor. No es exagerada la frase de un teólogo moderno que afirma: "El mayor servicio que podemos prestar a las almas es orar por ellas" (J. Galot). Es acudir al manantial de "agua viva" a beber para poder repartirla después entre nuestros hermanos; es ir a tomar conciencia de nuestro deber de haber venido a "servir" por amor que nace de Dios y se expansiona en nuestros hermanos; es adorar, en unión con Cristo y la creación, al que está sobre todo y merece nuestra alabanza por lo que es y *por lo que hace por nosotros en su infinita bondad*. Esto, nos enciende, nos fortalece, nos alienta a tratar de repetir, en nuestra pobreza, su gesto maravilloso. Es apoyarnos firmemente en el poder del Padre, para que nuestra obra no sea una mera

tarea humana, sino una entrega que tiene su raíz más profunda en la comunión filial con el Padre en Cristo Jesús, con cuya fuerza y presencia de Resucitado por el Espíritu contamos.

A su vez, nuestro servicio a los demás, se convierte en una oración de vida porque está vivificado por el espíritu del Señor que actúa y ora en nosotros al Padre (Rom 8, 15-17; Gal 4, 6- 7) y da eficacia divina a nuestros quehaceres humanos.

*Oración y servicio* juntamente es realizar en lo concreto de nuestra existencia el doble precepto del amor, pero en situaciones diversas: la preocupación por la familia, el afán por los hijos, el cargo que ocupamos, el apostolado que desempeñamos, la oración ardiente e íntima con que vamos al Padre... Todo es una unidad compacta, sin hendiduras, sin divisiones. Todo es un trabajo por el Reino. No demos entrada dentro de nosotros al divisionismo, al conflicto. En el corazón y en la mente del Padre todo se halla armonizado. Esta unidad hemos de intentar trasladarla a nosotros.

Pero -una vez más- no será posible librarnos del peligro de conflicto que nos acecha si no procuramos, apoyados en el amor y el poder del Señor, entrar en una relación personal profunda con El. Y aquí es donde, especialmente, necesitamos ser tomados por el amor de Cristo e introducidos por su Espíritu en el conocimiento vivencial del Señor que supera a todo conocimiento y poder humanos.<sup>1</sup>

<sup>1</sup>Citamos algunos autores que nos han servido de orientación e inspiración en este capítulo. El tema cuenta con la aportación de obras realmente valiosas, fuera y dentro de la Renovación Carismática. De entre ellos, citamos solamente algunas:

- J. Alfaro, "Esperanza cristiana y liberación del hombre, Edit. Herder, Barcelona, 1972.
- J. Alfaro, "Hacia una teología del progreso humano", Herder, 1969.
- J. Alfaro, "Cristianismo y justicia". Propaganda popular católica, Madrid, 1973.
- J. M- Aubert, "Moral social para nuestro tiempo", Herder, 1973-
- P. Arrupe, "El testimonio de la justicia", Propaganda popular católica, 1973.
- Congregación para la doctrina de la Fe: Instrucción sobre algunos aspectos de la Teología de la Liberación, 1984.
- Congregación para la doctrina de la Fe, Instrucción sobre la Liberación, 22, marzo 1986.
- (Varios), "L'Opzione preferenziale per i Poveri". La Chiesa Contemporanea e i Gesuiti Oggi, Centrum Ignatianum Spiritualitatis, Roma, 1986.
- Los dos capítulos de la obra: "Dones del Espíritu, hoy, (varios), (dir. H. Muhlen. "La dimensión crítico-social de los "carismas" E. Grieses; "Carisma y sociedad", H. Muhlen. Secretariado Trinitario, Salamanca, 1987, 177-190, 191-208.

## XV. EXÁMENES DE SÍ ANTE EL SEÑOR

Nada más lejos de nosotros que dejar una impresión pesimista, Intentábamos precisamente lo contrario, señalar, sí, los peligros y aun las caídas; pero, sobre todo, tocar ascéticamente los puntos que pueden comprometer o disminuir la eficacia admirablemente transformadora de la Renovación para evitar, en lo posible, estos efectos.

Para quienes cuentan seriamente en sus vidas con el poder del Espíritu de Jesús, los peligros indicados les servirán para acogerse con mayor confianza a este poder amoroso, liberador. Un clima de sano optimismo y de aliento profundo se derramará sobre ellos al constatar las exigencias puramente evangélicas que bullen en la entraña de la Renovación, la fuerza salvífica operante que tienen a su disposición, para realizar la transformación de su vida y cooperar en la renovación profunda de la Iglesia de Cristo. Nada más alentador que verse protagonista, con el Señor, de una empresa tan vasta y fundamental.

Creemos que será un motivo poderoso, cálido y de estímulo para lanzarnos a superar dificultades y sobrellevar tentaciones, vernos envueltos en esta llamada del Señor, integrarnos profundamente en la Renovación: Nuevo Pentecostés de la Iglesia. Bien merece la pena arriesgarse en el dolor teniendo la vista puesta en la aventura maravillosa a que somos invitados por el Espíritu.

Después de más de dos décadas en ella, se es consciente de que nos hallamos frente a una obra extraordinaria del Espíritu Santo en las personas y en los grupos, aunque no en todos se dé la misma calidad y profundidad. Es un hecho que en los últimos años la Renovación ha caminado hacia una purificación, profundización y equilibrio, en muchos casos notable. Y esperamos que esta marcha, guiada por el Espíritu y apoyada por los dirigentes y pastores de la Iglesia, se profundice y extienda.

Podemos reconocer en todo esto, pese a las deficiencias, una acción especialmente fecunda, sobre todo cuando en muchos casos la Renovación ha sido abandonada a sí misma y aun obstaculizada por aquellos, precisamente, que estaban más llamados a guiarla, apoyarla, defenderla, animarla.

No podemos, tampoco, ser excesivamente exigentes con quienes están comprometidos en la Renovación. Se trata de una acción del Espíritu Santo a la que muchos de ellos están más abiertos que, en general, los cristianos fuera de ella. Pero es una acción progresiva, un itinerario espiritual que hay que recorrer durante toda la vida, para irse asemejando, cada vez más, a Cristo Jesús, modelo de todo cristiano (Rom 8,29-30).

Y en este itinerario se dan tentaciones, luchas, y aun caídas y retrocesos. También a ellos hay que aplicarles lo que dice San Pablo de sí mismo cuando afirma que se apresura a marchar tras Cristo porque todavía no lo ha alcanzado plenamente (Fil 3, 12-14). Si consideramos lo que no pocas veces acontece en nuestra vida personal de sacerdotes y religiosos o en nuestra vida comunitaria, después de años de entrega al Señor, seremos un poco más indulgentes al juzgar a los que se han insertado en la Renovación. Ciertamente cuentan con una acción del Espíritu al que muchos generosamente se abren. Esto, sin embargo, no elimina de una vez las miserias espirituales que también los santos constataban en sus vidas; ni quiere decir que no haya pecados, deserciones, abandonos... Son personas mortales que buscan, en una inmensa mayoría, con todo su corazón, al Señor al que tratan de imitar y servir. Esto es una fuerte llamada del Espíritu a los sacerdotes a que caigan en cuenta de esta realidad como guías espirituales del pueblo de Dios y a que los ayuden en la obra que el Espíritu Santo quiere realizar en ella y, por su medio, en otros en la Iglesia y en el mundo.

Estamos ante una realidad que se impone a quienes desean ver sin prejuicios este acontecimiento espiritual, quizá sin precedentes en los últimos siglos. Sería lamentable que, por la razón que fuere, esta obra del Espíritu se viera frenada y aun destruida en una parcela del Reino, por no haber colaborado con El o haber luchado contra ella, tal vez con excelente voluntad, pero no según Dios.

### Examen en la Renovación Carismática

Respecto de uno mismo

1. ¿Doy gracias a Dios por su bondad en haberme llamado a la Renovación?
2. ¿Lo considero como un gran beneficio, pero sin ante ponerme a los demás, ni tenerme por mejor? ¿Aprecio sinceramente a los otros, aunque no pertenezcan a la Renovación Carismática? ¿Oro por ellos para que el Señor los llene de sus bendiciones y de su amor?
3. ¿Caigo en el error de no relacionarme sino con los pertenecientes a la Renovación, porque están en mi línea espiritual y los demás "no me comprenden", no son carismáticos? (No se excluye que pueda haber cierta ordenada preferencia y una mayor relación).
4. ¿Estoy persuadido de que no la mera pertenencia a la Renovación es lo hermoso de ésta, sino los frutos que Dios quiere se produzcan en cada uno y en la Comunidad como tal?
5. ¿Tengo interés especial en que el Espíritu Santo cree en mí una profunda humildad, una entrega desinteresada a los demás, un amor sin límites y sacrificado, una obediencia en libertad y en amor a los Pastores de la Iglesia?
6. ¿Tengo creciente interés en conocer, cada vez más profundamente, la Renovación en sus fundamentos doctrinales y en sus exigencias de vida cristiana?
7. ¿Estoy persuadido de que puedo ser víctima de tentaciones y de que debo estar preparado para enfrentarlas con el Espíritu de Cristo?
8. ¿Pongo los medios humanos y divinos para superar las tentaciones y procuro hacer de ellas un medio de crecimiento en el Señor?
- 9- ¿Persevero en el servicio del Señor, en su amor, en la oración, en la asistencia a los grupos a pesar del desgano, del rechazo interior que pueda sentir?
10. ¿Procuro influir discretamente, a su tiempo, sobre otros para hacerlos partícipes de esta gracia que hoy representa la Renovación en el plan de Dios?
11. ¿Vivo en un tranquilo alerta sobre las tentaciones enumeradas más arriba y otras que pueden hacer presa en mí?

12. ¿Vigilo especialmente el peligro de -sin perder el entusiasmo sano y contagioso- convertirme en fanático, exclusivista, elemento de presión sobre cualquier persona, especialmente entre los miembros de la familia y los amigos cercanos?
- 13- ¿Examino con sinceridad si mi pertenencia a la Renovación y mi apostolado me han llevado a desatender mis obligaciones de estado o a mermarles tiempo, energías, entusiasmo, esmero, etc.?
14. ¿Descuido la oración privada con el pretexto de que asisto a los grupos de oración?
15. ¿Vivo con más intensidad los sacramentos desde que pertenezco a la Renovación?
16. ¿Procuró conocer a fondo la Iglesia de Cristo, adherirme a ella, cada vez más firmemente, a su doctrina, a sus orientaciones? ¿He caído en cuenta del profundo sentido de la expresión de San Agustín de que "no puede amar verdaderamente a Cristo quien no ama a su Iglesia"?
17. ¿Estoy firmemente convencido de que la Renovación a que pertenezco es la *Renovación católica*, que pide una especial fidelidad a Cristo en su Iglesia?
18. ¿He caído en la cuenta de que la asistencia a los círculos de oración no puede quedarse ahí, sino que deben tender a formar la comunidad de amor que el Señor desea, para vivir la vida de Jesús con todas sus consecuencias?
- 19- ¿Estoy convencido de que nada de esto puede realizarse sin una comunión íntima personal con Cristo y una fidelidad creciente a la acción del Espíritu que se manifiesta en mí, cada vez más, con un creciente poder?

### **Respecto de los demás**

1. ¿Soy un lazo de unión o separo con mi modo de ser, de actuar, con mis comentarios desfavorables, chismes, murmuraciones, interpretaciones sin fundamento de sus acciones, etc.?
2. ¿Aprecio sinceramente a mis hermanos? ¿En qué se manifiesta? ¿Me considero superior o fomento sutilmente sentimientos de envidia, celos sobre sus cualidades o dones?
3. ¿Trabajo positivamente para que se realice una auténtica comunidad de amor, o fomento el aislacionismo del grupismo?
4. ¿Aprecio al grupo por la atención que me prestan el calor humano que hallo, la acogida bondadosa o, sin despreciar lo anterior, aprecio, sobre todo, la unión en Cristo, el crecimiento en Él, la ayuda en el Señor para mi vida y obras apostólicas?
5. ¿Sé -y procuro crecer- en el saber escucharlos, valorarlos, apreciar su juicio y espiritualidad o tiendo a absorber?
6. ¿Voy compartiendo con ellos, discretamente, mi riqueza interior o me reservo por prejuicios, falsa "intimidad", desconfianza, etc.?
7. ¿Oro por ellos y por sus obras? ¿Pido al Señor la unión verdadera con los que me he unido para orar y trabajar en su viña?
8. ¿Procuró realizar en mí, con la gracia del Señor, ser auténtico testimonio de unión, de amor, de sacrificio ante el grupo, o soy, de algún modo, obstáculo a su crecimiento por mi actividad de vida?
9. ¿Me intereso por sus necesidades, aun materiales, y procuro, en la medida de mis posibilidades, ayudarlos? ¿Los considero como verdaderos hermanos en el Señor y los trato como tales? ¿Miro sus situaciones: Éxitos, dolores, etc., como mías y procuro compartirlas?
10. ¿He caído en cuenta de la propia responsabilidad ante cada uno de los que pertenecen a mi grupo de oración?

### **Respecto del grupo de oración**

1. ¿Procuró prepararme psicológica y espiritualmente para tomar parte en el círculo de oración o voy improvisadamente a él?
2. ¿Caigo en cuenta de que mi frialdad, falta de apertura al Espíritu, pasividad... pueden ser obstáculos a una mayor acción del Señor en la oración?
3. ¿Obedezco, con obediencia activa, las disposiciones que me tocan como feligrés? ¿Considero a mi Obispo como representante de Cristo, Cabeza de la Iglesia, en sus actuaciones, aun respecto de la Renovación? ¿De un modo similar, al Párroco, pero velando por la identidad de la Renovación?
4. ¿Soy lazo de unión con otros movimientos, respetando sus características, sirviendo de fermento en ellos, si me hallo comprometido como uno de sus miembros, o creo que la Renovación Carismática es lo único que vale? ¿Pretendo cambiar el ser de los mismos? Si actúo con ellos, ¿aparezco como el que todo lo sabe, acaparo la conversación, machaco inoportunamente sobre la Renovación, uso modos que molestan a otros que no pertenecen a ella, me humillo, si es necesario, sin entrar en competencia con ninguno?
5. ¿Procuró enterarme de las directrices emanadas de la Jerarquía respecto de la Renovación, o trato de formar, inconscientemente, una iglesia dentro de otra Iglesia: Un "paracleralismo" tan pernicioso a la Renovación y a la misma Iglesia de Cristo?
6. ¿Colaboro con mi Parroquia sin recargarme ni estar en todas las obras parroquiales? ¿Tengo especial predilección por la evangelización y por atender especialmente a los más necesitados en todos los sentidos? ¿Tengo, en el aspecto del compromiso temporal, bien clara la doctrina acomodada a las orientaciones de la Iglesia, de los propios obispos, del Evangelio?
7. ¿Soy abierto a iniciativas prudentes, que se pueden realizar en colaboración con otros movimientos?
8. ¿Soy capaz de aceptar, sin tensión interior, las disposiciones que me atañen, del Equipo Nacional, del Equipo Sede o del Equipo Zonal, o intento formar un conjunto de grupos independientes y, por lo mismo, condenados a desviarse aun seriamente?

### **Examen sobre las tentaciones enumeradas anteriormente**

- 1ª ¿Qué persuasión tengo de que entregarse seriamente a la propia santificación en Jesús y al trabajo apostólico, a colaborar en su Reino, comportan dificultades y sufrimientos especiales?
- ¿Qué determinación hay en mí para afrontarlas con el esfuerzo personal, pero, sobre todo, confiado en el poder del Espíritu Santo?



- 2ª Sinceramente, ¿busco desmedidamente los carismas, dándoles en la práctica una valoración superior a los frutos del Espíritu? ¿Anhele aquellos que tienen un aspecto exterior más llamativo y no me detengo a reflexionar sobre la riqueza de los dones menos ostentosos pero con que, ordinariamente, el Señor construye y hace crecer su Iglesia en el amor? Si los pido con humildad y confianza, ¿estoy disponible para que se me concedan los que Dios, por su Espíritu me dé? ¿Los uso en la humildad, la obediencia, la oración, el amor? ¿Dan en mí frutos espirituales? ¿Cuáles?
- 3ª ¿Favorezco con discreción, a su debido tiempo, las manifestaciones del Espíritu, o me retraigo por temor, por una humildad mal entendida, por celos, por comodidad, por no afrontar los sufrimientos que suele llevar consigo el buen uso de los mismos? ¿Me instruyo correctamente respecto de ellos? ¿Doy una doctrina segura, equilibrada? ¿Estoy disponible para asesorarme con personas que, por su vida en Cristo, su conocimiento teórico y su práctica y experiencia pueden ayudarme en este campo delicado y exigente? ¿Leo obras de toda seriedad o me entretengo en libritos que no ofrecen garantía de estar bien orientados? ¿Aprecio las enseñanzas de la Iglesia en este campo y trato de obedecerlas con humildad y entusiasmo?
- 4ª ¿Hay en mí voluntad de poder? ¿En qué se manifiesta? ¿Me adueño del grupo de oración y actúo en él, como si, de derecho, me perteneciera? ¿No doy paso a otros que pueden servir también al Señor? ¿Tengo celos de que me puedan suplantar? ¿Actúo como si yo fuera la única persona capaz y relego a un plano muy secundario a otros servidores o los elimino? ¿Tengo celo de Dios manifestado también en ir descubriendo personas del grupo que pueden tener una llamada del Señor a servir, contando con que poseen los requisitos requeridos? ¿Los animo a que comiencen a prepararse y me pongo en contacto con las personas que en el equipo dirigente de la Renovación tienen esta misión? ¿Examino seriamente mi humildad? ¿Me muestro reacio y aun me niego a obedecer cuando se me pide que sirva en otro grupo, que sea sustituido como responsable, o que pase a ser un miembro más del grupo? ¿Estoy persuadido de que lo que importa es servir al Señor dónde y cómo sea su voluntad, la cual, ordinariamente, se manifestará a través de mediaciones?
- 5ª ¿Detecto en mí rasgos de paracleriscalismo? ¿En qué se manifiestan? ¿Estoy persuadido de que actuar por mi cuenta, ("por la libre", en lengua popular), es actuar al margen de la Iglesia? ¿Conozco las disposiciones de la Jerarquía en este punto o de los equipos de la Renovación aprobados por ella y trato de actuar con sencillez en mi obediencia? ¿Me quejo de la actitud, a mi juicio no correcta de ellos, respecto de la Renovación Carismática en vez de encomendarlos en mis oraciones, prestarles mis servicios, tener para con ellos una especial atención, amor y disponibilidad? ¿No cuento con ellos para nada o lo menos posible? ¿Soy lazo de unión, de armonía y caridad, sin que esto me exima del celo de conservar y perfeccionar la "identidad" de la Renovación Carismática ni coarte la sana libertad en expresar la propia opinión?
- 6ª ¿Me desaliento? ¿Por qué? ¿Soy perfeccionista y exijo que todo sea perfecto? ¿Sé corregir, hacer indicaciones con parquedad, a su debido tiempo, en su debido modo, sin concesiones para no quedar mal con la persona o personas, por cobardía o excesiva exigencia? ¿Me refuerzo con la oración y la vida sacramental, especialmente en tiempos de crisis? ¿Acudo fraternalmente a personas que, por su espíritu, capacidad de oír y de dar confianza, por su conocimiento de los caminos del Señor, por su celo puedan ayudarme en estas circunstancias por las que atravieso? ¿O me dejo llevar por el desaliento y tomo determinaciones inoportunas, imprudentes, fatales que pueden pesar en el resto de mi vida? Tengo presente a Cristo crucificado, el gran acompañante de mi vida, al Espíritu Santo que da fortaleza y consuela a María, que pasó por situaciones mucho más dolorosas que las mías?
- 7ª ¿Improviso la conducción del grupo de oración, la instrucción, los cantos? ¿Sé que la improvisación lleva al decaimiento del fervor, al desorden y aun puede conducir a la muerte al mismo grupo? ¿Cuál es la causa de mi improvisación? ¿La pereza, la comodidad, el error de creer que ya sé lo que tengo que hacer, sin deseo constante de perfeccionarme, por falta de tiempo, por no tener un discreto esquema o programación del tiempo, etc.? ¿Conozco la urgencia que emana de los documentos de la Iglesia respecto de la formación de los servidores y de la actitud de una "formación permanente"? ¿Me doy cuenta de que el crecimiento espiritual del grupo y de su trabajo y compromiso con el Reino dependen en buena parte de mi actitud, de mi preparación? ¿Sé filtrarla en los demás?
- 8ª ¿Soy rutinario? ¿A qué se debe? ¿No tengo iniciativas? ¿No sé aprovecharme discretamente de las ajenas? ¿No estudio, oro, consulto, utilizo las luces de otros servidores? ¿Me reúno con ellos y, a la luz de Dios y en ambiente de oración, tocamos este punto en un compartir fraternal? ¿Leo lo mucho y bueno que el Señor ha ido sugiriendo, creando en su Iglesia, en la Renovación Carismática en estos últimos años? ¿Me doy cuenta de que, como en la vida espiritual, la rutina se llega a convertir en situación de muerte?
- 9ª ¿Estoy persuadido de que la tentación de la infidelidad a Dios nos ataca a todos y, muy frecuentemente en momentos de crisis? ¿Qué pensamientos bullen en mi interior respecto de las pruebas que Dios puede permitir? ¿Sé sacar de ellas un fruto precioso de humildad, de confianza en el Señor, de petición de la ayuda del Espíritu? ¿Quiero salir de ellas "como sea", aun a costa de pérdidas preciosas espirituales? ¿Pongo de mi parte los medios adecuados para que Dios, en su amor las abrevie o, como a Jesús en Getsemaní, me conforte y pueda afrontarlas valerosamente? ¿Me he formado la ilusión de que seguir y servir al Señor debe eliminar toda dificultad, o al contrario? ¿También aquí cuento con personas que pueden orientarme, fortalecerme con su consejo, con su oración? ¿Me doy cuenta de que debo acercarme más a El, en vez de alejarme, como, quizá, lo hago más de una vez?
- 10ª Mi comportamiento con los sacerdotes, ¿cómo es? ¿Procuró que, en humildad, vean en mí una persona profunda, buscadora del Señor, ejemplo de humildad, paciencia, colaboración, amor, de gran espíritu y aprecio de la oración? ¿Murmuro de lo que me parecen faltas o deficiencias de ellos? ¿Los encomiendo especialmente al Señor y pido que se renueve en ellos la unción y el poder que recibieron en su ordenación sacerdotal? ¿Los trato con sencillez, discreción, amor, respeto? ¿Celebro, los felicito por sus trabajos y éxitos? ¿Soy consciente de que colaboramos en el mismo Reino de Dios, pero cada uno desde su puesto y responsabilidad? ¿Pido perdón cuando la falta sea un poco notoria o merezca una reconciliación? ¿Me adelanto sin esperar a que él, aunque hubiere sido la causa, dé el primer paso? ¿Los acepto sea cual fuere su actitud y comportamiento para con la Renovación Carismática?

11ª ¿Creo que ya estoy convertido definitivamente? ¿Deseo vivir una "vida nueva" todos los días? ¿Pido al Señor la gracia de la perseverancia, que es un don gratuito de Su bondad, pero con el que tengo que colaborar? ¿Tengo ansias desmedidas de "sentir" a Dios que me acoge, me ama, me perdona? ¿Doy a la experiencia de conversión un valor absoluto y no pienso que debe llevar a vivirla en la vida ordinaria? ¿Deseo crecer en una conversión constante, que es un ¿revestirse de Cristo más y más profundamente?

12ª Lo dicho anteriormente vale también para la "experiencia religiosa" de la cual la experiencia de conversión es una modalidad que, ordinariamente, antecede.

13ª ¿Detecto en mí deseos desordenados de "experiencias carismáticas"? Se puede releer el número dos, ya expuesto más arriba y añadir otras preguntas oportunas.

14ª Hay tal multitud de preguntas que se pueden hacer que no queremos abrumar a los servidores de modo que prescindan de ellas. Son apreciables.

Sugerimos ir las repartiendo en días sucesivos y, si se hace en común, junto con otros servidores, distribuirlas en sucesivos encuentros o reuniones. Lo importante es que no las omitamos. No todas tienen igual importancia y merecen la misma detención. A la luz de Dios, bajo la guía del Espíritu, y el uso de un buen sentido común, se les puede extraer un fruto precioso para los servidores y para aquellos a quienes sirven en los grupos de oración, y aun fuera de ellos.

# APÉNDICES

## 1. GRUPOS DE ORACIÓN DE LA RENOVACIÓN CARISMÁTICA

Creemos que la conciencia de la importancia de los grupos de oración en la Renovación Carismática, ayudará mucho a superar las dificultades y tentaciones que los dirigentes encontrarán en su misión.

### Los grupos de oración de la Renovación Carismática, desde el punto de vista psico-sociológico

Nos atenemos a una cita del P. R. Prieto sobre el tema que resume certeramente lo que deseamos decir.

"Que el hombre está llamado a vivir en sociedad es evidente. La Sagrada Escritura, desde el libro del Génesis (2, 18), se hace eco de ello 'No conviene que el hombre esté solo'. La inserción social que se realiza siempre a nivel de un grupo es indispensable, tanto para nuestro desarrollo personal como para nuestra proyección social".

"El desarrollo integral de la persona -por lo tanto, igualmente para su desarrollo espiritual- se realiza en lo que los sociólogos llaman 'psico-grupo'. Medio familiar, grupo de amigos y de colegas son los modelos más extendidos".

"La proyección social se realiza en lo que se ha convenido en llamar un 'socio-grupo'. Por ejemplo, una empresa, un club deportivo, un partido político, etc".

"La incorporación a estos dos tipos de grupos condiciona el equilibrio y la expansión de cada uno de nosotros. Su papel es complementario, pero sería peligroso reducirlo y no conservar su identidad propia".

"Este pequeño 'aparte' por la psico-sociología puede ayudarnos a situar mejor la razón de ser de los Grupos de Oración y definir su identidad en el conjunto de las realidades eclesiales".

"De la misma manera que la pertenencia simultánea a un psico-grupo condiciona el desarrollo de la persona y su capacidad de proyección social (cfr. la importancia que atribuyen los empleados de personal el encuadramiento a la inserción familiar, etc.), de la misma manera se da esto para nuestra vida cristiana cuyo desarrollo supone siempre dos polos: comunidad y misión, contemplación y acción".

"Innumerables ejemplos nos muestran que cuando un cristiano privilegia excesivamente su compromiso en uno de esos dos 'grupos', termina por vivir un desequilibrio que lo hace más o menos estéril para el Reino de Dios. La historia reciente de la Iglesia muestra, por otra parte, que a todo exceso de 'polarización' responde un contra movimiento que busca -frecuentemente sobrepasándolo- restablecer el equilibrio, valorizando la pertenencia al tipo de grupo momentáneamente menos apreciado y reconocido".

"Si ahora venimos a la Renovación Carismática, ella nació en un momento, en el que de una manera más o menos difusa, muchos cristianos aspiraban a un 'suplemento de alma', a una vida de fe más ferviente y más comunitaria. Así es como la Renovación ha sido y sigue siendo una gracia muy grande. Ella respondía -y continúa respondiendo- a un profundo deseo espiritual".

"Estos hombres y mujeres experimentaban frecuentemente un vacío que los Grupos de Oración han podido colmar, al menos en parte. Muchos de ellos, después de haber encontrado sus 'cimientos' espirituales en tales 'psico-grupos' y después de que sus fuerzas se hicieron, se han comprometido en seguida en el servicio de los hombres: animación parroquial, participación en movimientos de Iglesia, presencia en lugares donde el hombre puede sanar, liberarse, hallar su dignidad, ayudar a sus necesidades más fundamentales. Estos son los frutos del crecimiento espiritual personal y descubrimos maravillados el papel discreto que llenan hoy, para la misión y la evangelización, los Grupos de Oración.

"Grupos de educación de la fe vividos en una comunidad fraternal, muy abierta a todos, en el nombre de Cristo, deben guardar su especificidad: Una atención a las personas, una ayuda en el caminar espiritual, un aprendizaje en la vida de relaciones, una percepción del misterio de la Iglesia universal que se vive día a día".

"Es importante para el hombre de hoy, frecuentemente sobrecargado de tareas múltiples; es importante también para el apóstol que está sin cesar solicitado y debe mantenerse en la brecha, hallar lugares en los que, libre de todo compromiso, puede vivir con otros hermanos y hermanas, la experiencia gozosa, íntima y renovadora de la acción del Espíritu Santo en él".

"En algunos años el Señor ha suscitado por la acción de su Espíritu, decenas de millares de Grupos de Oración por todo el mundo. Estos son lugares abiertos, accesibles a todos. Lugar de comunión fraternal, de renovación de la vida teológica y donde se manifiesta el poder y el amor misericordioso de Cristo. Lugar en el que muchos encuentran un aliento espiritual que les ayuda a llevar la palabra al mundo y a sostener, a veces, combates agotantes".

"Que los Grupos de Oración tengan en la Iglesia su especificidad y su papel propio, que concurran a la venida del Reino de Dios en este mundo, que deban conservar su identidad propia, esto parece evidente. Por otra parte, por los frutos se conoce el árbol, ¿no es verdad?".

R. Prieto, Mirabilia, mayo 1988, 11-12.

La experiencia enseña que la asistencia continuada en estos grupos de oración, con las disposiciones indicadas, va produciendo una conversión interior y profundización, *una maduración espiritual, una entrega* cada vez más profunda, sincera, abnegada, a los demás.

En general, produce los frutos del Bautismo (efusión) del Espíritu Santo, pero en una purificación y profundización creciente.

De aquí se deduce el papel importante del servidor que tiene que dirigir una oración carismática y será, ordinariamente, el instrumento del Señor para que el fruto del Espíritu penetre, crezca, madure.

(Respecto de las "comunidades", desemboque normal de ciertos grupos de oración que maduran progresivamente en el Señor o de personas que se sienten impulsadas por el Espíritu a un mayor compromiso, se hablará a su tiempo).

## 2. PISTAS FUTURAS PARA LA RENOVACIÓN CARISMÁTICA

Extractamos el texto redactado por el P. Gerad Desroches, enseñanza dada a los dirigentes de la Renovación Carismática en Quebec (Canadá) durante el Congreso Nacional celebrado los días 22 al 24 de mayo de 1987. Publicado con permiso del autor, en Tychique, No. 79, mai, 1989, 3-10. Añadimos también algunos textos de otros autores, cuyas citas procuramos anotar: G. Dichene, Card. Suenens, Ratzinger, etc.

### Introducción

Se me ha pedido presentar ciertas perspectivas sobre el porvenir de la Renovación Carismática. ¿Tiene ella posibilidades de un futuro positivo y fructuoso? ¿Cuáles son las pistas que se le abren en el seno de la Iglesia?

#### *Breve memoria del pasado*

(Hace un breve recuento de su nacimiento, de su rápida extensión y crecimiento). Se cae en la cuenta rápidamente de que no era una Renovación Carismática "made in USA", sino una Renovación del Espíritu para toda la Iglesia, una renovación fiel a las enseñanzas de la Escritura y de una sana tradición.

A pesar de la desconfianza de muchos y del temor de que fuera una nueva secta, la Renovación ha tomado la amplitud de una conflagración. Surgía un poder espiritual nuclear, el del Espíritu Santo. Jesús, muerto o despreciado, se hace vivo en el corazón de muchos. Los carismas son, realmente, una realidad.

#### *Un resumen sucinto de la presente situación*

La Renovación Carismática, joven en sus 20 años, da siempre signos de una salud vigorosa.

Esto lo afirman los episcopados de muchos países. Pero habría, no obstante, que señalar ciertas lagunas.

- ¿La Renovación Carismática, se orienta tanto como en sus comienzos hacia los marginados y los heridos de la vida?
- ¿Se ha hecho un poco conservadora y menos audaz al soplo del Espíritu?
- ¿Sufre un exceso de control? ¿No existen en el seno mismo de ella quienes aplican los frenos a la obra del Espíritu?
- Sin embargo, la Renovación continúa llamando a la conversión. Invita a la santidad a quienes reciban la efusión del Espíritu Santo.

### Los frutos son maduros, sabrosos

- Vida centrada en Jesucristo.
- Apertura al Espíritu Santo y a sus dones.
- Docilidad a sus pastores.
- Gusto por la Palabra de Dios.
- La alabanza del Señor.
- Devoción a la Santísima Virgen María.
- Acercamiento ecuménico (bajo la guía de los pastores de la Iglesia).
- Multiplicación de nuevos ministerios.
- Vida fraternal cálida y gozosa.
- Compasión (y acción) por los marginados.
  - \_ Presencia activa de laicos convencidos
  - \_ Preocupación por evangelizar

¿Se puede, realmente, evaluar todo el bien espiritual que ha hecho, no sólo a sus miembros, sino también a una inmensa multitud de cristianos, a toda la Iglesia? Por todas partes, ella ha dado de nuevo confianza, atrevimiento y gozo al servicio de Cristo. Cantos carismáticos bellos en los que se expresa y se enriquece el patrimonio cristiano. En Tanzania se llama a la efusión del Espíritu Santo: "Enamorarse del Señor Jesús". Esta frase expresa bien el fruto por excelencia de la Renovación Carismática.

### ¿Qué nos reserva el porvenir?

El autor ha comenzado y proseguido, antes de dar su palabra, invocando al Espíritu Santo, consultando los escritos tanto de los principales dirigentes de la Renovación Carismática, como la Historia de la Iglesia y tratando de examinar los signos de los tiempos. Le pareció muy importante hablar sobre ese punto con cierta seguridad.

La Renovación Carismática *debe guardar su identidad*. Querer asimilarla demasiado rápidamente a la corriente general de la Iglesia sería destruir su marcha bienhechora. Pero ella es sabia de la Iglesia. No existe para sí misma, ¡es imposible! No se puede concebir separada de la Iglesia, como la savia no produce vida alguna separada del tronco. Para que la Renovación Carismática tenga eficacia y porvenir prometedor, es necesario permanecer a la escucha del Espíritu Santo que mueve a la Iglesia. El lo hará siempre; por otra parte, la pertenencia a la Iglesia y el apoyo de sus pastores será siempre necesario para evitar la evangelización estrecha, para nutrirse de la Palabra bien comprendida y beneficiarse de los sacramentos, sobre todo de la Eucaristía.

### *¿Qué direcciones quiere, pues, dar el Espíritu Santo a la Iglesia de hoy?*

Voy a indicar una decena de puntos que me parecen particularmente importantes.

a) *El amor a la Iglesia y la comunión en ella*

El Espíritu Santo orienta a los cristianos hacia un verdadero descubrimiento de la Iglesia. Es importante amarla. Un monje trapense me decía últimamente: "Predicar a la Iglesia hasta el punto de reafirmar en ello a la gente. No sabía que esta era mi tendencia..." Sé que muchos se separan de la Iglesia. Muchos aman a Cristo y no aman a la Iglesia. Miran a la Iglesia con sus ojos humanos y miopes. No ven entonces más que una Iglesia humana con sus pecados. Si abrieran los ojos de la fe, verían que esta Iglesia humana, llena de pecados, la que nosotros formamos, es también una Iglesia divina y santa, aquella que habita el Espíritu de Jesús. La Iglesia es el Cuerpo de Cristo, dice la Sagrada Escritura, y Cristo la ama hasta el punto de entregarse por ella (Ef 5,25). ¿Cómo podemos decir: "Yo amo a Cristo" si no amamos su Cuerpo que es la Iglesia? Nosotros, miembros de la Renovación Carismática, amamos a Cristo Jesús. Seamos de aquellos que aman también su Iglesia. Amándola, podremos asegurar su renovación. La gracia de la Iglesia es el Espíritu Santo. Como lo recordaba el Papa Juan Pablo II, la historia de la Iglesia es, al mismo tiempo, la historia de 2000 años de acción del Espíritu Santo, El que renueva al Pueblo de Dios en la gracia y la libertad (15 mayo 1987. Alocución a los 900 participantes del mundo entero al del encuentro trienal de la Renovación Carismática -D.C. n. 1946. 6 -20 septiembre, 1987). No se puede "contestar" que después de más de veinte años la Renovación Carismática manifieste de una manera particular este vigor del Espíritu Santo. Es necesario afirmar que la Renovación Carismática es un don de Dios a su Iglesia. Por lo tanto, sería ilusorio y peligroso reducir concretamente la riqueza del Espíritu Santo al don hecho a la Renovación. Como lo he insinuado al comienzo, este don particular es un bien a la Iglesia, para la Iglesia, y para el mundo. El Papa Juan Pablo II ha insistido sobre *la vocación de la Renovación a ser la manifestación de la juventud y de la vitalidad del Espíritu Santo*. Esto no es para sorprendernos. Pero no es menos admirable que añada: *"Por esta razón, es esencial que busquéis siempre profundizar vuestra comunión con toda la Iglesia: con sus pastores y sus maestros, su doctrina y su disciplina, con su vida sacramental, con el pueblo de Dios todo entero"* (15 de mayo, 1987). Consiguientemente, me atrevo a decir que todo grupo de oración, toda comunidad carismática, debe profundizar concretamente su comunión con la Iglesia, en la parroquia que les corresponda.

b) *Un papel mayor de los laicos en la Iglesia*

El Papa ha publicado recientemente un documento, "Instrumentum laboris", sobre la vocación y la misión de los laicos en la Iglesia, vocación y misión que, sin ser idénticas, son inseparables. La Iglesia insiste más que nunca en la presencia y el papel de los laicos en la Iglesia. La mayor parte de los miembros de la Renovación Carismática son laicos,

Hay que citar, de un modo particular el último y más significativo documento, *"Christifideles laici"* (Los fieles cristianos laicos), del 30 de diciembre de 1988. Para servir mejor, el documento arriba citado afirma que es necesario adquirir una formación. Juan Pablo II ha declarado: *"Es necesario absolutamente hacer de la formación adecuada de los laicos una prioridad pastoral en cada una de las Iglesias locales. La formación espiritual, moral y teológica de los laicos, hombres y mujeres, es una de las prioridades más urgentes de la Iglesia, si estamos verdaderamente decididos a poner en práctica las enseñanzas del Concilio Vaticano II. Esta formación no está nunca terminada"*. (Diciembre de 1983).

Los centros carismáticos, oasis de vida espiritual y escuelas de formación para el apostolado responder a esta sed. Es necesario que tengan larga vida. Están llamados a ser centrales de energía. Es necesario alentarlos poderosamente. La calidad de los cristianos depende en buena parte de la formación dada por estos Centros.

c) *La unión de la oración y del compromiso*

El Espíritu impulsa a la Iglesia actual a no disociar la oración y el compromiso. Es en la oración donde encontramos nuestra fuerza. Nuestras reuniones de oración carismática nos identifican. *No podemos perder nuestra identidad y sobrevivir.*

Siempre hemos conocido esta acusación que se nos ha hecho de no ser comprometidos. ¿Es verdad? Puede que sea así para ciertos grupos de oración. *Nuestro porvenir será fructuoso si sabemos utilizar nuestros carismas y comprometernos.*

¿Cómo concebir este compromiso que debe acompañar nuestra oración?

d) *La cristianización de la sociedad*

Nuestros obispos hablan sin cesar del papel de los laicos. Es necesario que éstos implanten el Reino de Dios en la sociedad. El peligro es grande, hoy, de "clericalizar" a los laicos, de contentarse con verlos trabajando en el interior de la Iglesia, en la liturgia y cerca de los sacerdotes evidentemente sobrecargados. El peligro está en olvidar la transformación Cristiana de la sociedad.

¿Vamos a huir del mundo? Traicionaríamos nuestra misión. Debemos "transformar" nuestro confort y nuestros hábitos para presentar mejor a Cristo a un mundo considerado profano y demasiado rápidamente abandonado por nosotros, cristianos. No nos inquietemos por aquellos y aquellas que se decían antes miembros de la Renovación Carismática y que hoy se entregan un poco a multitud de cosas. El grano se ha sembrado. El está dando frutos.

e) *Un esfuerzo de Evangelización más explícita*

Cristianizar la sociedad es llevarle el mensaje del evangelio. Se prepara el mundo entero un tiempo intenso de evangelización. La Renovación Carismática, si quiere ser fiel al Espíritu, se siente profundamente aludida. Debe continuar su oración de alabanza al Señor, debe también acelerar sus marchas.

Los acontecimientos de esta evangelización se van a multiplicar. Estaremos informados progresivamente. Estamos allí para apoyar todo esfuerzo de evangelización; seamos muy activos en todos los carismas del Espíritu. Esta evangelización estará señalada por tiempos fuertes y retiros. Estará apoyada por mensajes televisados, radiodifundidos y transmitidos por la prensa. No se dudará en usar los medios de comunicación para proclamar a Cristo. Es necesario dar aliento a nuestros pioneros de este mundo de las grandes comunicaciones.

¿Seremos fieles, nosotros, de la Renovación Carismática, a este encuentro histórico de evangelización general e intensiva, a esta "evangelización 2000", unidos a nuestros hermanos y hermanas cristianos, a todos los hombres y mujeres de buena fe?

Estemos atentos a las invitaciones que se nos harán para este apostolado internacional, no exclusivo de un movimiento, suscitado por el Espíritu.

f) *El cuidado de la masa, de los marginados y de la religión popular*

Hay una disminución de sacerdotes, esto conlleva un doble peligro:

1. Que la Iglesia se cierre sobre sí misma y descuide el mundo "profano" en su cristianización.

2. Que la Iglesia se contente con ser una sociedad de puros y militantes y cese de unirse a la masa de los marginados, que olvide y aun desprecie la religión popular.

*La masa.* Tengamos especial cuidado por ayudar al conjunto del pueblo de Dios, la masa de los cristianos. La Iglesia no está constituida únicamente por una élite. Es evidente que los cristianos comprometidos, militantes, merecen una atención especial, una formación apropiada. *Los marginados.* La Renovación Carismática debe mostrarse particularmente sensible a las personas sencillas, heridas, que no encuentran fácilmente acceso a otros movimientos. Me parece que ésta fue siempre una señal particular de la Renovación: Estar abierta a todos y a todas. La Renovación Carismática debe, pues, hacer sitio a los desgraciados, a los divorciados y a los heridos de la vida, a aquellos y aquéllas, sobre todo, que sufren de una fe vacilante y enferma. Ellos son hoy una verdadera legión. También ellos, heridos o inseguros (en su fe), forman parte de la Iglesia, como señalaba el Cardenal Lustiger (Documentación Católica, 5 de abril, 87, p. 343). ¿Los ignoraremos con el pretexto de que, a veces, sus conocimientos y su equilibrio espiritual son defectuosos? ¿Los dejaremos ser presa de charlatanes espirituales? ¿Encontraremos el medio, no sólo de recibirlos en nuestros grupos de oración, sino también de ir a su encuentro? ¡Desgraciado el grupo de oración tan perfecto que no puede recibir a los heridos espirituales!

*La religión popular.* Son muchos los aspectos positivos y enriquecedores de la religión popular: el gusto por la fiesta, el gusto por la fraternidad, los encuentros. El porvenir de la Renovación Carismática no podrá realizarse sin una buena vecindad con los mejores elementos de ella. "Si está bien orientada, es realmente rica en valores" (Pablo VI).

"La piedad popular es un verdadero tesoro del pueblo de Dios. Es una demostración continua de la presencia activa del Espíritu Santo en la Iglesia" (Juan Pablo II).

g) *La creación de comunidades fraternales*

Por todas partes se descubre la necesidad de fraternidades cristianas más pequeñas, más sólidas, más gozosas. La satisfacción de esta necesidad explica, en parte, el éxito de las sectas.

Una de las fuerzas más grandes de la Renovación Carismática, fuente de esperanza para el futuro, es la fundación de comunidades. Algunas no tienen la "etiqueta" del nombre de comunidades carismáticas ¡Poco importa! Jóvenes, muchachos y muchachas, familias, de alta calidad moral y espiritual, se sienten atraídos por ellas. Se supone que estas comunidades saben unir la sabiduría del pasado y la audacia del porvenir. Va en ellos su supervivencia, y el que hermosas vocaciones no sean otra cosa que vocaciones temporales. Tengo confianza y admiro estas nuevas familias. Tengo la alegría de colaborar en más de una. Una de las pistas del porvenir de la Renovación Carismática será, pues, multiplicar las comunidades, sobre todo en sentido amplio, abiertas a la gran Iglesia y a los problemas mayores de la sociedad, de las comunidades en las que será bueno vivir su fe, no obstante su inserción en una sociedad pagana, serán comunidades de conversión, de crecimiento, y de irradiación. ¡Que se multipliquen tales comunidades! Que cada grupo de oración llegue a ser verdaderamente una comunidad fraternal aunque no tenga ese rumbo y permanezca abierto como grupo.

h) *El amor a María*

La reciente encíclica del Papa Juan Pablo II y el Año Mariano han reiterado el lugar único de María en el misterio de Cristo en la Iglesia y la importancia de su mediación maternal.

Estos últimos años, los miembros de la Renovación Carismática han puesto el acento sobre la presencia y el papel de la Virgen María en la vida de la Iglesia y en su vida personal. Ellos continuarán alabando a María, permaneciendo totalmente atentos a las directrices de la Iglesia para que la devoción mañana, sana y equilibrada, los conduzca a Jesús, su Salvador y su Dios.

i) *Un "empujón" hacia el ecumenismo*

Desde el Vaticano II, y aun antes, la Iglesia se deja conducir por el Espíritu Santo que la empuja a trabajar por la unidad de los cristianos. Es preciso decir que la Renovación Carismática ha contribuido a ello. Aún es una de sus características. Una de las pistas del porvenir de la Renovación Carismática será el ser sensible a la moción del Espíritu hacia un ecumenismo de buena aleación. Que no sea ni un confesionalismo, ni la utopía de una Iglesia únicamente espiritual, sino, *en un mayor conocimiento de nuestra identidad católica*, una aventura y un gran respeto por nuestros hermanos y hermanas separados, una marcha juntos hacia la santidad de vida a la que todos

somos llamados. Pero todo, en plena obediencia a las disposiciones que emanan del Obispo local y de la Conferencia episcopal. Este ecumenismo *no se refiere a las "sectas"*, que representan en muchos países un serio peligro para la fe católica.

#### *j) La esperanza cristiana*

En las proximidades del año 2000 se están levantando profetas de la desgracia, de cataclismos y del fin del mundo. El porvenir de la Renovación Carismática *tendrá éxito conforme a su confianza en Dios*. Nuestro "mañana" será positivo y fructuoso si abrimos nuestras puertas a la esperanza cristiana. Si los comienzos de la Renovación fueron brillantes y rápidos, es que habíamos hinchado nuestras velas al sople vigoroso del Espíritu, al viento violento de Pentecostés. Si se ha calmado, puede ser que sople menos fuerte en nuestras vidas y en la Renovación este viento de Dios.

El Cardenal Lustiger, Arzobispo de París, escribió últimamente: "Ciertos católicos, sacerdotes, religiosos o laicos, están tentados por un grande descorazonamiento ante la disminución de vocaciones y la debilidad de la práctica religiosa. Están desilusionados como los apóstoles con el sentimiento de haber pasado toda la noche sin pescar nada. Hablar de una Renovación Católica los sorprende" (Documentación Católica, 5 de abril, 1987, p.343). La Renovación Carismática es una renovación, no de desesperanza, sino de esperanza. El fruto del Espíritu Santo, ¿no es amor, paz y gozo? (Gal 5,22). Nosotros, que andamos a tientas, pongámonos bajo el Espíritu Santo. Escuchemos al Papa Juan Pablo II hablar a 15,000 carismáticos italianos: "*Debéis renovaros en el Espíritu... Dejaos conducir por el Espíritu (Gal5,16)... La primera dimensión de la Renovación consiste en vivir según el Espíritu, en crecer continuamente en el Espíritu...*" (diciembre 1986). La esperanza cristiana es una condición de nuestro porvenir. Frente al tercer milenio, que nuestro apostolado sea un apostolado de esperanza, una pista importante del porvenir de la Renovación Carismática será predicar esta esperanza. Como escribía recientemente un responsable carismático de Francia, Hervé María Cattá: "Si se quiere cambiar el mundo, no se hará con descorazonamiento".

#### *Conclusión*

Miembros de la Renovación Carismática, no soñemos en un mundo utópico en el que no se tendrá ya que sufrir. El Señor no ha querido ofrecer un evangelio azucarado a aquellos y a aquéllas que El llama a ser la sal de la tierra. En el seguimiento de Jesús debemos llevar nuestra cruz cada día. "Es necesario pasar por muchas tribulaciones para entrar en el Reino de Dios", leemos en los Hechos (14,22); "Dichoso el hombre que supera la prueba" (Sant 1,12). Que las dificultades no nos escandalicen ni nos hagan temerosos. Cristo, de nuevo, parece dormir en la barca, pero El está allí. No dudemos de la Renovación Carismática, aun cuando afronte ciertas incomprensiones y otros sufrimientos.

Otros movimientos, sin cesar, rejuvenecen la Iglesia y le procuran vida. Los miembros de la Renovación Carismática alabarán al Señor por el bien que El realiza en estos Movimientos y gracias a ellos. Ellos colaboran con otras formas de renovación. Ellos se dejarán interpelar por estos otros movimientos.

*"Los movimientos eclesiales se manifiestan como una de las energías más importantes para la renovación de la Iglesia. Representan carismas diferentes. Son signos e instrumentos de santidad. Los movimientos impiden que la Iglesia se "fosilice".* (Juan Pablo II).

La Renovación Carismática es uno de los regalos del Espíritu a la Iglesia. Gracias a ella, hombres y mujeres de hoy han encontrado la respuesta a su sed de lo sagrado, el descubrimiento de Jesús-Salvador:

- Del Espíritu Santo y sus dones.
- Respuestas seguras y equilibradas a sus problemas.
- Fraternidades cálidas.
- Una seguridad que no es infantilismo.
- El reconocimiento de su dignidad personal.
- La posibilidad de expresarse en la oración.
- De comprometerse usando sus carismas.

Gracias a la Renovación se realiza para muchos la conversión a Jesús y un retorno a la vida cristiana o una profundización de esta misma vida.

Y mañana ¿cuál será el porvenir de la Renovación carismática?

### **3. Pistas**

He aquí pistas del futuro que me parecen particularmente importantes:

#### *a) Un crecimiento interno en la fidelidad a la oración y a todos los carismas*

La Renovación Carismática no debe traicionar sus orígenes ni su historia. ¡Que tenga siempre un acento que atrae nuevos miembros, aquéllos en los que se ejercen todos los carismas, aun los más simples, como el orar y cantar en lenguas, las profecías, en un clima de alabanza, de oración fraternal y gozosa, abierto al Espíritu. La reunión de oración sigue siendo el punto fuerte de apoyo de la vida carismática.

#### *b) "Dadle vosotros de comer"*

Hoy, en la Iglesia y fuera de ella, hay una multitud que tiene hambre de Dios, frecuentemente sin saberlo. ¡En ella hay muchos jóvenes! Dígase, de paso que los jóvenes no son nunca demasiado jóvenes para oír hablar de Dios. Roguemos por los jóvenes, niños, familias



que abandonan la vida cristiana. Nosotros sólo tenemos, si miramos a nuestra fe, cinco panes y dos peces. Utilicémoslos. Es Dios quien ha de hacer el milagro. No escondamos lo poco que somos.

La Renovación del mañana consistirá en rogar al Señor por la multitud de aquellos que tienen hambre. Ella consistirá también en nutrirla utilizando nuestros carismas para evangelizar un mundo que se ha hecho pagano. El Señor obrará el milagro. El Mar Muerto, infructuoso; el Mar de Galilea, lleno de vida... ¿Cuál será mañana la Renovación? Creemos comunidades fraternales, fervientes y cálidas, donde todos reciban y aprendan a dar. Esta es una pista del porvenir.

c) *Permanecer gozosos en la esperanza*

No cesamos de maravillarnos ante la acción constante del Espíritu Santo. Cuando cesamos de maravillarnos, nos hacemos viejos espiritualmente, estériles y no continuamos atrayendo las almas a Dios.

¡El Espíritu Santo no está muerto! La Renovación que El ha suscitado no está muerta. Depende de nosotros que el soplo del Espíritu nos vuelva a dar vida y transforme la sociedad. Hay grandes males en ésta pero Cristo está actuando. El ha vencido las fuerzas del mal, "El ha vencido el mundo" (Jn 16,33). Nuestra esperanza no reposa sobre fuerzas humanas sino sobre Dios. Que el Espíritu Santo insuffle una vida nueva a los huesos secos, que puede ser que estemos tentados de convertirnos en ellos (Ez c. 37). Seamos siempre positivos. En una palabra: La gran pista del porvenir de la Renovación Carismática es Jesucristo. Que El sea mi vida; que El sea tu vida; que El sea nuestra vida. El Espíritu Santo nos ha sido dado para que Jesús sea nuestra vida. Pidamos por intercesión de María, una nueva efusión del Espíritu. El porvenir está en las manos de Dios, de un Dios que nos ama y nos salva. El Espíritu Santo está en plena juventud. No podemos soñar cosa demasiado grande para mañana. Amemos este tiempo en el que vivimos. Es siempre el tiempo de Dios.

Gerard Desroches, sacerdote, miembro del Comité de Redacción de "*Selon saporole*", revue du Renouveau Catholique Francophone au Canada: Tychique, n. 79, mai, 1989, 3-10.

d) *"El sufrimiento y la lucha por un mundo más justo y por el cambio de las "estructuras".* "En el pasado los católicos hemos sido poco atentos al valor de las estructuras y a su peso determinante en la vida del hombre" (B. Sorge). Pero no nos parece aceptable la tesis de que vayamos a tener un hombre nuevo por un simple cambio de estructuras: "La desigualdad entre los hombres no se mide solamente en términos de poder económico o político". Para liberar al hombre "en todas sus dimensiones", debe ser cambiado el corazón de las personas. Es el sentido bíblico quien aquí interpreta una palabra a la que solemos recargar con un contenido exclusiva o preferentemente afectivo.

Se trata de la "conversión cristiana" que abarca todo el hombre y se realiza en lo más íntimo de nosotros. No podemos engañarnos respecto de lo que realmente pretendemos ni de los caminos que es necesario recorrer. Los ejemplos los tenemos muy a la vista para no abrir los ojos. El desarrollo, la liberación, los milagros de la técnica y de la organización son un bien en sí (GS 36). Pero no olvidemos que, tomados en un sentido puramente sociológico, "*podrán* ser fuente de males aún más terribles de los que han sido arrancados los hombres. Por eso hemos de comprometernos en la liberación captándola en todo el amplio y profundo sentido que abarca. De otro modo, comprenderla en el sentido que le da Cristo". "*Las transformaciones que buscamos en el exterior (...) han de brotar del interior, de la médula misma de la fe*" (J. Moitmann), *que es y requiere una auténtica y profunda "conversión"*. (El énfasis es nuestro).

"Ningún cristiano puede estar tranquilo mientras uno solo de sus hermanos, en cualquier lugar, sea víctima de la injusticia, la opresión o esté degradado" (Asamblea Plenaria del Episcopado francés, 28 de octubre, 1972). Nuestra identificación con el Cristo pobre y humillado en sus miembros tiene una exigencia todavía mayor que el desarrollo y promoción de los hombres. Se trata también, y sobre todo, de colaborar en la reforma de las estructuras económico-sociales, no con un fin simple de cambio o modernidad. Vamos a la transformación del mundo -en su contextura actual fundamentalmente injusta- para que cumpla su verdadero sentido en favor de toda la comunidad humana. El Vaticano II ha señalado claramente la terrible desproporción de suertes (GS 8, 9, 26, 29, 60, 63-72). Pero tanto se han acostumbrado nuestros ojos a este espectáculo que apenas parece dolernos el escándalo que vivimos. Es un pecado colectivo, el más grave, formulado por San Pablo con la impresionante frase de "misterio de iniquidad (2 Tes 2,7) el que descubrían y combatían incansables los profetas en el Antiguo Testamento; y ante el cual el mismo Cristo hizo su invitación a la penitencia. La nueva perspectiva que nos abre el Concilio y el curso de la Historia, deben ser aceptados sobre todo por quienes se dedican al servicio del mundo en la Iglesia. En nuestro corazón y en la medida de nuestras posibilidades, estamos comprometidos seriamente a enfrentar este misterio de iniquidad. Nace no sólo del hecho de nuestra solidaridad humana y del compromiso bautismal a vivir una vida nueva, la de Cristo, sino también de la fe que se irradia en el amor a los que necesitan nuestra ayuda, la acción del Espíritu Santo hace que brote en el alma el deseo y lanza a cooperar en esta obra orientada esencialmente hacia el mundo concreto actual: "La misión de reformar las estructuras económico- sociales, a fin de que la transformación del mundo por el hombre cumpla su verdadero sentido universal en favor de toda la humanidad, no es una misión profana, sino cristiana y eclesial: Es caridad cristiana al más alto nivel. "Por eso la connivencia del silencio, la evidente identificación con estructuras económico-sociales injustas, no solamente en el pasado sino también en nuestros días, constituye" el gran pecado de la Iglesia (...) el "peccatum ad mortem", el más opuesto a la esencia del cristianismo como amor al Dios-Amor en los hombres" O. Alfaro) (1 Jn 3, 13-20: 4, 7-21).

Dicho de otro modo, para recalcar un aspecto tan fundamental: Seguir a Cristo no es únicamente una ocasión para vivir la fe. Encierra -debe hacerlo- una irradiación en una vida nuevamente motivada. Este nuevo vivir y pensar en Cristo y con El es muy distinto de una aventura individualista. Tiene una perspectiva social, porque el amor auténtico a Dios no puede separarse del amor al prójimo, ni al contrario: "Amor al prójimo sin amor a Dios es un horizonte muy peligroso". Ni se puede escalar la salvación por el amor escueto de Dios,

porque El, en su dinamismo, ha de pasar necesariamente por el de los prójimos. Todavía más exigente: No puede hacerse de él un "medio" para salvarse. Sería una motivación egoísta; un olvidarlo en sí, para utilizarlo como instrumento de llegada a la bienaventuranza. El amor a Dios nos pide amar lo que es suyo, su continuación, su vida misma. Esta es la motivación sobrenatural de nuestro amor cristiano que no desconoce el amor del prójimo por sí mismo" (A. Lapple).

**"Decepciona dolorosamente que prenda en sacerdotes y en teólogos esta ilusión tan poco cristiana de crear un hombre y un mundo nuevos, no ya mediante una llamada a la conversión personal, sino actuando solamente sobre las estructuras sociales y económicas. Es el pecado personal el que se encuentra realmente en los cimientos de las estructuras sociales injustas. Es preciso trabajar sobre las raíces,** no sobre el tronco o sobre las ramas del árbol de la injusticia si se quiere verdaderamente conseguir una sociedad más humana, Estas son verdades cristianas funda mentales y, sin embargo, son rechazadas con desprecio, consideradas como alienantes o espiritualistas, (El subrayado es nuestro), (Card. J. Ratzinger, Informe sobre la Fe, BAC, 1985, Madrid, 210-21 1).

e) *El puesto de la Eucaristía y de la Adoración en los grupos de oración y en su revitalización*

### **La Eucaristía**

Nos permitimos repetir aquí un tópico que ya se ha citado en otro tomo. Su importancia nos dispensa. El Papa Juan Pablo II nos ha dicho: "Estad enraizados en la vida sacramental de la Iglesia, lo cual significa estar enraizados en vuestro bautismo sacramental, en vuestra confirmación y estar enraizados en la Eucaristía. "Esta es la piedra de toque: enraizados en la Eucaristía. La Eucaristía se hace en la Iglesia y la Iglesia se hace en la Eucaristía. En cada sacramento hay una conversión en dependencia de una reconversión de la Eucaristía". "¡El misterio de la Eucaristía! Esto es la Eucaristía: Jesús que nos invita a su mesa y Jesús que nos dice: Si no coméis mi Cuerpo y no bebéis mi sangre no tendréis vida en vosotros. En la realidad sacramental que hay detrás de estas palabras, está el misterio de la Eucaristía. Aquí es donde se debe alimentar la Iglesia y donde hay que sentirla; *la Renovación Carismática será fuerte o débil según la importancia que conceda a la Eucaristía. Este es el test del futuro: Si redescubrimos en profundidad el significado sacramental de la Eucaristía.* (El énfasis es nuestro). "Pero si no vamos al corazón de la Iglesia, si nos perdemos este encuentro, que, al menos ha de ser cada domingo, y esto es el mínimo, de no ser posible hacerlo cada día por las muchas ocupaciones (...), si no recibimos la Eucaristía nos quedamos anémicos, no tendremos vida plena. "Ahí está la prioridad, lo cual no excluye que leamos la Biblia en otras circunstancias, pero ésta es la prioridad: El Señor me habla hoy a mí con esta parte de la Eucaristía, y después de esto, entro en el misterio y Jesús me dice: Deseo alimentarte yo personalmente. Ardientemente he deseado celebrar esta fiesta de Pascua contigo. Y no tiene importancia que sintamos. Los sentimientos no son el criterio de la realidad (...). El Señor está allí y su luz me penetra. Lo mismo que el enfermo va al hospital a recibir radiaciones y no siente nada, pero la realidad está ahí: es la palabra del Señor en el misterio de su encarnación. (Carel. L. J. Suenens, Enraizados en el corazón de la Iglesia, Koinonía No. 48, jul-ag. 1984, 7). Esta larga cita nos dispensa de todo comentario para aplicarla también a los grupos de oración. Una cosa es verdaderamente importante: Que los grupos de oración tengan conciencia de la importancia de la Eucaristía para su desarrollo normal y crecimiento espiritual en Jesús, por el Espíritu Santo.

A la hora de realizarlo en la práctica, las circunstancias y posibilidades varían no poco: Contando con el párroco, importa atenerse a sus directivas en este aspecto en el que él juega un papel principal. Por lo demás, hay grupos que tienen la costumbre de terminar su reunión de oración con una Eucaristía, otros, por su parte, han escogido vivir una misa festiva una vez por mes. Otros, reservan la celebración eucarística para la reunión que, por participar en ella varios grupos, suele designarse con el término de "asamblea". Nos consta el hecho de que los grupos en los que la Eucaristía, según las posibilidades enumeradas, tiene un puesto de primacía, han constatado un aumento de participantes en sus reuniones y una re vitalización si llegaran a decaer.

f) *Ser fieles a nuestra vocación*

"Desde hace tres años que se me encomendó particularmente esta misión, he tratado de descubrir mejor la Renovación y de conoceros mejor. No se puede conocer verdaderamente sin amar. Me atrevo a decirlo, esta misión, ciertamente no exenta de cuidados, me ha dado frecuentemente el gozo y me ha establecido muchas veces en la acción de la gracia".

*"Sí, hermanos y hermanas, sed lo que tenéis vocación de ser. Sedlo en verdad, sedlo plenamente. Sedlo en la búsqueda exigente de autenticidad. Sedlo siempre en la comunión eclesial humilde y fuerte. Sedlo, en el gozo y la acción de gracia. Sedlo en fidelidad al Espíritu Santo, al cual con vosotros digo la plegaria de la Iglesia* (El énfasis es nuestro).

"Que tu Espíritu Santo, Dios creador, nos transforme por sus dones; que El cambie nuestro corazón en un corazón que Tú amas, acorde perfectamente a Tu voluntad". (Oración del Jueves de la 7a. semana de Pascua) Mons. Gilberto Duchene, Responsable del grupo de Obispos para la Renovación en Francia, Tychique, No. 75, septiembre, 1988, 3-6.

### 3. LO QUE PUEDE APORTAR LA RENOVACIÓN CARISMÁTICA A LA PARROQUIA

Partimos del hecho de que la parroquia hoy, al menos en muchas partes, necesita ser reconstruida, re vitalizada. Son no pocas las personas que, perteneciendo territorialmente a ellas, no se dejan ver por la suya ni por ninguna otra. Hay quienes un día, calladamente, sin hacer el menor ruido, se alejan definitivamente de ella. Hay quienes permaneciendo con una fidelidad material, se sienten desanimadas, ocultamente desilusionadas. No encuentran algo que en lo profundo de sí mismos buscan y desearían hallar, como en el lugar adecuado, en su parroquia. Viven una vida espiritual pobre, sin relieve, sin compromiso, aparentemente feligreses fieles porque asisten los domingos a Misa y se hacen presentes en algunas reuniones.

A veces los párrocos emplean sus mejores esfuerzos en retener a los que quedan, pero no son pocos los que calladamente sufren porque ven cuántos son los que faltan que debieran estar y cooperar y no parecen encontrar modo de hacer de su parroquia una parroquia viva, donde Jesús es realmente el centro espiritual y la fuerza del Espíritu se manifiesta en ella.

Partimos del supuesto de que la Renovación Carismática, para ser el instrumento eficaz que Dios desea utilizar en sus designios, es acogida, al menos con afabilidad por el párroco, en expresión alentadora de Juan Pablo II.

Esto no supone ni la preferencia sobre otros movimientos de la Iglesia, ni menos, que ella puede hacerlo todo, ni de sella "élite" moderna de la renovación de la Iglesia.

Sí hay una profunda persuasión en ella de que el Espíritu la ha suscitado en nuestros tiempos como un medio poderoso para renovar su Iglesia y el mundo. No es un sueño ideal; es la fuerza del Espíritu la que está actuando y hablando por los hechos y las palabras de Pablo VI y de Juan Pablo II, en sus alocuciones dirigidas a toda la Renovación Carismática a través de sus dirigentes.

Partimos del supuesto de que la parroquia es, y debe ser, una escuela de vida comunitaria; un lugar de alabanza y adoración; un lugar de protección, de curación interior y de aliento; un lugar donde se realizan compromisos fuertes de trabajo, desde donde parte la Buena Nueva de Jesús por la proclamación de su Palabra y, sobre todo, un lugar donde se realiza intensamente la vida sacramental, en su expresión más fuerte: La Reconciliación y, más aún, la Eucaristía.

Somos conscientes de la dificultad de reconstruir, de revitalizar una parroquia, porque las fuerzas del mal están muy activas y se requiere un largo y doloroso caminar en fraternidad. La renovación parroquial se impone cada vez con más evidencia ante un mundo descristianizado, absorbente; ante la urgencia del Señor y su amor por sus redimidos. Y en esta realidad, la Renovación Carismática quiere -y puede- jugar un papel ciertamente importante.

#### **1. El "reencuentro" con la acción insustituible, esencial, del Espíritu Santo en la santificación personal y en el apostolado con poder, por la donación de sus carismas**

Este es el mayor servicio que la Renovación Carismática puede prestar a las personas en particular, a la parroquia, a la comunidad eclesial, al mundo: ser tomada como instrumento del Señor para que el Espíritu Santo vuelva a tener el "protagonismo" que tuvo en la primitiva Iglesia.

Ciertamente lo ha mantenido en muchas almas y en períodos fecundos, especialmente, de la Iglesia. Pero cabe afirmar con no pocos autores que el Espíritu Santo es "el gran desconocido" aun dentro de la enseñanza teológica. Es notable la parquedad, al menos hasta hace poco, con que se trataba el ser y el actuar de esta Tercera Persona de la Trinidad. Aún mayor ha sido el olvido de la misma en la práctica cristiana y en el apostolado. Hemos pretendido, consciente o inconscientemente, vivir los compromisos del Bautismo y de la Confirmación al margen del Espíritu o relegándolo a un segundo término y nos hemos encontrado con la infecundidad o la mezquina eficacia de nuestros esfuerzos.

La Renovación Carismática tiene como punto de insistencia fundamental la acción del Espíritu Santo en la vida cristiana individual y comunitaria y en el trabajo por el Reino de Cristo. No viene a desalojar a Jesús de su puesto de centro de la auténtica vida cristiana; al contrario, sus afirmaciones en este punto son categóricas. Para poder llegar a Jesús, a su conocimiento, a su amor, a su seguimiento, a la cooperación eficaz en su Reino, necesitamos insustituiblemente de la acción poderosa del Espíritu al que nos entregamos indefensos y sin condiciones. Se trata, pues, de vivir profundamente la experiencia de la acción del Espíritu en la vida y en el trabajo en el mundo, en la Iglesia bajo la fuerza actuante del mismo a través de sus carismas.

El Vaticano II es notablemente pródigo en sus afirmaciones respecto de la acción del Espíritu. Baste citar, por vía de ejemplo, LG, 4; 12, AA, 3, RD,9, Esta doctrina tiene su fuente en las mismas afirmaciones y promesas de Jesús (Jn 14, 15-17; 25-26, 15,26-27; 16,7-8, 12-15; 7, 37-39; Le 11, 11-13; Hech 1,5. 7-8; 2,1 -13, etc.)

Las citas de San Pablo son verdaderamente abrumadoras por el número y el peso. Y la doctrina de los Santos Padres es constante y admirable. Es necesario volver a estas fuentes sagradas de la Iglesia para reconocer lo que habíamos descuidado.

Pablo VI, en sus repetidas insistencias sobre la necesidad de la acción del Espíritu en nuestros días especialmente, tiene un testimonio sobre la Renovación Carismática, que ha pasado a ser clásico y adoptado por Conferencias episcopales y por otros que han vivido la experiencia de la fuerza del Espíritu actuante en sus vidas y trabajos. "Entonces (vistos sus frutos) ¿Cómo esta renovación espiritual no podrá ser una suerte para la Iglesia y para el mundo? Y en este caso, ¿cómo no tener en cuenta todos los medios para que permanezca?" Y Juan Pablo II no sólo la adoptó como pensamiento propio, fue aún más allá: En el VI Congreso Internacional de dirigentes de la Renovación Carismática, en mayo de 1987, en Roma, afirmó: "En este año se cumple el vigésimo aniversario de la Renovación Carismática, en la Iglesia. El vigor y la fecundidad de la Renovación atestiguan ciertamente la poderosa presencia del Espíritu Santo que actúa en la Iglesia en estos años posteriores al Vaticano II (...). A causa del Espíritu, la Iglesia conserva una permanente vitalidad juvenil, y

la Renovación Carismática es una elocuente manifestación de esta vitalidad hoy, una expresión vigorosa de lo que "el Espíritu está diciendo a las Iglesias" (Ap 2,7) cuando se acerca al final del segundo milenio".

Ciertamente, no se trata de que todos se inserten en los grupos de oración, estos son elementos opcionales o estructurales de la Renovación, oportunidades que se les dan para que realicen su obra de conversión, y santificación en las almas, para que se otorguen los carismas que se requieren para el trabajo eficaz por el Reino de Cristo. Lo importante es abrir el corazón a la acción del Espíritu que, recibido en el sacramento del Bautismo, quiere hacer en nosotros realidad el Señorío de Jesús. Es necesario conocer un poco a fondo la Renovación Carismática desde la óptica de los abundantes textos sobre la acción del Espíritu Santo en la Iglesia y en el alma, para que le demos la importancia que tiene. Sin pretender ser un medio exclusivo, sí podemos afirmar con Juan Pablo II, que en ella se manifiesta poderosamente el Espíritu, asumiéndola como instrumento eficaz de su obra. Sería quizá un gran error con buena intención, pero al margen de los deseos de los Papas, y del mismo Vaticano II, cerrar la puerta a este instrumento que Dios, en su providencia, ha tenido a bien suscitar, mejor, reavivar en nuestros días. Oponerse a la obra del Espíritu por ignorancia, por malas experiencias, por informaciones negativas... reviste una seriedad especial.

En los años que llevo tratando con ella tan de cerca, he caído en la cuenta de que aún queda un buen camino que andar: también en ella debe darse una constante "renovación de la Renovación, también hay lugar para una constante conversión a Dios y a los demás; se da una fuerte llamada del Señor a seguir creciendo en Cristo Jesús, por la acción del Espíritu; es fundamental que los frutos del Espíritu aparezcan con mayor abundancia y lozanía, sobre todo la humildad, la obediencia, el amor, la desposesión difícil de sí mismo para vivir para Cristo y su Iglesia.

Pero al lado de las deficiencias que la Renovación no trata de ocultar, y que está siempre dispuesta a ser enjuiciada, me atrevería a afirmar la gran santidad de vida de muchos de sus miembros, su gran disponibilidad para trabajar por el Reino de Cristo, sus deseos de capacitarse, de emplear discretamente los carismas, de colaborar en la "consagración del mundo" desde sus ocupaciones, profesiones... insertados en la pastoral de la Iglesia, de la diócesis, de la parroquia. Pero no olvidan lo principal; cuentan siempre con que la fuerza transformadora está más allá de ellos y de sus esfuerzos; reside en la eficacia que proviene de la acción del Espíritu, para que no sean vanos sus trabajos.

Este, repetimos, es el mayor servicio de la Renovación Carismática a una parroquia: Despertar la experiencia de la acción poderosa del Espíritu. Aunque el trabajo sea lento y progresivo, nadie puede predecir hacia dónde y hasta qué niveles podrá conducir este Espíritu a una comunidad parroquial.

## **2. La Oración en sus diversas manifestaciones**

### *Una preocupante constatación*

Ciertamente es "bueno orar y trabajar". Verdaderamente, si la oración es auténtica debe llevar al trabajo arduo por el Reino de Dios. También es cierto que si se abandona la oración corremos el riesgo de trabajar "como funcionarios", hacer la obra que pensamos sea la de Dios y, en realidad, llegar a trabajar por nosotros, por nuestra obra.

La preocupante constatación se halla en que la oración ha llegado a ser, frecuentemente, la última cosa que se hace en la parroquia.

Son pocos, a juzgar por los testimonios de personas autorizadas, los que oran privada y comunitariamente.

Nos reunimos para planificar o tratar de las cosas de Dios y El viene a ser un personaje secundario, que dejamos a un lado "porque tenemos que tratar y planificar las cosas de Dios". Grande y desafortunada paradoja.

Sin embargo, el modelo de todo apóstol, Jesucristo, oraba intensamente. Los cuatro evangelios, sobre todo los de Lucas y Juan nos lo presentan en relación íntima con el Padre no obstante haber tenido jornadas agotadoras de trabajo. Los Hechos de los Apóstoles (6,2-4) nos muestran a los apóstoles preocupados porque deben entregarse más a la oración y a la predicación de la Buena Nueva. Iban siendo absorbidos por las preocupaciones de un trabajo que aumentaba por días y les robaba un tiempo de prioridad para la oración.

### *Un servicio inapreciable de la Renovación Carismática a las parroquias*

Por más que haya decaído, quizá entre los mismos sacerdotes y religiosos, la estima y la práctica de la oración, seguirá siendo verdad que la comunicación íntima con Dios nuestro Creador y Padre es el centro, la médula de toda vida espiritual. Y esta comunicación profunda, filial difícilmente se dará si se margina la oración. Esta viene a ser el quicio de la Renovación Carismática, y la advertencia de varios Obispos de no permitir que en la Renovación Carismática decaiga este carisma, es sobradamente elocuente. Mons. R. Coffy, anterior arzobispo de Marsella y coordinador episcopal de la Renovación Carismática en Francia, a nivel nacional, afirma claramente: "El mayor servicio que podéis prestar a la Iglesia es "siendo lo que sois". Es decir, personas que oran personal y comunitariamente en los grupos y comunidades". Obviamente, repetimos, el Espíritu Santo, el gran maestro y guía de la oración, suscitará ardientes deseos de comprometerse en el trabajo como un fruto precioso de la oración.

La Renovación Carismática, en este campo, tiene una misión preciosa: Revitalizar la parroquia de modo que llegue a ser una comunidad de oración, una escuela viviente de oración.

En su retiro para orar es donde Jesús recibía la fuerza, la inspiración, las directivas, el discernimiento para su ministerio. ¿Somos nosotros más grandes que Jesús? Orar poco es tener excesiva confianza en sí mismo; querer realizar todo por su propia fuerza es la señal de una falta de confianza en Dios. Ciertamente, estamos sobrecargados de trabajo. Por ello, muchas veces nos olvidamos de la prioridad de la oración.

La Renovación Carismática, puede -y está en el plan de Dios- que contribuya poderosamente a revitalizar la parroquia en la oración, si se la acoge con benevolencia.

### *¿Qué modo de oración?*

Este es variado, como lo es la acción del Espíritu en la Iglesia y el alma.

La Renovación Carismática, tiene su modo de orar comunitario, que adopta características peculiares en los grupos de oración. Es una gran bendición de Dios la oración fraternal, que se hace en ellos, bajo el poder y la guía del Espíritu. En ella, cada uno de los que oran es el que, entonces, asume la representación en esa oración y centra todo su ser en la oración asumiéndola como propia.

Esta oración comunitaria es, sobre todo, oración de alabanza al Padre o a Jesús en el poder del Espíritu Santo. Todavía las parroquias están lejos de haber caído en cuenta de la maravillosa riqueza de este modo de orar, el más propio de una comunidad que se reúne en el nombre de Jesús.

El salmo 88 (v.16) nos dice: "Dichoso el pueblo que sabe alabar". Dichosa la parroquia que da importancia primordial a la alabanza, la oración fundamental de la criatura a su Creador, del hijo a su Padre celestial, del amigo a su Amigo divino: Jesús. Este sólo hecho de contar con multitud de personas que saben, quieren anhelan alabar a Dios, sería razón suficiente para que los grupos de oración de la Renovación Carismática fueran aceptados como una bendición de Dios, multiplicados generosamente y puestos bajo la tutela de servidores llenos del amor de Dios y experimentados. Sabemos, además, que la alabanza, cuando es auténtica, se irradia en los compromisos de trabajo más arduos y penosos.

Una oración de alabanza, por otra parte, que está apoyada en la Palabra, nutrida y fecundada por ella. Oración y Palabra son inseparables. Sin la Palabra, que es liberadora, se corre el riesgo de que en la oración quedemos envueltos en nuestros problemas personales, en nuestros sufrimientos y luchas. Tiene lugar oportuno en otras maneras de orar. Por la oración y la Palabra, Dios nos ilumina, nos abre nuevos horizontes, se nos da a conocer, nos dirige y, sobre todo, se siente inundado de gozo al oír la voz de sus hijos que lo alaban desde lo íntimo de un corazón filial.

Aun en el ejercicio de la oración de alabanza somos y nos encontramos limitados. Por eso, el Espíritu nos da otra alabanza más intensa, profunda, capaz de expresar los anhelos y deseos más ardientes y profundos de todo nuestro ser, nuestro amor, en una medida inefable en el lenguaje ordinario. Por eso, orar en lenguas es una gracia, una bendición del Espíritu para la parroquia. El uso discreto, oportuno, hay que irlo aprendiendo, y no está exento de errores. Pero no deja de ser admirable que, a través de un instrumento tan insignificante en apariencia, el Espíritu mismo (Rom 8, 26-27) esté intercediendo poderosamente ante el Padre y que nos asuma a nosotros en este modo de orar. Aún han de caer muchos prejuicios, timideces y hacerse disponibles a una enseñanza sobre lo que verdaderamente es la oración en lenguas: "Oración privada de alabanza..." Es, dice un autor, necesario utilizarla para servir más fielmente.

Una oración que libera. El ministerio parroquial es una carga pesada, abrumadora muchas veces y puede llegar a hastiar y aun desilusionar. Se requiere una oración que libere, suavice, anime como a Elías (1 Re 19). Nosotros somos instrumentos del Señor y, cuando oramos, depositamos nuestra confianza en El que se compromete a llevar nuestra carga.

Una oración concreta. Vivimos en un mundo real que rehúsa las generalidades, lo impersonal. Por eso, otra modalidad de una oración de la parroquia revitalizada en este campo ha de ser la oración concreta. Nuestra oración será tanto más eficaz cuanto la sepamos orientar con precisión y perseverancia. Este modo de orar no se opone a la oración de alabanza tan necesario. Son modalidades que tendrán lugar en sus propios momentos.

Oración de autoridad. Nos referimos a la llamada, en la Renovación Carismática, liberación del influjo del Espíritu maligno. Es un tema por demás delicado. No es este el lugar adecuado para tratarlo. En cada parroquia debería haber un pequeño grupo de personas de oración, experiencia e instrucción que tuvieran a su cargo esta misión por delegación y asistidas por el párroco. La Renovación Carismática en este campo concreto se ha venido mostrando especialmente usada por el Señor, pese a los errores que pueda haber cometido.

### **3. La oración de intercesión y la adoración**

#### *Lo admirable de la gracia de Dios*

Es sorprendente, cuando uno se halla en contacto directo con las almas, ver el número creciente de las que interiormente se sienten impulsadas a interceder. El campo de intercesión es muy variado: Por nuestro mundo, alejado de Dios, por necesidades muy importantes o apremiantes, por los sacerdotes, por las familias en dificultades, por los desamparados, por la implantación de la justicia...

No cabe duda de que el Espíritu Santo está obrando en las almas fuertemente y llamándolas a seguir el ejemplo de Jesucristo, el intercesor por excelencia ante el Padre y la fuente de cualquier otra intercesión que se una a la suya.

Es una gracia especial para una parroquia contar con almas intercesoras que sean como las columnas en las que se asienta el peso de los pecados de tantos alejados de la casa paterna. Ellas ofrecen a Dios sus trabajos, sufrimientos, quehaceres, apostolado, oración perseverante, para que sean tocados poderosamente por la gracia. Al mismo tiempo, su oración de intercesión es una súplica, ungida por el Espíritu, que presenta a Dios las necesidades, intenciones, problemas, dificultades... de la parroquia y del párroco.

Sin que se consideren exclusivos, ni mucho menos, la experiencia está manifestando la vocación intercesora y eficaz de no pocos miembros de la Renovación Carismática.

Esta intercesión, si es auténtica, debe ser *activa* es decir, ha de intentar remediar, según las posibilidades, aquellas mismas cosas que presenta al Señor. Aquí se abre un campo dilatado y múltiple de actividades parroquiales.

Al lado de la oración de intercesión y un modo, el modo más excelente de realizarla, es la adoración al Santísimo Sacramento. La decadencia de los años anteriores, al menos en muchas partes, está desapareciendo rápidamente. Es notable la acción del Espíritu que impulsa con fuerza a visitar y adorar a Jesús en la Eucaristía, en el Sagrario. De esa fuente de gracia dimana una eficacia extraordinaria para la parroquia. Los sacerdotes verdaderamente celosos de su rebaño han sido también grandes adoradores de Jesús Sacramentado. Y

han sabido infiltrar su fuego en el corazón de sus feligreses. Aquí sí puede afirmarse, sin temor a un fracaso: Fomenta en la parroquia la adoración al Santísimo y la verás abundantemente bendecida. La Renovación Carismática ha sido "y sigue siendo" en muchas partes un verdadero foco de adoración en sus casas de oración, y pretende influir en la parroquia para que se establezca o se consolide.

#### **4. La animación litúrgica**

Presentamos algunos aspectos de lo que pudiera ser el servicio de la Renovación Carismática en ella:

##### *a) El aseo y el ornato*

El aseo y el ornato de cuanto se refiere al culto litúrgico entran indirectamente en la animación. Los incluimos en ella por la importancia que en sí tienen y por hallarse en estrecha relación con la misma.

A Dios le hemos de dar lo mejor de nosotros y de nuestras cosas. Y algunas de ellas son la limpieza, el decoro, la belleza, el ornato, el buen gusto... de tantas cosas que entran en el culto sagrado. Manteles, ajuar de servicio al altar, ornamentos propios del sacerdote y de sus ayudantes, libros bien tratados, ornamentación del templo, limpieza de bancos, sillas, pisos... de ser posible, todo lo referente al culto debe tener el aseo, el trato y el ornato convenientes. Hay, dentro de esto, objetos que por su especial dedicación a Dios, deben ser cuidados con esmero. Esta somera descripción no está reservada a los templos "ricos" que disponen de medios abundantes para realizarlo. El amor del Señor, la dignidad del culto, la ayuda que lo enumerado puede prestar a vivir más intensamente la celebración litúrgica, sobre todo la *Eucaristía*, merecen dedicarles el tiempo que se requiera. Ofrecer a los feligreses de una parroquia una iglesia limpia, cuidada, con sus pertenencias y objetos que muevan la devoción y susciten el deseo de participar vivamente, es un regalo del Señor. Nada de esto está reñido con una discreta moderación. La sobriedad, el buen gusto y la agradable limpieza, animan la vivencia de la liturgia.

##### *b) El canto*

La Iglesia, en sus numerosos documentos sobre el aspecto litúrgico, muestra la importancia de animarlo con el canto. Un canto noble, digno, variado, discretamente popular, bien preparado, ejecutado como un "rito sagrado", como una hermosa alabanza que puede presentarse con gozo y dignidad al Señor. Sobre todo, un canto en el que el amor profundo a Dios, el deseo de glorificarlo, de transmitir un mensaje que enciende el corazón de los fieles sea la motivación fundamental del mismo. La belleza de la música, la ejecución perfecta es muy laudable, pero no es lo esencial. Todos sabemos el gran impacto que tiene en el pueblo, unido al canto del coro, la música y el mensaje de una multitud que canta con el corazón al Señor. ¡Y cómo une a los fieles y los hace sentirse hermanos, en ruta hacia el Padre!

La Renovación Carismática ha ido desarrollando una gran variedad de cantos con características peculiares: sencillos, de mensaje profundo y evangélico, de aprendizaje y retención fácil, de tonalidades diversas: De avivamiento, de reposo, de entrada en oración, de alabanza, acción de gracias, adoración. La Renovación Carismática respeta los cantos tradicionales, pero no tiene reparo en introducir otros modernos y los que ha ido elaborando con éxito casi espectacular. La parroquia, sin rechazar ni eliminar otros, puede revitalizarse también a través de los cantos de la Renovación Carismática, con su sello peculiar.

##### *c) La vivencia de la Eucaristía*

A no pocos, nuestras Eucaristías les resultan frías, a veces precipitadas, con escasa participación de los fieles, vividas con paciencia, tocadas de cierta monotonía... Desearían, al menos en las misas dominicales (aunque se va lentamente avanzando), una Eucaristía vivida desde dentro, pero en un ambiente de mayor intimidad fraternal, con la posibilidad de que la atmósfera creada, contribuya a esa vivencia en la fe de un misterio insondable.

Por ser el centro de la vida cristiana, la Eucaristía, especialmente dominical, debe ser cuidada con todo esmero: Lecturas, cantos, homilía, participación de los fieles, el diálogo sin palabras que debe establecerse entre el celebrante y el pueblo como miembros del mismo Cuerpo Místico de Cristo, y participantes del mismo sacrificio, aunque en diversos campos y responsabilidades. El que preside la comunidad en nombre de Cristo tiene en esto una misión y una obligación especial.

Creemos que, con humildad, también la Renovación Carismática, podría poner su granito de arena, quizás en unión con otros movimientos de Iglesia. Desea cooperar, sencilla y eficazmente. Y no son ya pocos los párrocos que le han encomendado este hermoso ministerio.

Y la alabanza, el canto en lenguas, la oración de curación física e interior, ¿no podrían entrar a tomar parte en su momento oportuno? Cuanto apuntamos respeta cuidadosamente las normas litúrgicas y tiende a vivificarlas con espíritu profundo de adoración.

#### **5. La acogida fraternal a todos, especialmente a los más necesitados y heridos**

El ejemplo y la doctrina de Cristo en este punto son totalmente claros y contundentes (Mt 9,13; 25. 31ss.).

Y ésta debe ser la actitud de sus discípulos o seguidores, por lo tanto, de la Renovación y de sus miembros, de los grupos de oración.

No hay -no debe haber- exclusividades, como tampoco en Cristo, modelo y camino definitivo, las hubo. Pero sí preferencia para los pequeños, los más necesitados, sobre todo espiritualmente y también materialmente.

La Renovación Carismática, donde se la ha acogido y guiado sabiamente, muestra una inclinación casi innata a servir a los enfermos, a los desatendidos, a curar heridas profundas interiores, a buscar a los pecadores y a los alejados. Es admirable, muchas veces, el gran servicio que ha prestado y sigue dando allí donde se le permite ejercer un carisma manifiesto del Señor.

La experiencia ha manifestado que Dios se complace en adornar a no pocos miembros de la Renovación con el don de la compasión de Cristo, que está en el fondo de este servicio, frecuentemente duro y exigente.

De un modo particular se ejerce en la oración por los enfermos y los heridos profundamente en su interior. Es notable la obra del Espíritu en este campo, que hace aflorar intensamente el amor compasivo de Jesús en aquellos que desean actuar en su nombre y bajo la guía del Espíritu.

Sería, por lo tanto, una bendición sumamente apreciable y deseable que cada parroquia pudiera contar con personas en las que el discernimiento, confirmado por la práctica, fueran almas con un don de acogida para todos, especialmente para los más necesitados y heridos.

Lo que hoy se sufre sea por razones económicas, sea por causas más ocultas interiores, y aun por motivos morales, es increíble. Y muchas veces las personas tienen que sobrellevar su calvario en una soledad impresionante. Parece que se nos ha endurecido el corazón y necesitamos una acción poderosa para oír, ver y ayudar a nuestros hermanos en su situación. Es la gran profecía de Ezequiel la que nos anuncia la llegada de los tiempos mesiánicos como un ablandamiento de nuestro corazón, capaz de compadecerse y solidarizarse con los dolores y problemas de nuestros hermanos (Ez 36, 22 ss.).

Una parroquia bendecida con grupos de oración que, bajo la guía pastoral del párroco frecuentemente aludido (Mt 5,1ss.; 25, 21ss.), es no sólo una fuente de gracias actuales; es también un poderoso reclamo para atraer a aquellos que se encuentran apartados de Dios. No puede menos de tocarles el corazón la bondad, la abnegación, el amor de quienes con una compasión que recuerda y hace actual la de Jesús, se entregan a atender, con acogida y ayuda profundamente cristiana, a quienes se encuentran entre los más necesitados y heridos. La parroquia recibirá el ciento por uno y el Señor hará patente que manifiesta de muchos modos que cumple su promesa: "A quiénes de entre los más pequeños lo hicisteis, a mí lo habéis hecho (Mt 25,31ss.) Y yo mismo me encargo de recompensarlo". ¡Dichosa la parroquia que abre con generosidad las puertas a estas almas compasivas y portadoras de la imagen de Jesús, cuyas preferencias eran los más necesitados!

El modo de realizarlo y las variedades que pueda tener, estarán indicadas por las personas disponibles, los carismas, las necesidades de la parroquia.

## **6. La formación**

Es capital en una parroquia. Formar, preparar a los laicos, es uno de los cuidados preferenciales de un párroco. La formación cristiana para unos será enseñarles los rudimentos de la fe católica, equivaldrá a la evangelización o kerigma; para otros se tratará de recibir una catequesis que se va profundizando progresivamente; quizá para otros sea preciso una formación especializada, de acuerdo a la misión, que la cultura religiosa vaya elevándose y creciendo como nuestra cultura humana.

Los documentos y alocuciones pontificias, sobre todo el documento de "Christifideles laici" encarece la necesidad de la formación de los fieles con seriedad. Está muy bien poseer los rudimentos del Catecismo; pero hoy, para la inmensa mayoría de los cristianos no basta, si no quieren correr el riesgo de verse envueltos en doctrinas perniciosas y en la desagradable y fanática insistencia de tantas sectas orientales y occidentales.

Ciertamente, la formación no es sólo para poseer un caudal de conocimientos valiosos y dignos de todo cristiano que estima verdaderamente su fe, sino también una riqueza que debe convertirse en vida; ésta es su finalidad principal y el celo de la "casa del Señor" impulsa a comunicarla.

La parroquia, por lo tanto, debe ser un lugar de formación permanente en diversos niveles para sus feligreses. Esto, obviamente, no impide que algunos miembros la busquen en otros centros en los que pueden recibirla con plena garantía católica, porque no siempre encontrarán los medios adecuados en la parroquia propia.

Partiendo de esta necesidad, la Renovación Carismática, en no pocos de sus miembros, está llamada a jugar un papel importante. A medida que pasan los años, se constata que va tomando cada vez más en serio la propia formación religiosa, aun acudiendo a centros universitarios o equivalentes. Incluso dentro de la misma Renovación se está insistiendo en formar cada vez mejor a sus miembros y se van abriendo centros; escuelas de formación; cursos monográficos o de relativa duración sobre una materia; cursos bíblicos, talleres de oración, de evangelización, de carismas, de pedagogías para la atención espiritual de los niños y de los jóvenes.

Esta riqueza que se va aumentando progresivamente va tomando ya un carácter formal, debe ser puesta a disposición de la parroquia o de varias de ellas, a la vez. La benévola acogida del párroco, su respaldo, su guía y aun su dirección y armonía con otros movimientos para una mayor eficacia, pueden ser decisivas para esta finalidad, hoy especialmente urgente.

## **7. La revitalización de otros grupos eclesiales**

Parecería una gran osadía el que la Renovación Carismática tratara de dar vida a otros grupos eclesiales que tienen su propia identidad y en los que también actúa el Espíritu Santo. Sin embargo, una de las misiones esenciales de ella es precisamente esa.

Sin desconocer que el Espíritu de Cristo es multiforme y que sopla dónde y cómo quiere, ya hemos insistido en lo que podría denominarse el punto de insistencia, el núcleo de la Renovación Carismática: Dar al Espíritu Santo su lugar, hacerlo verdaderamente protagonista en la santificación de la persona y en la eficacia apostólica.

Desde esta perspectiva, la Renovación Carismática puede aportar una revitalización y enriquecimiento extraordinarios en la parroquia, si se le permite actuar y cuenta con dirigentes discretos. No se trata de adulterar la identidad de los diversos movimientos, ni de debilitar sus características infundiéndoles otras nuevas. Al contrario, la Renovación Carismática respeta cuidadosamente el ser de los diversos movimientos y, solamente por excepción y en contadas personas, se da en ella el espíritu de captación y proselitismo.

Lo que pretende es infundir, hacer actuante en ellos, la fuerza del Espíritu, de un modo semejante como ordinariamente se da en la misma. Se trata de que el Señorío de Jesús, la edificación y el crecimiento en la caridad se desarrollen vigorosamente; que las diversas finalidades que cada uno se ha propuesto como objetivo tengan la eficacia práctica que deben.

Si es realizar la caridad con los necesitados o crecer en la esperanza, el Espíritu Santo se halla presente y actuante. Si es la santificación propia por la vida contemplativa, que el Espíritu de Cristo se haga presente con su poder de maestro de oración. Si la parroquia asume como tarea primordial la evangelización, que el poder del mismo Espíritu manifieste su influjo poderoso dando eficacia a la palabra de los evangelizadores.

En esta visión, la Renovación Carismática, donde de una manera especial se cultivan la fe y la prioridad práctica de la acción del Espíritu, puede infundir un nuevo espíritu o revitalizar fuertemente lo existente.

No se trata de que los diversos movimientos y grupos eclesiales vayan adoptando su modo de orar peculiar e insensiblemente dejen de ser lo que eran para pasarse progresivamente a la Renovación Carismática. El hecho de su propia misión de renovar la iglesia y el mundo, debe entenderse también respecto de los movimientos existentes en las parroquias. No es tan raro encontrar más de uno de ellos que viven lánguidamente, por desilusión, por apoyarse en sus propias fuerzas y prescindir inconscientemente de aquél que ha sido enviado por Jesús para continuar su obra. El mismo Vaticano II se expresa claramente sobre este aspecto de la acción poderosa del Espíritu en el alma y en la misión de la Iglesia por sus carismas.

No tiene por qué haber suspicacia y celos como si la Renovación Carismática fuera lo único y singular. Nada más alejado de la realidad. Es, sencillamente, tratar con humildad de cumplir una misión, unida esencialmente a la Persona del Espíritu Santo.

Creemos que, aunque todavía en pequeño, sí hay indicios y testimonios de ser una realidad, allí donde se la ha acogido y se le ha permitido actuar. También ella tiene que aprender y aprovechar las aportaciones de otros movimientos.

## **8. La evangelización y la catequesis**

Ya hemos tocado el tema con relativa amplitud en otra parte. Aquí lo consideramos desde la perspectiva del servicio parroquial.

De todos los servicios que la Renovación Carismática puede ofrecer a la Iglesia, a la diócesis, al mundo, éste indudablemente es el más importante.

Tomamos la palabra en su sentido más amplio, es decir, no sólo con un contenido de proclamación de la Buena Nueva, sino también incluyendo la catequesis y los modos diversos de evangelizar y catequizar.

La Renovación Carismática no puede sustraerse a esta misión por ser la razón de ser de la Iglesia y por ser la actividad apostólica en la cual el Espíritu Santo está hoy moviendo más fuertemente a la Iglesia y actuando con poder.

Juan Pablo II ha asumido como tarea fundamental y prioritaria la evangelización, dándole un nuevo sentido al formularla como nueva evangelización: "Nueva en el ardor, nueva en los métodos, nueva en la expresión".

Aquí, por lo tanto, encuentra -debe encontrar- la Renovación Carismática su más amado y prioritario servicio.

Es un hecho que ella se va insertando cada vez más profundamente en la diócesis, en la parroquia y en sus planes pastorales. Se podría afirmar: Si la Renovación Carismática ha nacido a impulsos del Espíritu Santo que desea actuar en ella, en y para la Iglesia, parece que no tendría razón de existir si no ofreciera este insustituible servicio que viene a constituir la misión esencial de la misma. El mismo Jesucristo dio a su Iglesia este encargo, mejor, mandato de evangelizar (Mt 28,19-20).

Hoy, las circunstancias del mundo son tales que hacen extremadamente urgente la evangelización. Y se viene a reforzar con el advenimiento del año dos mil. La Iglesia quiere celebrar ese magno y "único" acontecimiento de la conmemoración del Nacimiento de Jesucristo con una evangelización a fondo.

La Renovación Carismática puede unir sus fuerzas a otras parroquiales para que sea más eficaz la tarea. Puede también ofrecer sus modos propios que ha ido desarrollando a través de años de experiencia. Talleres de evangelización, retiros abiertos y cerrados, evangelizaciones masivas, evangelización por los diversos medios de comunicación, por la enseñanza, por la vida familiar, de persona a persona... No excluye ningún modo, ni medio discreto, ni aspecto cualquiera de la sociedad, ni situación concreta de la persona: familia, juventud, niñez, preparación para recibir los sacramentos... Los mismos grupos de oración vienen a ser pequeñas comunidades evangelizadas, que deben convertirse en evangelizadoras.

Importa sobremanera no sólo la disponibilidad a los planes evangelizadores del párroco, sino también el sincero ofrecimiento de su experiencia y creatividad.

La Renovación Carismática, al dar tan marcada importancia a la acción del Espíritu Santo, parece que se halla en circunstancias especialmente favorables. Pablo Sexto lo afirma taxativamente: No puede haber evangelización alguna realmente eficaz, sino es con la ayuda y acción de la fuerza del Espíritu Santo (Evangelli nuntiandi, 75).

## **9. La revitalización de los carismas**

No vamos a abundar sobre un tema ya anteriormente tratado y al que en esta guía se le dedicará más de una obra.

Sí parece conveniente hacer alguna afirmación que la experiencia ajena de personas realmente competentes señala con firmeza e insistencia:

La parroquia, el sacerdocio, diaconado, la vida religiosa "son, ciertamente, carismas. Carismas institucionales, fundamentales. Pero no se bastan por sí mismos para realizar su misión, al menos en plenitud, si no existen al lado de los llamados carismas "libres". Como un ejemplo de ellos proponemos la lista más conocida de Pablo en 1 Cor 12, 7-11.



En una parroquia existen diversidad de ministerios, de servicios, de misiones: visitar y orar por los enfermos; servir a los necesitados; ayudar a bien morir, dar catequesis y evangelizar, predicar, exhortar, luchar por la justicia y el bien propio de los hijos de Dios, cuidar y administrar la economía, la animación litúrgica, preparar fiestas, patronales, días de convivencia fraternal... La lista es casi interminable.

Todo esto puede hacerse, mal que bien, con cierto adiestramiento y espíritu de servicio. Pero la eficacia es muy distinta cuando las tareas son realizadas por una persona hábil y cuando son ejecutadas por esa misma que, además de la habilidad, tiene un verdadero carisma. En el carisma actúa la fuerza del Espíritu que transforma cuanto toca. Dos personas pueden exhortar a los oyentes. Pero cuando una de ellas está llena de la gracia de Dios y deja fluir la fuerza del Espíritu, su palabra adquiere una eficacia nueva, hasta sorprendente; instrumento del Espíritu, dócil, sin descuidar la preparación conveniente, es el canal de la gracia que fluye sin obstáculo a través de él.

Es capital en una parroquia revitalizar los carismas si verdaderamente se quiere revitalizarla para el Señor.

Precisamente éstos son dados para construir, edificar, hacer crecer el Reino de Dios en el amor. Y los beneficiados son los fieles. Un autor llega a decir que una parroquia donde los carismas estén apagados será una pobre parroquia. El mismo Vaticano II se hace eco de esta realidad y escribe: "Además, el mismo Espíritu Santo no sólo santifica y dirige el Pueblo de Dios mediante los sacramentos, los ministerios y lo adorna con virtudes, sino que también distribuye gracias especiales entre los fieles, de cualquier condición, *distribuyendo a cada uno según quiere* (1 Cor 12, 11) sus dones, con los que los hace aptos y prontos para ejercer las diversas obras y deberes que sean útiles para la renovación y la mayor edificación de la Iglesia, según aquellas palabras: "A cada uno... se le otorga la manifestación del Espíritu para común utilidad" (1 Cor 12,7). Estos carismas, tanto los extraordinarios como los más comunes y difundidos, deben ser recibidos con gratitud y consuelo, porque son muy adecuados y útiles a las necesidades de la Iglesia. Los dones extraordinarios no deben pedirse temerariamente ni hay que esperar de ellos con presunción los frutos del trabajo apostólico. Y, además, el juicio de su autenticidad y de su ejercicio razonable pertenece a quienes tienen la autoridad en la iglesia, a los cuales compete ante todo no sofocar el Espíritu, sino probarlo todo y retener lo que es bueno" (1 Tes 5,12 y 19-21).

La cita siguiente es realmente impresionante: "Para practicar este apostolado, el Espíritu Santo, que obra la santificación del Pueblo de Dios por medio del ministerio y de los sacramentos, da también a los fieles (cf. 1 Cor 12,7) dones peculiares *distribuyéndolos a cada uno según su voluntad* (1 Cor 12,11), *de forma que todos y cada uno, según la gracia recibida, poniéndola al servicio de los demás, sean también ellos los buenos administradores de la multiforme gracia de Dios* (1 Pedr 4, 10), *para, edificación de todo el cuerpo en la caridad*(cf. Ef 4,16).

Es la recepción de estos carismas, incluso de los más sencillos, la que confiere a cada creyente el derecho y el deber de ejercitarlos para el bien de la humanidad y edificación de la Iglesia en el seno de la propia Iglesia y en medio del mundo, con la libertad del Espíritu Santo, que sopla *donde quiere* (Jn 3,8), y en unión, al mismo tiempo, con los hermanos en Cristo, y sobre todo con sus pastores, a quienes toca juzgar la genuina naturaleza de tales carismas y su ordenado ejercicio, no por cierto para apagar el Espíritu, sino con el fin de que todo lo prueban y retengan lo que es "bueno" (cf 1 Tes 5,12.19-21).

"Examinando si los espíritus son de Dios, descubran con sentido de fe, reconozcan con gozo y fomenten con diligencia los multiformes carismas de los laicos, tanto los humildes como los más altos: (PO 9).

A la luz de estas enseñanzas conciliares podemos intuir el porvenir de una parroquia en la que los párrocos se cierran a los carismas e incluso prohíben su ejercicio cuando, por otra parte, les consta la "bondad" y discreción con que se ejercen.

En este campo exclusivo es manifiesto que, sin ser en modo alguno la Renovación el medio de revitalizar los carismas, sí tiene una grande y ya larga experiencia. Creemos que podemos afirmar sin osadías, sino con profunda humildad, que el Señor quiere servirse de ella para hacer realidad en nuestras vidas y en la Iglesia, la presencia del Espíritu por sus carismas. Por eso, afirmábamos que puede ser un instrumento preciso para la revitalización de este aspecto esencialmente vital de la Iglesia. Sin excluir los peligros, los usos inadecuados de los carismas, debe prevalecer la importancia de su uso conforme a las indicaciones del mismo Vaticano II. Y la parroquia se vería enriquecida con una floración de virtudes, de dones, de servicios, con una vida cristiana auténticamente tal.

Añadimos a lo dicho anteriormente, las afirmaciones de un testigo de excepción: Ch. Whitehead, actual presidente de "Boletín de Iccro":

"La característica distintiva de la Renovación Carismática ha sido siempre nuestra comprensión de que el trabajo del Espíritu no ha cambiado desde el día de Pentecostés. Hoy podemos experimentar su derramamiento, su fuerza, sus regalos del mismo modo en que fueron experimentados por la comunidad cristiana primitiva. El Espíritu que fue prometido como "poder" (Lc 24,49; Hech 1,8) vino a ellos como una experiencia humana, profunda y tangible y recibieron los dones que necesitaban para continuar la misión de Cristo en el mundo. Sabemos que esta clase de derramamiento de los dones y poder de Dios está sucediendo ahora en la Iglesia, cuando recibimos el Espíritu Santo. El trae dones y carismas sobrenaturales. Aún hoy los necesitamos para construir la Iglesia y para el apostolado en el mundo. Antes del Concilio Vaticano II, éstos parecían que se habían perdido, pero éstos fueron reconocidos por el Concilio e inmediatamente aparecieron en la Renovación Carismática. A partir de entonces, su valor ha sido explicado, demostrado y aceptado. ¿Corremos a la seguridad de la estructura y al ritual tratando de reformarnos nosotros mismos y la sociedad por nuestra propia fuerza (...)? Escribiendo a Timoteo, él (Pablo) nos desafía a que no dejemos que los dones recibidos queden sin ser usados (2 Tim 1,6). El lugar habitual para aprender a usar los dones es la reunión de oración, así es que cuando me encuentro grupos de oración que se auto determinan carismáticos, pero no evidencian ningún don espiritual sé que perdieron su rumbo (...). Los carismas son dones para la Iglesia, pero si la Renovación Carismática no los aprecia ni los usa, ¿quién lo hará? (...). El Espíritu Santo es el verdadero guardián de sus dones. El ha puesto nuevamente a nuestra consideración los carismas y nos enseñó cómo usarlos. Nosotros ahora tenemos una clara responsabilidad de enseñarlos a los demás. Es una custodia sagrada por la cual debemos responder. La Iglesia debe cumplir su

misión de proclamar el evangelio en el poder del Espíritu Santo. Los dones son signos que nos dirigen a Dios, son herramientas de trabajo, no fines en ellos mismos (...). Debemos deseárselos, pedirlos y después usarlos debidamente.

Aquellos que están en la posición de líderes llevan la responsabilidad de esto, lo cual pide sabiduría y visión.

(Boletín de Iccro,  
mayo-junio, 1990, 1-2).

## 10. El Testimonio

Cuanto se ha dicho hasta aquí de lo que la Renovación Carismática puede ofrecer a la parroquia, quedaría desvirtuado si no estuviera respaldado por el testimonio. Precisamente, vivir la vida cristiana según Cristo es la unión que El establece entre sus discípulos y el envío del Espíritu Santo. (Hech 1,8)

Ya hemos aludido a la doble acción del Espíritu Santo: Nos toca, en primer lugar interiormente, nos despierta a la fe, a la decisión, a la conversión. Sin esta acción y efectos del Espíritu, el cristiano no sería realmente cristiano, seguidor auténtico de Cristo. El evangelista San Juan es quien, sobre todo, nos habla de esta primera dimensión.

La segunda acción del Espíritu Santo, no pocas veces olvidada en la vida y en la práctica, es su obra de equipar para el servicio, especialmente con sus carismas.

El testimonio juega un papel insustituible a la hora de querer prestar un servicio que perdure y sea eficaz en la parroquia. Sabemos que nuestra debilidad espiritual no desaparece con la asistencia del Espíritu y el crecimiento en nosotros de sus frutos (2 Cor 4,7).

Precisamente constatar esta realidad ha de ser un estímulo poderoso para confiar y abrimos a la acción del Espíritu.

El testimonio de los miembros de la Renovación Carismática en la parroquia es una siembra cuya cosecha está asegurada, aunque no todos quieran beneficiarse de él. Por eso, los responsables de la Renovación Carismática y el mismo párroco, deben cuidar con esmero de que el testimonio de quienes se prestan para servir sea realmente auténtico. Y, en la medida de la situación y crecimiento espiritual de la persona, debe ser un testimonio que llegue hasta "impactar" o cuestionar la propia existencia cristiana: la humildad, la obediencia, el amor que se traduce en obras, el servicio menos aceptado y visto, la oración, la disponibilidad sencilla, verdadera... el cambio de vida que se va operando en fuerza de la acción del Espíritu; la *conversión*, en una palabra, que va progresivamente y que se manifiesta en los frutos del Espíritu ante Dios y ante los hombres.

Cuando una parroquia cuenta con miembros dispuestos a ofrecer y ofrecerse en disponibilidad y presentan el testimonio de su vida, suficientemente garantizado por el tiempo y los frutos, puede dar gracias a Dios; allí se producirá un cambio, una revitalización grande y hermosa bajo la acción del Espíritu de Jesús.

Añadimos algunos pensamientos complementarios resumidos o inspirados en el artículo verdaderamente iluminador de Th. Grandjean, "Groupe de priere et eglise local" Tychique, n. 87, sept. 1990, 3ss.

La oración, en la que Dios bondadosamente tiene siempre la iniciativa, es el lugar central en el que nos habla, se nos da y en el que el hombre aprende, combate a combate, a morir a su propia voluntad (sus ideas, maneras de ver y actuar en todos los campos, sus prejuicios sobre sí mismo y los otros, y aun Dios) y a preferir las cosas del Señor. Cuando se participa en un grupo de oración, este trabajo se opera poco a poco. Allí aprendo a subir a la montaña para celebrar al Señor por lo que El es. Si soy paciente y fiel, no seguiré pagándome de dominar y de mantener una vía cerrada, como si fuera dueño de las cosas y al mismo tiempo alabar al Señor en mi grupo. Es la etapa de la *conversión*, que hay que estar haciéndola y rehaciéndola constantemente. Es tener el corazón traspasado como los que escuchaban a Pedro (Hech 2,37) y que al preguntarle, recibían la respuesta: "Convertios y se os dará el Espíritu Santo" (Hech 2, 38). Allí se tiene la experiencia (o se prepara para ella) *del Espíritu*. Es la recepción del Bautismo o Efusión del Espíritu Santo, punto, de algún modo, culminante en la vida del grupo de oración o de la persona que lo recibe. Y llega después la *dinámica comunitaria*: el Señor pretende hacer del grupo de oración miembros verdaderamente comprometidos con la construcción y el fortalecimiento de su Cuerpo Místico, es decir, ser el cuerpo de Cristo operando y produciendo lo que Jesús obraba y operaba. En otras palabras una "comunidad" para ser signo y anuncio de la Buena Nueva, por la evangelización. Este relativamente largo apartado, resumido, se cierra con estas apremiantes palabras: "En resumen, sin Jesucristo entregado en su Eucaristía no hay Cuerpo de Cristo... Sin su Espíritu Santo, este Cuerpo permanecerá inanimado y sin aliento e incapaz de movimiento..., sin la vida comunitaria, resultado de la acción del Hijo y del Espíritu, el Cuerpo no tendrá "maderamen" y, por lo tanto, consistencia... permanecerá en un estado de imagen evocadora o de voto piadoso...: Así no se podrá hablar de "comunidad parroquial" sin que exista verdaderamente". Y, a su hora, el Espíritu Santo suscitará, a través de los grupos de oración (incluso en ellos mismos), iniciativas comunitarias. Resumiendo, pues, cabría hacerlo del modo siguiente:

Los grupos de oración, lugares cuya misión es cuádruple: Ser lugares de llamada a una experiencia personal de conversión y de renovación en el Espíritu Santo. Es decir, un lugar de conversión y de encuentro con el Señor viviente..., un lugar de agrupación de este pueblo que aprende o reaprende a orar juntos, a alabar al Señor.

Ser un lugar en el que se experimenta y se vive la vida carismática, en el que se piden al Señor sus carismas, a fin de que el cuerpo pueda edificarse (1 Cor, c. 14). Ser un lugar en el que se discierne y alientan todas las llamadas e iniciativas a "reedificar la Casa"..., a la evangelización, de modo que el grupo de oración, de comunidad evangelizada, pase a ser comunidad evangelizadora. Ser un lugar en el que se va discerniendo la decisión de establecerse en dependencia unos de otros, por amor a Cristo, en diversas modalidades y formas que el

Espíritu suscite para manifestar su gloria y edificar el Reino. Se trata, pues, de la posible formación de comunidades con un mayor compromiso entre sus miembros, con el Señor, con la Iglesia y con el mundo.

Insinuamos solamente lo que pudieran ser nuestras parroquias si se acogiera y cuidara convenientemente de este don de Dios: Los grupos de oración, sin detrimento de la obra de otros movimientos apostólicos.

Cfr. Th. Grandjean, Groupe de Priere et Eglise local,  
Tychique, 1990, 3-8.

Este libro  
TENTACIONES DE LOS SERVIDORES  
*de Benigno Juanes, S.J.*

terminó de imprimirse en el mes de septiembre del 2003,  
en los talleres de la Editora Amigo del Hogar,  
Santo Domingo, Ciudad Primada de América,  
República Dominicana.